

MÉXICO EN LA OPINIÓN DE EFRAÍN GONZÁLEZ LUNA

1940 - 1945
ARTÍCULOS



COMPILADORES
JESÚS GARULO
CARLOS CASTILLO

MÉXICO EN LA OPINIÓN
DE EFRAÍN GONZÁLEZ LUNA

1940 - 1945

ARTÍCULOS

COMPILADORES
JESÚS GARULO
CARLOS CASTILLO

MÉXICO EN LA OPINIÓN
DE EFRAÍN GONZÁLEZ LUNA

1940 - 1945

ARTÍCULOS

Compiladores: Jesús Garulo y Carlos Castillo

FUNDACIÓN RAFAEL PRECIADO HERNÁNDEZ

Derechos reservados, 2021

Partido Acción Nacional
Av. Coyoacán 1546,
Colonia del Valle 03100,
Ciudad de México.

Fundación Rafael Preciado Hernández
Áv. Coyoacán 1722, Int. 8, Col. Del Valle,
C.P. 03100, Benito Juárez, Ciudad de México.

La reproducción total o parcial no autorizada
vulnera derechos reservados.

Cualquier uso de la presente obra debe ser previamente concertado.

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
1940	11
México 1940	13
Viaje al País de la Patraña	23
Inventario doloroso	31
1941	35
Un panamericanismo en busca de nombre	37
México uno y múltiple	43
Movimiento político triunfante	49
El retorno a lo nuestro	55
En la vorágine	63
Impopular monopolio político	67
La América de la migración	71
La América del mestizaje	75
Misión y defección	81
1942	85
Necesidad de una doctrina política	87
Un problema abandonado	93
La economía contra el Hombre	99

Sobre una historia común	105
El Estado en el cruce de los caminos	113
De un doloroso catálogo	119
Ausencia y presencia de un partido nacional	125
Servidumbre del Municipio	131
Presencias de la gran nación humillada	135
Suicidio de Occidente	141
No contra los pueblos degradados y oprimidos	147
Historia y defensa de una ciudad mexicana	153
Sobre una política de guerra	159
Política de guerra: una jerarquía esencial	167
Cimientos de la unidad nacional	173
Peligro a la izquierda	179
Cultura y Nación	187
Colaboración católica internacional	193
Derechos del soldado	209
Cristianismo y Filosofía	215
1943	223
Una nueva conciencia	225
Una responsabilidad que no prescribe	231
Condiciones de la Reforma social	237
La legión extranjera de los resentidos... un enjambre de sin-Patria	243
Alegato por Polonia	251
Emancipación nacional y lucha de clases	257
Varias crisis	263
Dos paradojas y una experiencia	269
La disyuntiva final	273
Una evolución necesaria	281

1944	289
De la filosofía burguesa	291
Indigencia política	299
¿Cuál es la raíz de la anarquía que sufrimos? Corrupción teórica y práctica de la autoridad	305
Dignidad del trabajo	315
1945	321
Comedia y realidad de América... papel de la Cancillería mexicana	323
Perdiendo la paz	333
El plebiscito Guadalupano	339
Una guerra ideológica: causas, pretextos, desmanes: los casos de España, Portugal y Argentina	343
Efraín González Luna	353

PRÓLOGO

El presente volumen reúne los artículos, conferencias y ensayos que Efraín González Luna publicara tanto en el *Boletín de Acción Nacional* como en la revista *La Nación* entre 1940 y 1945: una época convulsa para el mundo, tiempo complejo para un México que, apenas lograda la consolidación de una oposición que buscaba no consumirse en la “neurosis de la escaramuza” electoral –y que aún debía plantarse y hacerse presente y visible–, empezaba la consolidación institucional posterior a la Revolución.

La pluma describe así los sucesos que afectaban el orden local y el internacional, y a su vez esas ideas hunden las raíces de su análisis en el pensamiento clásico humanista; a la consulta y referencia de medios nacionales e internacionales (*El Universal*, *The New York Times*) o publicaciones periódicas, se suman además los pensadores contemporáneos al propio autor y constituyen, en su conjunto, un bagaje que utiliza para ir delineando aquellas tesis aún en ciernes, y que poco a poco darán forma a un nuevo pensamiento.

Uno que busca aprehender la centralidad del ser de la Persona en su propio entorno (la realidad), en su desarrollo colectivo y social, en su trascendencia y en su individualidad. Y es que la riqueza de las ideas de González Luna

se encuentra presente en cada abordaje editorial que realiza, sea coyuntural o profundo, porque interpreta la realidad y su propia circunstancia con la complejidad del pensador, pero con la claridad de que, siendo un actor político –y ya desde entonces un liderazgo político de partido–, esas reflexiones deben contar con un desdoblamiento práctico que les permita ser inspiración, sostén, guía y hoja de ruta para la acción política.

La arquitectura doctrinaria que sostiene ese edificio de ideas que la lectora y el lector podrán encontrar en estas páginas es la del humanismo político: humanismo político que él mismo va delineando, que abreva en el pensamiento católico clásico y en el de su tiempo (Aristóteles y Santo Tomás; Jacques Maritain o G.K. Chesterton), que hace la crítica de los sistemas económicos de su época, que aboga ayer como hoy por la dignidad humana como origen y destino de todo actuar político... Todo en una época tan temprana que aún deberá pasar por lo menos una década para que la Democracia cristiana llegue a sistematizar sus teorías y a organizar esfuerzos entre partidos y países.

Con Efraín González Luna asistimos y se abre paso, además, a esa generación de pensadores excepcionales de la vida pública mexicana, ejemplar por su convicción ética y su vocación de servicio, por la claridad con la que entendió el momento histórico que vivía y la trascendencia del aporte que realizaba. Generación que respondió desde las ideas a una realidad y que luego llamó a la actividad pública, y ahí estaba también esa generación para activarse y promover, desde la democracia, sus ideales.

Al igual que el volumen de esta colección que recopila las contribuciones de Manuel Gómez Morin en los medios impresos de la primera hora del Partido Acción Nacional, la presente edición ayuda a recuperar y ahonda en la forma en que las y los fundadores del PAN entendieron, interpretaron y afrontaron desde las ideas los hechos y acontecimientos que les fueron cercanos, que les marcaron e influyeron; aquellas ideas también en las que buscaron

respuestas, con las que complementaron visiones, de las que se sirvieron para delinear una doctrina que respondiera a la realidad latinoamericana y a las necesidades de la población mexicana, a partir de la apropiación de uno de los más inmensos legados de la de la humanidad: la tradición judeo-cristiana.

Es, en suma, un esfuerzo editorial de la Fundación Rafael Preciado Hernández por acercar al público interesado a una serie de obras y escritos que forman parte de no pocos capítulos de la historia mexicana, así como del pensamiento humanista contemporáneo, y que sirvió para modelar, fuera de la tendencias bipolares, la forma en que se construyeron, desarrollaron y se establecieron las bases para democracias abiertas, plurales e incluyentes hacia finales del siglo XX.

Conjunto de reflexiones que, desde su instante –su propio presente–, enraízan, inspiran y sirven de sostén y faro hacia esas nuevas ideas que de su raigambre pueden y deben pensarse. Será tal el reto de cada generación: atreverse desde su tradición a interpretar las claves del propio tiempo, de la propia circunstancia.

Carlos Castillo
Jesús Garulo

1940

MÉXICO 1940

Viejas voces olvidadas nos entregan sentidos inéditos en este México inesperado de 1940. Viejas voces ahogadas en la ceniza de un inerte desengaño, que ya comenzábamos a juzgar imposible de remover. La combustión se había refugiado, entraña ardiente, en el centro de la brasa exteriormente muerta. Soplo de Espíritu ha aventado los grises desechos calcinados y otra vez el rubí palpitante brilla y calienta como en su más temprana ignición.

Nombres que ya no decían nada, hoy despiertan, convocan, preocupan, enardecen, arrastran, son bandera y programa, son consigna y destino. Otra vez el anhelo que las generaciones de este siglo XX no pueden traicionar como lo traicionaron las del XIX, supera el último fracaso y se incorpora afirmativo y exigente; el insobornable anhelo de una vida libre y decorosa en una patria que la sea realmente: el ansia de ser estar y hacer en términos humanos, no en degradantes transposiciones del hormiguero o de la selva; la exasperada necesidad vital de conocernos, afirmarnos y realizarnos íntegramente en nuestra esencia personal, que no sufre mutilaciones ni servidumbres, que vomita la componenda y el fraude. Perseguimos en nosotros y en la sociedad

* *Boletín de Acción Nacional*. 15 de abril de 1940. Págs. 4-5.

la figura de un hombre humano y entero que sentimos ya próximo, inminente. Sabemos que este advenimiento, exigido por el Otro, que quedaría frustrado si siguiéramos siendo lo que somos, llegará pronta e ineluctablemente. No podrán detenerlo ni la vida ni la muerte, menos la chicana y el crimen que en acelerada proliferación produce esta miserable vida pública de México, esta cosa nauseabunda y vergonzosa que ya nadie, sin dejar de ser un hombre honrado, puede abstenerse de combatir.

Para trazar nuestro camino, con este impulso positivo, con este querer ser, se conjuga el movimiento negativo de la evitación, lo que no queremos ser, la repugnancia hacia ciertos tipos característicos de nuestra fauna contemporánea. No queremos ser el rentista de la degradación nacional, el pobre hombre que, sin perjuicio de incesantes lamentaciones, considera como necesidad preferente el seguir ganando dinero con su capital, con su empresa, con su profesión, y seguir disfrutando de las comodidades consiguientes, eludiendo toda palabra, y principalmente todo acto, que puedan trastornar su lucrativa situación; aunque en su presencia naufraguen los valores supremos del hombre y de la sociedad. No queremos ser la rata de naufragio, el burgués despavorido que, al cruzar la estructura de la patria, para él solamente habitáculo de su pequeño bienestar, no tiene pensamiento ni emoción más que para el problema de su seguridad material. No queremos ser el egoísta docto que desarticula el conocimiento y la acción, que pretende aislarse del drama ambiente –como de la agonía de una madre– para refugiarse en una morosa delectación cogitativa o en un pretendido magisterio superior a las contingencias históricas, que se traiciona a sí mismo cuando traiciona las perentorias exigencias humanas que de él esperan luz y ejemplo, que deja de ser respetable cuando aparta de sí todo lo que despectivamente engloba en los términos “acción” y “política”, en nombre de pudibundas purezas de doctrina y de perfecciones en nombre de pudibundas purezas de doctrina y perfecciones éticas que más merecen la calificación de estéticas, como si el espíritu humano no se diera siempre

en condición carnal y como si la calidad de hombre y de ciudadano fuera incompatible con la de pensador y maestro. Menos queremos ser el “souteneur” de la revolución, el tipo infeliz –es legión– que actualmente tiene en México las palancas de mando y más rasgos específicamente burgueses que el del burgués tradicional –seguridad, facilidad, provecho económico, abyecta sumisión a prejuicios y fórmulas, nulidad personal, docilidad a normas extralógicas– con otras características que lo sitúan en una categoría humana infinitamente más baja. Este tipo infeliz no se da cuenta, o finge no darse cuenta, de que el penacho y la antorcha que en tiempos pasados podían valerle prestigio y simpatía entre espíritus generosos o románticos, especialmente entre los jóvenes, han sido sustituidos por libreas y menesteres serviles; que ahora lo más cómodo y provechoso es profesar el comunismo, hubo otros estilos de “revolución social”; que el riesgo, la aventura y la gloria están en otra parte. Este tipo infeliz explota la prostitución revolucionaria una desvergüenza que por fin ha sublevado la conciencia nacional. Ya nadie cree en sus pretendidas ansias redentoras. Ya nadie ignora que es el más despreciable espécimen de los destructores de patrias. No queremos ser otras muchas figuras lamentables de nuestro presente capítulo de descomposición social.

¡Viejos nombres encendidos y deslumbrantes: hombre, persona, nación, patria, libertad, bien común! México los escucha de nuevo y comienza a comprenderlos entrañablemente. Hay que insistir en su recitación salvadora. Hacerlo es ayudar a los que, buscando sé así mismos, buscan la ruta del México futuro. Porque, en el fondo, es un ansia de encontrarnos nosotros mismos, de poder ser auténticamente, afirmativa y plenamente, y de vestirnos una vida social a nuestra propia medida, lo que anima y explica esta inquietud. El mundo interior y el exterior se comunican y se continúan en una sola sustancia y un solo drama. Patria y persona corren la misma suerte, porque la coyuntura histórica presente es de aquellas en que la vida personal es incompatible con la pestilencia colectiva y la vida social esta condenada a descomposición

irremediable si un sobresalto de las conciencias personales, de las voluntades personales, no realiza el sobrehumano esfuerzo salvador. Intuimos el coro formidable de invitaciones, de conminaciones, que nos llaman a la acción. Tropezamos con la exigencia de este deber dondequiera que dirijamos la vista o el paso, la investigación o el recuerdo. Ya hasta los niños y las mujeres tienen interés y entusiasmo para estas cosas. Y cuando su repertorio vital desborda los horizontes tradicionales, cuando lo heroico comienza a ser clima de amor y de infancia, es que grandes sucesos se preparan, nadie podrá resistir el rubor triste del hijo humillado por el egoísmo o la complicidad acomodaticia del padre, nadie podrá resistir el desprecio de la mujer al cobarde.

El primado del espíritu en el nombre exige la acentuación enfática de los valores espirituales como esencia de su afirmación ontológica. No sé es más hombre por la mayor capacidad o intensidad del goce material, por la mayor perfección meramente biológica. Todo esto no trasciende de la etapa de la zoología. No basta la satisfacción de la bestia para la realización del hombre. En esta categoría de satisfacciones entre la riqueza como riqueza, el lucro económico desvinculado de su única justificación, es decir, de su carácter de instrumento condicionado y al servicio de una vida positivamente humana. Una adherencia, una costra un poco más gruesa de materia al rededor del hombre, no le da mayor dignidad, ni le abre las puertas de un orden superior al meramente animal.

Necesitamos lo que nos especifica, lo que, sumándose al dato orgánico, nos transforma en algo infinitamente más alto que el solo organismo, lo que nos hace hombres: el espíritu, el alma con su esencia, sus facultades y sus operaciones. No nos sentimos vivir, ser realmente hombres, sino cuando, superando la bestia, ponemos en el ejercicio lo exclusivamente nuestro. Si lo ahogamos, un asco irrefrenable, a veces disfrazado de cinismo o de impasibilidad, nos impone el remordimiento de una abyecta traición a lo mejor de nosotros mismos.

Nos caracteriza, desde luego, la razón, ilumina y preside nuestro ser. Este es el primer agente de nuestra manifestación exterior y de nuestra interna

identidad. Mas no va hasta el ejercicio de la inteligencia como mera visión y registro de datos e ideas. Hay que aplicarla a la búsqueda y a la proclamación de la verdad y ligarnos a está con radical fidelidad. Pecan inhumanamente contra la inteligencia quienes en la nobleza del conocimiento pretenden encontrar una disculpa para su inacción. No es una luz fría en un universo deshabitado. No es un astro en la noche desierta. Es una participación en la sabiduría infinita que concierta. Es una participación en la sabiduría infinita con que conoce el amor infinito. El hombre tiene la razón para conocerse y para conocer al mundo y a Dios –el infra, el intra y el supra en qué la *Summa* compendia todos los objetos posibles de la inteligencia–, no con conocimiento abstracto e inactual; sino en un trance preciso, dramáticamente preciso y breve, en una marcha fugaz que implica nada menos que el destino total, único y definitivo del sujeto cognoscente, de los hombres todos. El conocimiento puro, plenitud de la inteligencia y del amor al mismo tiempo, es el anhelo supremo, la perfecta bienaventuranza. Pero precisamente por esto es joya insuperable de la “beatitud futura”. Santo Tomás, enseguida de esta expresión, cita a San Agustín comentando la palabra divina: “quiero que quede así hasta que yo venga”: –“más claramente, esto quiere decir: que la acción perfecta me siga, formada sobre el modelo de mi pasión; pero que la contemplación que de en estado de comienzo hasta que yo venga, para que sea perfecta cuando ya haya venido”–. Max Scheler –“una de las mentes más fértiles de nuestro tiempo, que vivía en constante radiación de ideas”–, dice de él en estos días Ortega y Gasset hace del conocimiento una clasificación floreciente de actualidad, pero por respondiente en lo sustancial a la sobre y elegante enumeración tripartita del doctor de Aquino: primero, el “saber culto” cuyo objeto es la persona que sabe; segundo, el “saber de salvación”, que tiene como fin la divinidad y el “devenir del mundo y el devenir extratemporal de su fundamento supremo, esencial y existencial”; y tercero, “el saber de dominio o de resultados prácticos”, es decir, la ciencia positiva. Cierra Scheler su conferencia sobre “el saber y la cultura” con esta categórica declaración: “pero también

la idea humanística del saber culto a de subordinarse a su vez y ponerse, en su última finalidad, al servicio del saber de salvación. Porque todo haber es, en definitiva, de Dios y para Dios”. Poco antes había planteado la subordinación del “saber de dominio” al “saber culto”, preparando así la síntesis de todas las formas del conocimiento en una doctrina vitalizada por el ansia radicalmente humana de la salvación.

Es un pobre concepto el de la salvación si se le vacía de su contenido religioso; pero aún así, representa claridad, purificación, ascencimiento y paz para el hombre. Cualquiera que sea el sentido que se atribuye al término en concordancia con la idea que se tenga del hombre y de su destino, es indudable que en nuestro tránsito terreno el conocimiento es siempre saber de salvación. El hombre conoce necesariamente en crisis, el esfuerzo de salvación, rodeado de semejantes que están sujetos a pareja condición.

Ahora bien: el hombre no puede salvarse solo –insisto en la validez de esta tesis independientemente de su sentido específicamente religioso–, como no puede vivir solo. No puede desentenderse de su propia “salvación” ni de la de los demás, para refugiarse en la tarea intelectual, destemporalizada y egoísta, como suficiente, irreprochable y aún superior forma de vida humana, el pensamiento no dispensa de la responsabilidad de la salvación.

Pero hay más: el hombre, que por necesidad y por vocación natural vive en sociedad, tiene posibilidades tanto mayores de personal realización cuanto más orgánicamente unido se encuentre a la sociedad de que forma parte y más perfecta y ordenada sea ésta. Es indudable que la vida social y el orden social, como todas las realidades humanas, en que necesariamente actúan pasiones, doctrinas, apetitos y sobre todo, voluntades libres y contradictorias, no pueden dejarse abandonados a sí mismos. Tienen que ser la resultante de las doctrinas y esfuerzos de quienes integran la comunidad. Su degradación y su ruina no acontecen lejos de estos. El pensador solitario, como el labrador o el soldado, sufrirán inevitablemente los efectos del desastre.

Claro está que no postulamos la renuncia al pensamiento, a la filosofía, a la ciencia, a la cultura, ni la nocividad de quienes, a su cultivo, a la amistad de las “doctas vírgenes”, dedican su vida; ni siquiera el abandono o mengua de su tarea para empujarlos al tumulto de una acción y conciliable con sus aptitudes y rendimiento sin duda inferior al de las nobles labores del espíritu. Estas funciones y sus órganos deben ser no sólo reconocidos y respetados, sino cuidadosamente protegidos y ayudados por la sociedad y el Estado. Más todavía, la acción presupone el pensamiento y hay pensamientos que son ya en sí mismos una forma de acción. Lo que rechazamos es el tipo del intelectual que repudia la sociedad de que forma parte, que se desinteresa de su Patria y que se aísla en la cultura, como el ratón en su queso, para gozarla bien placer intrascendente y estéril, desviándola de su natural tendencia de salvación.

Lo que condenamos es el tipo del intelectual que por serlo se considera superior a normas éticas y a deberes sociales y que todo lo subordina a la conservación de su disfrute de la cultura como goce: el que, por ejemplo, es capaz de hacer la defensa de la bestial persecución callista y no tiene inconveniente en exhibirse en una afirmación pública de apoyo al ignominioso artículo tercero de la Constitución y de ataque a la universidad. ¿Por qué no habían de ser respetables y superiores el filósofo, el hombre de ciencia, el artista, que lo son sabiéndose y sintiéndose parte de una comunidad, hijos de una nación cuyo bien desean y a la que sirven ciertamente con la investigación, la idea o el canto; pero también con su vida limpia, y dando testimonio de los principios que defienden y salva la patria, y afirmando su solidaridad con los que se esfuerzan por la implantación de estos principios? ¿Por qué el nombre de estudio o el creador de belleza, el “clerq”, no ha de ser en primer término nombre de bien? Este es el honor más alto para todos y aquellos no están exceptuados ni de la comuna turaleza ni del común destino. La cultura es ante todo el descubrimiento, la afirmación y el culto de un sistema jerárquico de valores. Subvertirlos es barbarie pura y tanto más culpable cuanto más “culto” si el responsable de este crimen contra el espíritu.

No sólo reconocemos la excelencia de la cultura, cuya médula es el conocimiento; sino que la proclamamos, en esta búsqueda de los caminos de realización personal, la ruta por antonomasia de las manifestaciones del espíritu, la condición necesaria de nuestra afirmación, pero que el sujeto de esta actividad nobilísima recuerde que no existe en función de ella exclusivamente, me está despojando de las demás esenciales dimensiones humanas, entre ellas la moral. Nunca las posiciones egregias pueden ser veredas de defección. Obligan, por el contrario, al menos a dar testimonio de las verdades que salvan y a refrendar los actos que la sirven. Dios y el hombre exigen una adición ineludible a los obreros de las tareas del espíritu, una adición que acendra y enriquece el rendimiento, qué unge hidras figura el trabajo.

“Pides más –canta *De la Tour du Pin*, el poeta de los nuevos salmos– otra cosa que este acto de adoración del alba; si todos fueran como yo, habría muchas palabras y poca caridad de las manos”.

El hombre alcanza las últimas fronteras del humano, y aún las traspone, cuándo, por el camino de la caridad, equipara el bien ajeno al propio o le hace el sacrificio de este. Esto es ya desbordar el orbe personal, llenar el destino individual y tomar a cuentas los extraños. Esto es multiplicar vertiginosamente la densidad de la vida, plantar la tienda en cumbres más arriba de las cuales solamente está el sol.

Fue la caridad la autora de la elevación más portentosa de que puede ser objeto la naturaleza humana, el milagro y hipostático de la Encarnación, unidad eterna del hombre con Dios. De este acontecimiento sobrenatural nace un acontecimiento de cultura que cambia el signo de la historia y abre la época de la caridad entre los hombres. La decepción y el escarnio nómina la bruñida evidencia de esta afirmación. A pesar de la acumulación agobiadora de crímenes contra la caridad que llena estos dos milenios de cristianismo, la nueva ley de igualdad y de amor anclado definitivamente en la conciencia y es medida, juicio y anhelo inextinguible de los hombres, valor supremo, esperanza y meta.

El monólogo personal, la línea única que es el hombre limitado a sí mismo, se transforma por la caridad en el eje de una acción espiritual que penetra y articulados nuevas órdenes trascendentales, la ecúmene terrestre y el mundo sobrenatural, no como miras concepciones o figuras, no como simple cálculo o formulación de ámbitos y trayectorias posibles; sino fundiéndolos en la realidad de un viviente organismo espiritual humano divino, jefatura de amor almas y cuerpos, gracia y naturaleza y enciende el universo todo, casa del hombre, en desbordante jubilación de paraíso.

La caridad eleva al hombre y a las cosas contra su natural gravitación, es la escala y la fuerza para la ascensión, hace al héroe y al Santo, es “la raíz del mérito” y, por tanto, la clave de la salvación, la esencia de la vida cristiana como marismo y como religión.

Ya la afirmación solitaria no es posible sin mutilación del hombre real, del hombre pleno, centro de un universo infinitamente más amplio y noble que el precristiano, no podemos ya vivir dignamente sino en función de una empresa de salvación propia y de salvación de los demás, sino en función de una indeclinable tarea de caridad.

El hombre, cada hombre, la persona humana, no ha sido arrojado a la vida de cualquier manera. Está situado y destinado en el mundo providencialmente. respecto de las cosas y de los demás hombres considerados individualmente o como sociedad, ocupa una posición precisa que no puede alterarse sin lesión de la integridad humana y del orden universal, si una persona humana es equiparada o subordinada a la materia, o degradada por otra o por muchas a la categoría de medio o instrumento, o esclavizada u oprimida por la comunidad o por el Estado, es todo el mundo del espíritu el que sufre, esto del orden de los valores humanos el atacado, es el camino de la salvación él que se cierra. No hay entonces deber de caridad y consiguientemente, de afirmación y realización personal, más apremiante y obligatorio que el de restablecer, hasta donde las propias fuerzas alcancen, en el ámbito reducido o extenso en que la acción sea

necesaria para que viva una vida verdaderamente humana, y el libre paso por los caminos de la salvación la terrena y la otra.

Es así como desembocan en el estuario de la actividad política las mejores rutas del hombre, las de su ser más profundo, las de su destino esencial, las de sus más puras realizaciones; causas que llegan a su término exactamente por la dirección opuesta a la que ha seguido entre nosotros, para la invasión sacrílega de la ciudad, la conjuración de la bestialidad y el mal, la banda de los egoístas agresivos y perverso.

Es falso, irritantemente falso, que para cumplir activamente el deber político haya necesidad de compartir ni métodos, ni propósitos, ni posturas, ni provechos de quiénes son responsables de que la Nación se ahogue en un mar de lodo. De la pureza de las fuentes de la acción personal y de las metas perseguidas dependen la claridad y la trayectoria de la corriente. Hay una política limpia no sólo posible, sino inmediatamente obligatoria; una política rígida y conformada por claras normas de estudio y conocimiento de la realidad social, por inflexibles normas éticas y por exigencias de abnegación que la levantan a niveles superiores. Los fabricantes de pretextos angélicos consideran o dicen considerar muy bajos los campos dolorosos en que estas luchas políticas se libran; pero olvidan que libertad y redimir es siempre imitar, sin duda con irremediable pequeñez infinitesimal la liberación y la redención. Recordemos que las presidio, como premisa deslumbrante, el sumo misterio: Encarnación, sustancialmente un bajar a la cárcel cuya sombras y cadenas eran necesario destruir y sustanciarse con el paciente de la esclavitud.

“Toda alma humana –decía Chesterton– debe de alguna manera consumir ella misma la gigantesca humildad de la Encarnación. Todo hombre debe descender a la carne para encontrar la humanidad”.

VIAJE AL PAÍS DE LA PATRAÑA

PARTE I

La mistificación es una de las más funestas constantes de nuestra vida pública. En todas partes hay embaucadores y engañados; pero aquí la explotación política de la mentira es una especie de deformación constitucional. Chapoteamos desde la Independencia en un asqueroso pantano de falsificaciones. Estamos envenenados de fraude y no será posible la desintoxicación si no comenzamos por conocer el mal y darnos cuenta de su gravedad. En estos días vivimos una experiencia de contundente eficacia y didáctica: el Estado y las formaciones parasitarias que a su sombra consumen la vida del país están cocinando una fabulosa adulteración de la voluntad nacional expresada categóricamente el 7 de julio. Hace pocos años presenciemos la inverosímil transmutación de Zapata, hasta entonces bandolero ejecutoriado, el héroe de la patria y apóstol de redención social. Como menciono estos ejemplos, después podría citar otros innumerables. La abundancia de evidencias experimentales depende solamente de la edad y de los hábitos de observación de cualquier mexicano que quiera recordar un poco los episodios de que le ha tocado ser actor o testigo. Que este

* *Boletín de Acción Nacional*. No. 18, 15 de agosto de 1940. Pág. 5.

vea formarse la “verdad” oficial, que este conocimiento directo de la gestación y nacimiento de las estúpidas patrañas con que se va a oscurecer la conciencia de niños y jóvenes en las escuelas monopolizadas por el Estado, nos sirva para encontrar la clave de interpretación de nuestra historia y de nuestra realidad presente. Conviene catalogar algunas de las mistificaciones más nocivas para ir disecando el pantano, uno para sanear la atmósfera que respiramos y que respiran los mexicanos que viven después de nosotros.

Mencionamos desde luego el indigenismo antiespañol, dehiscencia negativa, que nada tiene que ver con el noble propósito de protección, amparo y elevación del indio; sino que agota su contenido en una rencorosa opción entre lo mexicano y lo hispánico. A todos en la escuela se nos arrojó a los ojos y a la conciencia el polvo de este prejuicio. Tuvimos que descubrir después –y cuántos no se podrán ya revisar la equivocada convicción– el dato de evidencia abrumadora que debiera ser la base de nuestro conocimiento de México: que no somos indios; qué raza y civilización son resultantes de la fusión operada por la colonización Española y que lo mejor que tenemos, lo mejor que somos y aún lo único bueno y limpio que han conocido los indios, se lo debemos a España. Aquel infundio absurdo y radicalmente antimexicano ha sido cultivado desde fuera para cerrar las avenidas de la hispanidad y encerrarnos, no geográficamente, sino políticamente, en un hemisferio dominado por un poder extraño. No es esto lo peor, sino que nosotros mismos nos hemos dedicado a negar lo que es la sustancia de nuestra nacionalidad, a disfrazarnos de lo que no somos, a aislarnos de nuestras fuentes vitales. No es extraño que esta conducta suicida nos haya llevado a la división interna, nos haya convertido en sujeto de experimentación de las peores aberraciones políticas y sociales y haya hecho desembocar nuestra política exterior en Panamá y en La Habana.

El federalismo, que ha creado ya hábitos administrativos y circunscripciones provinciales permanentes, pero desligados de la esencia política del sistema, nació en México como imitación extralógica de una organización constitucional

que en los Estados Unidos sí consagraba una realidad histórica. De hecho, del gobierno francamente y acertadamente centralizado de la Colonia se ha suprimido sólo la virtud unificante, la eficacia y la austera economía de incoherente y dispendioso, cada vez más voraz. Los Estados que quieran verificar su soberanía interior contrariando o simplemente descuidando su total sumisión al gobierno del centro, no tardarán en ejemplificar la ridícula falsedad del mito. En cambio, estamos sacrificando hace más de un siglo víctimas ilustres. La anemia de las provincias, la duplicación de las exacciones fiscales, el caciquismo, son frutos de esa planta.

Es falso también que existía en México el municipio libre. No podrá verlo mientras los ayuntamientos sean primordialmente una pieza, tal vez la más importante, del mecanismo montado por la facción apoderada del gobierno central para ejercer su dominación política. La población más insignificante no puede actualmente darse una administración municipal libre. Cualquier ayuntamiento con veleidades de independencia es aplastado sin remedio por la fuerza incontrastable del Gobierno del Estado, manteniendo a su vez dentro de la ortodoxia monopolizadora por el poder central.

Habremos de continuar en artículo próximo la enumeración de unas cuantas solamente de las incontables patrañas que dejen nuestra lamentable vida pública. Se inicia el advenimiento de la verdad cuando comienza a sentirse asco de la mentira, y sólo asco puede suscitar en las conciencias honradas la comprobación de lo que hay realmente detrás de las pantallas verbales que explotan las facciones dominantes en México.

PARTE II

Como la tesis indigenista antiespañola, como el dogma federalista, como la libertad municipal, son meras fachadas fraudulentas otras muchas instituciones, formulaciones jurídicas, corrientes o sistemas políticos, elegidos ya en tabús por

* *Boletín de Acción Nacional*. No. 21. 1 de octubre de 1940. Pág. 8.

el clan oficial que los explota. El acatamiento reverencial que se trata de imponer a la conciencia de los mexicanos para ese ridículo museo de falsificaciones, pretendido relicario de las esencias nacionales, es objetivo constante de una campaña de embrutecimiento y de corrupción que, sino por la habilidad ni por los resultados, merece, por la obstinada perversidad, compararse con las que en otros pueblos, oprimidos también por formas inhumanas del Estado, persiguen la conformación abyecta de la inteligencia y de la voluntad de los gobernados al ideario, pasiones y programas de los gobernantes.

Los peores cómplices de estos crímenes contra el espíritu son, más que los asesinos y torturadores de los cuerpos, más que la pira acampada en posiciones privilegiadas para saciar porcinamente apetitos de poder o de bienestar material, aquellos que, llamados por vocación o profesión al servicio del espíritu, lo traicionan para entregarse al rencor faccioso, al poder insolente y remunerador, al egoísmo o al miedo. El intelectual oportunista, el escritor a sueldo, el periodista que tiene en la tarifa código y evangelio, el maestro que cuida más el puesto que la enseñanza, el magistrado que es “primero revolucionario” que es hacedor de justicia, el profesionista gana pesos que podría ser orientador y guía en el urgente esfuerzo de salvación nacional y a quién sólo preocupa la salvación de su comodidad y de sus ganancias: estos, unos por acto, otros por omisión, son los genuinos enemigos de la verdad. El déspota, el rufián, el bárbaro, no consiguen tocarla, aunque aúllan como energúmenos o persigan con gentil ferocidad. Son una rabia impotente por fuera de la muralla inexpugnable. La catástrofe ocurre cuando la fortaleza es entregada por sus propios defensores.

La perplejidad en la elección es tropiezo necesario cuando sea de escoger en abundancia de equivalentes. Tiene que ocurrir, por tanto, en la tarea de ejemplificar la medular falsedad de nuestra vida pública. Hoy hemos de prestar atención a otros casos notorios.

Constitucionalmente formamos una democracia, es decir, la estructura de nuestra organización política debe ser democrática. Así lo proclaman

fervorosamente nuestros gobernantes en declaraciones de consumo doméstico y de exportación, como si al mandamiento legal correspondiera una ardiente convicción, devotamente compartida por todos. Para no tomar la cosa desde muy lejos, convengamos en aislar como datos esenciales de la democracia los que jurídica e históricamente corresponden a la etapa política y social iniciada con la Revolución francesa y cuya clausura estamos tal vez presenciando: los derechos del hombre y del ciudadano y el sufragio universal. No se trata de calificarlos, sino de verificar su vigencia en México. No hay que afanarse mucho para comprobar que las llamadas garantías individuales son una mera catalogación de las prerrogativas y derechos personales que las autoridades no se casan de violar; y el sufragio, con alguna excepción incompletas, ha sido burlado siempre cínicamente y con frecuencia ahogada en sangre la voluntad popular. No existe la democracia en México, ni puede existir mientras las facciones dominantes se consideren titulares de un monstruoso monopolio; mientras el Estado, para ejercerlo, los tenga un partido oficial; mientras el privilegio de la fuerza, mil veces más odioso que el de la sangre, nacido al fin de un acatamiento a méritos ancestrales, sacrifique el bien común en aras del apetito individual; mientras no se reconozca como cimiento, estructura y corona del orden social, la noción sagrada de la persona humana integral inviolable.

La doctrina clásica de la división de poderes y su recíproca independencia para el ejercicio de las funciones del Estado, tendría en México, si el texto constitucional estuviera en correspondencia con la realidad, rigurosa aplicación. El poder ejecutivo, el legislativo y el judicial, actuarían cada uno, lo mismo en el orden Federal que en el régimen interno de los Estados, con intangible sobre la nación dentro de la órbita augusta de sus respectivas atribuciones. ¿Es esto lo que sucede en la práctica? Uno solo es el poder desenfrenado, sin responsabilidad y sin límites que lo contengan. Los otros, ridícula comparsa, le sirven sumisa indignamente. Ni intentan siquiera ser un verdadero poder. Se saben incapaces de imperio, de autonomía y de decoro.

Mentira también que vivamos un sistema de instituciones y de normas legales. Nos ahoga una creciente proliferación de decretos, leyes, reglamentos, códigos. Forman la selva propicia para el ataque incesante al derecho desamparado. La fauna burocrática se multiplica en la jungla exuberante. Cada día somos menos libres: cada día se nos trata más duramente. La única ley efectiva es el capricho despótico y rapadas de quienes ejercen autoridad, poca o mucha.

Mentira la independencia económica, la política expropiatoria que empobrece al país, arruina al mexicano y paga el extranjero poderoso; mentira la redención del campesino y del obrero, esclavizados políticamente, tan lejos como antes de su bienestar económico posible y atacados como nunca en integridad personal; mentira la pretendida defensa de la soberanía nacional por quienes abandonan los propios caminos de nuestro destino, que son lo mismo de nuestra identidad infungible, para seguir frutas ajenas, para hacer de México satélite insignificante de sistemas políticos extraños y fundamentalmente destructivo de las esencias patrias.

Por todas partes mistificación, mentira cínica o simulación hipócrita.

Necesitamos sacudirnos esta costra abominable. Necesitamos reaccionar contra esta comedia falsa y degradante. Necesitamos luchar por el advenimiento de la verdad en la ley, en las instituciones, en los métodos de gobierno, en todos los aspectos y momentos de nuestra vida pública. ¡Una vida limpia y honrada!

Es alarmante constatar los estragos que la mentira oficial ha causado aún en las relaciones privadas, en las conciencias, en los criterios morales, en las zonas sociales que más agresiones han sufrido del Estado despótico. Ya se va creyendo que el *modus vivendi* es una situación normal, sin comprender que solo puede justificarse como paréntesis táctico en una lucha sin término, sin comprender que, como forma permanente de la vida, es *modus moriendi* para el espíritu y para la libertad.

En el campo de la historia, la investigación acuciosa y anhelante de la realidad nacional qué felizmente es ya una tarea permanente para muchos espíritus

selectos, empieza a dar frutos de verdad, a descubrir la auténtica y venerable fisonomía de la patria.

La cruzada por la verdad política está por emprenderse o mejor dicho, por realizarse bajo las banderas de Acción Nacional, lanza daya y revocable mente a la santa aventura.

INVENTARIO DOLOROSO

Es la de Acción Nacional una decisión irrevocable de rehacer desde los cimientos la Patria. Es un propósito que presupone una voluntad de acción y de sacrificio superior a obstáculos, dificultades y peligros, todos previstos y aceptados de antemano. Sí así no fuera, la enormidad de la tarea desalentaría ya toda esperanza y paralizaría el esfuerzo.

Suele ocurrir que naciones socialmente sanas sufran, sin embargo, dolencias políticas que hacen estragos en su vida pública; pero en todo caso son como una lección localizada, una infección que no invade y daña gravemente la totalidad del organismo. El problema es entonces relativamente fácil. La anormalidad es reducida casi espontáneamente por las fuerzas intactas del cuerpo atacado. Aun cuando el mal avance, aun cuando por años y años, tal vez por siglos, no se logre su extirpación radical, o por ineptitud para el diagnóstico o por incapacidad de defensa inmediata, en el momento de la crisis decisiva, como acaba de acontecer en España, las auténticas reservas vitales del país se incorpora, actual con eficacia incontenible y realizan la salvación que se comenzaba a creer impracticable.

* *Boletín de Acción Nacional*. No. 15, 1 de julio de 1940. Pág. 6.

Pero hay evoluciones por descomposición general en que la corrupción política es concomitante de la corrupción de todos los demás órdenes de la vida social. Entonces no se puede esperar la salud de un tratamiento específicamente dirigido a los órganos y funciones estrictamente políticos, ni se justifica la confianza en una movilización defensiva de recursos vitales que ya no existen o que están igualmente carcomidos y debilitados por el mal. Entonces hay que realizar un sobrehumano esfuerzo terapéutico sobre cada órgano, cada función, cada unidad integrante de la nación enferma. Cuando se restablezca un mínimo de aptitud biológica para la supervivencia primero y para el pleno y activo vigor después, podrá pensarse en una empresa de carácter exclusivamente político. Tal vez fue más exacto decir que mientras tales condiciones no se cumplan, la política tendrá un contenido social, abarcando en su planteamiento y en su esfuerzo la totalidad de la vida social, o que el deber político fundamental será rehacer la vida social, sanearla hasta lograr por lo menos que el Estado deje de ser la pústula en que culmina y se manifiesta la podredumbre general.

Por desgracia México está en descomposición. La implacable unidad del proceso no se rompe por la diversidad de los mortales episodios. Sucesivamente van siendo invadidos todos los órganos del cuerpo de la patria por la gangrena. El Estado mismo es el foco más eficazmente nocivo de la desintegración. Todavía es tiempo de lanzar una movilización general de los hombres y las mujeres verdaderamente patriotas que aún quedan en México, para la lucha afanosa y heroica por la salud del cuerpo amado. Pero sería erróneo y culpable limitar su esfuerzo a un sector mínimo del frente inmensurable, el meramente electoral; sería absurdo esperar que un cambio de personas en el ejercicio de la autoridad bastaría para restaurar la salud o siquiera para suprimir el peligro de un colapso irremediable. El camino es mucho más largo y mucho más duro. Un tratamiento general minucioso, paciente, difícil, ha de consumir todavía muchas aplicaciones, tal vez muchas vidas, antes de que suene la hora del poder. Entre tanto, el santo y seña de la lucha se encierra en una sola palabra onda y austera: deber.

Ya se comprenderá, por estas premisas apenas brevemente sugeridas, por qué Acción Nacional se proclama un partido político permanente, es decir, órgano de una función perenne, y por qué no somete su actividad, sus propósitos ni sus programas a una o varias coyunturas electorales. Claro está que no desvaloriza el deber de sufragio, con tan comprensible ligereza escarnecido por organizaciones que se pretenden regidas por normas éticas superiores y que asumen tareas de orientación nacional. Pero enfáticamente subraya la urgencia de atender con preferencia la labor primordial, llevando diagnóstico y remedio, conocimiento y solución, a cada uno de los problemas que nos ahogan.

Precisamente nos proponemos formular su inventario. Un triste inventario, por cierto; pero indispensable si nuestra obra no ha de ser fuego de maleza, explosión emocional, disquisición verbal o sutil artificio de doctrinas. Queremos que sea brava lucha y reedificación definitiva. Comencemos por conocernos, sin retroceder ante ninguna realidad, por amarga y bochornosa que sea. El doloroso panorama será su citador de vocaciones generosas, situará modestamente el deber de cada uno, dictará al Partido el plano de la gigantesca reconstrucción y le hará llegar los materiales para la obra.

1941

UN PANAMERICANISMO EN BUSCA DE NOMBRE

Educación

Si las palabras no fueran escondites de intenciones, es decir, si la realidad correspondiera exactamente a lo que los nombres designan Hispanoamérica no estaría estrujada por dos sistemas internacionales en disputa: la Hispanidad y la Política del Buen Vecino. La primera es un parentesco; la segunda debiera ser, correspondiendo a su denominación, un esfuerzo recíproco para el establecimiento y cultivo de vínculos de comunicación, colaboración y amistad, entre países situados geográficamente en el mismo continente. Se puede y se debe ser al mismo tiempo buen pariente y buen vecino. Por tanto no debiera planearse una posición, mucho menos una agresiva incompatibilidad, entre aquellos sistemas.

Sin embargo bien sabemos con qué celosa hostilidad, que no retrocede ante los extremos más inverosímiles, los Estados Unidos combaten la influencia española en América y pretenden desplazar en su provecho el centro de nuestra gravitación, organizando en el hemisferio occidental un mundo radicalmente separado de Europa, suficiente como unidad económica, política, militar

* Revista *La Nación*. Año I No. 8. 6 de diciembre de 1941. Pág. 9.

y cultural, dirigido por ellos. El bloqueo incluye entre los comercios prohibidos el del espíritu y el mensaje de Monroe se aplica a algo más imponderable y abstracto, pero más vital, que las formas de gobierno, las ambiciones territoriales y los más o menos imaginarios peligros de la colonización y de conquista.

La Política del Buen Vecino es una táctica al servicio del Panamericanismo. Puede ser una táctica no sólo legítima, si no deseable, y puede haber un Panamericanismo sincero, cordial, fecundo, que ligue en amistad y provecho común a todas las naciones de América. Esto únicamente será posible partiendo del reconocimiento de esta verdad experimental y axiomática, exigencia de la naturaleza humana: la vecindad no puede suplantar el parentesco. Este es el camino de la inteligencia y de la armonía eficaz, no el otro, el de la miope irritación, el del obstinado desconocimiento egoísta de datos y relaciones para nosotros irrenunciables, el frecuentado, desgraciadamente, por quienes en los Estados Unidos hacen la opinión oficial y están minando torpemente las posibilidades de entendimiento y cooperación entre nuestros pueblos.

El nombre de Panamericanismo está ya desprestigiado en Hispanoamérica, fuera de las mentirosas zonas oficiales. Es sospechoso y antipático. Representa o sugiere la aplastante presión exterior y las claudicaciones internas, la brecha por donde se vacían nuestras patrias de sus mejores esencias y penetra la invasión de las que lenta o vertiginosamente las desnaturalizan y corrompen. No necesitamos encontrar un nombre nuevo para bautizar la amistosa colaboración continental posible y deseable. Mientras se encuentra, hablemos de un panamericanismo purificado de sus implicaciones nocivas, fuerza y enriquecimiento, no barrera ni negación, para los países de estirpe española. Se sirve insuperablemente a América resolviendo la violencia disyuntiva en que ahora se debate: el duelo absurdo entre la Hispanidad y el auténtico Panamericanismo que busca otro nombre y cuyos rasgos sobresalientes vamos a enumerar:

La posición geográfica prepara y aún impone articulaciones económicas normalmente más considerables que las que puedan establecerse con otros continentes. Su fomento es inobjetable. Pero han de tener como base la voluntad y provecho recíprocos, sin que de ninguna manera sean conducidas por propósitos rectores incompatibles con el derecho y el interés de las naciones Hispanoamericanas, como serían el monopolio práctico del intercambio comercial por Estados Unidos, la asignación a aquellos países de la función del consumo, y el consiguiente papel de mercado subordinados y exportadores, si acaso, de materias primas la posición privilegiada de las inversiones norteamericanas en el continente y la restricción del trato libre con cualesquiera otras zonas del planeta.

Más que las relaciones de índole económica importan las directamente humanas, espirituales: el conocimiento enriquecido por los contactos personales que nunca se multiplicaran suficientemente, el estudio de nuestras diferencias y de nuestros datos comunes, la investigación desapasionada de nuestras historias nacionales, la comunicación de las culturas, el esfuerzo, en suma, de comprensión substancial en clima de simpatías y con respecto de identidades que no estorban, sino fundan la cordialidad. Algo más elevado y más profundo que el turismo usual, intrascendente y mercantil, es lo que necesitamos para suprimir distancias y reservas cuyo tratamiento nada tiene que ver con la geografía; algo que los gobiernos han sido incapaces de crear y cuya organización corresponde a los selectos de cada nación americana. Los gobiernos simplemente coadyuvarán en el juego espontáneo de los pueblos. Hasta ahora, han venido amontonando recelos y sospechas, cuando no renovando ultrajes y heridas. ¿Se ha pensado, por ejemplo, alguna vez en Estados Unidos lo que el verdadero pueblo de México piensa de la aprobación explícita del embajador Daniels al artículo tercero constitucional, fórmula oprobiosa de opresión y de barbarie?

Esta alusión nos lleva a mencionar un tercer factor de entendimiento que jamás ha sido tomado en consideración. Las relaciones internacionales en nuestro Continente han prescindido en lo absoluto de dos notorias realidades: que en la mayoría de los países hispanoamericanos los pueblos están radicalmente divorciados de sus gobiernos y que en ellos la teoría constitucional y la realidad política se hallan separadas por distancias estelares. Organizadas aquellas relaciones sobre la base ficticia de comunes instituciones democráticas que no existen sino en el papel, los pueblos oprimidos cargan la responsabilidad de sus cadenas a los Estados Unidos, sobre cuya fuerza los malos gobiernos descansan y especulan cínicamente. Nunca postularíamos tesis ninguna que autorizara la intromisión norteamericana en nuestra política doméstica, ni siquiera para represión de las fuerzas oscuras que ensucian y entristecen nuestra historia. Pero sí proclamamos enfáticamente la necesidad, para que en el Nuevo Mundo sea posible una verdadera amistad, premisa de sistemas y empresas de unión solidaria de que la conducta oficial de los Estados Unidos deje de provocar juicios de complicidad con las funciones monopolizadores del poder en nuestra dictadura demagógicas o militares, o que reúnen ambas características a la vez suelen formularse declaraciones literalmente ajustadas a criterio que venimos propugnando; pero de tal manera inoperantes, que más escarnecen que remedian. Así en la Octava Conferencia de Estados Americanos reunida en Lima se aprobó el 23 de diciembre de 1938 la Declaración que condena “cualquier persecución por motivos raciales o religiosos” como “contraria a los sistemas políticos y jurídicos de América” y proclama “que la democrática concepción del Estado garantiza a todos los individuos las condiciones esenciales para desarrollar sus legítimas actividades decorosamente”, afirmando de manera solemne los Estados signatarios “que siempre aplicarán estos principios de solidaridad humana”. ¿Qué sentido tiene para México estos textos, firmados por el régimen cardenista el autor, por dócil solidaridad con el callismo cavernario, de la reforma del artículo tercero constitucional, el autor de la Ley de Expropiación

y de tantas otras abominaciones que sería interminable mencionar? La Política Internacional Americana la de todos los Estados del Continente debiera de formular normas mínimas de libertad y de respeto a la persona humana, cuya transgresión colocaría fuera del Derecho de Gentes a los Estados responsables de esta e implicaría la imposición automática de sanciones efectivas. Las declaraciones líricas son tan fácilmente violadas como cínicamente suscritas por las facciones detentadoras del poder en las naciones que oprimen.

Las relaciones interamericanas deben ser, en suma, realistas. La adopción de este criterio es incomparable con el intento, tan favorecido por los panamericanistas, uniformar las prácticas e instituciones políticas desde el Canadá hasta la Argentina, sobre la pauta de las que estructuran la organización constitucional y la vida pública en los Estados Unidos. La euforia democrática, desmesuradamente optimista, de nuestros vecinos del Norte y de la manía imitativa que nosotros padecemos desde la independencia, son responsables de la formación de una fabulosa comunidad continental de sistemas políticos imaginarios que sólo ha servido para fortalecimiento y perpetuación de tiranías monstruosas y para impedir el surgimiento de la auténtica aptitud democrática substantiva, no formal que en la tradición española afianza sus fuertes raíces. Mientras no se reconozca sinceramente que las naciones hispanoamericanas tienen una originalidad irreducible y que ésta ha de manifestarse necesariamente en expresiones propias, seguiremos viviendo en un mundo de patrañas, de incomprensiones y rencores.

Toda política es un tratamiento de realidades sociales. Si hay una realidad interamericana o panamericana, un complejo de relaciones naturales de vecindad entre las naciones del nuevo continente, hemos de admitir la justificación de una política correspondiente a aquella, la validez de una colaboración política internacional con objetivos métodos y límites específicos. Sí, al mismo tiempo, hay una realidad histórica, etnográfica, racial, cultural y religiosa, que articula orgánicamente a las naciones hispanoamericanas entre

sí y con su tronco común, debe haber también una política hispanoamericana. Ambas políticas pueden convivir, deben y necesitan convivir, como las realidades que las suscitan. Ni la una ni la otra pueden prescindir del reconocimiento y respeto de aquellos datos esenciales situados fuera del orbe de sus respectivas capacidades. Cuando intentan hacerlo, trabajan contra su propio interés, se rompen la cabeza contra el granito implacable de la realidad. Ni la una ni la otra han de aspirar jamás a nada que no sea amistad decorosa y trato honrado. Si pretendieran imponernos sistemas políticos internos, o uncirnos o forzados mecanismos de regimentación internacional, o ejercer cualquier especie de monopolio, de señorío o de dominio, podrían lograr un temporal yugulación más o menos precaria y más o menos bárbara; nunca una verdadera comunidad o una adhesión. La violencia paraliza y destruye, pero es incapaz de creación.

Hay más: sería un repertorio profesional el que redujera a estos dos el Panamericanismo y el Hispanoamericanismo, los temas o posibilidades internacionales de nuestros países, que, como todos los de la tierra, han de alzarse sobre sus fronteras y las de los grupos que integran, para la contemplación y el goce de países universales. La originalidad no es cerrojo ni muralla, sino enlace de identidades diferentes para la armoniosa composición de la comunidad ecuménica. De la misma manera la dimensión universal, una, no suprime, singularidades y familias.

Conjuga, pues, el panamericanismo ideal cuyo esquema estas líneas han intentado dibujar, los rasgos positivos del reconocimiento de la realidad humana y geográfica de los países del Nuevo Mundo, su colaboración económica, cultural y política, con los negativos consistentes en la renuncia a pretensiones de hegemonía, a absurdos intentos de dislocar comunidades nacidas de la naturaleza y el espíritu, ligadas con vínculos genealógicos, y de impedir la común vocación de Hispanoamérica a la integración de una familia de naciones que, lejos de frustrar, organiza y fortalece la solidaridad continental.

MÉXICO UNO Y MÚLTIPLE

Lesley Byrd Simpson, Profesor de la Universidad de California, había ya publicado en la serie *Ibero-Americana*, estudios sobre las medidas administrativas relativas a los indios en la Nueva España. Su reciente obra, *Many Médicos* (G. R. Putnam's Sons. -New York- 1941), es un intento formal de inteligencia de nuestra historia y marca el camino de entendimiento verdadero entre el pueblo norteamericano y el nuestro, camino constantemente obstruido, por la innumerable multitud de los oficiosos agentes de "buena voluntad", que no han hecho sino amontonar sobre él patrañas y prejuicios que imposibilitan su recorrido.

No son muchos Méxicos los sujetos de nuestra turbulenta y dolorosa historia nacional, sino uno solo, desfigurado a veces y disfrazado por sus enemigos internos, incomprensidos y calumniados casi siempre con el extranjero. En realidad, el título del libro de Simpson anuncia ya la trampa de que no pudo escapar. Encontró en sus primeros capítulos y entendió substancialmente al México auténtico, recién nacido de la acción colonizadora

* Revista *La Nación*. Año I No. 9, 13 de diciembre de 1941. Pág. 15.

de España en América. Fue capaz de dominar prejuicios y de afirmar clara y valientemente verdades que casi siempre encuentran cerrados oídos y conciencias en los Estados Unidos; pero al llegar a la independencia, dejó el camino real de la historia por las tortuosas veredas de la propaganda, de la leyenda negra, interesada y terca, del tupido complejo de tesis gratuitas, generalizaciones ligeras y egocentrismo tenaz que ha constituido, casi sin excepción, el observatorio desde el cual se nos ve y se nos juzga al otro lado de la frontera. Claro es que por esos atajos no había de aventurarse la auténtica Nación mexicana.

Se le perdió a Simpson y se puso a seguir a México oficial, es decir, al México falso, al muñeco, a veces grotesco, a veces repulsivo, que los políticos y los Gobiernos de aquí y de allá confeccionan para su provecho; pero que nada tiene que ver con el país real, cuyos ilustres orígenes, cuya venerable identidad, el autor, sin embargo, había descubierto y admirado. Es desconcertante y dolorosa la incongruencia que, por desgracia, frustró, al menos parcialmente, una síntesis histórica que hubiera podido ser el punto de partida para el conocimiento de México por los Estados Unidos. Ya es mucho, sin embargo, que no el periodismo barato ni la impertinencia turística, sino la concienzuda y honrada aplicación de los hombres de estudio, emprenda el escudriñamiento de nuestra historia.

La obra que estás líneas comentan, hasta el momento de la desviación apuntada, qué es precisamente aquel en que México comienza a ser una pieza en el juego de la política continental de los Estados Unidos, es, prescindiendo de objeciones de menor cuantía que hacen la delicia de los especialistas, inteligente, objetiva, honrada. Hay que agregar otro calificativo: es, sobretodo, inusitada; porque no es frecuente que la obra de España en el Nuevo Continente se ajusta y serenamente apreciada por escritores norteamericanos.

Ya la introducción alude irónicamente a dos conocidos falsificadores sectarios de la historia de México y de nuestra realidad presente, Chase

y Tanenbaum, al señalar como condición para que sea posible el “autosuficiente y encantador estado... o el paraíso agrario... un nuevo equipo de misioneros, hombres deseosos de sufrir y de morir y aún de renunciar al automóvil y a la vida agradable de la capital”. A propósito de Cortés, acuña en el capítulo tercero sentencias que el más convencido hispanista no desdeñaría firmar: “Desde la Independencia ha sido moda patriótica la vituperación de todo lo español, una moda que ha sido llevada en los últimos años al extremo absurdo de negar la total herencia española de México. En textos escolares y entusiastas apologías de la Revolución Mexicana escritas por comentaristas extranjeros, se lee que México es fundamentalmente indio y se invita a creer que el manifiesto destino del país es una revisión a algo semejante a los viejos días anteriores a la Conquista, aunque nadie se ha atrevido todavía a sugerir la restauración de los sacrificios humanos... –El haber sido España campeón de la Contra-Reforma y sostenido largas y sangrientas guerras en los Países Bajos, explican el miedo y el odio de los vecinos nórdicos, mientras que la imponente procesión de sus barcos cargados de tesoros del Nuevo Mundo, hizo doblemente fácil la creencia en su depravación...– En Las Casas y sus moderno seguidores, es costumbre colocar, contra un negro fondo de destrucción atribuida al español, el cuadro de una raza inocente e incontaminada, sujeto sólo a las dulces normas de una naturaleza amable. Rousseau es superado por Stuart Chase, cuyo vivido libro sobre México es la fúnebre contemplación de “más de cuatro centurias de rastrera abyección en una tierra donde antes anduvieron libremente hombres civilizados, intrépidos y dueños de su destino... –Tampoco sienta bien a nuestros propios y románticos historiadores el exceso de escarnio para los bárbaros españoles, cuando nosotros estamos viviendo en una tierra arrebatada a los indios en una conquista tan implacable e infinitamente más completa que la de México. De hecho, mientras más leo de otras conquistas, incluyendo la de los últimos años, más aprecio la moderación de Cortés...– Yo la llamo un constructor. El Reino de Nueva España fue su visión y su obra”.

Obispos, Jueces, Virreyes, Misioneros, aplicados a edificar desde sus cimientos una grandiosa construcción nacional, son evocados por Simpson no para el comentario ligero ni para la polémica rencorosa o la distante incompreensión, sino para el juicio justo y objetivo, para la lección contundente que, sin remedio, termina en admiración y reverencia. Las tesis jurídicas que en Vitoria encuentran formulación culminante, saturadas de savia cristiana, inspira la legislación de Indias y sostienen a flote en aquel mar contradictorio, agitado por rachas de santidad y de codicia, de misericordia y de crueldad, la carabela del espíritu. La obra de los frailes no está dibujada con suficiente precisión; sin embargo, se les reconoce autores de la estructura moral de México: Si el pueblo de México permanece leal a la Iglesia Católica y rechaza toda forma de culto estatal, “hay que acreditarlo o reprocharlo (esta postura escéptica acendra el valor del testimonio) a los intrépidos frailes de hace cuatrocientos años, que tan radicalmente conquistaron su amor y su imaginación”.

La fundación de las ciudades de la Nueva España, la naturaleza y resultados de la encomienda, el repartimiento y, en general, formas e instituciones de trabajo, el espléndido florecer de la cultura de nuestra Patria y aún la naturaleza, propósitos y actividades del Tribunal de la Inquisición tema de tantas “románticas tonterías”, son exactamente entendidos en esta sorprendente historia. Frecuentemente, nomenclaturas desacostumbrada precisan la interpretación de acontecimientos o regímenes: “El Estado totalitario de Carlos III”, “la jacquerie de Miguel Hidalgo”, etc.

El capítulo que inicia el estudio de nuestra vida independiente, comienza así: “El movimiento por mí llamado El Gran Motín, fue tan complicado como el caos. Fue realmente una larga serie de motines que, en cierto sentido, todavía están en marcha; podría llamarse: del Motín a la Revolución”. Es en este torbellino caótico en el que el autor perdió la brújula y se rindió a la historia oficial de México que, bien lo sabemos, merece cualquier nombre, menos el de historia. Es incomprensible que se haya dejado escamotear el verdadero México que

tuvo en sus manos, sin advertir la fraudulenta substitución. Sería interminable la ejemplificación de estas afirmaciones; pero nadie, sin duda, considerará bastante calificar de meras impertinencias de entremetido las funestas intrigas de Poinsett, ni aprobará la reiteración de la desacreditada calumnia que atribuyó en su tiempo al intachable y egregio don Lucas Alemán el innoble asesinato de Guerrero, ni dejara de sonreír, por lo menos, ante calificaciones tan sumarias como la de aplicar al liberalismo la etiqueta de partido de la clase media o identifica el régimen agrario anterior a la Revolución, no metafórica, sino sustancialmente, con el feudalismo. La sonrisa desaparece cuando se va a desfilas por las páginas de un libro merecedor de mejor suerte, un Juárez que nada tiene ver con el de la historia, sino que es una lamentable trasplatación de Juárez que en Hollywood inventaron los especialistas en la creación de tipos cómicamente falsos y, finalmente, el Cárdenas del cardenismo y un Calles “ordinariamente benévolo”.

Por fortuna, lo substancial de la obra de Simpson y aún lo más extenso, es su investigación de la época colonial. Está sobre la veta de nuestra realidad y hay que esperar que recuperará el hilo de Ariadna en nuestro Dédalo y, tras el México múltiple, redescubrir el México único, cuyas esencias originales fue capaz de encontrar.

MOVIMIENTO POLÍTICO TRIUNFANTE

Todo movimiento político triunfante, además de las realizaciones substanciales que sea capaz de implementar, formula su victoria y su voluntad de permanencia en una expresión arquitectónica. En proporción de su fuerza, es decir, de su identificación con el anhelo nacional por el cumplido, el Estado que organiza es acompañado en la tarea constructora por comunidades e individuos, formándose así el estilo peculiar que caracteriza épocas y regímenes. El Estado es naturalmente constructor, por misión de servicio público, por necesidad de decoro exterior, por instinto de perpetuación original. Lactancio hablaba de la *infinita cupiditas aedificandi* como rasgo de poder dominante y el nombre de la suprema autoridad política, fundida con la religiosa, en los orígenes de Roma, es el del arquitecto para el bien común: el Pontífice el hacedor de puentes.

Cuando sólo el Estado edifica monumentalmente, perdurablemente, es que –Egipto comunidades aztecas precortesianas–, gravita como despotismo sobre el pueblo que oprime, en vez de ser su forma, su principio rector y tutelar. Si,

* Revista *La Nación*. Año I No. 10, 20 de diciembre de 1941. Pág. 11.

por el contrario, son los particulares quienes construyen y no el Estado, la decadencia, precursora del derrumbamiento final, ha herido al poder público.

Pero es más interesante investigar lo que significa la actividad de la *cupiditas aedificandi* observada simultáneamente en el Estado mismo y en los funcionarios que tienen a su cargo el cumplimiento de sus más decisivas tareas, comúnmente monopolizadas, en los gobiernos de facción, por políticos profesionales. Por regla general, la construcción oficial es inversamente proporcional a lo de los personajes del régimen.

La “política constructiva” de la Revolución mexicana puede resumirse como hipertrofia monstruosa de las edificaciones patrimoniales de sus próceres –y aún de sus segundones y compinches– y atrofia correlativa de las edificaciones del Estado.

Nuestros gobiernos se han comunicado con la arquitectura a través de un camino negativo, la demolición, y dos positivos: la confiscación y el remiendo. A pesar del inverosímil despilfarro de los últimos decenios, fuera de imitaciones vulgares y más o menos insignificantes, la arquitectura cívica se reducen la capital de la República, única ciudad existente en México desde el punto de vista de la administración federal, a la terminación del rebautizado Teatro Nacional, la adicción de un piso más al Palacio de la Presidencia, la adaptación de los derechos del frustrado Palacio Legislativo a monumento de la revolución y otras cuentas empresas semejantes. Todo esto, sin juzgar de su mérito artístico ni de su utilidad arquitectónica, es nada junto a la opulencia de las inversiones urbanas de nuestros revolucionarios. Residencias inmuebles comerciales, casas “de productos”, sumando valores increíbles, constituyen una edificante demostración, junto a las miserables realizaciones del Estado, de la calidad moral de un movimiento político que se atribuye la redención de los mexicanos y la cimentación económica nacional. A no ser que nuestros inversionistas revolucionarios estén ejemplificando el proletario redimido del porvenir.

Don Lucas Alemán, el gran desoído, trabajó por enlaces que México necesitaba, que correspondían a su naturaleza y a su vocación y que, de consumarse, habrían asegurado su grandeza. El fracasado proyecto de consorcio político y económico en los países hispano-americanos, sigue siendo un programa imperativo. En 1824, como Ministro de Relaciones y en nombre del gobierno nacional, invitaba al Barón de Humboldt a realizar su deseo de radicarse definitivamente aquí.

Pero eran otros los enlaces llamados a decidir el destino de México, como la cuerda del ahorcado. Poinsetismo y frente populismo, es decir, complicidad en sistemas antisociales y destructivos de las esencias nacionales, dirigirán nuestra política. El tratado Mac Lane-Ocampo sería paradigma de patriotismo, de dignidad y de inteligencia. La unidad de América se organizaría alrededor de otro eje, con signo, contenido y propósitos contrarios a los que inspiraron el esfuerzo de nuestro egregio estadista. Después invitaríamos incendiarios y torturadores, categoría privilegiada de inmigrantes, confundiendo injuriosamente con ellos a refugiados políticos dignos de una generosa hospitalidad.

La pregunta de Humboldt a Lafragua, cuando ya el ilustre sabio se acercaba al término de su jornada terrestre, suena a tremenda acusación: “¿Qué han hecho ustedes de mi paraíso?”

Hace pocos meses publicaba una de los principales periódicos americanos, en una crónica sobre el primer centenario de la Universidad de Fordham, declaraciones de su Rector, el Padre Gannon que son un grávido mensaje un soplo salubre y reconfortante del viento que nace en las cimas del espíritu.

Familiarizado con los valores substanciales, eternos, desnuda y dice crudamente lo que son la mayor parte de los innumerables colegios de su país, aparte de su organización económica, de su magnífica instalación material y otros datos exteriores capaces de inducir en error a observadores superficiales: “cafeterías en que los estudiantes toman los platos que apetecen con una indigestión mental como resultado frecuente”.

Señala como uno de los principales factores responsables el electivismo que hace medio siglo, bajo la jefatura de Harvard, marca el paso de las universidades americanas y, además, formula, como constatación presente, el hecho de que están “permeadas de socialismo, pragmatismo y exagerado experimentalismo”. Fordham, en cambio, por su boca proclama el culto de principios absolutos, el realismo espiritualista alimentado de tradición y rico de ímpetus de porvenir, el humanismo cristiano como cimiento de una educación moderna, con validez y eficacia permanente. No desdeña, antes postula, como esquema fundamental de los estudios universitarios, la *retro studiorum*, ignaciana, capaz de contender y sostener todo linaje de disciplinas necesarias para la formación del hombre contemporáneo, apto para la universidad y no mutilado por la especialización deprimente, “qué reduce tantos colegios al nivel de estaciones de venta de gasolina a litro”.

Otra conocida revista, en una de sus ediciones del mes de noviembre último, se ocupa de reciente cambio del Rector de la Universidad de Oklahoma. Encabeza la nota una elocuente ilustración: el nuevo Rector, revestido con la toga y tocado con el birrete, –que muy frecuentemente son lo único universitario, con el nombre, que conservan ciertas universidades–, en actitud de sacudir los puntos en un acceso de entusiasmo deportivo, teniendo como fondo un grupo de estudiantes con mangas de camisa y de típicos “coeds”, en el “campus” de la venerable casa de estudios, “leads a cheer”. La descripción del Señor Rector es como la maqueta de su monumento: “... a 42 year-old, red-faced, sandy-haired dynamo”. Cuando supo que su elaboración a la divinidad suprema, que implica, como todo cargo de dirección de almas, una formidable responsabilidad, el Señor Rector declaró: “Me siento tan excitado como un reportero novato frente a un incendio de primera”. Naturalmente esta dinámica energía va a renovar la vida cultural desde sus raíces mismas. “Asumió su cargo este otoño y luego comenzó a derribar tradiciones”. Admiremos dos realizaciones iniciales: a). – Los estudiantes quedan autorizados de su primer ingreso

al uso de la toga y el birrete y son recibidos en una “matriculation ceremony”. b). – Ante el fracasado intento de establecer una hora de queda que impidiera el nocturno desfile de los estudiantes “for their week-nigth dancing”, el señor Rector derrotó a los rebeldes instalando un lugar bailable en la cafetería de la Universidad. Una tercera reforma quedó frustrada, desgraciadamente, por la obstinada incomprensión de los jóvenes pupilos de la sabiduría. No pudo el Señor Rector proscribir el “Bomber Sooner”, popular canto del “campus”, que explotan la medalla del “Boola Boola” de Yale. Sin embargo, no hay que desesperar. Las ideas trascendentales y generosas, por irrealizables que parezcan y por mayores resistencias que provoquen en la aurora de su revelación, acaban por abrirse camino. Algún día el mundo se conmoverá hasta sus cimientos al saber que por fin el “Boomer Sooner” no se canta más en el “campus” de la Universidad de Oklahoma.

Por Fordham pasa el camino del comercio espiritual inter-americano que es también el camino de la unidad ecuménica. Dios quiera que no llegue a obstruirlo la broza de la barbarie pseudo universitaria.

Las prensas de la Universidad de Oxford, bajo el patrocinio del Royal Institute of International Affairs, editaron una *Breve Historia de los Negocios Internacionales (1920 a 1938)*, por A. M. Gathorne-Hardy, obra que en 1939 completo su sexta impresión.

Es una historia de la vida internacional en uno de los periodos más agitados y oscuros de la humanidad. Nace a la sombra de una ilustre universidad Inglesa. La esperamos objetiva y libre, conteniendo una información esencial y exponiéndola con criterio científicamente tesoereno e imparcial. No ocurre buscar una precisión sobre las articulaciones diplomáticas entre Londres y el Vaticano, estación de enlace insubstituible, autoridad moral de indisputada preeminencia, observatorio magnífico del panorama internacional, relicario de tradición europea y universal y centro de primera clase en la actividad diplomática contemporánea, no sólo desde el punto de vista estrictamente

religioso, sino como Estado soberano, calidad reconocida, no creada, por Italia misma en el Tratado de Letrán. Los Concordatos posteriores al Armisticio de 1919 –no se puede hablar de una paz de 20 años– y el establecimiento de misiones o representaciones, ante el Pontífice, que casi todos los países civilizados de la tierra, son hechos que, como el tratado mismo y como la actividad internacional del pasado en general, tienen que figurar en primer término en toda la historia seria, sobre todo si específicamente es una historia de la vida internacional.

Pues bien, la de Gathorne-Hardy absolutamente no se ocupa de nada de esto. Tanto peor para él y sus lectores.

Pero no puede despreciarse la omisión como síntoma de un complejo de intolerancia que explica la persistencia de actitudes, criterios y procedimientos con los que inevitablemente tienen que tropezar las naciones hispanoamericanas.

EL RETORNO A LO NUESTRO

Tal vez estamos acercándonos al momento en que con mayor violencia será combatida una doctrina que, precisamente por eso, urge formular categóricamente.

No está mal que se dedique una parte pequeña del presupuesto a fomentar los estudios astronómicos; pero sí lo está, y mucho que aún para hacer el bien, se confirme y se reitere la tesis de que el cumplimiento de los deberes del Estado se condiciona siempre y fundamentalmente a la complicidad política. Maestro Gallo, agregue usted en los programas de sus cátedras para los futuros astrónomos de México, un capítulo que se le ha olvidado: el de la astronomía política, en el cual se hable de la importancia que para el estudio del cielo de México tiene la participación en los más bajos y cenagosos fondos de la política mexicana.

Cuando la marcha es fácil, los sentidos y el conocimiento se diluyen en el paisaje y se embriagan en el ritmo danzante del paso, la vida toda se concentra en el goce del instante fugaz. Pero en la dolorosa tensión de las crisis decisivas, cuando el mundo exterior se conjura contra el hombre y en la sombra lo oprime

* Revista *La Nación*. Año I No. 11, 27 de diciembre de 1941. Págs. 6-7.

la amenaza de catástrofes inminentes, en Dios y en sí mismo encuentra las únicas fuerzas capaces de dominar la circunstancia adversa. Por fin se conoce, se identifica, se encuentra en su propia entraña esencial poderes insospechados, luces e ímpetus capaces de alumbrar caminos de salvar obstáculos. En esas coyunturas vitales los pueblos hacen lo mismo, confrontados con el mismo misterio: se reconcentran en su identidad mientras entorno se derrumban los andamiajes de la rutina en que hasta entonces vivieron y, tal vez casi estrangulados por fuerzas hostiles, tal vez mientras oficialmente siguen representando en el escenario internacional personajes ficticios, tienen súbitamente, o como remate de un largo proceso más o menos inadvertido, la revelación de su ser radical y verdadero, de su vocación y de sumisión auténtica, que no olvidarán jamás. Cómo en la Parábola del Hijo Pródigo, la salvación es siempre la vuelta a la casa paterna, es decir, la renuncia a la aventura y el retorno al ser.

Estamos liquidados una época histórica, la que iniciara el siglo XVI con la Reforma Protestante y muy pronto estará cerrado el balance de fin de ejercicio. Nos abrumba la certidumbre de una bancarrota irremediable. Más que estar totalmente arruinados, somos una ruina.

El proceso y los resultados del movimiento cuyas convulsiones finales presenciamos, pueden sintetizarse así: El hombre sufre una degradación personal: de hijo de Dios se convierte en unidad biológica. La caída no deja de serlo porque coincida con progresos técnicos, que son pábulo, no remedio de la desesperación y de la barbarie.

El Occidente se desorganiza, literalmente. Deja de ser organismo, es decir, unidad viviente, espontánea y solidaria, para bajar a la categoría de mecanismo, de sistema de articulaciones artificiales, obra de interés, de habilidad y de fuerza. Se rompió el vínculo que hacía la Cristiandad, la conciencia de participar en una comunidad superior, de índole espiritual, pero eficazmente activa sobre la realidad terrestre, capaz de reducir las divergencias locales, depositaria de valores de justicia y salvación, por lo que valía la pena vivir, luchar y morir. Con

estos valores se formó una cultura que quiso hacer de Europa una Ciudad de Dios, jerárquicamente situada, como en el corazón de círculos concéntricos de alcance infinito, en un orden de comuniones cada vez más perfectas, culminado en la indefectible bienaventuranza sin término. La demolición de esta unidad es la triste tarea de la época moderna.

Correlativamente la conducta individual y la colectiva mudan su repertorio de motivaciones. La santidad es suplantada por el éxito, la salvación por el bienestar, y la historia, en vez de afán religioso, es empresa de lucro y de poder. Cruzada y misión, banderas capaces de fundir a Europa en una sola decisión heroica, mueve a risa. Son otras ahora las causas que desbordan fronteras y borran diferencias. La internacional del dinero y la del odio son anverso y reverso de la misma tela.

Las doctrinas e instituciones políticas corresponden a la desnaturalización del hombre y de la comunidad social. El péndulo oscila entre extremos de anárquica deliriosencia o de feroz regimentación; pero siempre la persona humana es negada y el Estado es cualquier cosa, menos una “organización de la libertad” y una gestión del Bien Común.

Todo esto ha venido a desembocar en la matanza de estos oscuros días nuestros, en que cada camino posible está cerrado por poderes de esclavitud y salvajismo a la aspiración anhelante del hombre occidental. No es lo peor la crueldad de la tragedia física, ni siquiera la tortura moral directa, que empapa de dolor al mundo, sino la sombra sucia y espesa en que se ahoga nuestra angustia, el no ver puerta ni salida por ninguna parte, el no vislumbrar el sacrificio, –una opción de sacrificios, es la única postura razonable– que nos llevará a la luz, esta miserable dosificación de amenazas, complicadas y traiciones que ahoga hasta la esperanza de salvarnos.

México y los demás países hispanoamericanos, arrastrados por la incontrastable succión de la vorágine, son la unidad dolorosas en la liquidación, no solamente porque el incendio de la guerra impone una cruel confrontación

de la especie toda con las consecuencias de su locura suicida; sino porque interiormente sufrieron también, en mayor o menor medida, la intoxicación mortal. Es el drama de todos en el que todos tenemos un papel y una responsabilidad. Nuestras patrias se escaparon de la casa familiar y, a la saga de señores o rufianes, siempre en calidad de pobres comparsas olvidadas de su dignidad nativa, corrieron aventuras culpables por los tortuosos caminos de la evasión inútil, que se vierten en el terrible día presente.

Un pueblo que en semejantes condiciones no se desnudara de disfraces, no fuera sinceramente honrado consigo mismo y no abrazar a su propia substancia indeformable para mantenerse a flote en medio de la tempestad, hasta que el nuevo día ponga término al desesperado bracear jadeante, no merece sobrevivir. Esto es lo que hacen todos los pueblos que se salvan y serían culpablemente ciegos si negaran a otros el derecho y la necesidad de seguir este camino.

He aquí por qué el retorno a la Hispanidad es un impulso incoercible, el destino mismo, exigente y perentorio, de las naciones americanas de estirpe española.

Una de las trampas más perversas armadas por la propaganda frente populista y en que la opinión anglo-americana, incluso una buena parte de la católica, se ha dejado coger, es la que identifica la Hispanidad con el actual régimen político de España.

Sin discutir aquí la justificación o ligereza de los ataques contra el movimiento y el gobierno encabezado por Franco, conviene establecer categóricamente que no debe a éstos –movimientos, gobierno, jefe– la vida ni el empuje de la Hispanidad, ni está subordinada a ellos o dirigida por ellos. España misma, no digamos uno de los episodios de su historia, es una provincia –central, venerable, vital– en el mundo de la Hispanidad. La fábula de la conspiración para la reconquista, por la Madre Patria, de sus hijas libres de América, no solamente mueve a risa. Ojalá pudieran darse cuenta quiénes acuñan o ponen en circulación semejantes patrañas de lo difícil que resulta para un

hispano-americano dominar la impresión de que no una mera ignorancia inspira esos lamentables infundios.

La Hispanidad es un tesoro viviente de valores espirituales, que, como todos los destinados al hombre, tienen una virtud ética, es decir, una capacidad íntimamente para la promulgación de normas universales, superiores a combinaciones políticas, a intereses nacionales y a combinaciones internacionales. El actual gobierno español puede servir, olvidar o traicionar a la Hispanidad, como otro gobierno cualquiera de ayer o de mañana; pero no puede sujetarla a su suerte ni reducirla a sus limitaciones específicas, porque es realidad que lo desborda como desborda, todo particularismo estrictamente nacional. Al examinar, abandonando la metáfora para utilizar un procedimiento más ceñido y directo de definición, el contenido del concepto ilustre, veremos cuán altos son los niveles en que se asienta, cuán por encima de contingencias y circunstanciales fórmula nuestro itinerario.

La Hispanidad es el cuerpo y el alma, la unidad y la forma de un consorcio supranacional ligado por un triple vínculo: la estirpe espiritual, la comunidad histórica y el parentesco racial. Es un organismo de cultura que integran España y las naciones americanas que de ella nacieron. No es un movimiento político dirigido a la formación de una entidad natural necesariamente generadora de direcciones políticas, cuyo sentido conviene desentrañar. Desde luego, no podrá ser nunca confederación, liga, imperio u otra forma cualquiera de unión internacional que suprima o limite la plena soberanía de los países hispanos, comprendiendo en este apellido a todos los que forman parte de la Hispanidad. Esta no impone, ni tolera, ni pretende la generalización entre sus miembros de determinados tipos de constitución o actividad del Estado, ni autoriza la injerencia de ninguno de aquellos en el régimen interno o en las relaciones exteriores de los demás. Cualquier interferencia de esta índole constituirá precisamente la negación de la Hispanidad, el peor de los atentados posibles contra su naturaleza y sus propósitos. Cuando habla de ella como

de un Imperio, se alude simplemente a una dimensión supranacional, no a formas ni contenidos políticos. Los que se indignan, se escandalizan o tiemblan ante esa palabra, ignoran o tuerce en su sentido específico. La Hispanidad no confisca ni disminuye la libertad interna y exterior de las naciones hispanas, no se apodera de su destino ni de parte alguna de él, no las articula ningún mecanismo político.

El ser determina el obrar. Por tanto, la identidad nacional exige un comportamiento político peculiar y la comunidad de factores constitutivos tiene que ser origen de necesidades políticas coincidentes entre los países hispánicos. Lo que interesa es señalar la substancia y los rumbos de esta espontánea, incoercible actividad política derivada de la Hispanidad.

Desde luego, es claro que la comunicación, la colaboración y la asistencia entre las naciones hispánicas, tienen que ser de un grado superior, por la intensidad y la calidad, al que normalmente prevalece en las relaciones entre pueblos no participantes de factores vitales comunes. Inglaterra y los Estados Unidos han ilustrado brillantemente esta tesis en el actual conflicto mundial. Naturalmente, no pensamos en efusiones líricas y meras constataciones teóricas de un parentesco inútil, sino en una vida internacional que teja entre nuestros pueblos, inclusive en el terreno económico, relaciones sólidas, abundantes, estables, unificadoras de conciencia y creadoras de una rica solidaridad orgánica. Cuando se piensa en el aislamiento de nuestros centros de cultura, tanto entre los países hispánicos del Nuevo Mundo, como respecto de España, en el casi totalmente nulo intercambio comercial, en la falta de vías terrestres y marítimas de comunicación, en la existencia de un sistema aduanal congruente, en la ignorancia recíproca en que hemos venido viviendo, estamos ya señalando las exigencias perentorias de la política internacional que un mexicano egregio, Alemán, vio y preconizó genialmente en el tiempo oportuno; pero que jamás ha sido seriamente intentada después. Interiormente, un grandioso programa de alumbramiento de los olvidados veneros de nuestra

identidad nacional, de rectificaciones honradas, de reanudación de nuestro presente a la tradición jurídica, a la vida municipal, a la organización agraria y al sentido paternal del Estado, sobre lo que España cimentó la edificación de nuestras Patrias; pero, más que todo, de continuación de la tarea redentora del mestizaje en inéditas formas reclamadas por la coyuntura histórica presente y de fidelidad a los factores vertebrales de nuestra cultura espléndidamente propia y universal al mismo tiempo, mana de las premisas que hemos dejado sumariamente establecidas.

Ya se habrá advertido que lo que vivifica y actualiza, con intacta novedad de génesis, las normas, las tesis, los ímpetus y las relaciones de este vigoroso anhelo, que tiene definitivamente acuñado su nombre –Hispanidad–, no puede ser de ninguna manera algo episódico, contingente, local, ya sea que ocurra en España o en cualquiera de los países hispanos de América; tiene que ser, por el contrario, algo de dimensiones universales y eternas, con la alta ubicación de todas aquellas combinaciones del espíritu que son capaces de iluminar y conducir a la humanidad entera:

Es la noción plenaria del hombre, organismo sensible y espíritu inmortal; es la afirmación, la defensa y el goce de una acúneme cristiana, justa, ordenada, generosa; la participación en una cultura integralmente humana, es decir, tendida como una escala perfecta desde lo terrestre hasta lo infinito; es la postulación de una doctrina política que hace de la comunidad y del soberano auxiliares del destino del hombre, y de éste un sujeto responsable de su propio bien y del de sus semejantes; que organiza jerárquicamente las comunidades sociales, protegiendo especialmente a las más próximas a la persona humana –la familia, la profesión, el Municipio–, y dotándolas de fueros, estatutos y patrimonios de ejemplar eficacia; la doctrina política que Vitoria y Suárez llevaron a formulaciones, no superadas todavía, refrenando la predisposición despótica del Estado y declarándolo súbdito de la ley moral, sujeto responsable y punible; la doctrina que definitivamente subordinó el poder a la norma

de justicia y fundó el Derecho Internacional. Es la idea de la valoración preeminente del espíritu sobre la materia, cimiento para una concepción de la vida no como negocio ni bienestar, sino como misión y, consiguientemente, inspiración de una conducta que repugna el cálculo y alegremente asume los más duros sacrificios.

Es, en suma, alma de la Hispanidad el espíritu mismo que, recién lograda la unidad de España, salvó a Europa de un total derrumbamiento y edificó la América española.

EN LA VORÁGINE

Este torbellino de la guerra arrastra con pavorosa succión al mundo todo. La propaganda asalta con infatigable tenacidad los refugios, cada vez más escasos, del juicio y libre y justo. Es una especie de locura contagiosa la que va engrosando sin cesar la imponente multitud de los frenéticos y de los violentos.

Es natural, pero no por ello menos lamentable, que presenciemos en gran escala el fenómeno de psicología patológica y de claudicación moral de Benda, entre las dos guerras, o sea durante el armisticio de veinte años, bautizara con el nombre de *la trahison des clerics*. Los intelectuales están más cerca del corazón de los problemas humanos y más fuertemente abrazados por ellos y, contra lo que se cree comúnmente, cultivan la vanidad y otras pasiones enemigas de la inteligencia con devoción mucho mayor que la que el resto de los mortales les dedica. Es normal que fácilmente incurran en psicosis de exaltación, que no dejarán de alimentar con datos, argumentos y galas que el hombre de la calle no tiene a su disposición. Por esto precisamente la desertión de los selectos vacía los cuadros de los servidores de espíritu, siempre escasos y débiles. En las actuales circunstancias esa desertión está produciendo verdaderos estragos.

* Revista *La Nación*. Año I No. 3, 1 de noviembre de 1941. Pág. 8.

Sus manifestaciones son innumerables. Unas cuantas solamente mencionaré en estas líneas, personalmente observadas con fatigosa frecuencia:

Desde luego, una indudable inhibición de la postura valorativa adoptada al principio de la guerra, una ruptura de la articulación directa con los motivos –culturales, éticos y jurídicos– determinantes de la conducta inicial, que acentuaba enfáticamente esos motivos con absolutamente válidos en sí, para substituir tal actitud por una especie de irrevocable juramento de fidelidad a las fuerzas –a los países– que encarnaban la afirmación y defensa de aquellos valores. El desplazamiento, claro está, se explica por una identidad arbitraria entre bandera y abanderado; pero la explicación no es más que eso y presupone la realidad del hecho. “Los principios” no son ya premisa y medida para el juicio insobornable incluso de sus propios propugnadores. Ahora estos son fuentes de justificación y criterios de verdad, amparados por un fuero inusitado y superiores a toda posibilidad de juicio.

Además, un notorio anquilosamiento, o al menos una renuncia practica la libre agilidad del espíritu. El síntoma más certero de esta dolencia es la insensibilidad a la contradicción. Yo he confiado siempre repugnantes a la naturaleza humana, impensables como formas victoriosas de la vida social, el totalitarismo comunista, suma y combinación de errores y males destructores de la cultura cristiana, y el totalitarismo nazi, su hermano enemigo. Si son esencialmente incompatibles conmigo, persona humana, y con la comunidad en que naturalmente vivo para cumplimiento de mi destino personal, esta incompatibilidad es cierta cuando los sistemas abominables son cómplices y cuando riñen entre sí. Los anticomunistas entusiastas de la alianza rusa son inválidos de la inteligencia, tanto como los proclaman a Hitler campeón de la civilización cristiana defensor del Occidente. Las dolorosas cabriolas en la cuerda floja del oportunismo no remedian nada ni disimular nada.

Otro aspecto del mismo mal: En este caso de los valores del espíritu, si no nos sintiéramos hundirnos en la sombra, bastaría para convencernos del oscuro

nafragio de la defeción de la universalidad. Casi todos la abandonan. Un atentado que cometido por tal banda y en tal continente suscita condenaciones airadas, es cuidadosamente disfrazado, compungidamente disculpado o cínicamente aplaudido si es el otro bando el que lo perpetra y tiene por escenario otro continente. Lo curioso –trágicamente curioso– es que, amontonando contradicciones, este particularismo llega a formar sociedad monstruosa con el desprecio de los intereses de México, por fortuna coincidentes con los más ilustres postulados del espíritu: paz, justicia, libre y ordenada vida nacional, colaboración internacional para el bien.

No terminaría nunca esta descripción, inevitablemente breve, si quisiéramos sobrepasar las sumarias exigencias del bosquejo. Mencionaremos ya solamente otros síntomas de psicosis que hemos venido analizando, el cual desfigura lamentablemente la fisonomía de sus víctimas: la ferocidad. Descorazona la regresión a la barbarie de intelectuales que a veces, además, son cristianos. La intransigencia rencorosa con la que lanzan anatemas sobre quienes no se someten a la pauta de su fanatismo y el odio exaltado con que cargan sobre los pueblos los crímenes de los Estados que los oprimen y distribuyen predestinaciones implacables a la extirpación o a la servidumbre, proceden de la misma raíz.

Necesitamos salvarnos del vértigo, preservar en la tempestad la llama insubstituible de la conciencia, abrazarnos a los principios universales y jugar con ellos lúcidamente inflexiblemente, caiga quien caiga. Necesitamos ser fieles, al espíritu. Sólo así podremos salvarnos como hombres y como nación.

En las últimas semanas, dos episodios iluminaron la siniestra entraña, no de la vorágine misma, sino de remolinos accesorios en países todavía no lanzados a la guerra: El Presidente Roosevelt hizo el primero de octubre declaraciones inverosímiles, atenuadas después como resultado de las protestas que provocaron: “...la Constitución Soviet provee a la libertad de culto religioso y a la libertad de conciencia, esencialmente de la misma manera que se provee a esa

libertad en los Estados Unidos”. Es que la alianza rusa está haciendo estallar los cauces mentales de los pueblos constreñidos a la absurda asociación. Ninguna ventaja militar podría compensar la dislocación de estructura que arruina el sistema de motivaciones en que descansa la convicción de los países que luchan contra el Eje y de quienes desean su victoria. En Inglaterra misma, zonas insospechables de la opinión nacional no ocultan su repugnancia y aún entre altos funcionarios del Estado suelen ocurrir incidentes reveladores de inquietud.

El otro caso aconteció en México. Cuando mexicanos prominentes –Esquivel Obregón Junco, Méndez Plancarte, Guisa– dos de ellos, por lo menos, decididos y activos no incondicionales– partidarios de Inglaterra, tuvieron que prescindir de un viaje a España, donde habrían de asistir a una reunión del Consejo de la Hispanidad, por negativa de la visa de sus pasaportes por las autoridades británicas, a consecuencia, según parece, de una mal intencionada información del corresponsal de un periódico de Nueva York. Ahora que la represión del sabotaje está a la orden del día, deberían ser castigados los responsables de semejante hazaña, que parece estudiada para sabotear las posibilidades de amistad y colaboración entre los países hispanoamericanos y los Estados Unidos, para ofender la opinión libre de México. ¿Es que se trata de vaciarnos de nuestras esencias vitales? Se necesita estar ciego para no ver que el bloqueo espiritual no es camino de amistad para un pueblo digno y que a nadie puede exigirse sin injuriar que reniegue de su propia identidad, de su estirpe y de su espíritu.

En el renacimiento, Luis Vives condenaba las guerras de España, su propia patria. Nos llegan ahora briznas luminosas de parejas fidelidades al imperio indestructible del Espíritu. En Fulda colectivamente y aislados después, obispos alemanes reivindicar los derechos cristianos contra la aplastante gravitación del régimen nazi. Así, por ejemplo, el Arzobispo Groeber, de Friburgo en Brisgavia.

Este es el tipo del verdadero “clerc” que no traiciona, el que se abraza al espíritu y al absoluto y domina el tumultuoso de lo circunstancial.

IMPOPULAR MONOPOLIO POLÍTICO

Una cosa es hacer de la necesidad virtud y otra, infinitamente diversa, explotar desvergonzadamente una situación desafortunada. Esto último hacen los miserables que, para desahogar rencores sectarios, para fortalecer la explotación del impopular monopolio político oficialmente designado con el nombre de democracia revolucionaria, para perseguir mexicanos, invocan direcciones, intereses y consignas norteamericanas, aprovechando la difícil posición en que México ha quedado colocado dentro de la crítica coyuntura internacional. Sería explicable, pero de todas maneras punible y antipatriótico, que lo hicieran enemigos feroces del régimen. No tiene nombre suficientemente reprobatorio la conducta de integrantes del régimen mismo que se hacen responsables de semejante aberración.

Para impedir la proyectada colonización de la Baja California por sinarquistas, en la Cámara baja varios diputados del P.R.M. se constituyeron en defensores de los Estados Unidos, obsequiosos guardianes de su susceptibilidad, intérpretes de su opinión. Poco después el pequeño demagogo impertinente que no

* Revista *La Nación*. Año I, No. 4, 8 de noviembre de 1941. Pág. 8.

se resigna a abandonar el puesto de “válido” y sigue siendo una especie de ministro sin cartera de la desintegración nacional, hizo que la organización obrera que él no ha dejado de dirigir y que no ha dejado de ser el caballo de Troya del comunismo en México y en los demás países hispanoamericanos, denunciar la existencia de una imaginaria organización nazista, activamente antagónica de la “defensa continental”, es decir, del interés político y militar de los Estados Unidos. La denuncia sería seguida naturalmente de la designación, de los proscritos.

El Presidente de la República rechazó la gestión de los representantes del P.R.M. y la Secretaría de Gobernación desmintió al pequeño demagogo. El Gobierno procedió con cordura y patriotismo. Pero todavía queda mucho por hacer, si es que se quiere evitar que el “brindis del Desierto” se convierta en “conquista revolucionaria”.

Hay una categoría nueva de cristianos que hubiera escandalizado a Erasmo. Jinetes de la línea de frontera y virtuosos del equilibrio y de la mano tendida; aparentemente familiares del desfiladero, aunque a menudo tienen bien escogido el muro roqueño de la seguridad terrestre en que se respaldan. Padecen la psicosis de la componenda y todo lo sacrifican a la búsqueda de puntos de encuentro y colaboración con los enemigos de su fe. Hasta llegan a sentirse, en plena tarea de defección práctica, un poco misioneros entre infieles.

Rara vez se les ocurrirá a trabajar dentro de su propio campo por las reformas de disciplina religiosa o de organización social que juzgan necesarias; pero sienten o fingen una resignada simpatía por el cauterio extraño, por la embestida revolucionaria que arrasará el orden existente. Esta será la purificación.

Hacia la izquierda, todo lo ven disculpable y encaminado, a través de la persecución, al amanecer de una nueva cristiandad vagamente socialista. Hacia la derecha todo es negro, enmarañado de complicaciones incorregibles, merecedor de la sangre y el fuego.

No conciben la iglesia sino presentando la mejilla derecha para el segundo puñetazo o interminablemente crucificada. Esto elimina un molesto problema: el de la obligación de luchar por sus derechos.

La guerra civil de España ha sido el más eficaz agente provocador de la exhibición de estos curiosos ejemplares patológicos.

Salviano, en sus *De Gubernatione Dei* (hacia 445), aventuraba una explicación providencialista de la destructora innovación del Occidente por los bárbaros: Los cristianos habían caído en injusticia y corrupción, mientras que los germanos, aún que arriarnos, se conservaban primitivamente puros.

Es sorprendente el desenfado con que los hombres, especialmente los historiadores y los moralistas, asumen la administración de las intenciones divinas. Si al menos se limitara a interpretaciones especulativas. Pero si Atila merece el mote de “azote de Dios”, hay quienes se creen obligados a ser rabiosamente atilistas y aún a compartir el uso de la tea y el alarido.

El desenfreno fiscal es una de las pestes políticas más destructivas. Hay una muerte fiscal de los Estados y de los imperios, una verdadera muerte, no un mero empobrecimiento. Abusan los gobernantes de la tributación impecablemente, siempre bajo pretexto de bien público. Lo que hacen es demoler la consistencia social. Hay sistemas fiscales que merecían el castigo de la traición.

Orosio, contemporáneo de la agonía del Imperio Romano, dio testimonio de que los iberos “preferían una pobre libertad entre bárbaros al apremio tributario de Roma”. Menéndez Pidal comenta: “He aquí la causa principal de la fragmentación del imperio”.

LA AMÉRICA DE LA MIGRACIÓN

La tragedia de América, o, simplemente, la historia de América, consiste en el desequilibrio resultante de una vertiginosa concentración de poder en una nación formada por la conjunción de abundantes corrientes migratorias europeas en un inmenso y privilegiado recinto geográfico, junto a la inerte desarticulación de países irreduciblemente diversos de aquella por la composición racial, por el procedimiento genético, por el ritmo de su orgánico desarrollo, por la estirpe cultural, por la motivación vital y el sentido histórico; países de lenta, titubeante y dolorosa formación, patéticamente confrontados con el angustioso problema del ser y olvidados del poder, indigentes en lo económico, aunque dueños de posibilidades ilimitadas, militarmente débiles, políticamente desorientados, olvidados de sí mismos, ciegos, o, mejor dicho, escépticos ante la espléndida promesa de su recíproca comunicación, ante su ineluctable vocación de unidad.

La mecánica de las fuerzas humanas exigía que el sistema americano se formará como gravitación subordinada de las naciones hispanoamericanas alrededor de los Estados Unidos, centro y poder dominante en el continente

* Revista *La Nación*. Año I No. 5, 15 de noviembre de 1941. Pág. 8.

occidental. Ellos han cuidado sin interrupción, con admirable agilidad, la permanencia y robustecimiento de esta relación, dogmático esquema de su política internacional. Nosotros, en cambio, ni siquiera hemos sabido descubrir las fuerzas espontáneas, tenaces, congénitas, que todavía no salvan de la total alineación y que pueden asegurarnos la perenne identidad nacional e introducir en América normas de verdadera amistad y colaboración.

Esas fuerzas actúan en silencio, son eficaces aún en la defeción de los Estados, no dejan de manar esperanza y porvenir, de contrarrestar la perversa virulencia de los factores de desintegración. ¡Cuántas veces nuestros pueblos restablecen en la sagrada fortaleza de la conciencia, cercada de la opresión y de fraude, el Imperio de las verdades encarnecidas, es el decoro de las patrias traicionadas, la jerarquía inflexible de los valores subvertida por sus representantes oficiales! En este profundo y riquísimo aluvión están ancladas las raíces del ser y del destino de América. El árbol ha sido cortado en incontables ocasiones; pero reverdece con magnífica tenacidad y algún día será alto, fuerte, frondoso.

No entendemos nunca la dinámica de las relaciones americanas si no consideramos en primer término el fenómeno básico de la diferencia entre los Estados Unidos y las naciones de origen español y portugués, por brevedad unida bajo la denominación "hispano-americanas", que, por lo demás, corresponde a una sustancial unidad genealógica y etnográfica entre España y Portugal. Me estoy refiriendo no sólo a una diferencia de constitución, sino de aptitud y sentido del movimiento.

La colonización de Norteamérica y su formación nacional, durante un período histórico que dura hasta muy avanzado el siglo XIX, pueden sintetizarse en tres simples fórmulas: migración europea, dominio económico del suelo, fusión racial y política de inmigrantes. En realidad, el americanismo de los Estados Unidos tiene un sentido meramente geográfico. Son un desplazamiento europeo a escenario americano. Claro está que un sujeto singularísimo y una historia propia surgirán del crisol; pero el nuevo dato humano específicamente americano,

de radical y originalidad, es hijo de otro linaje y fruto de otras empresas. No existe el mestizaje en Norteamérica. El *melting pot* pudo situarse en cualquier cruce europeo de rutas y fronteras, con idéntico resultado en cuanto a la elaboración de un tipo inédito de hombre. Hay que buscar el coeficiente diferencial de norteamericano en otras zonas: la telúrica y la histórica.

El inmigrante no viene a salvar almas ni a crear una nueva raza. No es padre ni apóstol. Deja Europa para luchar por una situación propia de libertad y bienestar en un continente sin persecuciones, sin ahogos económicos, sin presión social asfixiante. Millares, millones de otros europeos emprenden la misma aventura. No se trata de construir desde los cimientos una civilización nueva. Ya tienen y traen consigo una civilización y se ponen a aplicarla al medio físico y social en que van a vivir. Los mueve una voluntad de poder para el bienestar. Ni pensar en la fusión de sangre y destino con el indio. Estorba y se le suprime. Esta área de blancos, –no vocación, ni esperanza, ni tragedia, ni salvación de las razas autóctonas–, la edificación nacional. Hay que neutralizar, paralizar las fuerzas capaces de oponerse a la marcha decidida hacia la riqueza, hacia la seguridad, hacia el poder. Por eso la tolerancia, la democracia igualdad de oportunidades, *the american way of living*. Impertinencia pura y verbosidad latina toda disputa fundamental, es decir, que comprometa a fondo la vida y la suerte, sobre cuestiones religiosas, filosóficas, y, en suma, radicalmente espirituales. Eso es cosa de desocupados, achaque de épocas teológicas irreversiblemente caducas. Esta no es obra de eruditos, ni de misioneros, ni de gloriosos capitanes, sino de *pioneer*, brecheros del progreso sin término. Cuajada en espléndida realidad la experiencia portentosa, precisa defenderla de amenazas interiores y exteriores. Así nace la constitución federal y, desde los primeros años de vida independiente, una política internacional seguida con inteligencia y fidelidad admirables: el “sistema” americano, incompatible con el europeo; el horror a enredarse en el embrollo europeo –el dogma del *non entanglement*–; la posición tutelar y dominante de los Estados Unidos sobre todos los Estados

americanos, celosamente defendida y reforzada sin cesar. El norteamericano y su nación se aplicaron tenazmente a una obra que se define por una palabra sola: poder.

Soprendente la miseria arquitectónica de sus orígenes y del tiempo todo de su formación, especialmente si se le compara con la deslumbrante abundancia monumental de Hispanoamérica, floreciendo de una gran cultura con decisión de eternidad. Es que si se vive en marcha, con dinámico afán de explotación y de conquista, o muy poco más, es la única habitación posible. Cuando la nación está hecha, lograda y madura la enorme empresa de bienestar y poder, de poder para el bienestar, el rascacielos, eficiente y desmesurado, brotara como espontánea flor arquitectónica del genio nacional.

Parece al mismo tiempo demasiado gratuita, demasiado simple y grávida de premisas absurdas la afirmación de que los Estados Unidos son una gran potencia económica y política porque se han dedicado a serlo. Sin embargo, tiene hondura insospechada esta proposición. El “tiempo” de las migraciones, aún de los más gigantescos desplazamientos, es incomparablemente más rápido que el de la formación y crecimiento orgánico de un pueblo por intersección de razas distantes y trasplante de una cultura, no al desierto, sino a países o regiones dominadas por otras formas de vida, radicalmente antagónicas.

La migración es una aventura ágil y engendra sociedades en infancia, robustas y activas. Es lenta, en cambio, entrañablemente lenta, la gestación de una patria verdaderamente nueva; es tardío el nacimiento; y difícil; las debilidades y titubeos de la infancia suelen durar siglos y la juventud es pródiga en errores desviaciones, apasionamientos y querellas. Esto no es mera interpretación metafórica de la historia ni optimista afán de disculpar defectos y responsabilidades notorios.

Si la sociedad en sus diversas formas es una realidad viviente alguna especie de validez tendrán respecto de ella las normas meramente biológicas, aún cuando sea en estratos sumergidos bajo la indudable preeminencia de los factores espirituales tanto individuales, como colectivos.

LA AMÉRICA DEL MESTIZAJE

A nosotros, hispanoamericanos, un fenómeno característico nos distingue: el mestizaje, nuestra debilidad y nuestra grandeza, meta y gloria de la colonización española y gran premisa decisiva de nuestra existencia nacional y de nuestro porvenir hispanoamericano. Es necesario insistir en esta idea central, vital, verdadera idea eje de todo programa y de todo esfuerzo de salvación.

No ha habido en la historia del mundo y ejemplo que supere, ni siquiera que sea comparable, al de la realización práctica de la tesis cristiana de igualdad radical de la especie, que tuvo como escenario a América y como protagonistas a España y a las poblaciones indígenas que aquí encontraron nuestros padres.

El imperialismo moderno, en sus empresas coloniales más eximias –prescindimos de vergonzosos episodios de rapiña, opresión y crueldad que por desgracia son la materia prima de esta sección de la historia contemporánea– no llega más allá de la técnica de explotación económica de los recursos naturales, la favorable transformación de las condiciones de vida material de las poblaciones conquistadas –higiene, comodidad– y un eficaz sistema de policía. El contacto, el abrazo humano esencial, no se realiza ninguna

* Revista *La Nación*. Año I No. 6, 22 de noviembre de 1941. Pág. 9.

parte. Al margen y a pesar de la acción colonizadora propiamente dicha y en una escala generalmente mínima, hacen su obra los misioneros, limitada al terreno estrictamente religioso de la conversión. Pero la tarea misional no es la esencia ni la justificación de la empresa, como lo fue en nuestro caso. Los Estados colonizadores no tienen derecho de abonar en su haber los resultados de esta noble tarea. En todo caso la comunicación generosa de cuerpos y almas entre las dos razas yuxtapuestas no es ni siquiera intentada. España creó una raza nueva, biológica y espiritualmente. La colonización moderna sólo ha sido capaz de concubinatos subrepticios o cínicos, formas estériles de una servidumbre oprobiosa. Un hombre nuevo y un destino común aquí: nosotros, desde entonces. Fuera de aquí y ahora, relaciones de producción y de dominio, precarias, inhumanas, infecundas. El español se unió con el indio para ser, durar y salvarse unidos, unos. En todos los demás tipos de colonización el hombre de color y el blanco viven en hostil aislamiento colindante. La economía es la única obrera de puentes entre ellos. La sangre y el espíritu permanecen extraños, por agotamiento de las energías cristianas que hicieron el milagro de América.

La espina dorsal del sistema colonial español, desde los Reyes Católicos hasta la Independencia, consiste precisamente en lo que implica esta sola palabra: mestizaje. Había que hacer del indio un sujeto de salvación, un cristiano; había que favorecer, por las alianzas inter-raciales amparadas por la ley y bendecidas por la religión, la formación de un pueblo nuevo, occidental y americano; había que crear un gran renegocio no una gran explotación continental, sino naciones originales con vida inminente, con organización jurídica y política de tipo europeo, integrantes de una comunidad supra-nacional, el imperio, y capaces de destino propio; había que entregar la cultura cristiana en su forma entonces superior a la ávida solicitud de sociedades en proceso de portentoso desarrollo, rápidamente maduras en los centros de irradiación civilizadora y apenas nacientes en las zonas de contacto, cada vez más lejanas, pero siempre agobiadoramente extensas, entre la fuerza misional y la barbarie.

El ímpetu creador, anhelo impaciente de joven paternidad, no ha tenido igual nunca, en ninguna parte. La Utopía de Santo Tomás Moro fue la flor suprema de Renacimiento y si pudo hacerse fruto en el Nuevo Continente –los hospitales de Don Vasco de Quiroga y las Reducciones paraguayas– es porque aquí el espíritu alcanzó una primaveral exaltación sobrehumana.

Una sociología perversa y radical equivocada condena el mestizaje como suma de las debilidades y defectos de razas distantes por el nivel de civilización y por los caracteres somáticos, cuya función determina un producto humano incurablemente inferior. A él atribuía concretamente los infortunios de México y otras naciones hispanoamericanas, negándoles remedio y esperanza. Por desgracia, tesis tan inhumana y tan falsa ha sido compartida por pensadores nuestros, en crisis de fallecimiento pesimista. No han sido capaces de advertir que nuestra historia constituye, por el contrario, una abrumadora evidencia en favor del mestizaje, por las realizaciones positivas que en todos los órdenes de la cultura, de la vida social y de la elevación personal logró desde sus primeras generaciones y logra todavía la raza nuestra, hija de la española y de la indígena; así como explicarse en gran parte, si no es que totalmente, nuestras turbulencias, debilidades y retrasos, precisamente por insuficiente mestización de nuestras poblaciones.

Supongamos que la mezcla racial se hubiera generalizado en México, uniformándose el tipo humano resultante no sólo corporalmente, sino en cuanto a la participación en un estilo común de vida, en un nivel igual de cultura y en condiciones de civilización aproximadamente. ¿No hubiera resistido mejor la comunidad mexicana la invasión nociva de factores extraños, de disgregación? ¿No hubiera sido posible y aun fácil la interna normalidad orgánica por la clara conciencia de las metas y valores esenciales de la vida colectiva, por la actitud ética y política para una conducta social razonable y bien orientada? ¿No se habría eliminado un factor fatal de inestabilidad, de regresión y de violencia: la masa enorme de indios que viven primitivamente; muchos precortesianamente,

segregados de la vida occidental, en miseria física, en postración moral y en sombra intelectual que claman al cielo, en perpetua disponibilidad para la depresión y la revuelta que no son capaces de entender ni aprovechar, carne de cañón y rebaño de demagogia? ¿No hubiera correspondido al esquema demográfico de nuestra hipótesis un abundante artesanado, una clase campesina apta para la pequeña propiedad rural, una restricción del proletariado indigente y, en suma, un equilibrio económico y un orden social cimentados en realidades y en principios justos y nobles?

El mestizaje es la política de la Redención. No suprime ni desprecia al débil, al salvaje; sino que lo eleva y lo salva. Más aún, renueva al viejo Adán y lo instala, otra vez joven y vigoroso, en un nuevo paraíso. Como a toda redención le precede una pasión cruenta. No es un buen negocio éste de suscitar en la historia, para inéditas aventuras del espíritu por caminos siempre ascendentes, naciones destinadas al señorío y a la libertad en territorios propios, que fácilmente pudieron ser presa de Estados poderosos y explotados con su propia gente o con mano de obra indígena. Todo depende de la idea que de su misión colonizadora tengan esos Estados poderosos el día de su victoria. Por fortuna nuestras patrias nacieron de una idea misional, la española, genuinamente cristiana, de la única idea cristiana de colonización que ha podido actuar con relativa eficacia en el mundo.

El proceso de formación del nuevo pueblo tiene que ser penoso y prolongado, incomparablemente más duro y largo que la más ingente empresa migratoria.

En cuanto a México, tal vez como ningún otro país de América, con haber sido aquí tan extraordinariamente intensa la acción civilizadora de España, sufrió la prematura interrupción del proceso que, de haber continuado desarrollándose hasta su término, hubiera consumado nuestra unificación nacional y cultural. La tarea estaba apenas comenzada.

Se interrumpió desde antes de la Independencia y ésta vino a cortar, de hecho, las posibilidades de continuación, no por aspiración espontánea

del pueblo que, por el contrario, deseaba precisamente seguir la marcha hacia arriba, por los caminos de la hispanidad, abandonados incluso, por la dinastía española; sino por artificial y obstinada aberración política, probablemente de origen extranjero victoriosamente empeñada en volar los puentes de nuestra comunicación natural con España. No lamentamos, ni mucho menos, la Independencia; antes bien comprendemos que, cuando ocurrió, nuestra vinculación política con la Madre Patria no constituía una articulación vital puesto que España misma sufría desnaturalización y abatimiento, presa en las redes de una política antinacional y claramente inferior. Lo que lamentamos es que, apenas dueños de nuestro destino, lo traicionáramos, cerrando los ojos a lo que era y sigue siendo necesidad primaria y deber imperioso: la continuidad de la obra unificadora de razas, niveladoras de diferencias, dispensadora de cultura y de salvación para el indio, es decir, el mestizaje, esfuerzo y gloria de España.

MISIÓN Y DEFECCIÓN

En un reciente artículo, André Siegfried, el universalmente conocido escritor político –esta es la nota específica de su obra copiosa, penetrante, múltiple–localiza, en el desastre de Francia, una de las líneas de fractura precursora de la ruina del monumento venerable: la desmoralización del funcionalismo. Toma como epígrafe un texto de Montesquieu –“Cuando, en un reino, es más ventajoso hacer la corte que cumplir el deber todo está perdido”–. Evoca el espíritu de servicio, de dignidad, de colaboración con el poder público para el bien común, que llegó hacer de la burocracia una especie de aristocracia republicana, emparentada en cierta manera con el sacerdocio y el magisterio –el magisterio anterior al degradado y degradante que en la tercera República fue el peor agente de infección marxista, es decir, de disolución social–. “Bien sabemos que durante todo un siglo, nuestro país ha reposado sobre su estructura administrativa: en los cuadros inferiores, rutina de la conciencia profesional; en los cuadros superiores, honor de servir a la nación”. Preparó y desencadenó la catástrofe, es decir, la desnaturalización del Estado y su corrompida impotencia, un simple cambio de sentido de la relación burocrática: la noble tarea participe

* Revista *La Nación*. Año I No. 7, 29 de noviembre de 1941. Pág. 11.

del apostolado se convirtió en el mercenario alquiler de habilidades egoístas y casi siempre inexistentes; el “funcionario” pasó a ser asalariado y el Estado un mal patrón.

Nosotros tuvimos también una burocracia honrada, eficiente y aún, en ocasiones, ejemplar. No llegó, si se quiere, a tener la importancia y el brillo que alcanzó la administración francesa en su época mejor, pero era limpia y decorosa, y, en las zonas más modestas, las que precisamente por serlo quedaban a salvo de las substituciones y vaivenes que la política no deja de provocar dondequiera que haya un puesto codiciable, subió a un alto nivel de capacitación y de conciencia de misión.

Toda revolución es, entre otras cosas, un voraz asalto al presupuesto. La afiliación facciosa es un título incontrastable para el desempeño de las funciones públicas. La administración renueva a sus cuadros y sacrifica precisamente a los honestos y aptos, a los que no tienen “méritos revolucionarios”, para entronizar a los sectarios, muchas veces capaces y violentos. La Revolución mexicana desorganizó y corrompió al cuerpo burocrático. Mencionamos los principales capítulos de su responsabilidad.

En primer lugar, la deliberada, explícita, cínica suplantación del Bien Común por el interés del partido. Ya no se sirve la Nación, se da gusto al partido. El puesto público no es una noble misión que la comunidad necesita, paga y aprovecha para beneficio de los hombres que lo integran; sin oportunidad de satisfacer rencores, de cumplir consignas, de hacer propagandas oprobiosas, de perseguir y tiranizar conforme a las exigencias de la secta. Él empleado ha de ser, ante todo, un dócil instrumento del partido. Lo demás es secundario. Ya se comprende cuáles eran los criterios de selección y qué rendimiento dará un personal así escogido y sujeto a normas y disciplinas tan antisociales y absurdas. En cuanto al burócrata mismo, su integridad personal, su decoro, es lo primero que la administración niega y encarnece. Un bibliotecario, o un ingeniero de obras de irrigación, o un honrado contador fiscal, para no ser lanzado a la calle,

ha tenido que aplaudir la persecución religiosa, hazaña de cafres sanguinarios, ha tenido que desfilar ignominiosamente por las calles de la ciudad apoyando la educación socialista y el artículo tercero constitucional que la consagra, paga periódicos que no lee, está inscrito en un partido que abomina y desprecia, ha respaldado innumerables veces y por motivos inverosímiles a importantes o insignificantes figuras del régimen, deseosas de organizar fraudulentas mascaradas que nunca han sido ni serán capaces de substituir a la opinión pública, ausente y ulcerada. Y no son estas las peores humillaciones impuestas al servidor del Estado, víctima también del ominoso sistema.

Otro de los aspectos y raíces del mal consiste en la hipertrofia burocrática, llevada a extremos criminales por las administraciones anteriores. Para colocar a la clientela política se ha acudido a la creación, por millares, de puestos absolutamente innecesarios. La cantidad de zánganos que los contribuyentes tienen que mantener es pavorosa. El presupuesto y los impuestos se persiguen sin alcanzarse en una carrera semejante a la que sostienen precios y salarios. Hay inspectores, contribuciones, placas, tarjetas, oficinas y reglamentaciones para todo y los servicios públicos están cada vez peores. Nos perdemos en una selva de exigencias, fiscalizaciones, infracciones y castigos, en la que pululan el cohecho y la mentira, la explotación sistemática del particular por el empleado público, el papeleo retardatario, el abuso y el engaño. Está radicalmente falseada la relación entre la autoridad y el súbdito, gracias en gran parte al enjambre de los burócratas inútiles, verdaderos salteadores impunes en los caminos inevitables que comunican a gobernantes y gobernados. Peor aún: el Estado paga a los agentes de su propia disolución y de la ruina nacional, acogiendo incluso a agitadores extranjeros de reconocida eficacia destructiva. Se necesita una gran decisión y una extraordinaria energía para simplificar y limpiar la administración; pero es indispensable y urgente hacerlo. El estadista que realice esta tarea salvadora habrá merecido bien de la nación.

Finalmente, hay que decir una palabra de lo que es culminación y síntesis del proceso de desintegración administrativa que nos sirve de tema: la sindicalización comunizante de los servidores del Estado, que el régimen anterior inició y realizó hasta dejar montado, pieza por pieza, el más seguro mecanismo de paralización de las funciones públicas, de traición a los deberes y prerrogativas naturales de la autoridad, de complicidad con los factores activos de subversión, de agitación demagógica y de caótica anarquía, que pudiera discurrir un enemigo del orden social, extraordinariamente malévolo o inconsciente. Si el dogma de la lucha de clases es transportado a los órganos mismos de integración del Estado, el ejercicio normal de sus funciones, la disciplina estricta y la unidad, imprescindibles para ser y actuar, quedan frustrados sin remedio. Si el Estado es un patrón explotador y el funcionario o empleado público un asalariado, víctima de esa explotación; en otros términos: si en vez de estar unidos en un noble y común servicio nacional, es una misión, chocan en irreconciliable disputa de salarios, jornadas de trabajo y prestaciones recíprocas, la colaboración es imposible, la función social queda subordinada a la querrela doméstica. Si en vez de ser el Estado autoridad imperante y órgano supremo de realización del derecho en la vida social, renuncia a este dato esencial de su propio ser para reconocerse susceptible de resistencia y enjuiciable ante una jurisdicción extraña por sus propios agentes, está perdido definitivamente. Tiene mucho de conciencia sindical el “Estatuto Jurídico de los Trabajadores al Servicio del Estado es más de lo que tiene trágicamente de derrumbamiento nacional”.

1942

NECESIDAD DE UNA DOCTRINA POLÍTICA

De la misma manera que la estructuración corporal del hombre se realiza sobre la columna vertebral y si esta falla el organismo todo se paraliza o se desploma, un ideario esencial y un sistema de adhesiones y repugnancias, de direcciones y disciplinas fundamentales, sostiene su vida espiritual. Para las naciones, una doctrina política activa es el equivalente necesario de aquella estructura. Los pueblos invertebrados son biológicamente inferiores, impotentes. El principio de su actitud vital, radica, como la supervivencia y el futuro del niño, en una sólida y normal osificación.

En este sentido, es decir como carente una doctrina política nacional, México es un país invertebrado.

El movimiento de independencia nació y triunfo por la acción de múltiples causas y convergentes que no llegaron a cuajar en doctrina. Abundan en él los datos negativos: resentimiento de los criollos, el rechazo de las fuerzas políticas y militares que estrangulaban la soberanía de la metrópoli, la inconsciente disponibilidad destructiva de las masas, instrumento de la demagogia.

* Revista *La Nación*. Año I No. 14, 17 de enero de 1942. Págs. 3.

El crisol está hecho de pasión generosa y anhelo de libertad; pero lo que no aparece por ninguna parte es la doctrina positiva, la articulación de tesis y afirmaciones capaces de sustentar la soberanía nacional. Es por esto que la emancipación tiene características de guerra civil. La invitación a la matanza de “gachupines”, que representa no sólo inútiles crueldades que ensangrentaron al amanecer de nuestra emancipación, sino el arrasamiento de los más vitales factores de nuestra identidad, se acompañaba lamentablemente de la aclamación inconsulta que evidencia la más radical de las desorientaciones: el “Viva Fernando VII” absurdo desde todos los puntos de vista, es decir, como homenaje personal al monarca lamentable, como postulación de una forma de gobierno recomendable para México, como símbolo de los valores españoles cuya persistencia se considera necesaria, a pesar de la ruptura de los vínculos de dependencia política respecto a la Madre Patria, o como bandera capaz de encender un ideal y de suscitar abnegadas decisiones de los mexicanos. Lo que debió ser una contundente, una definitiva afirmación nacional concretamente formulada en principios políticos claros, coherentes, certeros, no superó los niveles de la explosión pasional, del entusiasmo romántico y de la subversión violenta. Fue un movimiento de signo negativo.

Sin doctrina política propia y desecha la articulación con España, quedamos expuestos fatalmente a la virulenta invasión de tendencias extrañas y condenados a la imitación. El Primer Imperio inició las manifestaciones de esta dolencia imitativa que todavía nos paraliza, nos desfigura y nos destruye. Fue una mera reproducción de formas políticas sin raíces en la realidad nacional. Se derrumbó con la misma facilidad con que había sido improvisada. Al mismo tiempo, el poinsetismo operaba eficazmente la bien sabida inoculación de gérmenes patógenos en el tierno organismo indefenso: la ferocidad sectaria, la negación suicida de los factores constitutivos de la nacionalidad, la desvinculación y el olvido de los demás Estados Españoles de América, la participación subordinada en sistemas políticos extraños, fueron ya desde entonces enfermedad crónica.

Es desesperadamente pobre de sentidos vitales la miserable lucha entre centralistas y federalistas, que frustraba el porvenir de México en los primeros días de su libertad; es decir, cuando con urgencia inaplazable necesitaba hacerse. Estos no fueron sino los preliminares de la primera etapa imitativa de nuestra historia, la de imitación liberal, que, a su vez, se divide en dos grandes capítulos: El primero, de actividad combativa, se cierra en Querétaro en 1867 y contiene la Reforma antinacional demoledora del edificio espiritual y, económico, hogar nacional todavía grande y fuerte, en que México seguía viviendo; el Segundo Imperio, aventura romántica de príncipes liberales y solución formal, improvisada, inconsistente, de trágicos problemas radicales, caprichosa y pasajera sostenida por un soberano inferior a su fortuna, a su posición y a sus ambiciones; la Constitución de 1857, recopilación de teorías democráticas e individualistas, vegetación abstracta e inútil, en un país cada vez más necesitado del conocimiento y el respeto práctico de su realidad sangrante.

El segundo capítulo de esta etapa de la imitación liberal, desvanecido ya el humo de las batallas, se arrastra lucrativamente de Juárez a Porfirio Díaz. Como México no importa, sino los modelos imitados, hay que destruir los patrimonios comunales porque lo exige la economía clásica; hay que perpetuar la abyecta servidumbre política del pueblo de México, conservando en las leyes un mentiroso sufragio universal y una irrisoria apariencia democrática; hay que entregar el espíritu de la juventud a positivistas de menor cuantía, para que no pueda pensarse que ignoramos a Augusto Comte; hay que renegar de lo propio hasta el ridículo expresado de importar formas arquitectónicas poderosas, como la “mansarda” y verdaderos ejemplares de repostería que después la revolución recalentará costosamente. El orden exterior, la administración eficiente, el disimulo superficial, que fue incapaz no digamos de rectificación honrada, pero ni siquiera de verdadera tolerancia, dejarán intactos los problemas esenciales, cada día más graves, cada día más monstruosamente preñados de catástrofe inminentes.

Luego vendrá la segunda etapa de imitación extra lógica: la del socialismo internacional. Demagogia criolla alimentada con géneros marxistas de importación, desenfrenos vandálicos, persecución religiosa y acentuación de la dependencia exterior, llenan este periodo. El hogar ideológico está en Rusia y este es el punto de referencia de nuestra evolución social. La Constitución de 1917 irá siendo cada vez más reteñida de rojo y, sobre todo, el frente populismo y la organización y actividades comunistas encontrarán culminante simpatía y apoyo bajo la Presidencia del General Cárdenas. No habrá empresa de la Tercera Internacional en que no intervengamos dócil y torpemente. Es la revolución mundial permanente y dogmática nuestra tarea obligatoria y nuestra misión fundamental. El ser personal, la suerte propia e intransferible de México quedan a un lado; seguiremos viviendo en función de sistemas y causas extraños. La incurable manía imitativa persiste; sólo ha cambiado el tema.

Lo anterior explica las “constantes” de nuestra historia, invariablemente negativas, enconadamente destructoras de la nacionalidad: el monopolio violento del poder como estilo peculiar del Estado mexicano; la negación suicida de nuestras fuerzas vitales; la solidaridad obstinada en sistemas de opresión, en luchas injustificables, que reconcilia regímenes ferozmente antagonicos, como son los presididos por Juárez, Díaz, Carranza, Obregón, Calles y Cárdenas; todos por la espalda se estrechan la mano izquierda. La gráfica ondulante de nuestra historia política marca sucesivos momentos de culminación y depresión; pero estos últimos no implican remedio, sino fatiga en el continuo y único proceso de nuestra descomposición. Así desembocamos, naturalmente, en situaciones como la actual; así nos encontramos a la deriva en noche de tempestad.

Será venida esta crisis si es capaz de imponernos prácticamente de elaborar la doctrina política nacional, que nunca hemos tenido y que necesitamos con anhelante urgencia; una doctrina política construida sobre un concepto pleno y claro de la persona humana, del ser genuino de México, del destino

nacional, del deber de los mexicanos y de la misión del Estado; una conjugación de principios universales con datos concretos de nuestra realidad: una verdadera columna vertebral.

UN PROBLEMA ABANDONADO

Uno de los monopolios más ferozmente impuestos y mantenidos por la revolución en México es el del tratamiento del problema social, es decir, de las condiciones de vida de los trabajadores, sus derechos, su posición económica, jurídica y espiritual en la sociedad. Una lucha específica contra este monopolio es urgentemente necesaria y no ha sido emprendida hasta ahora en forma general y orgánica. Mientras no sea quebrantada, la verdadera política social, objetiva, desinteresada, limpia, permanecerá abandonada, por estridente que sea el alboroto organizado con ese nombre por quienes impiden el libre esfuerzo de elevación de los trabajadores mismos, y la intervención coadyuvante en la noble tarea de fuerzas morales y económicas hoy sistemáticamente proscritas.

El bien del trabajador no es en sí mismo el objeto actual del socialismo. No le interesa primordialmente el remedio de sus males presentes; sino su explotación política, su utilización como resorte de rebeldía, incentivo de la lucha de clases y aglutinantes de desesperación y de rencor que organice al proletariado para la destrucción del orden burgués y la implantación de la sociedad comunista en un futuro más o menos lejano. Este ha sido, a veces deliberado, a veces

* Revista *La Nación*. Año I No. 15, 24 de enero de 1942. Pág. 18.

inconsciente, el propósito rector en la política social de la revolución. Se declara permanente porque la conquista de la meta le quitaría su razón de ser. Por esto la facción dominante guarda celosamente el control de organizaciones obreras y campesinas privilegiadas y aplasta todo intento de sindicalización libre, todo esfuerzo de solución directa e inmediata del problema por fuerzas no regimentadas en la empresa monopolizadora. Por esto la ruina y la miseria no bastan para contener sus desenfrenos “ideológicos”.

Por esto también el saneamiento de las condiciones políticas de México es un prerrequisito para una honrada y eficaz reorganización social. Esto no quiere decir que la tarea deba ser aplazada hasta que haya sido posible transformar nuestra vida pública; sino que, emprendida desde luego, no hay que perder de vista la necesidad de un simultáneo esfuerzo político, dimensión imprescindible de toda acción constructiva bien orientada.

Pero antes de todo, precisa establecer nociones claras, premisas doctrinales en que los corolarios prácticos puedan fundarse sólidamente.

Hay dos capitales factores de perturbación el intento de formular bases concretas para una política obrera justa y sincera: por una parte, el conservatismo egoísta de los que falsean y degradan valores esenciales de la vida social –orden paz derecho de propiedad, remuneración de la iniciativa privada, libertad, jerarquía, cooperación de clases, unidad nacional, etc.– utilizándolos como pantalla que oculta privilegios y explotaciones indefendibles: por otra parte, la interesada deformación de tesis, hechos y metas por las diversas confesiones socialistas, todas ellas deslizándose fatalmente por su propio declive doctrinal hacia su concreción extrema, el comunismo, todas ellas identificando arbitrariamente aquellos valores con los abusos que tras ellos se ocultan y uniendo en la misma inapelable condenación unos y otros, el árbol imprescindible y la vegetación parasitaria, el enfermo y la enfermedad.

Para hallar el camino llegar al término a través de esta selva de pasiones, intereses y falsedades, plagada de trampas y desviaciones, precisa definir

claramente el punto de partida y el destino, ascender a niveles desde los cuales puedan dominarse con visión panorámica luego, apartar la maleza que borra y obstruye la ruta; finalmente, echarse a andar con decisión por ella, bien abiertos los ojos, firme y ágil la marcha, sabedores de asperezas, advertidos de riesgos, cautelosamente resueltos a evitar veredas y halagos. Es decir, necesitamos situar el problema del trabajo conforme a coordenadas perfectamente claras, a nociones ciertas sobre el hombre, la sociedad, la propiedad, el Estado; rechazar las falsas soluciones de la cuestión social y, por fin, formular netamente las respuestas verdaderas al complejo y angustioso problema, refiriendo sus datos a nuestra realidad mexicana.

El hombre necesita de las cosas materiales para vivir, es decir, para conservar en el ser su inseparable unidad físico-espiritual y para cumplir sus fines perfectibles. Puede y debe aspirar al bienestar corporal, sin perjuicio de la preminencia de los valores espirituales; puede y debe aspirar, en el mismo orden del espíritu, al desarrollo de sus facultades y la satisfacción de sus anhelos: verdad, bien, belleza, salvación. Para lograrlo necesita calmar las perentorias demandas del cuerpo, instalarse en el mundo en circunstancias tales que el alma pueda dedicarse a lo suyo. Por esto formulaba Santo Tomás de Aquino en términos de condición necesaria para alcanzar las más imprescindibles metas sobrenaturales un cierto mínimo de aprobación, de utilización de las cosas.

Pero no estamos solos más todavía: no somos solos. Nacemos y vivimos orgánicamente articulados en la familia, vinculados sus miembros en comunidad de sangre, de amor, de conformación y repertorio espirituales, de destino. Somos solidarios moral y económicamente. Padres, hijos y hermanos, tienen necesidades y recursos comunes. No pueden ser recíprocamente indiferentes. Forman unidad en el breve encuentro terrestre y los muertos siguen viviendo en medio de los vivos. La simple exigencia biológica es trascendida en la postura humana frente a las cosas útiles. La necesidad humana sobrevive a la sociedad presente y transpone el ámbito individual. Nosotros además de

sentir el acicate actual, recordamos la privación pasada y prevemos la venidera. Además, naturalmente nos sentimos constreñidos a organizar soluciones para las necesidades de nuestros hijos, soluciones que nos sobrevivan. Somos previsores y providentes. Estas cualidades especifican nuestra necesidad y, consiguientemente, nuestro aprovechamiento con una intrascendente utilización momentánea que corresponde a la figura de su necesidad. La nuestra exige señores permanente y familiar sobre los bienes económicos. Somos llamados a la propiedad. La cantidad y, sobre todo, la disponibilidad de las cosas útiles, de los bienes económicos, es limitada. Un régimen ideal de aprovechamiento de estos por los hombres sería aquel en que todos fueran dueños de todo lo que necesitan. Prescindiendo de viajes imaginarios a países de utopía, formulemos con los datos precisos de la realidad declaraciones inobjtables.

La identidad de naturaleza y destino implica la de la vocación de todos los hombres a la propiedad de los bienes. La desigualdad en la apropiación, aparte de la legitimidad de los títulos adquisitivos concretos, sólo se justifica con medio de asegurar el mejor rendimiento, la mayor productividad de las cosas en provecho de todos; de los dueños como de los que nada o casi nada tienen. La función social de propiedad constituye, por tanto, una dimensión esencial de este derecho, que es también, y tal vez principalmente, un deber. El Estado puede y debe velar por su efectividad práctica, evitando los estragos del dominio egoísta y antisocial.

El derecho a la conservación de la vida, a la formación y sostenimiento de una familia, a un mínimo de cultivo del espíritu que haga de la peregrinación terrestre algo más que la jadeante busca del mendrugo imprescindible, están bien común a todos los hombres. Aquellos que, además de su aptitud personal, tienen bienes, propiedad, de ambos factores obtiene lo que la satisfacción de sus necesidades requiere. Quienes no cuentan sino con su capacidad de trabajo, de él habrán de obtener lo necesario para el propio sostenimiento y el de su familia, entendiendo por sostenimiento no una mera conservación miserable,

si no condiciones humanas de vida para el trabajador y los suyos, incluyendo, además de alimento, vestido y vivienda, la defensa contra las enfermedades y su curación, el necesario descanso, la educación de los hijos. Más aún, cuando por dolencia física, por contingencias económicas o por vejez se agote o se suspenda la capacidad de trabajo o la ocasión de prestarlo, las necesidades del trabajador y de quienes de él dependen tienen que seguir siendo satisfechas. Trajo a la vida sus fuerzas y tiene que sostenerlo aun posteriormente a su ejercicio activo. Sería monstruosamente inicuo que todo acceso a la utilización de los bienes económicos quedará cerrado a quienes inocentemente están privados tanto de la propiedad como de la aptitud para el esfuerzo lucrativo. A tanto equivaldría como a proclamarse unos hombres titulares únicos de la creación con implacable exclusión de otros, igualmente hijos de Dios, puestos en la tierra para idéntica prueba y con el mismo fin trascendental de los ricos y los fuertes. Es claro, en consecuencia, que sobre la comunidad recae la obligación de proveer a las necesidades de los inhabilitados para el trabajo, a organización de instituciones de previsión y remedio de estos riesgos es deber inexcusable del Estado, al mismo tiempo que derecho evidente de los trabajadores.

LA ECONOMÍA CONTRA EL HOMBRE

La vida espiritual del hombre no es simplemente corona y esplendor del universo, sino poder exigente que castiga nuestros olvidos y traiciones, inclusive en zonas aparentemente incomunicadas de la norma transgredida. Necesitamos montar guardia infatigable junto al tesoro sagrado y se paga muy caro el abandono de la tensa vigilia. Más aún, son estrictamente solidarias todas las actividades del espíritu y si una de ellas sufre extravía o corrupción, las demás siguen su suerte más pronto o más tarde. Los desajustes o fallas no pueden quedar localizados. Un desorden estético, por ejemplo, oscurece el conocimiento y tuerce la voluntad. Un extravío doctrinal en las provincias más lejanas del aprovechamiento de las cosas materiales, repercute ruidosamente en la economía.

El falso humanismo renacentista comenzó como un jubiloso redescubrimiento de formas bellas. Parecía ser tan sólo una limpia sonrisa inocente en la autoridad del medievo. Lo puede hecho donde la jerarquía y la medida pudieron ser guardadas. Sin embargo, en gran parte de Europa se falseó el concepto real del hombre por acentuación desmesurada de ciertos datos y por exageración

* Revista *La Nación*. Año I no. 16, 31 de enero de 1942. Pág. 11.

de su puesto en el mundo. Cinco siglos después, el pequeño error inicial había deshecho el delicado mecanismo de la cultura occidental. El proceso de descomposición, amplificándose sucesivamente, nos llevaría a la catástrofe cuyo balance se cierra en estos días de ahora.

Desde un punto de partida falso se emprendió la exaltación del hombre y el resultado del intento vino a ser su negación y su esclavitud, precisamente en el terreno social y económico, hacia donde, en el último acto del drama, se dirigían más ansiosamente los anhelos de libertad y de dicha. No hay para que reiterar la conocida vinculación genealógica que, partiendo del falso Renacimiento, liga en un mismo linaje la Reforma, el filosofismo, la revolución liberal y el comunismo. La breve consideración de las dos últimas etapas o generaciones, basta para nuestro objeto de sondear la hondura oceánica de desfiguraciones del concepto del hombre, que está debajo de la formulación exterior del problema social.

Sólo una catastrófica subversión de valores ha podido exaltar a niveles excelsos la economía, considerándola como un fin en sí, al mismo tiempo que se le sometía, disminuido y negado, el hombre, medio subordinado y víctima. Cualquier sacrificio era poca cosa con tal de asegurar el funcionamiento del majestuoso mecanismo. Producción, costos, mercados, intercambio, comunicaciones, tarifas, créditos, dividendos, todo este repertorio insensible, evangelio y liturgia de una edad medularmente materializada –nomenclatura legítima de factores instrumentales en una sociedad construida conforme a normas jerárquicas de ordenada valoración– compendiaba el poder omnipresente, devorador de excelencias humanas de cuyo servicio no debió apartarse jamás. El esclavo había logrado esclavizar al señor.

Siempre que estas abominaciones ocurren, las procede y determina casualmente un oscurecimiento o adulteración del concepto del hombre. En el caso, la fe en la bondad natural de la especie y la atribución de virtualidades sobrehumanas a las cosas, sujetos de la perfección antaño reconocida a un Dios personal progresivamente expulsado del universo y sustituido por la Naturaleza,

espontáneamente sabia y perfecta, produjo el liberalismo económico –doctrina, época, política– cuyas consecuencias todavía tardarán mucho tiempo en alcanzar una verdadera liquidación. La libertad habría de crear relaciones justas y armónicas entre los hombres y limpiaría el camino de las leyes naturales para lograr, por su perfecto cumplimiento, la realización del mejor de los mundos posibles, mundo de abundancia y de paz, de desarrollo de todas las posibilidades humanas de liberación, de ciencia y progreso ilimitado. Era impertinente y aun criminal toda interferencia en el juego espontáneo de la oferta y la demanda, de la contratación del trabajo, del espléndido funcionamiento de la máquina perfecta. La perturbación de la libre concurrencia, las restricciones a la propiedad, la asociación de los trabajadores para defensa común, tenían destinados sendos artículos del Código Penal. El Estado asumía el papel de guardián vigilante para cuidar el cumplimiento de los contratos libremente celebrados, para remediar desajustes accidentales, para evitar choques violentos, para dar garantías a los “intereses legítimos”.

Habían quedado relegados al olvido las nociones esenciales de la civilización cristiana, capaces de defender al hombre del hombre igual de la naturaleza, filiación divina, común destino, necesaria y orgánica vinculación de caridad, naturaleza caída, rendición, etc. Habían sido destruidas las instituciones gremiales, defensa y vigor del trabajo. Coincide esta evolución religiosa, ética y jurídica, con la substitución del taller por la fábrica, teatro del maquinismo gigantesco, el portentoso avance de la técnica en el dominio de la naturaleza y la universal extensión de los mercados a consecuencia del progreso incesante de las comunicaciones. El dato económico se amplifica a medida que se deprime el humano.

El trabajo pierde su dignidad, su sentido substancial. En el drama personal sigue siendo medio necesario de vida, camino único para cumplimiento de la misión terrestre y del destino ulterior de quienes todavía creen tenerlo, la actividad humana por excelencia; pero socialmente es ya un mero factor

en la producción, integrante del costo y enemigo del provecho, una fuerza deshumanizada, desvinculada del sujeto que la desarrolla. En los países en que más completamente se pierden las viejas substancias sociales y personales, el trabajador entraba en la relación de trabajo solo con ese carácter; perdía alma, parentescos y destino. La gravedad de esta mutilación monstruosa disminuía en proporción la permanencia de las normas cristianas en la vida social; pero en todas partes el individuo se tradujo en trituración y degradación del hombre. No contradice, antes corrobora la contundente realidad del fenómeno, el advenimiento de doctrinas y tipos de exaltación individual: el superhombre de Nietzsche, el solo de Steiner, los personajes de Ibsen, el “profesor de energía” estigmatizado por Darío. Suprimido el mundo sobrenatural, los sobresalientes deben siempre su estatura a una inicua hipertrofia a costa de los oprimidos. A la nación del *homo aeconomicus* tenía que corresponder un concepto estrictamente económico del trabajo. Justicia y caridad son palabras vanas en un régimen social así.

Corrompida tan centralmente la convivencia social, tenía que producir con incontenible fecundidad odios, egoísmos, luchas, despojos, miseria sin fin. Fue tan hondo el mal, que todavía cuesta trabajo convencer a gentes indudablemente bien intencionadas y que se sublevarían contra la menor sospecha respecto de su fidelidad a la moral cristiana, de los derechos del trabajo y los deberes del empresario y de la comunidad hacia el trabajador.

La polarización antagónica resulta inevitable: por una parte, una ostentosa concentración de fuerza económica, libre de disciplinas éticas y eficaces y saturadas de voluntad de poder sin restricciones internas; por otra parte, la creciente aglomeración de los indigentes sin fe y sin pan. El comunismo tenía tierra fértil, simiente, clima. No fue una verdadera reacción contra el mal; sino más bien una fase culminante en la evolución del mal mismo. No soy capaz de trascender, menos de reducir, los datos patológicos: exacerbó la preeminencia económica en el materialismo histórico; acentuó la mutilación del hombre

por la negación de su esencia espiritual; reforzó la proscripción de la caridad y la colaboración como factores de la vida social, haciendo de la lucha de clases dogma implacable y motor de la historia. Ha venido explotando superficiales discrepancias de procesos sucesivos de una enfermedad única. Ciertamente no es lo mismo una pesada postración que una agitada asfixia; pero estas diferencias no son comparables con las que separan abismalmente salud y dolencia, justicia y venganza, servidumbre y salvación, orden y terror paralizado. Es bien conocida la delirante incongruencia de las víctimas de padecimientos agudos que transfiguran desesperadamente pequeñas cosas inútiles o nocivas en talismanes milagrosos de la salud: el vaso de agua fresca, el bocado prohibido, la fricción vulgar, el baño frío. El sano, el cuerdo, compadece; pero sabe que lo que importa es atacar el mal a fondo, sanar el organismo enfermo, no engañarlo con halagos de paladar o de epidermis.

Lo que la sociedad necesita es una sustancial restauración del hombre en sí mismo, en sus relaciones con los demás, en sus relaciones con los bienes materiales.

No está planteado el angustioso problema en sólo el espacio que ocupa el intercambio económico, el bienestar privado de los hombres en el orden material. Traspasa, y con qué ímpetu incontrolable, estos términos estrechos, para cubrir el área total de la vida humana individual y colectiva, nacional e internacional. La guerra presente y la anterior crecen de esa raíz mortal. Hay que extirparla, y no simplemente podar follajes.

SOBRE UNA HISTORIA COMÚN

El último número llegado a México de *Sur*, la revista argentina dirigida por Victoria Ocampo y que constituye el más notorio instrumento de enlace de la cultura platense con la cosmopolita, publica la versión, bajo el rubro “Debates sobre Temas Sociológicos”, del sostenido en Buenos Aires el 13 de octubre de 1914 sobre el tema: “¿Tienen las Américas una Historia Común?” En realidad, la pregunta implica otras a las que están ligados no solamente el pasado, sino el presente y el porvenir de América: ¿Tienen los países hispanos del continente una base común de unidad entre sí y con la América Sajona? ¿Además de la comunidad continental derivada de la ubicación geográfica, existen factores de diferenciación y, consiguientemente, qué constitución de familias internacionales entre los países situados al sur del Río Bravo, por una parte, y los que se extienden hacia el norte, por otra?

Sur representa la tendencia característica de una parte considerable de la intelectualidad Argentina hacia la dilución de los factores específicamente americanos en un producto cultural resultante de aportaciones cosmopolitas, predominantemente europeas. Este es también el sentido propio del debate que

* Revista *La Nación*. Año I No. 17, 7 de febrero de 1942. Pág. 11, 22.

vamos a analizar rápidamente y que constituiría una desalentadora experiencia, si no supiéramos que no fórmula la realidad del espíritu nacional argentino.

Planteo la materia del debate Roger Caillois, de quién poco antes de la caída de Francia publicó la *Nouvelle Revue Francaise* dos penetrantes ensayos, “Teoría de la Fiesta” y “Sociología del Intelectual”, esto último resumen de una exposición dialéctica en la “Unión pour la Variété”. Caillois arrancado de su patria por la tempestad de la guerra, no está obligado, por inteligente que sea, a entender plenamente los problemas de América. La disposición del sociólogo y, en general del estudioso, a las generalizaciones, le hace imaginar un tipo genérico de héroe popular continental, en el que caben lo mismo Bolívar que Washington o Lincoln. Un optimismo de origen literario lo induce a conceder excesiva importancia al aprendizaje del inglés en América Latina y del Español en los Estados Unidos y el Canadá. Incorre en evidente error al extender a la América Española un dato genérico exclusivamente norteamericano: “América fue poblada por emigrados... aventureros que lo dejaron todo atrás si, hasta su patria de modo que en América la idea que nació se encuentra por completo desprendida de todo carácter tradicional y hereditario...” Está equivocada atribución es precisamente una de las claves para el reconocimiento objetivo de dos categorías de organización política substancialmente diferentes y que coinciden con bases históricas, raciales y culturales también distintas. Acierta parcialmente cuando dice: “En América, cualesquiera que sean las diferencias entre las civilizaciones originarias o las actuales condiciones de existencia, materiales y espirituales, no hay duda que, históricamente, el hemisferio recibió de golpe los cuatro elementos que forman la tradición europea (pensamiento griego, juridicidad romana, cristianismo y concepto de honor)”. Con todo, no puede desconocerse, aparte de otras diferencias de tiempo, método y propósitos, la radical discrepancia de la fecundación cultural de América derivada del hecho de haber sido fundamentalmente empresa misional católica en el Imperio Español y migración protestante en las colonias inglesas. La unidad del fenómeno

de la independencia de los países americanos dista mucho de ser tan completa como lo supone Caillois, si se analizan la naturaleza y circunstancias del proceso en las dos Américas. La conclusión de un estudio serio de este interesante capítulo de nuestra historia, conduce también a distinguir claramente el fin del Imperio Español y la independencia norteamericana. La relativa coincidencia temporal explica la confusión de observadores extranjeros; pero el conocimiento interno de esos movimientos disipa la engañosa apariencia.

Pedro Enrique Ureña hace comentarios incidentales sobre la exposición de Caillois, sin lanzarse francamente al centro del problema. Al menos establece que “la posible unidad de las Américas no está fundada en el panamericanismo de origen político”; reivindica para Bolívar y, en general para las naciones de origen español, las primicias en la concepción y el esfuerzo por unidad americana; se pregunta escépticamente si las similitudes podrán sobreponerse a las diferencias que separan cultural y políticamente a las dos Américas y apunta certeramente hacia la diferencia del poder y tradición religiosa, para señalar barreras o simplemente ondas singularidades que no es posible despreciar.

Carlos Cosío es un nihilista en materia de comunidad interamericana: “No creo que exista otra unidad que la unidad geográfica... No creo que exista algo así como una conciencia latinoamericana; ni siquiera la posibilidad de una cultura latinoamericana... Tampoco creo que haya tal Latino-América... Hasta 1853 ha habido en el Continente Sud-Americano un problema común de tipo cultural. Y, hasta ese momento, ha habido una historia americana y una civilización de carácter común latinoamericana... La realidad sociológica del Continente Sud-Americano se ha diversificado en forma tan pasmosa que destruye toda idea anteriormente válida; destruye toda idea de que exista algo así como un núcleo latinoamericano... En todo el Continente Sud-Americano no existe civilización mediterránea. Todos los países que comprenden tienen sus riquezas en las costas a modo de factorías, con excepción de la Argentina. Lo que nos ha diversificado es el proceso de vida civil que se ha cumplido llevando

a la práctica las ideas de Alberdi... Este Continente es un hemisferio desequilibrado y, además, desarticulado... La distancia que hay entre la Argentina y Europa es mucho más corta que la que hay entre la Argentina y los Estados Unidos. Y todavía mucho más distante estamos nosotros del Perú, por ejemplo, o de cualquier otra República del Pacífico... Estamos más cerca de Norte América que de las Repúblicas del Pacífico... Nos hemos distanciado de este plan histórico que tenían estos países cuando la Guerra de Independencia. En aquel momento sí había una similitud fundamental. Pero, mientras en la Argentina se ha hecho un tipo de vida que ha distanciado y diferenciado este país del resto del Continente, en todo eso que se llama el Pacífico, todavía no se ha llegado a lo que para nosotros representa al alberdismo". Si los textos anteriores no fueran transcripción rigurosa, parecerían inverosímil imputación. Difícilmente podría localizarse más triste ejemplo de la eficacia de ciertos complejos de vanidad para desarraigar al hombre de su suelo nativo. Increíblemente, Cossío afirma que más de tres siglos de civilización española se desvanecieron sin dejar rastro en la vida nacional Argentina, y un país totalmente nuevo, de esencia y destino "alberdistas", nació en 1853, un país que nada tiene que ver, por ejemplo, con el Perú, a pesar de la comunidad de antecedentes históricos, de cimientos culturales, idioma y fe. Por importante que se suponga la inmigración Europea, especialmente italiana, a partir del siglo XIX, no es posible admitir que haya ahogado al ser genuino de la nación argentina, ni que éxitos económicos, literarios o políticos, pueden romper vínculos y parentescos que ni siquiera son renunciables a voluntad.

Germán Arciniegas aventura una tesis que es más bien curiosidades sociológicas: la localización de las culturas alrededor de las cuencas marinas, extensión desmesurada del clásico fenómeno mediterráneo, qué fue posible por la relativa proximidad de las riberas circundantes y que, además, tuvo duración pasajera, pues las sociedades asiáticas y norafricanas no tardaron en dislocarse y hundirse en regresión, mientras la civilización europea ascendía

a niveles cada vez más altos. Para Arciniegas es probable una ley de tránsito de las culturas del mar al continente, y una cultura atlántica podrá ser sustituida en el Nuevo Continente por un desprendimiento específicamente americano. No explica, ni debe sernos motivo de especial preocupación, cómo opera la tesis por el lado del Océano Pacífico. Acercándose al tema del debate, aunque sin abrazarlo jamás, reconoce la necesidad instrumental del idioma para hacer una cultura americana; pero enseguida incurre en afirmaciones positivamente incomprensibles en labios de un hispano-americano, participante en una discusión sociológica sobre historia de América: “Nosotros, en realidad, constituimos una colonia de europeos que buscaron en nuestras tierras su propia independencia y que con ese sentimiento y ese anhelo de libertad, se pusieron a trabajar este suelo sin otras herramientas que su esfuerzo y su ideal”. En otras palabras: la nación argentina es una comunidad sudamericana de inmigrantes europeos. No es raro, en consecuencia, que participe Arciniegas de eufóricas exaltaciones dignas de un ingenuo electo texano: “Este apego que tenemos a la libertad y a la democracia, no lo encuentra uno sino muy excepcionalmente en instantes raros de la vida europea”. No es raro tampoco que ejemplifique la posición recíproca de las Naciones hispano-americanas en una frase como ésta: “Del Ecuador a la Argentina hay un abismo”.

Cossío insiste en su increíble postura: “Me imagino a un argentino representativo del siglo pasado, de 1820, por ejemplo. Y estoy seguro de que ese hombre se sentía en íntima solidaridad con lo que pasaba en el Perú, en Colombia y en México... En cambio, creo que el argentino contemporáneo, representativo de lo que es el país hoy en día, no siento absolutamente ninguna identidad, con el peruano; en cambio, se siente identificado con el europeo”. Generalmente se considera que las impertinencias causan sólo pequeñas molestias epidérmicas pero sin duda hay impertinencias lacerantes. Llegamos a este convencimiento experimental al ver que afirmaciones como la acabada de citar, se hacen en Buenos Aires por un argentino, en octubre de 1941.

Por fortuna, ya para cerrarse el debate, Eduardo González Lanuza traza una noble tangente –pues elude también el corazón del problema– en que se mencionan las dos raíces vitales de Hispano América, sus constantes: “Cuando se nos ha llamado país de mulatos como queriéndonos ofender con el peor de los insultos, yo creo que, al contrario, es el mayor de los elogios que se pueda hacer de América. Porque, precisamente, por ser un 'país de mulatos', es aquí donde la idea de unidad cultural que suman aquellos cuatro elementos de Valery, con el añadido de Caillois, se va a realizar plenamente. Es en este 'país de mulatos' en dónde se va a realizar esa idea católica, plena, universal, de cultura”.

He aquí el desconcertante sumario de una triste desviación, tanto más grave cuánto que la sufren directores de opinión, se fórmula y se esparce desde una tribuna prominente y ocurre en momentos de extraordinaria gravedad para la suerte de América.

Será una lección provechosa, si es capaz de hacernos ver el abismo que ilumina, si nos impone el convencimiento de que ni el entreguismo fatalista, interesado o cobarde, ni la evasión hacia Europa, son la ruta de Hispanoamérica; sino un americanismo realista, que dé a nuestros pueblos el conocimiento de su ser, de su dignidad, de sus limitaciones y de su vocación; que los una en colaboración y amistad entre sí y con los de todo el hemisferio occidental, inclusive los Estados Unidos, para el tratamiento de intereses continental, que, básicamente, fije su conciencia y su voluntad en la afirmación, el amor y la defensa de sus esencias vitales.

Nada de esto será posible sin el claro conocimiento de la estructura histórica común, que es precisamente lo que el debate de Buenos Aires dejó en silencio y el olvido:

Una sola nación, en la misma empresa, con los mismos métodos, descubre y colonizado qué es hoy América Española. Es evangelizado el Nuevo Mundo Español por la misma gloriosa legión de misioneros, gobernado por funcionarios dependientes del mismo soberano y que frecuentemente pasan de uno

a otro reino del vasto imperio. Las mismas Leyes de Indias y el mismo sistema administrativo rigen en las nuevas naciones; son idénticos su fe, su idioma y su cultura, que las funden en la ecúmene occidental, con rango ilustre. Todas ellas son fruto del mismo proceso de formación que se prolonga por más de trescientos años, las modela para siempre y se encierra en una sola palabra: mestizaje. Otras mezclas ulteriores no podrán anular el original y decisivo. Consumada la Independencia de España, persiste, más o menos combatida, pero nunca paralizada, la acción de las fuerzas creadoras de su nacionalidad y quedan confrontadas con problemas idénticos: la desigualdad resultante de la interrupción del mestizaje y la tarea misional: el desequilibrio de poder económico y político en el continente; la consecuencia de inmigración e inversiones extranjeras; la desintegración de su estructura espiritual por el abandono de los cimientos propios, la predisposición imitativa de tendencias e instituciones ajenas y la virulencia de doctrinas de importación, ligeramente abrazadas; la falsedad de nuestra vida pública, es decir, la discrepancia entre la teoría constitucional y la realidad de nuestros regímenes dictatoriales. Podría continuar interminablemente esta enumeración. Podrán subrayarse hasta coincidencias circunstanciales –cómo la similitud de la lucha–, que llenó el siglo XIX, entre liberales y conservadores, la participación de Bolívar, Cea, Alamán y tantos otros, en el ideal de la unidad americana; la réplica de la desastrosa experiencia del Segundo Imperio que llegó a planearse en el Ecuador –que acusan hondas identidades orgánicas–. No es labor para esta ocasión y, por lo demás, más que materia de demostración, lo es solamente de insistencia recordatoria la común estirpe de los países hispanoamericanos.

Otra vez hay que repetir que no postulamos ningún linaje de provincialismo, ni menos la desvinculación respecto de Europa, creemos, por el contrario, que el hombre de su familia, de su casa y de su tierra, es más capaz de injertarse entrañablemente en la universalidad y de enriquecerla con valores positivos, que el turista, aunque sea el turista de la cultura.

EL ESTADO EN EL CRUCE DE LOS CAMINOS

Si esta guerra no ha de ser una nueva manzana inútil, de dimensiones antes jamás alcanzada, impondrá una rectificación, desde el fondo, de las normas y criterios que fatalmente condujeron a la catástrofe. El objetivo más visible y central de la mudanza será la organización del Estado, suma y timón de la vida social. De uno y otro lado de la línea de choque se proclama la necesidad de un orden nuevo. El nombre nació en la espantosa desolación de Europa y hace pocos días se pronunciaba en la asamblea internacional de Río de Janeiro. Usado por enemigos, envuelve propósitos antagónicos; pero revela la misma decidida actitud de liquidación de tesis e instituciones irrevocablemente condenadas.

Ni orden nuevo ni de reorganización espiritual del Estado se lograrán, sin una verdadera reforma espiritual de los hombres sin una recristianización del mundo. No se trata de un pequeño problema de sanciones, equilibrios, reajuste de fronteras y falsas promesas de limitación de armamentos; sino de una esencial rectificación de conciencias y voluntades, una restauración verdaderamente humana del concepto del hombre y de la sociedad, una

* Revista *La Nación*. Año I No. 18, 14 de febrero de 1942. Pág. 11.

reconstrucción de la cultura occidental. Sin todo esto, los propósitos de guerras seguirán siendo falsos y las fórmulas de paz meras cláusulas de armisticio burbuja verbal, entre dos hecatombes.

La noción del Estado se encuentra confrontada con trágicas disyuntivas y, para que en el futuro sea cimiento de un orden verdadero y no foco de descomposición y de violencia, necesita resolver en una síntesis clara y energética estas oposiciones: autoridad y libertad, comunidad y persona, predominio clasista y justicia social. Todavía hace poco tenía angustiosa actualidad otra disyuntiva que ha venido disolviéndose en términos de reacción excesiva contra la doctrina liberal del Estado: abstención o gestión activa en los problemas del trabajo, en los sistemas de propiedad y, en general, en todo lo que se comprende dentro de la llamada cuestión social.

Se iniciaba desde antes de la guerra y los males de esta tienen que acentuar una tendencia nacida de la alarma que suscitan los estragos de la pseudo-reacción comunista, una corriente neo-liberal que intenta ser una vindicación de la vieja escuela política y económica. En realidad, se trata de una saludable definición de resultantes, de una preservación de valores esenciales que rompen la etiqueta caduca –Rocas señeras y perennes emergen de la hirviente resaca–. Walter Lippmann, por ejemplo, postula un liberalismo que reconcilia el estatuto y el contrato: que repudia el clásico *laissez faire, laissez passer* y entrega las riendas de la dirección social a un Estado activo, positivamente gestor del bien común; que procura la nivelación de la renta y una racional distribución de la riqueza, evitando acumulaciones desmesuradas y crueles indigencias; que completa la noción de la propiedad como derecho, agregándole o, mejor dicho, reconociéndole su otra característica imprescindible: la de estricta función social; que ordena la espontaneidad de la convivencia humana sin suprimirla por “planeaciones” o “direcciones” siempre opresiva y rara vez acertadas: que acata la respetable identidad humana del trabajador, garantiza sus derechos y protege su debilidad; que se rinde ante la evidencia de la necesidad y vitalidad

de las comunidades naturales –familia, municipio, gremio, etc.– y las coloca en sus puestos jerárquicos dentro de la construcción social, sujeto y objeto de la política y del derecho. En rigor, solo la tesis del mercado libre subsiste la obra de Lippmann –*The Good Society*, o *Retorno a la Libertad* en la versión española de Luis Montes de Oca– como específicamente liberal. Lo demás, inclusive y sobre todo la inviolabilidad de la persona humana, fervorosamente preconizada como cimiento de toda comunidad civilizada, es patrimonio cristiano que el liberalismo no siempre sirvió eficazmente, ni mucho menos, y que está debajo y encima de toda escuela, partido o tendencia. Ciertamente, la época liberal subrayó efusivamente prerrogativas esenciales del hombre, las erigió afirmativamente frente al Estado, los cultivos en claros campos libres cuyo noble paisaje nadie honradamente podrá olvidar o renegar. Por esto algo de él se salva de fáciles anatemas globales; pero es indudable que debilitó la libertad, reduciendo a la noción meramente negativa de ausencia de vínculos y disciplinas su genuino concepto de ejercicio de facultades rectas y precisas, dentro del ámbito, o, más bien, en la compañía, de deberes que evitan el despilfarro suicida de la substancia humana, aseguran su vigor y su cumplimiento, realizan su naturaleza. Con todo, es tiempo el nuestro de reiterar el eximio primado de estos valores sin vejez y sin mengua, –integridad personal y libertad–, brutalmente atacados por enemigos que se emboscan tras hipócritas invocaciones del orden, la disciplina y el interés colectivo. ¡Como si estos fueran, no naturales dimensiones de la vida del hombre, sino pestilencia de su cadáver!

Parejos resultados alcanzan otros intentos de vindicación liberal que no es este lugar de analizar. Se trata de contrarreacciones provocadas por la arrasadora virulencia del fenómeno que Ortega y Gasset marcó con el nombre de “rebelión de las masas”. Lo que se defiende no es el liberalismo, sino virtudes, valores, realizaciones de inmanente validez, cuyo florecimiento coincidió con él de aquella tendencia y aun ocasionalmente fue favorecida por ella; pero sin que puede afirmarse la existencia de una relación causal entre una y otros.

Lejos de esto, fue el liberalismo quién comprometió la suerte de la libertad, donde realmente se aplicó. En México dejó en libertad a una minoría y oprimió a la Nación.

El Comunismo está muy lejos de haber agotado sus posibilidades de actuación histórica, a pesar del fiasco rotundo que ha sido el ensayo ruso, como, en general, todo intento de experimentación o de dominio en los diversos países que han tenido la desgracia de ser sometidos al tratamiento mortal, y a que se intente con cruda y sangrienta franqueza, ya a través de las facultades maniobras frente populistas. Todavía podemos prescindir aparentes victorias de la inhumana aberración colectivista; pero está vencida como doctrina y como experimento de liberación, plenitud y felicidad del hombre. El materialismo dialéctico es una patraña desprestigiada y la “patria del proletariado” cualquier cosa, menos un País de Utopía; pero las ideas-fuerzas, como la luz de los astros muertos, pueden producir efectos posteriores a la extinción de la fuente emisora.

El fenómeno tal vez más característico de nuestra época es el universal esfuerzo por la reestructuración de la sociedad. Se admite sin disputa que no puede seguir viviendo invertebrada y dispersa, qué es vitalmente necesario restaurar los cuatros naturales en que el hombre espontáneamente se articula y formar con ellos arquitectónicamente, orgánicamente, la comunidad nacional regida por el Estado. No solamente los países en que ondas revoluciones anti-democráticas aniquilaron las formas políticas en auge durante el siglo XIX sienten la necesidad de una reorganización –Rusia, Alemania, Italia, Portugal, España: cada uno protagonista y teatro de una experiencia peculiar y distinta, no identificable con los demás sino por táctica polémica de sus enemigos y por primaria carencia del sentido de observación y análisis–; sino que los mismos regímenes democráticos, el norteamericano por ejemplo, se lanzan decididamente por el camino de las reformas sociales –*new deal*–, siempre en el sentido de un fortalecimiento de la autoridad y una extensión del radio de sus atribuciones activas; siempre sujetando a un sistema de normas

y construcciones la libertad individual, especialmente en el campo económico, antes prácticamente ilimitadas; siempre buscando la integración y coherencia de los organismos profesionales, es decir, de los que agrupan a los hombres en torno del interés común y del trabajo común. Nótese que me estoy refiriendo al período anterior a la guerra; pues el estado de emergencia necesariamente y por sí mismo impone sistemas autoritarios más o menos acentuados-. El comparatismo, aun tratándose del ensayo más responsable entre los intentados el portugués –por la inteligencia, la limpieza y la eficacia de la obra política de que procede, la admirable construcción de Oliveira Salazar, en quién se reconcilian la justicia y el orden la libertad y la autoridad, el Estado y la persona humana-, dista mucho de ser no digamos una institución o un régimen de resultados seguros aun de probada vialidad; pero ni siquiera puede considerarse como una doctrina completa en su triple contenido social, político y económico.

Dios no permita que se frustre la expectación de los pueblos, la anhelante esperanza de un Estado que, para la defensa y exaltación de los valores humanos esenciales –siempre el hombre en la cúspide de todas las formas de vida común– organice una sociedad sana, justa, fuerte, ordenada conforme a las leyes de su naturaleza real, en la que el hombre pueda vivir libre y plenamente y satisfacer sus fines irrenunciables.

DE UN DOLOROSO CATÁLOGO

Un catálogo de los problemas sociales de México sería interminable, pavorosamente interminable. Habrá que hacerlo alguna vez. Sin embargo, habrá, sobre todo, que clamar, sin tregua y sin fatiga, por una labor inteligente y generosa que se aplique al remedio de nuestros males. Hasta ahora nuestros Gobiernos se han dedicado a cerrar caminos de colaboración y a no hacer ellos mismos nada efectivo para solucionar esos problemas. El exclusivismo sectario ha prevalecido sobre toda otra consideración y el dolor del pueblo no cesa, no disminuye, no se ilumina siquiera por una verdadera esperanza. Hará un gran bien al país el estadista que por fin declare deber y derecho de toda la rendición espiritual y material de los mexicanos el gobernante, que suprima barreras, prohibiciones incapacidades, tan absurdas, como criminales.

Para apreciar las condiciones reales de México en materia social, no basta contemplar las líneas generales de su evolución, resultante de factores internos y fuerzas exteriores, que han sido ya sumariamente analizados en estas mismas páginas. Hay que observar los datos peculiares que dan al problema individualidad inconfundible y agobiadora gravedad.

* Revista *La Nación*. Año I No. 19, 21 de febrero de 1942. Pág. 7.

Es un artículo breve apenas si hay espacio para un rápido inventario de los centros nucleares.

En primer lugar, recordemos una gran atrofia constitucional que es imprescindible corregir para que tengamos normalidad orgánica: Una gran parte de la población de México, la indígena, o está completamente segregada de la vida de tipo occidental o apenas y tiene con ella contactos mínimos. La incuria, la ineptitud y el fanatismo antirreligioso de los gobiernos, desde la independencia, le cerraron el camino de la civilización, el único posible y al mismo tiempo el comprobadamente capaz de elevar a la raza autóctona a niveles de antaño fueron desembocadura natural de una política realista y honrada y en los que el mestizaje reanudaría la necesaria tarea de nuestra relativa homogenización: el camino del paternalismo misional. Sería absurdo aplicar a esta considerable masa primitiva sistemas y métodos incompatibles con su condición. Necesitan los indios la legislación propia, tratamiento propio. Una ideología imbécil pretendió favorecerlos declarándolos sujetos de todos los derechos posibles del hombre y del ciudadano y abandonándolos al goce de su plenitud jurídica y política, exactamente igual a la del ciudadano más conspicuo por su saber, su talento, su aptitud para la gestión de los intereses propios y de los colectivos. Naturalmente, el resultado fue perpetuar criminalmente su postración secular, conservar a las pobres tribus en abyección, miseria y atraso infrahumanos. Entendamos por fin que lo que necesitan con mortal urgencia es que continúe la gesta de su evangelización, no sólo rendición y libertad para los espíritus, sino formación de hábitos civiles y de sólidas bases económicas para su bienestar. En las múltiples fronteras internas que dibujan la red tejida en México por la civilización y la barbarie en inverosímil colaboración, hace siglo y medio nos dedicamos a poner letreritos ampulosos. Antes era el repertorio de la revolución liberal: Libertad, Igualdad, Fraternidad, Sufragio Universal etc. Ahora es la revolución socialista la proveedora de patrañas. Y ante tanto, los indios, hermanos nuestros, junto a nosotros, entre nosotros, en este mismo país

que es también su patria, viven y mueren como bestias o poco menos. Hay que ir a ellos y hacerlos hombres ante todo, hombres por la inteligencia, por las costumbres, por la iluminación religiosa de su vida y su destino, por su trabajo racional y productivo, por su posible bienestar económico, por la conciencia de sí mismos y de sus vinculaciones sociales en la comunidad nacional. El indio pide apóstoles, no demagogos ni charlatanes.

Consideramos ahora otra falla de estructura. Nos ha faltado en México la columna vertebral de toda civilización campesina que merezca este nombre: una clase media rural de propietarios de la tierra directamente aplicados a su cultivo, con residencia permanente en ella, ligados ellos y sus familias en generaciones sucesivas al “rancho” propio, hogar, patrimonio y fortaleza, unidad permanente y vigorosa en la suma que es la nación. No voy a discutir aquí las causas de esta carencia. El hecho es que la padecemos y que debe ser remediada. La política agraria de la revolución ha fracasado en la realización del propósito formulado en la ley de 1915 y en la Constitución de 1917.

Destruyó el régimen de propiedad rural preexistente, sin crear nada en su lugar. El problema no consistía solamente en dar tierra a los campesinos; sino, sobre todo, en preparar el futuro pequeño propietario capaz de producir, apto para la autonomía económica, verdadero padre de familia, verdadero agricultor y hombre libre. Naturalmente, nada podría hacerse sin la organización, simultánea de las obras indispensables de irrigación sin la articulación cooperativa que sumar a los esfuerzos para obras que sobrepasan capacidades individuales, para adquisición de ganado, maquinaria, implemento, abonos, para la venta en común y, sobre todo, para la creación, con la ayuda decidida del Estado y de la economía privada, del crédito agrícola, que no hemos llegado a tener. La transferencia de la propiedad de la tierra no debió ser nunca un mero despojo, sino una adquisición honrada, asegurándose, por lo menos, un servicio efectivo de la deuda agraria, que no ha dejado de ser posible a pesar de la debilidad de nuestra economía, pero que no ha sido intentado seriamente por

ningún gobierno revolucionario. Con el desastre económico se suma el político y, en general, humano. No solamente ha disminuido la producción del agro mexicano ruidosamente, no sólo sigue siendo miserable el campesino desde el punto de vista de las condiciones materiales de su vida; sino que tal vez menos libre que antes y su dignidad personal sufre injurias y mutilaciones sin nombre. El mecanismo agrario, instrumento de dominación política, manejado por la pequeña banda de monopolizadores del poder, lo oprime más que nunca.

En cuanto a la condición social de los trabajadores industriales, puede ser apreciada desde tres puntos de vista capitales: su situación económica, su posición sindical y sus prerrogativas personales. La primera, excepción hecha de algunos grupos privilegiados que arruinan las industrias en que trabajan y en algunos casos aprovechan la ayuda del Estado, es deficiente y precaria: salarios nominalmente crecientes, pero sin valor adquisitivo y sin relación con las cargas familiares del obrero, habitaciones infectadas, abandonó en las más crueles necesidades por falta de seguro social, etc. El sindicalismo revolucionario es cínica explotación política y monopolio asfixiante: el obrero que no abdica de su conciencia y de su dignidad, que no se deja esquilmar mansamente por el líder; que no se somete a las imposiciones y consignas de su "central", está condenado a la miseria y a la desesperación. Como hombre, el trabajador sufre las disminuciones y cadenas que todos en México padecemos bajo leyes y regímenes dictatoriales, agravadas aquellas por la debilidad propia de quienes más desprovistos se hallan de medios de defensa.

Tal vez más que la ayuda material, necesitan nuestros obreros luces y fuerzas de espíritu, ideas claras, participación consciente en la obra de su propia elevación y de la reconstrucción nacional, amistades cordiales, alegre esperanza.

Una palabra más para mencionar una dolencia que increíblemente, tal vez en fuerza de su gravedad y del olvido inveterado en que se la tiene, no suscita ya alarma ni queja: el estado de postración orgánica de nuestro pueblo, la miseria lacerante de los cuerpos enfermos, raquíticos, prematuramente envejecidos;

los estragos que enfermedades de toda índole y debilidades congénitas hacen en nuestros pequeños pueblos y rancherías, sin que nadie o casi nadie de un paso en el camino del remedio; la pavorosa mortalidad infantil que frustra cruelmente la mejor riqueza de México, sus hijos. Basta contemplar de cerca, aun cuando sea ocasionalmente, sobre todo fuera de las ciudades y poblaciones importantes, el estado de salud y de vigor físico de nuestro pueblo, su carencia de recursos y consejos para luchar contra las enfermedades, la enormidad de sus sufrimientos e indigencias, para que la conciencia más desaprensiva se subleve y exija un esfuerzo nacional organizado y perseverante para el remedio de estos males. No hay tarea más noble ni más urgente: se trata del bien preminente del hombre, de la condición necesaria para ser y realizarse, de su vida misma.

AUSENCIA Y PRESENCIA DE UN PARTIDO NACIONAL

Rara vez en México el Jefe del Estado ha sido capaz, por convicción y propósitos, de desarrollar una política orientada hacia la formación de un verdadero gobierno nacional. Sólo excepcionalmente la dirección de nuestra vida pública no ha estado en manos de jefes de facción y no ha sido utilizada la Presidencia de la República como instrumento de propaganda facciosa, de persecución y de opresión, al mismo tiempo que como medio insuperable de satisfacer apetitos desenfrenados.

Es deber fundamental del Jefe del Estado el serlo positivamente y no representar y servir a un partido a una camarilla. Cualesquiera que sean las circunstancias en que se encuentre colocado, no puede, sin desertar de su misión estricta, dar la espalda al interés nacional y sujetarse a las exigencias de banderías o parcialidades, aun cuando les deba el acceso al poder. En ocasiones –y precisamente estamos viviendo una de ellas– la coyuntura política es propicia para el cumplimiento de tal deber. Una conjunción providencial de circunstancias puede hacer que, en determinado momento en que el gobernante puede obrar sin resistencias que comprometan la estabilidad de su

* Revista *La Nación*. Año I No. 23, 21 de marzo de 1942. Pág. 5.

administración, coincidan las exigencias nacionales y la opinión pública con la intención y el criterio de aquel. Están en presencia los factores constitutivos de un régimen nacional orgánicamente vigoroso y perdurable, capaz de cimentar una etapa de recuperación y robustecimiento. La conducta política necesaria y obligatoria en tales momentos, no puede ser otra que el contacto directo, el abrazo estrecho y franco entre el estadista y el pueblo, por encima y en contra de las pequeñas bandas de explotadores profesionales de las miserias públicas, organizaciones de secta y mecanismos de monopolio interesado y corrompido. Nada son, nada valen, nada pueden contra el entendimiento substancial y la decidida alianza entre el país real y un gobierno sinceramente deseoso de consagrarse al servicio del bien común. Mientras más graves las crisis que tengan que atravesar un pueblo en los momentos oscuros y decisivos de su historia, menos justificada la perversa obstinación de sus opresores o la agazapada y medrosa inacción frente a sus males internos, y más estricta, más sagrada y perentoria la misión de sus jefes naturales, en el sentido de desprestigiar prejuicios, reprimir desmanes, destruir privilegios y opresiones, dar, en suma, salud y vigor al organismo nacional, para que pueda sortear el riesgo, soportar los sacrificios inevitables y reanudar, pasada la tormenta, la marcha firme y ágil hacia su destino irrenunciable. No se sirve en tan grave contingencias a la unidad nacional, consagrando simplemente un estatus quo pasivo y estéril en el proceso de mortal descomposición que sufre el cuerpo enfermo de la Patria; sino emprendiendo un esfuerzo positivo de curación, imponiendo silencio a los factores de disgregación y fortaleciendo los cimientos y las estructuras auténticas del edificio nacional.

La obra es posible y serían seguro los resultados, independientemente de que el pueblo estuviera o no organizado para la acción política; pero sería infinitamente más hacedera cuando con esa organización. No se justifica, pero es explicable, la indecisión de los responsables de la suerte de un país que, aún ciertos de la fervorosa esperanza y de la adhesión de la gran mayoría de sus

governados, no encuentran la robusta concreción de ese anhelo social informe, los puntos de apoyo tangibles, sólidos, seguros, para la evolución salvadora, las fuerzas reales inmediatamente disponibles y listas para la acción eficaz, que declaran e impondrán, en el momento oportuno, la voluntad nacional. Me estoy refiriendo al partido político, al organismo resultante de un movimiento vital nacido en las entrañas mismas de la Nación, fruto de un cuerpo de doctrina política clara, certera, coherente, y de las exigencias éticas de una conciencia ciudadana, conocedor a fondo de la realidad nacional y del deber político; a la formación enérgica alrededor de esos principios doctrinales, de hombre honrados, ansiosos de vivir una vida libre, limpia y justa, en su Patria; de hacer de la comunidad social medio vital y camino de progreso y de realización para todos, y del Estado, una autoridad ordenadora y un servicio público en vez de un bárbaro poder de rapacidad y esclavitud.

Estas consideraciones iluminan, con claridad deslumbrante, dos tesis políticas “Acción Nacional” ha venido preconizado en México imparablemente: la primera, qué es necesaria y obligatoria la organización, específicamente política, de los mexicanos en un partido que formule y defienda vigorosamente postulados que con universal validez definen las prerrogativas, los caminos y los fines del hombre y de la sociedad; que conjugue esos postulados con los datos esenciales de la realidad mexicana; que luche inflexiblemente, sin impaciencias ni apetitos de poder, sin desviaciones circunstanciales, por ajustar nuestra vida pública a esas normas; que esté dispuesto y preparado para la responsabilidad y para la acción, en todo momento, pero que no sacrifique jamás sumisión perenne a actuaciones episódicas. Suele escucharse en boca de gentes que no se deciden a llamar las cosas por sus nombres porque éstos o aquéllas han sido profanados por los responsables de la prestación de México, objeciones a la acción política y ataques a la denominación propia de los partidos políticos. Acaban por verse obligados a reconocer que la acción política es indispensable cuando se trata de sanear la vida pública de la Nación y de crear condiciones de legislación

y de gobierno que hagan de México una verdadera Patria. Pero aún admitida ya la necesidad de la acción política, siguen formulando pudibundas reservas respecto del partido político y preconizando otra clase indefinida de organización que, sin embargo, tendrá también que reconocerse y proclamarse un partido político. No puede ser otra cosa la formación activa, jerarquizada, orgánica, de hombres decididos a actuar políticamente. Las bromas etimológicas que asignan al partido una función necesariamente disgregadora porque la palabra se deriva de partir, qué significa dividir un todo en partes o porciones, es de una penosa impertinencia en relación con materia tan grave. Desde el punto de vista de su propia constitución, el partido realiza ciertamente una tarea selectiva: convoca y organiza solamente a quienes participan de una determinada convicción política. Todo organismo al servicio de una doctrina, cualesquiera que sean sus finalidades y la naturaleza de sus actividades, tiene que proceder de la misma manera. Distingue también el partido las ideas y los hombres que sirven o atacan a la Nación y, si no lo hiciera, fracasaría en una tonta y caótica delicuescencia sentimental. Pero lo que se propone como resultado final de sus esfuerzos en la reedificación de un hogar nacional, en que los mexicanos vivan unidos en la paz, la ordenada libertad, la justicia y el bienestar material posible. Sabe que no dejará de haber fuerzas de disolución económicamente aplicadas a disgregar, a corromper, a debilitar la comunidad nacional; pero sabe también que en un país bien ordenado, la autoridad, siendo suficientemente fuerte para no tener que acudir a la violencia, es capaz de paralizar y contrarrestar la acción de esos factores nocivos. Es pues, el partido político digno de este nombre, no las bandas de holgazanes y maleantes que usurpan para explotación de una vida pública falsa y corrompida, un poderoso factor de unificación nacional.

La segunda tesis anunciada, es la que subraya la misión permanente y las posibilidades efectivas de un partido político del tipo del descrito, no sólo en episodios electorales o en contingencias determinadas, si no velando constantemente por el bien común fortaleciendo sin cesar sus cuadros,

realizando el trabajo esencial de organización, de difusión de principios, de alumbramiento de vengidos olvidados de la realidad nacional, de crítica recta y desinteresada de la gestión de los gobernantes, de planteamiento claro de los problemas que afectan al país y elaboración concienzuda de sus soluciones, de identificación, en suma, con la Nación misma y preservación incansable de su esperanza y de su voluntad de permanencia y salvación.

SERVIDUMBRE DEL MUNICIPIO

Uno de los más explotados motores ideológicos de la revolución, fue el de la libertad municipal. Este es también el nombre de uno de los peores fraudes políticos sufridos por el pueblo de México. La supresión de las jefaturas políticas y, en general, de los eslabones administrativos que se interponían entre los ayuntamientos y los gobiernos de los estados y territorios, la declaración constitucional de ser el municipio la base de la división territorial, política y administrativa de las entidades federales, y los textos que proclamaban su autonomía, hacían esperar que, por fin, la vida nacional quedaría edificada sobre sus cimientos naturales; que las más próximas y cotidianas relaciones entre los habitantes de México y el estado mexicano, tendrían un sentido real, práctico, eficaz, y crearían un ambiente inmediato de libertad, capaz de constituir una muralla defensiva contra las extralimitaciones de las jerarquías más distantes y un punto de partida para la favorable transformación de dolencias nacionales inveteradas.

No hay institución política que nos toque más de cerca que el municipio, escenario y ambiente de nuestra vida de todos los días, prolongación del hogar

* Revista *La Nación*. Año I No. 25, 4 de abril de 1942. Pág. 9.

y etapa de organización social, no sólo colindancia, sino continuación de la familia. La cubre, la conforma, la defiende, como la piel al organismo, sin intersticios ni distancias, ligados por la misma sensibilidad, fundidos en la misma unidad biológica, de tal suerte que son comunes la salud, el bienestar, la enfermedad y la muerte.

Son fines inmediatos y locales los del municipio, conforme a su naturaleza indiscutible y, por lo tanto, el mismo carácter tendrá los objetivos y funciones de sus organismos administrativos y políticos. No puede de ninguna manera el municipio, sin grave lesión de las familias y los hombres que en él viven, dar la espalda a esos fines y tareas específicos, para servir intereses, sino extraños, al menos distantes. Claro está que, siendo desde el punto de vista social y político unidad integrante de la plena comunidad nacional, tiene también funciones, deberes y responsabilidades nacionales, como los tiene, con mayor razón, en cuanto forma parte de la entidad menos extensa pero más cercana, que es la provincia o región, pero será desnaturalizado, quedará falseada la misión propia de sus órganos esenciales de representación y de gobierno, si el servicio de intereses regionales o nacionales impiden o frustran el cumplimiento de la obligación esencial, de la tarea inmediata de realización de los fines propios de la comunidad municipal misma. Por lo demás, No hay fórmula mejor de fortalecimiento nacional que la que preconiza una vida municipal sana, auténtica, libre. Son los buenos municipios los que salvarán a México y, en cambio, jamás será posible tal salvación por medidas periféricas que no remedian la mortal descomposición de las unidades vitales.

Otra vez hablaremos de la corrupción política de la vida municipal derivada de su explotación por las bandas monopolizadoras que con feroz exclusividad ejercen, en su propio provecho, la noble y difícil misión de gobernar. Otra vez hablaremos también de la miseria lacerante en que los municipios viven, privados de recursos fiscales que la Federación y los estados, sobre todo la primera absorbe, casi totalmente. Por ahora queremos limitarnos a señalar

y reprobar la tendencia legislativa que carga sobre las autoridades municipales, en creciente acumulación, tareas obligatorias que siempre las distraen del cumplimiento de sus fines propios y muy frecuentemente las convierten en ruines instrumentos de destrucción de las más esenciales piezas en la estructura de la vida municipal, en agente serviles de persecución, en cómplices de los peores ataques al bien común y al interés nacional. Casi no hay menesteres fiscales, estadísticos, y en general, administrativos, en que no hayan de intervenir los organismos y funcionarios municipales. La legislación local los considera articulados en el Poder Ejecutivo y subordinados del Gobernador del estado. La Constitución misma, para no citar sino uno de sus más vergonzosas y atentatorias disposiciones, les atribuye en él art. 130, grillete para la libertad y la conciencia de los mexicanos, miserables actividades en la persecución religiosa, en la restricción de los cultos; injerencia atentatoria en actos y lugares vedados a la odiosa impertinencia del gendarme.

Como si todo lo antes mencionado no fuera bastante, esos sucios manuales de fraude oficialmente llamados “Leyes Electorales”, catálogos y triquiñuelas cínicas y viejas trampas y escarnio de los derechos cívicos del pueblo mexicano, deshonra a las instituciones municipales encomendándoles las maniobras preliminares de cada comedia pretendidamente electoral: formación de listas, instalación de casillas y juntas computadoras, etc.

¿Cómo es posible que en estas condiciones los municipios se dediquen a lo suyo, vivan su propia vida? En vez de manantiales incontaminados, se les degrada al papel de pantano de pestilencias ajenas. Se pierden en la selva hostil de arbitrariedades y tonterías que es la incontenible proliferación legislativa y burocrática que nos asfixia. Si estuvieran servidos los puestos de autoridad municipal por verdaderos representantes de la comunidad, libres de tareas y compromisos políticos, tendrían que luchar mucho para que sus labores de delegación administrativa les permitieran atender eficazmente las propias. ¿Qué sucederá cuando tales puestos son desempeñados por políticos

profesionales al servicio de una facción?, ¿y qué sentido, qué justificación posible hay para actividades persecutorias que enfrentan a los vecinos con la Magistratura en una querrela casi doméstica, que hacen cárcel de lo que debiera ser baluarte de las libertades esenciales del hombre y escudo de sus derechos irrenunciables? He aquí una sacrílega prostitución de las esencias municipales, que clama por una reparación inmediata. Mientras se abuse de la delegación de actividades administrativas de la Federación de los estados en los municipios y mientras estos sigan teniendo a su cargo funciones políticas extrañas, serán inmediatamente ineficaces estarán perpetuamente enlodados de su deber, se harán opresores de su comunidad en vez de sus servidores.

La naturaleza del municipio exigen que sus autoridades le sirvan, lo defiendan, cuiden los intereses locales, el cuerpo y el espíritu de las familias que lo integran, que hacen vida común en su ámbito, primicia y resumen de la Patria. La necesaria participación de los organismos y funcionarios municipales en la tarea del Estado debe, en consecuencia, ser de tal naturaleza y limitarse a tal cantidad, que no ataque la dedicación eficaz de aquellos a su propia misión. Deben reducirse al mínimo indispensable esas actividades administrativas coadyuvantes y en ningún caso implicarán una oposición opresiva o persecutoria de las autoridades municipales respecto de su comunidad. Sobran funcionarios de la Federación y de los estados que se encarguen de servicios actividades cuya atribución a los municipios es en lo absoluto y justificable.

Sobre todo, urge desvincular a los ayuntamientos y a sus funcionarios, de la deshonrosa complicidad política que les impone las llamadas Leyes Electorales. Hay que redimirlos de esta degradante servidumbre; su actuación en materia electoral debe limitarse a la que relacione con elecciones de concejales y funcionarios del municipio mismo. No es ningún problema la asignación a empleados de la Federación o de los estados de aquellos lamentables procedimientos.

PRESENCIAS DE LA GRAN NACIÓN HUMILLADA

Antonie de Saint Exupéry, el aviador hombre de letras, reanuda en *Pilote de Guerre* el relato de sus aventuras en el maravilloso país del aire, desde donde la “tierra de los hombres” tiene aspectos y sentidos portentosamente nuevos.

Este libro es fruto de la amarga convergencia, en una sensibilidad escogida, de la poesía de la altura con la espantosa tragedia de la derrota de Francia. La distancia, la perspectiva, es el camino de la síntesis y el piloto, por hábito profesional, localiza con magistral facilidad los puntos de referencia, las líneas de estructura en el pequeño paisaje lejano, los nudos vitales en el complicado mundo de abajo que, visto desde arriba, se simplifica y se desnuda dócilmente. Peleando por su patria la batalla perdida de antemano, el triste combate sin esperanza y sin sentido, el Capitán de Saint Exupéry vuela sobre Arrás en llamas *Flight to Arras* es el nombre de la traducción inglesa, publicada al mismo tiempo que el original. Es un vuelo inútil –*misión sacrificée*–, uno más de los que la minúscula aviación francesa no rehusó nunca, consciente de que no eran sino maneras de muerte oscura y estéril que el deber militar exigía cruelmente.

* Revista *La Nación*. Año I No. 27, 18 de abril de 1942. Pág. 10.

El Grupo de Reconocimiento 2/33 había perdido ya diecisiete tripulaciones sobre veintitrés y tenía que seguir fundiéndose en la hoguera. Por milagro este fue un vuelo con inverosímil regreso. Saint Exupéry nos da su experiencia y su meditación del extraordinario episodio.

Libro de soldado, limpio de recriminaciones fáciles y de baja especulación política. Es el deporte preferido de los literatos en el destierro, ausentes del dolor de Francia, la condenación apocalíptica, el olvido de la derrota y de sus consecuencias y la condimentación de gestos que para la noble nación estrangulada no puede ser más que piruetas sin sentido. Este piloto de guerra vio la desintegración de su país, impreparado militar y espiritualmente para la lucha, en la impotencia y el caos. Claro está que no piensa en una degradante conformidad ni menos en complicidades culpables. Pero sabe que las combinaciones exteriores no resuelven nada, qué en Francia misma está la suerte de Francia.

Es patético el examen de conciencia en las nubes, sobre la metralla: “Nos hemos engañado largo tiempo sobre el papel de la inteligencia. Hemos descuidado la substancia del hombre. Hemos creído que la virtuosidad de las almas bajas podía ayudar al triunfo de las causas nobles, que el egoísmo hábil podía exaltar el espíritu de sacrificio, que la sequedad de corazón podía, por el viento de los discursos, fundar la fraternidad o el amor. Hemos desdeñado el “Ser”. Y la única manera de luchar contra el desastre, contra el abatimiento, contra la muerte, es la exaltación del Ser, la intensa reconcentración y fortalecimiento de los valores humanos, de las esencias nacionales, la austera y sustancial rectificación, el desprecio de tantas cosas falsas y sucias que llevaron a Francia a la debilidad y la derrota”. Un nuevo capítulo de auténtica historia de Francia.

Saint Exupéry comprende que el desastre nació de un falso concepto del hombre y reconoce que la noción verdadera de este gran protagonista de la vida individual y colectiva tiene estirpe y cimientos cristianos. Sin embargo, parece dar por supuesta una pretendida invalidez actual de los valores religiosos

y postular un Humanismo que aprovechará por inercia la herencia religiosa del cristianismo sin creer en ella, es decir, como mera elaboración cultural, como energía social inminente. En el fondo, reincide en la teoría comtiana de los estados sucesivos e irrevocables de evolución social. Como la metafísica substituía a la religión en la tesis del pontífice del positivismo, para hacer, a su vez, relevada por una etapa materialmente positiva. Saint Exupéry parece creer en un Humanismo edificado sobre las ruinas irremediables de la fe religiosa. No va por allí el camino, como no pasó nunca por los rumbos que Comte preconizara para caer en el ridículo de su pretendida religión positiva. Hay que afirmar la necesidad de un Franco y pleno retorno al viejo el camino del hombre, de su destino y de su salvación.

Las más inhumanas aberraciones, pasadas y presentes, arrancan de la ausencia o del abandono de las normas cristianas. Comunismo y nazismo pretenden ser sistemas humanistas y Aristóteles defendió la esclavitud.

Poco antes de la caída de Francia, Paul Claudel publicaba en su cuarta versión de *L'Annonce Fait á Marie* primitivamente *La Jeune Fille Violaine*. Mucho después –son largos estos oscuros días de ahora– llegaron a México contadísimos ejemplares. En el último acto del inefable poema dramático, variaciones substanciales, desde el punto de vista de la representación escénica, son introducidas por el Poeta. No es que repudie el texto anterior. Lo conserva para la lectura y agrega el nuevo Acto IV, más breve, directo y sencillo, para el teatro. Destino singular el de esta obra maestra, admirada en Berlín antes que en París y reanimando en la desgracia actual, representada por cofradías ambulantes de actores, la fe y la tenaz voluntad de vivir del pueblo francés. Antes, Pierre de Craon llevaba al hogar de Combernon, carga dolorosa en sus brazos erverentes, el cuerpo agonizante de Violaine, montadura de lepra para un fulgente espíritu sobre encendido de amor y santidad. En la llevaba a morir en Combernon, la granja medieval que para siempre la literatura rescató del sueño arqueológico, impenetrable a la historia. Cerraba el ciclo perfecto

el amor nacido en el prólogo de la obra –nacido para renunciarse– con aquel beso que sanó cuerpo y alma del arquitecto legendario, padre de la catedral; aquel beso cándido y ardiente en el alba, que fue el principio de la pútrida desintegración corporal de la virgen. La muerte unía de nuevo, –con qué intensidad entrañable– a los interlocutores conmovidos de la primera escena. Los unía en la definitiva renuncia y en la esperanza.

Ahora es su propio padre, Anne Vercors, el viejo patriarca que hace siete años emprendiera la heroica peregrinación a Tierra Santa, quién recoge con amor, en la última jornada del regreso, el pobre cuerpo deshecho y lo deposita como una reliquia en la mesa familiar, la misma en que partiera el pan para la madre y los hijos el día de la despedida. No verá más el hogar de la infancia Violaine; sus bellos ojos azules se han apagado hace mucho; pero reconocerá todavía la muda presencia de las cosas, el paisaje inolvidable, la canción que cantaba cuando niña: *Margueritte de París Prete-moi tes soulliers gris Pour aller en paradis.*

Ya no aparece en la nueva versión del último acto Pierre de Craon. La trayectoria cíclica es mucho más onda, con abismal hondura ontológica. El padre que engendró, forma con brazos y torso lecho para la muerte. El mismo lleva a enterrar el cuerpo amado junto al flanco de Monsanvierge, la iglesia florecida de vitrales, repiques y vuelos de palomas. El anciano campesino abandonará la tierra fecunda con aquel “grano inestimable”.

En realidad Pierre de Craon no es él la obra sino personaje secundario. Violaine tenía que salvarlo de la desesperación, para su siembra de templos en el dulce país de Francia, y fue rito de oblación el beso que la hundiría en el dolor de la lepra y, peor aún, qué troncharía su amor con Jacques Hury, cuajado ya en desposorio. Se ofreció también como víctima por Francia, paciente de invasión y división como ahora. La presencia de Pierre de Craon en el primitivo Acto IV, complicaba inútilmente la acción. Su ausencia en el texto reciente deja correr sin obstáculos la trágica corriente. Mara, la inflexible hermana terrestre, fiel a su vocación de odio y egoísmo, sostiene

hasta el fin su celoso rugido; está en el centro de un torbellino pasional que absorbe cuanto le es cercano, con implacable fatalidad. En aquella noche de Navidad llevó a su hijita muerta. Aubaine a la hermana leprosa, para que se la resucitará milagrosamente; mas no pudo el prodigio mudar su naturaleza esquiliana. Ella misma había de precipitar a la santa ciega en el pozo de arena de donde su padre la recogió, a fin de que el portento no reanimar el amor nunca extinguido de Jacques a Violaine.

Pero este comentario no va a ser un resumen de las variaciones más recientes de uno de los más bellos frutos del arte francés. Su verdadero tema es el artífice mismo y la fuerza que sostiene y dirige esta devota aplicación a la obra, está activa insatisfacción que obliga a rehacer una y otra vez algo que, sin embargo, en su primera forma ya había sido suficiente para consagrar un nombre, para inmortalizarlo; esta exigente probidad y esta energía que, transpuestos los setenta años, tiene todavía al artista encendido de creación en la tarea comenzada en la juventud y ya tres veces concluida. No se cansa Claudel, como no se cansan tantos otros, de pulir su joya: el paisaje de Francia, el pasado de Francia, su fe, sus tipos, sus costumbres, su historia, luminados por el genio personal del poeta. Llegan de tarde en tarde informaciones sorprendentes de la gran nación humillada; se escribe, se edita y se le haya tanto o más que antes del desastre. Es este, sin duda, un camino de evasión de la realidad lacerante; pero, sobre todo, el signo de una viviente presencia de una suprema energía, infaliblemente eficaz como condición y eje de los resurgimientos humanos: la del Espíritu.

No puede morir, ni siquiera estar condenado a la decadencia, un país con este espíritu. Aunque la derrota como desgracia y como responsabilidad, sea agobiadora; aunque la guerra injusta y brutal de la invasión estrangule casi a la víctima inerme.

SUICIDIO DE OCCIDENTE

La vida tiene una incoercible vocación orgánica, una obstinada tendencia a estabilizar y aprovechar toda situación de hecho, aún irregular y defectuosa, con tal que evite una solución de continuidad. Se precipita por los puentes provisionales para salvarse de la impotencia o de la muerte y no tarda en envolverlos con tejidos –armaduras “de urgencia”– que los habiliten para un servicio prolongado. Es el caso de las articulaciones improvisadas que espontáneamente se forman en el fémur fracturado y otorgan a tantas víctimas incurables la posibilidad de una marcha defectuosa, pero definitivamente útil.

No siempre, ni mucho menos, es lícita la transferencia de métodos estrictamente biológicos al orden superior del espíritu. La fatalidad instintiva de la materia sensible no puede ser norma para sujetos inteligentes, libres, responsables. Es claramente explicable, sin embargo, que una conducta o una elección consideradas angustiosamente necesarias, aunque impliquen error, aunque sean culpables, se convierten, primero con deliberación, después inconscientemente, el objetivo central es de un activo proceso de justificación. él espíritu humano repugna el mal y la mentira como el cuerpo de enfermedad,

* Revista *La Nación*. Año III No. 62, mayo de 1942. Págs. 5-6.

la fractura, la muerte. La zona oscura en que el alma linda con la fisiología es fecunda en aparentes motivaciones capaces de formar una articulación falsa. La falla lógica, la quebradura moral, subsistencia; pero el callo cartilaginoso que permite mantenerse en pie y andar, llega a ser tan fuerte que el paciente acaba por convencerse de la verdad de su mentira y de la inocencia de su pecado.

Es así como ha venido siendo armado por ciertos sectores de opinión en las “Naciones Unidas” un sistema de justificación de la alianza rusa que trasciende ya los límites de la simple asociación política y militar para extenderse al terreno doctrinal en forma de desintegración suicida de los principios occidentales y cristianos o, más exactamente, de los principios universalmente válidos en que se funda toda verdadera cultura. Ya era mucho, al ocurrir el suceso, que se le olvidará la reciente complicidad nazi-comunista la agresión a Polonia, cuya defensa determinó la generalización del conflicto, como en otros atentados irrevocablemente reveladores de una imputabilidad jurídica y una calidad que no pueden ser indiferentes en el juego de las relaciones internacionales. Ya era mucho también que se presidiera, con tal de asegurar una colaboración urgente, de la filosofía del hombre, de la sociedad, del Estado, del universo, esencialmente incorporada al régimen soviético, dogmáticamente determinada a la dominación mundial e incompatible con las ideas, métodos, instituciones y formas de vida cuya defensa ha sido oficial y reiteradamente proclamada como causa y objetivo de lucha de los países democráticos. Sin embargo, todavía el repudio de las tesis inhumanas del comunismo soviético –esencialmente antirreligioso, totalitario, esclavizante y bárbaro– figuraban en las apologías de la unión con la URSS. Aún personajes oficiales de primera línea formulaban en Inglaterra reservas categóricas, si bien seguramente ineficaces, sobre confinamiento del marxismo ruso a sus propias fronteras nacionales, inmunización de las Naciones aliadas al contagio y limitación de los efectos de la alianza en cuanto al tiempo y al contenido. Sería una coincidencia pasajera de carácter estrictamente guerrero

y diplomático, un pragmatismo de dudosa respetabilidad intentaba acallar las exigencias insobornables de la razón y la conciencia moral.

Pero el declive natural de las cooperaciones humanas, la fuerza política, económica y militar del imperio soviético y la inteligente propaganda que por múltiples caminos indirectos lleva a cabo la tercera internacional, fiel a su misión imprescindible de agente de la Revolución mundial, arrasaron las defensas verbales para dejar libre el paso a la victoriosa penetración comunista. Me refiero a una penetración preparatoria, de supresión de resistencia que, en el momento oportuno se dará el paso a la obra específica y positivamente revolucionaria.

Unos de los recursos tácticos más explotados para suprimir toda objeción al sistema consisten en identificar en forma absoluta, dentro y fuera de las Naciones aliadas, la causa de estas con la de la Rusia soviética o mejor dicho, con la del régimen comunista. Los críticos que se atreven a hacer públicas sus objeciones son infaliblemente acusados de traición o complicidad nazista. Hay sin embargo, quienes no quieran cerrar los ojos a la evidencia de un peligro muy real y muy grave y, cuando pueden, proclaman honradamente su convicción.

Hay quienes, deseando el triunfo de las Naciones Unidas, no entienden su libre convicción como servidumbre o complicidad respecto de superfetación es inaceptables o excrecencias nocivas cuya reprobación no dejará de ser para ellos un derecho y un deber. Quienes así piensan, entre ellos el autor de estas líneas, junto al rechazo de la desorbitada pretensión de regímenes políticos concretos, pacientes de corrupción interna y de complicidades notorias, para representar el único camino de dignidad y elevación humana; junto a la reiteración de normas vitales de conducta nacional e internacional culpablemente olvidadas por la mayoría de los gobiernos hispanoamericanos y más que nunca necesarias en la crisis que se abate sobre el continente, figura en primer término, la condenación del comunismo soviético tan abominable, activo irreconciliable contradictorios de los postulados que las Naciones Unidas proclaman como justificación de su actividad guerrera.

Recientemente el ex embajador americano en Moscú, Joseph E. Davis, reitera ideas bien conocidos en un artículo publicado por el *New York Times* y que intenta ser una respuesta tranquilizadora al problema que su título plantea “¿Es el comunismo una amenaza para nosotros?” el diplomático argumenta con las siguientes tesis:

El comunismo clásico no existe en la Unión soviética. Desviaciones notorias se iniciaron desde en vida de Lenin –la NEP– y han hecho desembocar de experiencia rusa en un socialismo de Estado y una práctica reconstitución de verdaderas clases sociales. Por otra parte, el “standards of living” y el común bienestar del pueblo de los Estados Unidos son más altos que otros cualquiera y su defensa es un deber vivamente comprendido por los americanos. Más aún: su sistema político, social y jurídico ha preservado como en ninguna otra parte las libertades esenciales, vitalmente necesarias para la integridad y dignidad del hombre. Es un pueblo de propietarios y esencialmente religioso. Ni aún sacudido por una catástrofe se echaría en brazos del hitlerismo o del comunismo. El Partido Comunista, en las tres últimas elecciones presidenciales, no ha logrado sino votaciones débiles y marcadamente declinantes. Bajo el régimen stalinista, el Comintern no es un instrumento de revolución internacional; sino más bien una agencia de defensa militar. Mientras no muestre en los Estados Unidos una más intensa y agresiva actividad, se presenta un problema académico y lo mejor será ignorarlo tranquilamente. Lo contrario sería usar un hacha para matar una mosca, “la fe en nuestro modo de vida y en nuestras libertades no es algo débil; si no capaz de protegerse a sí misma contra ismos de cualquier clase”.

En suma: los Estados Unidos están inmunizados contra el peligro comunista y, además, el comunismo ruso ni es una realización estricta de la doctrina marxista, me intenta hacer labor de agitación y propaganda revolucionaria en el exterior. Es por ahora, inofensivo.

Es inconcebible semejante alegato. Todos sabemos que el régimen porche vista no ha sido nunca una réplica pura de la organización social preconizada

por los teorizantes comunistas; que tenía que fallar en la práctica como fallan todas las doctrinas falsas.

Lo sabían y lo decían los escritorios que todavía hace muy poco lo unían con el nazismo para la misma merecida condenación, para idéntico tratamiento de repulsión y defensa. Lo que interesa al mundo no es la verificación de un desajuste ideológico; sino la perversidad de hecho, la injusticia comprobada, la mostró cida y el absurdo de un sistema político y social viviente y activo; la virulencia innata, la capacidad de opresión y de crimen, el ateísmo esencial de agresivo, la ferocidad inhumana de un régimen que encarna todos los errores y pecados del hombre occidental contra su esencia, su dignidad y su destino.

Por supuesto, los comunistas mismos ni siquiera se han tomado el trabajo de urdir un hipócrita alegato justificativo. Hay que reconocer que del Partido Comunista no ha venido, ni siquiera como maniobra, una fórmula de renuncia o claudicación respecto de las tesis y posiciones que las llamadas democracias abominan van antes de la alianza. La defensa es oficio y gratuita y como el cliente no se preocupa de proporcionar exculpantes al abogado, este se ingenia para edificar en el aire. Rara vez se ha dado ejemplo semejante de abandono en la defensa de las posiciones vitales de una civilización.

En Inglaterra y en los Estados Unidos no faltan voces que señalen el peligro; pero se pierden en el estrépito de una propaganda intencionada y poderoso. “¿Qué decir –escribe *The Commonwealth* en su edición del 8 de mayo en curso, del diluvio de información sobre los soviets, americano desde todas las direcciones posibles– los conferencistas que recorren toda la extensión del país, los interminables despachos de propaganda de Moscú y Kuybyshev en los periódicos diarios más leídos y en varias publicaciones frenéticamente dedicadas a la presión de la propaganda, los diarios de la guerra escrita en Moscú y los libros sobre misiones diplomáticas y periodísticas, así como la ciega aceptación de tales volúmenes al pie de la letra por críticos tan prominentes como Clifton Fadiman...? Todo esto está encaminado a grabar en la mente

del pueblo americano la figura de una gran democracia política del tipo americano, donde la libertad religiosa ha sido restaurada, abunda la tolerancia y el espontáneo fervor patriótico y el entusiasmo están en su cenit. Es un tejido de mentiras. Esta grave impostura puede tener las más trágicas consecuencias en la conformación del mundo de la posguerra. Si la Rusia soviética es simplemente otra forma, tal vez más avanzada, como éstos publicistas quisieran hacernos creer, ¿Por qué una amplia extensión del presente sistema ruso no había de constituir una excelente solución para los importantes problemas de la paz? ¿Cuántos americanos que conocen el carácter real de la dictadura stalinista pueden conformarse con esto?”

En cuanto a la inmunidad de las naciones “de democráticas” al contagio marxista, es una afirmación tan arbitraria como ingenua. Sin referirnos a México, paraíso de la propaganda soviética auspiciada hasta hace poco por el gobierno mismo, y posición de primera importancia en las actividades americanas del Comintern, baste recordar que en los Estados Unidos el avance ideológico y sentimental del marxismo era ya imponente antes de la guerra; las infiltraciones activas en el mundo político, en la organización sindical, en las universidades, alcanzaban proporciones alarmantes y, en suma, un estado febril bien comprobado, era signo claro de una grave infección generalizada. No vemos por ninguna parte las inaccesibles fortalezas morales que multiplica el optimismo del embajador Davis, ni siquiera en la provincia religiosa, donde la desintegración protestante se encamina su fin bajo la consigna incalificable formulada al otro lado del mar, en Canterbury: “nosotros profesamos el cristianismo; pero la URSS lo pone en práctica”. No comprendemos por qué un movimiento de proselitismo, lanzado vigorosamente desde antes de la guerra, hubiera de paralizarse cuando se le suman coagulantes tan poderosos, como son una alianza política y militar, una formidable maquinaria de publicidad y una credulidad popular sin defensa y sin límites.

NO CONTRA LOS PUEBLOS DEGRADADOS Y OPRIMIDOS

Fue durante la lucha casi milenaria sostenida por España para limitar primero y después rechazar paso a paso, en la heroica reconquista, de su territorio y de su libertad, la invasión musulmana, cuando quedó acuñada o, al menos, tuvo amplia y definitiva circulación la palabra que sintetiza desprecio y reprobación de quiénes, traicionando cristiandad y cultura occidental, se ponían al servicio de la barbarie islámica: “Renegando”. El terrible epíteto adquirido carta de ciudadanía en los principales idiomas, conservando en ello no sólo la significación original, sino también la propia textura española.

Va haciéndose necesario el empleo de esa palabra quemante, para señalar a cierta categoría de agentes oficiosos del panamericanismo que están envenenando las relaciones entre los Estados Unidos y los países hispánicos del continente americano y frustrando las posibilidades indiscutibles de una verdadera y sólida amistad continental. Parecen creer esos miserables –generalmente hispanoamericanos; pero a veces españoles en crisis de resentimiento político–, qué vendiendo a la opinión norteamericana burdas falsificaciones de la realidad

* Revista *La Nación*. Año I No. 29, 2 de mayo de 1942. Pág. 9.

histórica y presente de sus propios países y haciendo a estos directamente la injuria de substituir su contenido substancial, su identidad y su decoro, por abyectos comercios y sumisiones, serán contados entre los constructores de la organización internacional que ellos imaginan inevitable en el Nuevo Mundo. Sin embargo, tiene que llegar el momento –y señalará exactamente la cimentación efectiva del entendimiento y la colaboración amistosa entre las naciones de América– en que los pueblos rechacen mediaciones degradantes y al conocimiento y acatamiento recíproco de su verdadero ser, condición esencial de toda amistad digna de este nombre, suceda naturalmente el cordial estrecharse las manos sin agravio ni reserva. La obsequiosa disponibilidad de quienes ofrecen más de lo que se les pide y no conciben buenas relaciones de vecindad y cooperación sino partiendo de la renuncia, por lo demás inoperante, de datos y valores nacionales cuya subsistencia y afirmación son precisamente la condición indispensable para que esas relaciones no constituyen un episodio de absorción imperialista, comienza a ser comprendida como factor nocivo por quienes de uno y otro lado de nuestra frontera norte piensan con inteligencia y honradez en estas cosas. Necesitamos una amistad de signo positivo, sana, natural, y de ninguna manera combinaciones oficiales y trucos de propaganda que encubran mentirosamente la interna corrosión hostil de las ideas, los sentimientos, las aproximaciones y los contactos que tejen la tela de las relaciones entre países destinados a comprenderse y ayudarse.

En “La Nueva Democracia”, de Nueva York, edición del mes en curso, pública Luis A. Santullano una indignidad pretendidamente panamericanista –“en torno al panamericanismo y a la hispanidad”–, que es un atentado típico contra la amistad continental, una defección de todo lo que forma al ser y el espíritu de Hispano-América. Se habla allí de “los maniacos de la idea y la relación entre España y América”; se declara textualmente, como descubrimiento sensacional, “que España y las naciones de América no tienen nada especial que decirse”; sino que la “relación posible” entre una y otras habrá de hacerse –cosa

condicional y futura- a través de “el lenguaje conocido de las ideas, la ciencia y las preocupaciones universales”. Estás y otras ineptias semejantes sirven de preámbulo a una apología de la Unión Panamericana y de la política “norma de oro” del Presidente Roosevelt.

El reconfortante descansar de estas pestilencias respirando aire limpio, que viene ahora no de zonas malévolamente calificadas de sospechas por quienes tienen y se esfuerzan en conservar un provechoso predominio político, sino de una inteligencia egregia que ha servido con dolorosa constancia causas políticas de las que el Espíritu está ausente; pero que, frente al problema de la trágica inconveniencia de América en la crisis universal, al atribuirle la misión de elaborar un sentido internacional, un sentido ibérico y un sentido autóctono, formuló o reconoció hace poco una verdad que debiera estar, ahora más que nunca, luminosamente presente en la conciencia de los hispano-americanos. Me estoy refiriendo a palabras de Alfonso Reyes publicadas en el último número de *Cuadernos Americanos*.

“En cuanto a la herencia ibérica que nos fue otorgada como un don de la historia, mucho habrá de decir. Podría en rigor prescindirse de algunos orbes culturales de Europa que no han hecho más que prolongar las grandes líneas de la sensibilidad o del pensamiento. De lo ibérico no podría prescindirse sin una espantosa mutilación. De suerte que ibérico tiene en sí un valor universal. No se lo confunda con tal o cual Estrado institucional, con tal o cual régimen o gobierno que, como todos, ha gozado apogeos y ha padecido decadencias políticas. Lo ibérico es una representación del mundo y del hombre, una estimación de la vida y de la muerte fatigosamente elaboradas por el pueblo más fecundo de que cada noticia. Tal es nuestra magna herencia ibérica”.

La guerra presente es mucho más que una querrela por predominios económicos y políticos, más que una recomposición de fuerzas en el equilibrio de poder mundial, más que una disputa entre formas de gobierno. Son factores activos en ella sistemas culturales -conjugación viviente

de doctrinas, instituciones, normas éticas y jurídicas, costumbres, sensibilidades y aspiraciones, conceptos del mundo, del hombre y su destino—cuya implantación cambiaría el curso de la historia, conformaría la suerte de muchas generaciones.

Todos los agentes de descomposición que en cinco siglos y con desigual gravedad ostensible, pero siempre con segura virulencia, han venido atacando la civilización cristiana, hoy le dan abiertamente el asalto final, se aplican con frenesí a su total desintegración. Asistimos al momento exacto en que desembocan en el mar de su desenfrenada plenitud corrientes que nacieron en múltiples alturas del país del espíritu y los surcan en todas las direcciones, red de errores, perversidades y traiciones que tenía que ponerlo en trance de muerte.

El hombre individual y todo linaje de comunidades y relaciones de los hombres entre sí y con la naturaleza están íntegramente corrompidos, envenenados, desnaturalizados. Estamos haciendo el balance inevitable de medio milenio autodestrucción inconcebible, liquidado un demencial delirio de negación de los valores que hicieron posible la más alta culminación del hombre y la organización del Occidente. Siempre las culturas tienen una teología y una historia, un alma y un cuerpo correlativos y solidarios, una ciudad de Dios con réplica imperfecta, temporal y balbuciente en la ciudad de los hombres, que recibe de aquella norma y luz, sentido y aliento vital. Las curaciones o dolencias en el orden del espíritu repercuten indefectiblemente en el de la naturaleza.

Ahora se cree arrasada la Jerusalén intemporal que, sitiada de enemigos creciente por siglos, seguía siendo el motor central del mundo, a pesar de todo. Esto explica la febril flor y proliferación de intentos para reconstruirlo sobre bases nuevas, olvidadas y extirpadas con rigor y rencor sus viejas raíces cristianas. Era de esencia religiosa su estructura. Es, por tanto, inevitable la referencia religiosa en la nomenclatura que se use para enunciar los agentes de su destrucción. Consisten, en síntesis, en un concepto de la salvación como advenimiento creación del Paraíso Terrenal, un paraíso sin Dios, sin pecado y sin castigo; en suplantación del espíritu por uno de sus subproductos

e instrumentos, la técnica, erigida en fin; en la negación de poderes, normas o valores superiores los de la sociedad organizada en Estado, fórmula en la que caben formaciones de carácter internacional y, consiguientemente, en la nación mutilada del hombre, sometido a la arbitrariedad y a la fuerza, al apetito del poder que no se cansara de hundir fórmulas vanas y sonoras para disfrazar su inhumana ferocidad. Esta reorganización es, en suma, una regresión pagana, a veces confesada crudamente y tanto más peligrosa cuanto que utiliza un equipo formidable de erudición y de aplicaciones prácticas, el arsenal que cayó en manos de la barbarie al ocurrir la defección de la conciencia del servicio del espíritu.

La guerra no es una crisis salvadora, no será la sangrienta preparación de la tierra para la siembra pacífica del porvenir, si se pierde de vista el drama religioso, filosófico y moral que se desarrolla arriba y abajo de los acontecimientos militares y políticos que todos conocen. Detrás de estos se va el anhelo por caminos de simpatías o de rencor, interés pretendidamente nacional o de afiliación "ideológica", despreciando los que debieran ser factores fundamentales del problema, normas decisivas del juicio. Si no se entiende la guerra, nada puede esperarse para después de ella, como no sea una falsa paz, un precario a armisticio violento y estéril. Lo esencial es identificar las fuerzas del mal, rechazarlas con inflexible condenación donde quiera que estén, cualesquiera que sean sus maniobras, sus éxitos y sus alianzas.

Conciencias cristianas, honradas, cultas, no pueden resignarse a la victoria de esos poderes siniestros. Contra ellos, no contra los pueblos degradados y oprimidos por los mecanismos políticos que encarnan la feroz regresión materialista y pagana, la oración, el esfuerzo, la lucha, no solamente son permitidos, sino obligatorios.

HISTORIA Y DEFENSA DE UNA CIUDAD MEXICANA

En el pensamiento de sus organizadores, esta Convención está ligada substancialmente en el Cuarto Centenario de la Fundación de Guadalajara.

He aquí no está clara ciudad amable, milagro de medida, de proporción y de equilibrio; luminosa y sencilla, modesta y abundante, digna y cordial, austera y al mismo tiempo alegre, incontinentemente alegre. Luminosa a tal grado, que parece nadar en su noble paisaje transparente, como si perdiera gravedad y en ciertos momentos nos da la impresión de que sus piedras flotan. Nuestra amada ciudad, por cuyas calles, por cuyos ámbitos todos, fluye la vida, una vida especial hecha a la medida del hombre, con un ritmo que es como respuesta en diálogo armonioso al ritmo interior del cuerpo y del alma, que tiene pulsación de arteria, sentido, conciencia y emoción de espíritu; vida cuyo estilo no tiene nada de mecánico ni excesivo, sino todo de humano; ni pantano ni torrente, sino río cantante, encendido de sol; ni vértigo modorra, sino paso ágil y despierto de hombres que saben lo que son, lo que quieren y a dónde van.

* Revista *La Nación*. Año I No. 33, 30 de mayo de 1942. Pág. 9.

Nació nuestra Guadalajara de modo muy singular: no con la pesada inercia de las cosas inorgánicas que se inmovilizan donde una fuerza exterior las coloca; sino escogiendo su nacimiento con libertad y con trabajo. La historia maravillosa de su fundación comienza con el nombre mismo: Guadalajara. Esta cascada de “aes” da a la palabra la misma leve textura de las voces que designan lo que tiene movilidad, ligereza, vocación de vuelo y altura. Las “aes” abundan en todo lo que es claro, limpio, alto, ágil: al alba, el agua, el ala, el alma. Y con esa agilidad, con esa ingravidez, con esa señorial libertad, Guadalajara, la forma ideal y jurídica de la ciudad, acompañando a nuestros padres en su legendaria peregrinación, recorrió sitios sucesivos, mariposeó en lugares distintos, hasta ponerse aquí, su cuarta y final ubicación. Eligió libremente su paisaje, un paisaje para ella, como un hogar para una familia, como un escenario para una historia intransferible. Está nuestra ciudad es breviario de México. Tenía y tiene aún función y aptitud de paz, de justicia, de bienestar, como la nación misma. México también podría ser un pueblo feliz; sus hombres merecen serlo. Es cierto que ha incurrido parte del pueblo en desviaciones, que se ha desfigurado, que ha dado la espalda en muchas ocasiones a su identidad; pero pensemos que la responsabilidad no fue del pueblo. El caso de México no es la infección gangrenosa que de abajo va subiendo hasta llegar a los centros vitales del organismo. Cuando nació a la independencia, era un pueblo sano, limpio, bueno, como sigue siéndolo todavía en su mayor parte. Las zonas corrompidas lo fueron porque la corrupción bajo de arriba. Por desgracia, lo que debiera ser el centro vital del país, el manantial de su salud y de su fuerza, la fortaleza en que se preservarían intactas sus esencias y la clave de su destino, ha sido precisamente el punto de partida de su decadencia y de su desorden, ha sido el foco de su corrupción y de su abatimiento. Esto ha sido el Estado mexicano. Se ha construido en enemigo obstinado de la Nación, en destructor del bienestar y la libertad del pueblo.

Nació nuestra ciudad bajo el signo de esta desgracia sombría. Al finalizar el año de 1541, todavía no establecida Guadalajara en el Valle de Atemajac, sino

en Tlacotlán, discutían los vecinos de la necesidad de cambiarla de sitio para su mejor defensa; ya estaba presente en la angustiada discusión la figura de un tirano, ya titubeaban los fundadores, ya temblaba nuestros padres al pensar como Nuño de Guzmán, entonces ausente, reaccionaría ante el atrevimiento de quienes osaran plantear sus tiendas en una comarca que el déspota consideraba suya. Ya el apetito y la barbarie estrangulaban el bien común. Fue entonces la decisión de una mujer, doña Beatriz Hernández, la que definió la duda: fue ella quien, usando una deliciosa expresión que la Historia felizmente ha recogido, se presentó en el Cabildo y obtuvo una resolución que salvaría a la Ciudad: No por lo que pudiera pensar o hacer Nuño de Guzmán habrían que guiarse, sino por el derecho y el interés de la comunidad: Contra la amenaza del tirano se invocó la protestad preeminente de la Nación, representada entonces por el Rey. Su frase fue está: “El Rey es mi gallo”. Y Guadalajara nació aquí.

Poco después, en el año de 1560, en diciembre, Guadalajara recibió a la audiencia de la Nueva Galicia. Su Sede originalmente fue Compostela. La audiencia fue un pésimo Gobierno, a tal grado, que los vecinos de Compostela abandonaron la villa, que se abatió en desorden, dolor, protesta y ruina. Al cambiarse la capital a Guadalajara, recién fundada, cuenta la Historia que las autoridades, entonces solamente municipales –Cabildo y Regimiento–, organizaron un vistoso desfile. Se recibió a la Audiencia fastuosamente, alegremente, pero, sobre todo, con una magnífica lección de conciencia política. Frente a la casa de Juan de Saldívar, reunidos Cabildo y Regimiento, Obispo y Cabildo Eclesiástico, Andrés de Villanueva, Regidor de la ciudad, detuvo el desfile, provocó la atención del pueblo, hizo detenerse en su marcha a los Oidores de la Audiencia y, no recuerdo las palabras, las ideas sí, los increpó en estos términos: Entendemos y recibimos el honor que el Rey nos hace al declarar a Guadalajara Sede de la Audiencia de la Nueva Galicia; pero advertid que os entregamos una ciudad ya criada, aderezada, abundante de todo. No nos tratéis como a los de Compostela. Sois enviados aquí para

nuestro amparo y servicio. Nosotros a nuestra vez estamos dispuestos sin límites al servicio del Rey.

Por fortuna eran los tiempos en que aún las extralimitaciones en la crítica del Estado, con tal que tuvieran un limpio propósito de justicia, aún las exaltaciones desmesuradas, con tal que fueran orientadas hacia el bien común, como por ejemplo, las reclamaciones desorbitadas de Las Casas, eran no sólo escuchadas, si no protegidas por la Monarquía Española. Ni Nuño de Guzmán hizo jamás nada en contra de nuestros padres, ni la Audiencia se portó mal en lo sucesivo. Guadalajara no corrió la suerte de Compostela. De todos modos, nació bajo el signo de la amenaza del Estado y entró a injertarse en el cuerpo de la Nación Mexicana con la angustiosa opresión de quien teme un mal. Tardó varios siglos en presentarse, pero vino el fin. Es la triste, la vieja historia de México, la lucha del hombre y de las comunidades naturales contra el Estado corrompido y despótico, rapaz e inhumano.

Se engañan quienes piensan que la ciudad puede pasar desapercibida para las fuerzas del mal y defenderse con el silencio y la pasividad. La ciudad no es solamente la estructura armoniosa de nuestras casas y de nuestros monumentos. Este es el signo aparente de una oculta viviente asamblea de espíritus. Esta fórmula no es metáfora, es historia; no esta esencia. La ciudad es, ante todo, una poesía, es realidad sociológica indiscutible. Las ciudades nacieron alrededor de un culto; de ahí mano su capacidad atractiva, su estructura política, su derecho, su organización toda, aun la material. La inercia del espíritu es causa necesaria de decadencia y de muerte. Las ciudades no se defienden solas, necesitan que sus moradores las defiendan, nosotros mismos, nuestras conciencias, nuestros brazos, nuestra decisión. Somos substancia y muralla de la ciudad y si abandonamos la guardia de sus puertas, mal podemos quejarnos de que entren por ella a saco y la arruinen las fuerzas del mal. Para defender y salvar la ciudad, como para defender y salvar la nación, que es una gran ciudad en cuyo seno viven los municipios y las demás comunidades naturales, necesitamos purificar

las fuentes del Estado, purificarlas no por medio de críticas estériles y de quejas medrosas en el rincón de nuestras casas, sino por una lucha, dura fatigosa, grave. Es preciso emprenderla. No llegaremos a ningún resultado sin recorrer el camino áspero, pero claro y luminoso, del cumplimiento del deber político. Este es el sentido de nuestra reunión, esta es la fórmula de nuestro deber, la fórmula que ha de incrustarse en la conciencia y en el corazón de todos los mexicanos que saben de su responsabilidad y de su honor.

SOBRE UNA POLÍTICA DE GUERRA

Sería inútil e impertinente discutir los antecedentes del hecho, su justificación, los caminos que no fueron escogidos, los criterios cuya pugna no pueden seguir siendo materia, de debate público: no hay para que volver la vista atrás. El hecho es que México está en guerra con Alemania, Italia y el Japón, y que cualquiera que sea nuestra participación en el conflicto, estamos irrevocablemente implicados en él. El Estado asumió la responsabilidad de la declaración de guerra; pero los efectos de la medida gravitan sobre la nación entera; somos protagonistas directos en el drama y su desenlace nos interesa vitalmente. Lo peor que pudiera sucedernos sería entrar a empellones en la trágica escena y no asumir en ella un papel propio y determinado. Necesitamos escoger y seguir fielmente una conducta política, apresurarnos a cimentarla; necesitamos establecer cuanto antes las premisas de una política de guerra.

El gran peligro de nuestra situación consiste en que, por una parte, esta es una guerra cuya dirección y decisión están en manos de grandes potencias comprometidas en ella a vida o muerte y, al mismo tiempo, no tenemos

* Revista *La Nación*. Año No. 35, 13 de junio de 1942. Pág. 11-12.

un repertorio de objetivos tangibles que señale y rija nuestra trayectoria. No tenemos ninguna disputa territorial pendiente, no estamos rechazando una invasión y, en suma, no vamos a hacer una guerra de motivos y finalidades categóricos, concretos, inconfundibles; ni siquiera tenemos una frontera común con los países enemigos, ni existe la posibilidad de una decisión militar de la querrela en forma directa y propia; sino que tendremos que ser partícipes en una solución gestionada por otros. Corremos el riesgo de entrar en una guerra más bien ideológica, de solidaridad en los Estados Unidos de América y, circunstancialmente, de protesta contra episodios de agresión bien conocidos. Ni siquiera puede tener el carácter de guerra punitiva, dada la desproporción de nuestra fuerza militar respecto de la de los países agresores.

En estas condiciones, estamos gravemente expuestos a una mortal anulación de nuestra personalidad nacional al salir de la guerra, aún de una guerra victoriosa, disminuida y empobrecida como nación, cualesquiera que fuesen las problemáticas ventajas materiales que pudiéramos lograr.

La pendiente está aquí, junto a nosotros. Más todavía: hemos comenzado a andar en ella y, lo que es peor, dentro y fuera de México existe una poderosa corriente de propaganda, signo y voz de fuerzas políticas considerables, empeñada en suprimir, en sacrificar los intereses nacionales de los países débiles, bajo el pretexto de una jerarquía de problemas, peligros y urgencias, que exige asegurar incondicionalmente la victoria de los Estados Unidos e Inglaterra. Es corriente de opinión, en la que figuran quienes en el fondo preferirían subrayar la urgencia de la victoria rusa, constituye un factor de primera importancia en el peligro que estamos señalando.

Sería imperdonablemente absurdo postular una política de egoísmo y dislocación respecto de los Estados Unidos e Inglaterra, aparte de que es obviamente imposible. Una franca y leal colaboración en la empresa común es no sólo aconsejable, sino obligatoria y necesaria en cuanto medio de alcanzar metas también comunes; pero más obligatorio y necesario aún, más angustiosamente

esencial es que México siga siendo México, país soberano, responsable de su conducta y de su historia, piloto de su destino.

Precisamente ahora, al iniciarse esta etapa singularmente grave de la guerra, es indispensable proclamar como deber fundamental del Gobierno de México y de cada uno de los mexicanos, deber que no cede su preeminencia a ningún otro, ni siquiera a los de orden militar; el de tener una clara política nacional en el conflicto, el de hacer de la guerra una empresa mexicana, el de evitar inmoluciones funestas, que tan fácilmente recomiendan charlatanes y demagogos.

Habremos perdido la guerra, aun vencido los países del Eje, si en ella no fuimos sino comparsas, si aceptamos una indecorosa función servil. El Gobierno de la República tomó la decisión que nos ha convertido en beligerantes. Tiene, consiguientemente, más que nadie, la responsabilidad de ser inquebrantablemente fiel a una política verdaderamente nacional. No bastan las protestas de solidaridad con nuestros aliados de hecho ni la adhesión a tesis políticas generales, para justificar la guerra, ni menos para conducirla en beneficio de México. Lo que se requiere es la definición y el servicio del interés específicamente mexicano. Tampoco es actitud racional la de los fatalistas que se conforman con declarar que la guerra era inevitable como resultado de una conjunción de circunstancias que México no podía conjurar y recomiendan capear el temporal por medio de una política oportunista y utilitaria. Cualquiera que sea el resultado que la guerra, el primer mandamiento de nuestra política de guerra consiste en utilizarla para fortalecer la unidad nacional y para afirmar e inflexiblemente, en la colaboración misma con otros países, la propia personalidad de México.

El Gobierno está obligado a formular y la Nación tiene el derecho de conocer la plataforma concreta o, por lo menos, el esquema general de nuestra política de guerra: sus objetivos esenciales, los límites y el contenido positivo de nuestra participación en el conflicto, los caminos que vamos a seguir. No puede alimentarse la voluntad de defensa y sacrificio de un pueblo con el solo incidente de agresión que determinó formalmente nuestra entrada en la lucha; tampoco

puede ser motor eficaz de un alzamiento patriótico una afiliación democrática de los mexicanos no podemos abstenernos de confrontar dolorosamente con nuestra experiencia política interior. Es inaplazable saturar al país de evidencias palpables, convencerlo de que ha entrado a la guerra para defender la causa de México y que es una guerra que merece pelearse.

Cualesquiera que sean los preliminares inmediatos del paso trascendental dado por el Gobierno de México y que nos ha colocado en estado de guerra, es indudable que la realidad presente contiene factores y posibilidades que bastan para organizar un programa político verdaderamente nacional, es decir, un plan de conducta que asegure el ser, la fortaleza y el porvenir de México a pesar de dificultades, peligros y enigmas que sería torpe menospreciar.

En suma: los funcionarios responsables del proceder internacional de México, tanto en el terreno diplomático, como en el militar y en el de su participación económica en la guerra, deben, lo mismo que los mexicanos todos, individualmente considerados y como integrantes de comunidades y organizaciones de toda índole, abrazar como lema y guion de conducta, como credo cuya integridad no tolera desfallecimientos ni atenuaciones, la convicción de que México tiene un ser propio, un destino único que ha de cumplir el mismo libremente y que, en consecuencia, sus afanes y sacrificios en la guerra se justifican en cuanto están encaminados al servicio y al bien de México; que nuestra Nación dejaría de ser si se la rebajara al papel de pieza secundaria, cuando no ínfima, en un mecanismo internacional del que entrará a formar parte renunciando misiones, fines y responsabilidades que son, al mismo tiempo, exclusivamente suyos y absolutamente irrenunciables; que, finalmente, tampoco es México un aventurero desarraigado en disponibilidad para el servicio de turbias ideologías internacionales; si no sujeto de una cultura, de una historia y de una vida inalienables.

Tal vez más aún que la política internacional, importa subrayar la política interior de la Nación necesita en esta extraordinaria emergencia. Acrecentada

la capacidad de acción del Estado por el otorgamiento de facultades extraordinarias al Presidente de la República, inclusive para suspensión de las garantías individuales, atravesamos una coyuntura de trágica ambivalencia: lo mismo puede el Estado asegurar y robustecer la unidad nacional, con lo que se compensarían todos los sacrificios que la guerra nos imponga y saldríamos de la prueba aptos para la nueva vida sana, libre, justa; que frustrar sin remedio, por el abuso del poder, por la complicidad facciosa, por la pasión sectaria o, en general, por la desnaturalización de sus funciones, la anhelante esperanza de los mexicanos, ansiosos de que México sea para todos una verdadera patria, un hogar libre y limpio, abundante, ordenado y generoso.

El Estado debe vigilar y reprimir eficazmente los desmanes del caciquismo y las maniobras facciosas de quienes gozosamente se prometen pesca abundante en el río revuelto, que no cesan de agitar sistemáticamente.

Y será un servicio civil de primera importancia aquel en que todos nos alistemos para cuidar devotamente de la preservación de nuestra identidad en costumbres, tradiciones, estilo de vida, honrado alumbramiento de nuestra historia olvidada. Este es un frente de defensa que se extiende a todos los lugares y circunstancias en que ocurre en nuestra vida cotidiana, es una tarea fácil y, sin embargo, de incalculable trascendencia. Ni una sola partícula del México auténtico debe perderse en la tormenta. Mucho nos habíamos desviado del camino propio. Este es precisamente el tiempo de volver a nosotros mismos. “Nada puede revigorizarse ni escapar de la rutina –dice Belloc– sino por el retorno a sí mismo y por la recaptación de su propio pasado”.

Hay una provincia de la vida nacional en que es también inaplazablemente imperativo formular y aplicar una política coherente y enérgica, si se quiere evitar una verdadera catástrofe: la económica. México es un país potencialmente rico, pero actualmente pobre, y ha sido víctima, por muchos años, de un verdadero desbarajuste y de una manía destructiva, que le han inferido lesiones positivamente graves. Confiar en ayudas extrañas y fincar

sobre ellas nuestra reorganización económica, es triple error, pues favorece el eufórico atolondramiento del que gasta lo obtenido sin trabajo, hipoteca inevitablemente no sólo los recursos materiales, sino la libertad de acción y la soberanía misma de México, y frustra o aplaza la posibilidad de crearnos una estructura económica propia, no para radicales autarquías imposibles e inconvenientes, sino para asegurarnos una capacidad productiva que si es factible y que pudimos haber logrado desde hace mucho, en cuanto a recursos básicos que cimentarían nuestro bienestar en épocas de normalidad como en tiempo de crisis.

Se acentuará nuestra anulación y dependencia si el término de la guerra nuestra economía, lejos de haberse fortalecido, es aún más débil que ahora. Por desgracia, estos temores distan mucho de ser producto de un excesivo pesimismo. No se ha reformado nuestra legislación en condiciones de dar verdaderas garantías a los productores la llamada “batalla de la producción” se ha dado en el papel y en los micrófonos solamente; las intervenciones del Estado para dirección de la vida económica son, generalmente, improvisadas y contraproducentes; nuestro régimen monetario carece de una cimentación sólida y, al igual que nuestro sistema de crédito, se mueve en la contradicción y el empirismo.

La guerra será una prueba dura y decisiva. La elaboración inmediata de un sano programa económico y su implementación efectiva, cualesquiera que sean las rectificaciones que deban sufrir tesis y prácticas demagógicas que han amontonado ya demasiadas ruinas en toda la nación, aun en zonas o actividades que llegaron a tener verdadero fortalecimiento, es condición indispensable para evitar que se derrumbe, en la inminente sacudida, la estructura tambaleante de nuestra economía.

Como se alude a las exigencias perentorias de nuestra economía, habría que mencionar también la necesidad de organizar por fin la educación pública con claridad y firmeza, sobre bases de auténtico respeto a la persona

de los educandos, a los derechos de la familia, a la identidad de la Nación, suprimiendo con decisión la injerencia corruptora de quienes por motivos políticos bien conocidos, prostituyen la escuela y el magisterio, hacen escarnio de la autoridad del Estado y conspiran abiertamente contra el interés nacional; habría que clamar por la implantación de una positiva unidad de Gobierno, cuya ausencia inevitablemente paraliza la acción y esparce la incertidumbre; habría que hablar de multitud de otros problemas importantes cuyo tratamiento la guerra no aplaza, sino, por el contrario, urge con angustioso apremio.

Pero este artículo no pretende elaborar un programa, formular una política de guerra; sino simplemente señalar su necesidad. Intenta concentrar la atención de gobernantes y gobernados sobre la gravedad de la crisis que la Nación confronta, para suscitar un esfuerzo sobrehumano de salvación, para conjurar el peligro de un inerte abandono que, sumando a la tempestad deshecha, nos llevaría al desastre, sin disculpa y sin esperanza.

POLÍTICA DE GUERRA: UNA JERARQUÍA ESENCIAL

Hubo en Alemania, desde hace muchos años, una movilización filosófica, precursora del racismo agresivo y de la sacrílega deificación del Estado; una filosofía de la guerra que debe figurar necesariamente entre las premisas de la actual y de las anteriores que Alemania preparó y peleó. Dentro de ese movimiento doctrinal y clima psicológico entona Hegel su elogio de la guerra, letanía monstruosa cuyo sentido y alcance se nos entregan precisamente ahora, en revelación de barbarie, de dolor y de muerte: “La Guerra es bella, buena, santa y fecunda”.

Para una conciencia occidental y, por tanto, cristiana, semejantes apologías son blasfemia pura. La guerra es horrible, perversa, abominable y destructora. Es un mal en sí misma, la obra del odio y de la muerte. Se impone a veces y se justifica el recurso a la guerra, cuando constituye el único medio de evitar males mayores, pero llamarla y abrazarla jubilosamente como un bien inestimable es la negación del hombre y de la cultura; es, sobre todo, el diabólico rechazo de la voluntad de Dios. Ciertamente que a veces la amputación salva y es obligatorio emprenderla

* Revista *La Nación*. Año I No. 38, 4 de julio de 1942. Pág. 7.

y someterse a ella; pero sería sadismo bestial el goce y la práctica de la mutilación por la mutilación misma. Las tesis sociológicas que postulan la excelencia de la guerra como sujeto de vinculación social, como obrero insuperable de estructuras e ideales colectivos, son doblemente falsas: En primer lugar, destrozan la unidad ecuménica de la especie humana al incurrir en valorizaciones absolutas desde el punto de vista y en beneficio de proporciones nacionales antagónicas. Además, imputan el proceso bélico, circunstancial y precario, las virtudes esencialmente pacíficas cuya extraordinaria suscitación es precisamente una defensa espontánea del organismo social contra la guerra. Evidentemente, estamos refiriéndonos a guerras exteriores, pues la guerra civil ni siquiera puede ofrecer apariencias del interno fortalecimiento nacional. Pero aún la “unión sagrada” frente al enemigo extranjero, es precisamente la pacificación doméstica, el abrazo fraternal, la suma orgánica de esfuerzos, decisiones y sacrificios, la negación de la guerra. Hasta en el mejor de los resultados indirectos de una guerra, no es ésta, por tanto, sino la paz, la que une y construye.

La guerra es un mal. Hay, sin embargo, guerras populares. Su explotación esa gritos final e incontenible de un largo proceso de rencor o de esperanza; el pueblo inunda plazas y calles, enróquese de himnos y aclamaciones, se fatiga de marchas marciales y agitación de banderas. Tal vez no sea la guerra misma el motor de su entusiasmo, si no la anticipación visión de una patria libre tras el esfuerzo heroico, libre de humillaciones, servidumbres o amenazas; la posibilidad del advenimiento, aún por gloriosos caminos de sangre, de la justicia esperada pacientemente por Dios sabe cuántos años y generaciones. Con todo, es preferible que la guerra sea asumida gravemente, sin regocijo y sin euforia. Aún la más justa de las guerras, la más necesaria, la más conforme al derecho y al anhelo de la nación atacada, es un recurso doloroso y nunca una fiesta de caníbales.

Felizmente, México ha recibido sin excesos ni estridencias la declaración del estado de guerra. Es tarea para meditar se en silencio y ser asumida con

viril afán austero. Quienes echan de menos las vociferaciones y las alargadas callejeras, ni entienden ni respetan la crisis vital que la Nación confronta. Es torpe galvanizar el sentimiento público y, por otra parte, inútil. Nada vale ni conduce a ninguna parte la irritación epidérmica, la violencia intrascendente que no formula ni compromete las fuerzas morales del hombre, sino que, por el contrario, las desquicia y degrada.

La guerra no es una aventura ni un desahogo, sino un deber y una prueba, de cuyo desenlace dependerá la suerte de los pueblos que la emprenden. Es un trance insuperable serio. Irrumpe a veces en la historia de ciertos pueblos que no la esperaban ni habían hecho el más insignificante preparativo para recibirla. Vivían en plena comedia y necesitan darse cuenta de que una tragedia comienza, si no quieren ser víctimas de una verdadera catástrofe. México debe comprender, real y eficazmente, que ha cambiado el signo de su vida. Esta obligación estricta incumbe, sobre todo, al Estado y a los organismos y personas que con él y alrededor de él, asumieron la responsabilidad de nuestra vida pública durante el periodo que concluyó al declararse la guerra y que pasará a la historia con el nombre de “la revolución”. No se trata de asegurar la continuación del viejo sistema de pequeñas combinaciones políticas ni de preservar la solidaridad y el dominio de la “familia revolucionaria”. Lo importante lo indeclinablemente imperativo, es capacitar al país para un esfuerzo extraordinario de afirmación, de unidad y de victoria. Lo esencial es salvar a México, no seguir haciendo la revolución. Hay que clausurar las empresas de simulación y de lucro que, por desgracia, arruinaron a México durante tantos años, y comprometernos todos en una sola misión limpia y generosa: la de fortalecimiento y defensa de la Nación.

La apremiante exigencia de la guerra dicta una inviolable jerarquía de esfuerzos y realizaciones. No hay peor método que el de la improvisación, por ruidosa que sea. Una serena consideración de objetivos, posibilidades y caminos, una organización prudente y realista de las medidas que cada etapa

de la emergencia va requiriendo, son condición precisa del éxito. El estadista, en cada momento de su tarea, tiene frente a sí, en la situación social que le ha tocado conducir, piezas de estructura y factores secundarios. Confundirlos o asignar preeminencia práctica a elementos de segundo orden, con desprecio de los datos esenciales, será casi seguramente fatal.

Es frecuente, sobre todo en países políticamente enfermos, es decir, cuya vida institucional no corresponde al ser y a la voluntad de la Nación, que está, inveteradamente alejada del escenario en que se representa su historia, ausente de la ancha vía de su destino y teniendo que seguirlo tenazmente por abruptos vericuetos, al sonar la hora de la crisis no tienen, por falta de una clara conciencia política y de órganos propios de manifestación, la posibilidad de una inmediata y elocuente proclamación de sus recursos, de sus necesidades, de sus fuerzas y peligro. Toca al Estado concentrarse en una sincera y profunda auscultación, para edificar su política de guerra sobre cimientos sólidos, para articularse vitalmente con las verdaderas energías nacionales y, uniéndolas en un haz indestructible, sin permitir monopolios, persecuciones ni explotaciones criminales, dirigir inflexiblemente su marcha en la dura jornada de la guerra.

Para decepción y castigo de vividores, es preciso que el gobierno de la República haga entender a tantos que no ven en el estado de guerra sino la ocasión de llevar agua a su molino y que se pavonean exhibiendo como servicio patriótico el repertorio miserable de invectivas y calumnias perfectamente desprestigiadas con que han venido y continúan apedreando a quienes no participan en sus indecorosas actividades, que no es está su hora, sino la de la verdad, la limpieza y el auténtico patriotismo; que no se ha emprendido ni se permitirá la movilización de la charlatanería bélica ni de la demagogia, reconciliada hipócritamente con la bandera tricolor, sino que lo que debe ponerse en pie y en marcha desde luego, es la fuerza moral y el poder económico de la Nación; el verdadero pueblo de México, libre e igual sin mandatarios ni regimentación degradante en provecho de los privilegios de la corrupción

política, sin mutilaciones ni ventajas por razón de clase, de opinión política o de credo religioso. Todos tenemos el derecho y el deber de participar en el inmenso esfuerzo común; pero aquel que pretenda utilizar tal participación para reiterar mañosamente sus golpes a la conciencia y a la tradición del pueblo, sus maniobras fraudulentas de monopolio político, sus negocios cínicos o solapados, debe ser impecablemente excluido e imposibilitado para continuar su nociva actividad.

El Estado debe conservar rigurosamente cerradas las compuertas que cortan el paso a la retórica y al espectáculo y dejar correr, en cambio, libre y jubilosamente, las fuerzas reales de la Nación. Con ellas, con el México auténtico, si es posible el grave y gigantesco esfuerzo que la Nación necesita.

No hay que lamentar, sino, por el contrario, celebrar y fomentar el grave y fecundo silencio en que las decisiones radicales preparan su ímpetu incontenible. Lo esencial es descubrir y limpiar los veneros de la identidad nacional y hacerlos fluir al cauce espléndido de nuestra salvación. Al mismo tiempo, hay que drenar hacia la vertiente contraria los pantanos. Hay que tomar la guerra en serio; hay que evitar a toda costa que para nadie, mucho menos para el pueblo de México, pueda plantearse la duda sobre si este grave capítulo de nuestra historia será un acto más de una vieja e innoble comedia. Y se correría este peligro si no fuera convicción y norma eficaz de nuestra conducta en la guerra, la jerarquía esencial: la Patria sobre la fracción, el trabajo sobre la propaganda, el bien común sobre el apetito egoísta, la realidad nacional sobre las ideologías demagógicas y las veleidades espectaculares.

CIMIENTOS DE LA UNIDAD NACIONAL

Este es el tiempo de desterrar cimientos para rehacer la estructura moral de la Nación, su unidad y su energía, que no son obra de incontinencia verbal ni de efusiones líricas, sino que exigen macizos fundamentos de incommovibles realidad. Es un eximio deber patriótico el redescubrimiento de la roca viva de nuestras esencias nacionales. Sin conocerlas y amarlas entrañablemente, no sabríamos defenderlas.

En primer lugar, localicemos y desechemos un falso camino de investigación: Si el poder no es servicio, caridad, degenera en satánica empresa –al fin fallida– de subyugación de los demás y de soberbia elevación del fuerte sobre el nivel humano, por inmanente exigencia del propio apetito. Otra vez el terrible drama teológico, aunque con personajes degradados: adanes ridículos, evas de arrabal, lombrices y bellotas en vez de serpientes y manzanas. Y el viejo argumento intacto, el homúnculo miserable que no cabe en los límites de la especie y aspira a convertirse en súper hombre, quiere ser como Dios. Lo satánico suele ser también grotesco. En México conocemos demasiado bien la nauseabunda pastorela.

* Revista *La Nación*. Año I No. 39. 11 de julio de 1942. Pág. 11.

El poder es no sólo la más refinada y seductora concupiscencia en sí mismo, sino la puerta de muchas otras, de las que en escala descendente más y más van alejando al hombre del espíritu y hundiéndolo en la animalidad. En su propia trayectoria fatal encuentra el peor de los orgullos su castigo. Pero es tan irresistible la atracción del poder que los decididos al encubrimiento político no cejan en el asalto universal de las posiciones del Estado y por desgracia triunfa y mandan con aterradora frecuencia.

Por esto y porque es inmensurable la capacidad de corrupción y de fraude activo del hombre abandonado a sus propias fuerzas y la disponibilidad popular al engaño, a la explotación y a la inercia gregaria, no hay instituciones ni sistemas políticos inmunes a la deformación y a la mentira.

Aun en los países más clásicamente democráticos hay que desconfiar de los datos oficiales y explorar profundamente, muy por debajo de las apariencias sociales, para descubrir y comprender la verdad; para localizar las genuinas energías nacionales, por lo común suplantadas en la imputación corriente del mérito y glorias o simplemente de funciones de resistencia y fecunda actividad vital; para localizar los puntos en que el organismo colectivo sufre la torturante deformación, origen de atrofas tal vez irreparables, que le impone un molde legal inadecuado, invención de ideólogos fieles al apotegma lapidarios: “tanto peor para la realidad”.

Con todo, hay que reconocer que la posibilidad de verificación de una realidad nacional está en razón directa de la aproximación de sus instituciones y costumbres políticas al ideal democrático tan distante, desde luego, de las ideologías, intenciones y prácticas de comunizantes y rojos de todos los matices.

Si la ficción democrática hubiera tenido aplicación real en México, desde que nuestros textos la acogieron y consagraron, tendríamos oficialmente declarada no sólo la voluntad popular referida a las materias consultadas en cada emisión de sufragios; sino los rasgos permanentes, constitucionales, del país real. Aún carentes de instituciones de control directo sobre el ejercicio del mandato

político, como la revocación y el referéndum, el solo proceso de designación de representantes y la actividad, plataformas e influencias de los partidos, nos permitirán seguir con apreciable probabilidad lo mismo las superficiales ondulaciones cambiantes de la dirección invariable, en el cauce de sus profunda identidad, da la opinión pública, conciencia y voz de la Nación. Las leyes y la estructura del Estado, aun cuando no correspondieran sustancialmente a la naturaleza y a las aspiraciones de la comunidad mexicana, reflejarían al menos algunas de sus más tenaces y enérgicas características. Pero difícilmente se localizará en la geografía y en la historia ejemplos más típicos que el que nosotros constituimos de radical discrepancia entre la vida pública y la fábula legal, por una parte, y el ser auténtico, la conducta y la voluntad de la Nación, por otra. Hay que emprender por rumbos muy diferentes la exploración de nuestra realidad. Nuestro método ha de consistir, por tanto, en despreciar la fachada y entrar directamente a la casa.

Hoy vamos a conciliar el más prominente tal vez de nuestros datos fundamentales, el Catolicismo, no en su esencia religiosa sino simplemente como hecho social.

Se ha formado ya una compacta y definitiva unanimidad de opiniones computables sobre esta proposición básica: la evangelización católica y la obra religiosa que ella construyó, fueron el principal factor genético de la Nación Mexicana, la premisa moral del mestizaje, la causa eficiente, la materia y la forma de nuestra cultura en el nacimiento y hasta la relativa madurez que alcanzó la Nueva España, la filosofía y la moral determinantes de nuestra estructuración jurídica y política, la substancia de nuestra vida espiritual durante los tres siglos de la Colonia. Esta sola tesis, que es la evidencia misma, bastaría para aclamar la Religión Católica, profesada aún por la abrumadora mayoría de los mexicanos, según lo reconoce, inclusive, la estadística oficial, como piedra angular de la nacionalidad, pero tiene todavía su favor otros contundentes motivos de acatamiento.

Desde la independencia, libre ya del realismo español y de la vinculación política del patronato que podía autorizar la imputación, por observadores superficiales, de un soporte exterior, el de la metrópoli; abandonado a sus propias fuerzas, el Catolicismo mexicano ha estado sometido a una dura y larga prueba: los constantes esfuerzos de suplantación por el protestantismo americano, frecuentemente ayudado por gobiernos antinacionales. Prácticamente, los resultados obtenidos por las sectas protestantes durante más de un siglo de esfuerzos dispendiosos, son nulos. El Catolicismo sigue siendo la religión nacional. Dentro de este mismo orden de ideas conviene señalar igualmente el fracaso, de tal manera absoluto que no ha podido escapar al ridículo, de los conatos de cisma urdidos también por nuestros peores gobiernos.

Pero fuera del terreno específicamente religioso, el Catolicismo ha sufrido también en México la prueba más que secular de la persecución, a veces solapada, a veces violenta, bestialmente cruel. Está todavía fresca la sangre de millares de víctimas de la ferocidad antirreligiosa de la revolución, la del caos preconstitucional y la del sarcástico “régimen institucional” de Calles. Y estos episodios no son sino eslabones de la larga cadena. No ha habido provincia de la vida religiosa que haya escapado a la profanación y al arrasamiento implacable: culto, jerarquía, beneficencia, vida monástica, institución, propiedad eclesiástica, derechos cívicos y políticos, libertad de expresión, todo ha sido bárbara y reiteradamente atacado y en todo permanece clavado hasta ahora el signo de la persecución, la norma represiva, la proscripción consagrada por leyes absurdas y oprobiosas, en primer término por la Constitución misma. Sin embargo, el Catolicismo sigue siendo la religión de la mayoría abrumadora de los mexicanos, la substancia tenaz de sus costumbres, el hilo de oro que salva la unidad de su espíritu, la continuidad de las generaciones.

Hay más: aparte de la agresión incesante implica la presencia inmovible de la institución agredida, el sucesivo desvanecimiento en irreparable caducidad de los sistemas atacantes establece una confrontación de aptitudes para

la resistencia y la duración, cuyo resultado es la triangular certeza de que la religión perseguida integra orgánicamente la realidad nacional; mientras que las fuerzas que la hostilizan son manifestaciones secundarias y pasajeras. Se relevan sin interrupción; pero cada una, al cabo de un proceso patológico más o menos prolongado y aunque dejando tras de sí ruina que será muy difícil remover, caer en descrédito, impotencia y olvido. Para no citar sino un ejemplo, mencionemos el liberalismo, que llena la historia de nuestra vida independiente hasta el comienzo de la revolución y cuyo señorío político no alcanzó límite ni parecía destinado a tener un irreparable acabamiento. Sin embargo, si ahora emprendiéramos una sencilla encuesta para saber cuántos hombres y mujeres de México se declaran católicos liberales, el resultado evidenciaría elocuentemente el fenómeno que estamos subrayando. Seguramente el Catolicismo es la causa por la que más mexicanos consideran que vale la pena vivir y morir. Y este es el sufragio determinante, el signo inconfundible de lo que constituye el tesoro esencial de un pueblo.

Si la Nación ha de salvar la crisis que actualmente confronta, no será sino inspirado su conducta en el conocimiento claro, desnudo y sincero de su propia realidad. Toca al Estado ahora rectificar viril y decididamente, no mediante disimulos y componendas que a nadie satisface, la secular obstinación suicida de gobiernos y facciones empeñadas en socavar los cimientos espirituales de México. Nadie piensa en restauraciones ni predominios imposibles, ni siquiera en privilegios de ninguna especie. Todos anhelamos algo infinitamente más sencillo y absolutamente objetable, al mismo tiempo que necesario para la obra de unidad que la emergencia exige: un régimen de derecho común para la religión del pueblo mexicano.

PELIGRO A LA IZQUIERDA

Uno de los desconcertantes episodios de la actual guerra es la magnífica resistencia del pueblo ruso a la invasión alemana. Los agentes de la Tercera Internacional y su clientela comunistoides y frente populistas pretenden capitalizar, en su exclusivo provecho, la extraordinaria experiencia y exhibirla como prueba de una orgánica asimilación del marxismo por la nación rusa y de la eficacia del régimen soviético para su fortalecimiento técnico y económico y para crear y dirigir energías humanas, cuyo ímpetu y resistencias sólo pueden ser fruto de un estado social y de una filosofía de la vida victoriosamente arraigada en la conciencia y en la voluntad del pueblo. Deberían, sin embargo, poner frenos a su optimismo el recuerdo de una escena, todavía muy reciente, del drama en que Rusia está representando un papel prominente: su fracaso moral y militar en la innoble agresión contra la pequeña Finlandia heroica. Es que una empresa del Estado, una expedición simplemente oficial, movida por un imperialismo que no deja de serlo porque explota la dogmática consigna de la revolución mundial, no tiene capacidad para suscitar el regimiento y la acción de fuerzas que inevitablemente

* Revista *La Nación*. Año I no. 41, 23 de julio de 1942. Págs. 13-14.

se ponen en marcha cuando una nación, en trance de muerte, se sabe responsable de su destino y determina salvarse.

Mientras el caudal de una corriente no sobrepasa los límites del marxismo volumen previsto, se somete a la canalización a las exigencias del aparato rígido de conformaciones, niveles, trayectorias y servicios que el hombre le impone. Es dócil, paciente y útil, como una mansa bestia doméstica. Pero cuando en las remotas cuencas se forman avenidas extraordinarias, el sistema artificial es desbordado, si no desecho, y la libre energía del elemento sin frenos convierte la rutinaria pasividad en ímpetu invencible. De la misma manera, las raíces de los árboles desterrados en las ciudades desquebrajan los pavimentos en tenaz esfuerzo victorioso. Es decir, en ciertas ocasiones, el vigor natural de los organismos vivientes hace estallar las formaciones corticales que transitoriamente los envuelven y muy a menudo les atribuyen una falsa apariencia. Rusia está desbordando los cuadros del partido comunista y resistente, no por virtud, sino a pesar de su régimen político. La invasión ha suscitado en las fuentes vitales de la energía nacional fecundidad increíbles. El espíritu de facción hubiera sido incapaz del esfuerzo extraordinario que presenciamos. En Rusia misma la que se ha puesto de pie y combate fieramente por la preservación de sus tesoros esenciales. A este convencimiento lleva la consideración profunda de los datos reales del fenómeno. Un artículo reciente de Elena Iswolsky ("Righting the Russian Balance", en *The Commonwealth* 19 de junio de 1942), cuyo amoroso conocimiento de las cosas de Rusia es indisputable, funda concretamente esta conclusión. Veinticinco años de feroz opresión revolucionaria difícilmente equiparable con cualquier otro movimiento subversivo en la historia del mundo, no han podido extirpar ni desnaturalizar sustancialmente el alma de Rusia, como tampoco, sujeto a un proceso destructivo y deformante de menor envergadura, pero de la misma especie, ha perdido México su prodigiosa estructura espiritual, los rasgos específicos de su fisonomía venerable. Es reconfortante la comprobación

de parejos resultados en la prolongada pasión de dos pueblos que ostentan numerosos datos de impresionantes semejanzas.

Precisa desmontar claramente el mecanismo de la trampa que la propaganda roja está utilizando en todos los países de la tierra a propósito de la gallarda reacción de Rusia ante el ataque alemán. Consiste en confundir o, más bien, el equiparar identificar dos realidades, dos órdenes de acontecimientos, de esfuerzos y de propósitos, no sólo distintos, sino divergentes: por una parte, la resistencia nacional rusa a la invasión; por otra parte, la dirección política de la guerra, su localización dentro de un programa de fortalecimiento interno y de radiación universal del Estado soviético, en acatamiento de una exigencia dialéctica irrenunciable por las secuaces del materialismo histórico. La maniobra está haciendo estragos pavorosos entre gentes bien intencionadas que consideran inextricablemente implicada la tolerancia, al menos provisional, del infatigable trabajo marxista del proselitismo y contaminación, en el deseo y la necesidad de la victoria de las Naciones Unidas, acreditando torpemente al comunismo la sangre, el dolor y el heroísmo que el pueblo ruso gasta sin límite en defensa de su patria y no del Estado soviético.

Al mismo tiempo que una entrañable simpatía y una justa admiración por el esfuerzo de Rusia, nos obliga una aguda claridad de visión, una escrupulosa exactitud discriminativa, al juzgar la posición política de la U.R.S.S. en la guerra. El interés militar coincidente no puede justificar nunca la solidaridad política, ni menos la unidad doctrinal entre la Federación soviética y las Naciones Unidas. Permanecen intactos los abismos que dividen entre una y otras la organización social, la naturaleza y los principios rectores de la actividad del Estado, el concepto del hombre, la cultura, la fe en principios trascendentales, todo, en fin, lo que da un sentido y un valor al hombre mismo y a su breve estancia terrestre.

La U.R.S.S. no es el campeón de la Santa Justicia, ni siquiera una democracia combatiente, y el comunismo no ha renunciado a una sola de sus tesis o rectificado sus métodos. Sigue siendo lo que no puede dejar de ser, por más que

la confusión mental y, en el mejor de los casos, la devota intención de algunos católicos ingenuos, dedicados al peligroso deporte de la interpretación de las nubes, se esfuercen en presentir, por un imaginario camino de Damasco, la aparición de un Saulo Rojo en vísperas de ser fulminado por la gracia en trance portentoso de arrepentimiento y conversión. Es inevitable convenir en que la justificación razonable y realista de la causa de las Naciones Unidas no requiere, ni menos necesita, el recurso a posturas tan lamentablemente absurdas. Hay que reconocer también que abrir los ojos a la realidad del Estado soviético y del partido comunista, no es de ninguna manera cerrarlos al merecimiento del pueblo interiormente oprimido, que ha sabido guardar con ejemplar fidelidad un patrimonio moral sorprendente y combate por su patria contra el enemigo exterior, cómplice, hasta hace poco, de sus propios verdugos.

El Estado soviético tiene un interés propio en la guerra. Al iniciarse el conflicto, ese interés coincidió con el de la Alemania nazi y se produjo el entendimiento oportunista que duró hasta hace un año. Ahora coincide aquel mismo interés con el de las Naciones Unidas y la coincidencia ha engendrado la colaboración militar presente. Sería imperdonable equiparla con una sincera y orgánica comunidad de miras y, sobre todo, postulados o premisas de la doctrina política en que se basa el sistema de motivaciones y justificantes de la guerra. ¿Qué sentido, como no sea de escarnio, pueden tener, proclamados por la U.R.S.S., el ideal democrático, las Cuatro Libertades, la reprobación del estado totalitario o las bases jurídicas y políticas de organización de la paz sintetizadas en la Carta del Atlántico?

Como la Rusia zarista, la U.R.S.S., insubstituible desviador y pararrayos del empuje militar alemán, ha sido la novia del mundo en guerra, la aliada potencial más solícitamente cortejada en el siglo XX. Es justo reconocer que sabe administrarse.

Nadie ignora que, desde el punto de vista nacional, la U.R.S.S. tiene propósitos concretos de expansión territorial a costa de los Países Bálticos. Estonia, Lituania,

Finlandia, aún sumadas a la doctrina internacional de la autodeterminación y por unánimes que sean en el mundo la reprobación del imperialismo y de las agresiones de la fuerza contra el derecho, el nombre del espacio vital o de la seguridad de los fuertes, tienen un triste y manifiesto destino. “Para la Unión Soviética –según un despacho publicado por el *New York Times*– la situación de las Repúblicas del Báltico, después de la victoria, está fuera de discusión”. Polonia, Rumanía y Bulgaria, están parcialmente marcadas también por el mismo. Además la Patria del Proletariado tiene en el mundo una sagrada tarea mesiánica que cumplir. Sobre sus hombros gravita el deber indeclinable de la revolución mundial. Siempre espero ansiosamente, como el amanecer de su propio día, la aurora que se levantará sobre las ruinas del mundo occidental destruido por la guerra. Esta es precisamente su gran oportunidad y no ha de despreciarla. Hacerlo sería traición y suicidio.

Poniendo frente a frente estos objetivos prácticos de la U.R.S.S. en la guerra y las finalidades proclamadas, a su vez, por las Naciones Unidas, tenemos que admitir que los convenios diplomáticos del mes de junio constituyen una victoria soviética.

Obtuvo desde luego una amplia ayuda militar y el reconocimiento de su necesaria participación, como potencia de primera magnitud, en la policía y en la dirección del mundo de la post-guerra. Comprobadas la determinación inflexible, la claridad de miras, la capacidad de maniobra diplomática, la fuerza material y la influencia ideológica de la U.R.S.S. y sumando estos factores al prestigio de la victoria militar, no necesariamente atormentar la imaginación para prever la naturaleza y los resultados de la activa presencia soviética en la organización de la paz, aun prescindiendo de la posible colaboración eficaz de gobiernos más o menos inficionados de frente populismo o francamente comunistas.

Parece ser que la exigencia por Inglaterra y los Estados Unidos de una categórica declaración soviética sobre renuncia a expansiones territoriales a costa de las pequeñas democracias bálticas, estuvo retardando la concentración

de los pactos de junio. Es indudable que los textos publicados no contienen tal declaración. Comentaristas norteamericanos insospechables reconocen la inexistencia de todo compromiso formal sobre esta materia. Es significativo, por otra parte, que, simultáneamente con las firmas de aquellos convenios, los Estados Unidos declaran la guerra a Rumanía, Hungría y Bulgaria y lanzarán el 5 de junio un virtual ultimátum contra Finlandia. Para no citar sino una de las observaciones características de la prensa de los Estados Unidos transcribamos lo que dice *News week* en su edición del 22 de junio último: “Rusia no renunció sus pretensiones sobre los Estados Bálticos, sino que simplemente admitió no insistir por ahora en el conocimiento angloamericano de tales pretensiones. Roosevelt y Churchill indujeron a Molotov a reservar este difícil asunto a la conferencia de paz, pero pocas de las fuentes informadas en Washington creen que el Soviet abandonará sus reclamaciones”.

Claro está que el gobierno soviético no tuvo inconveniente en suscribir el pacto de abstinación de interferencias políticas en el régimen interno de otros Estados. Esto no le obliga a nada ni le impide nada. Hasta los niños de pecho saben que es la Tercera Internacional, organismo técnicamente inconfundible con el Estado, pero, en la práctica, dócil instrumento suyo, el agente formidable de la propaganda comunista y de la penetración activa en la política doméstica de todos o casi todos los países de la tierra.

Estos hechos debieran ser bastantes para limpiar de cataratas tantos ojos obligados a ver claro.

México, aunque carcomido de infiltraciones comunistas, tienen a su disposición dos insuperables puntos de apoyo para una política inteligente y precavida respecto a la U.R.S.S.: uno positivo, que es la repugnancia nacional al comunismo; otro negativo, consistente en la ya prolongada ruptura de relaciones diplomáticas con el régimen soviético. Nuestra entrada en la guerra, dada la naturaleza peculiar de nuestra participación en ella, no nos impone articulaciones ni contactos con el hecho de la colaboración militar entre

la U.R.S.S. y las Naciones Unidas. En estas condiciones sería absurdo comprometer nuestra libertad de acción y convertirnos en servidores de una política egoísta, extraña y nociva.

Hay en la lucha un frente invisible que, sin embargo, decidirá en último término de resultado de las batallas materiales. Es el frente de la resistencia moral, basada en una convicción inmovible. Se destruye ese frente, se introducen la decepción y el escepticismo en las conciencias, cuando se trata de imponer al pueblo posturas contradictorias, cuando su buen sentido lógico es torturado por propagandas ideológicas que, en el fondo, desprecian el interés nacional. Necesitamos defendernos del ataque, a veces subterráneos, a veces ostensible, que el comunismo no ha dejado de sostener contra la estructura espiritual de México.

CULTURA Y NACIÓN

Con razón la cultura, vida y obra del espíritu referidas a épocas históricas y sociedades humanas participantes de una profunda unidad, tiene una nomenclatura agraria. Es un cultivo, un paciente afán que el tiempo, la tierra y el hombre, conjugan en la esperanza y en el futuro. Acontece en un campo, en un clima, bajo un sol, cuya concurrencia determina formas peculiares de trabajo, calidades únicas de los productos, expresiones características del inagotable seno fecundo. Contiene el misterio vital de la simiente, el drama oculto de su germinación, su espléndida victoria en el árbol que, a su vez, dará fruto y semilla, la clara y materna virtud nutricia de las fuentes, la múltiple armonía de los paisajes, la íntima o infinita amplitud de los horizontes.

Nada tan común como el campo y, sin embargo, nada tan singular como cada escenario campestre de una familia humana: mi rancho, mi tierra, mi siembra, mi mundo, propio e intransferible, relicario de tesoros personales, saturado de mí como yo estoy impregnado de esencias tuyas, mi propio hogar bajo el cielo, que contiene y ampara mi casa, mi vida, mi trabajo, mi patrimonio y que, aunque pobre y desconocido, para mí es el centro del universo. De la misma manera nada,

* Revista *La Nación*. Año I No. 44, 15 de agosto de 1942. Pág. 13.

tan universal y, al mismo tiempo, tan inconfundiblemente peculiar en el orden del espíritu, como la cultura. El alma nacional, lejos de ser algo necesariamente antagónico de los valores universales, constituye su expresión natural. Todo lo humano está regido por la ley de la encarnación y, consiguientemente, aún sus actividades y manifestaciones más abstractas, más incompatibles con la individualización, sin perder su libertad substancial, sin desplazarse de la altura que domina lo temporal y contingente, tienden a situarse en un marco concreto, a corporizarse para su manifestación terrestre, para su acción positiva y eficaz entre los hombres. Es no sólo posible, sino normal, una cultura nacional. Estos términos no se excluyen: se llaman. No hay rechazo, sino afinidad y vocación de encuentro en estas dos dimensiones humanas, las familias nacionales integran ellas mismas la acúmene sin fronteras. Es por esto que las culturas no son entes de razón, sino realidades históricas, universales en cuanto a su ser esencial, particulares en cuanto a su incorporación vital en determinada sociedad.

Escindir esta unidad disyuntiva inconciliable, es apuñalar al mismo tiempo la cultura y la nación. Si esta, en vez de abrir sus puertas en generosa disponibilidad al mensaje universal del espíritu, lo resiste, para encasillarse en hosco particularismo, se condena a proscripción y barbarie. Por otra parte, postular la negación de la Patria, de sus inobjetable rasgos específicos, en nombre de la cultura, es declarar a ésta incompatible con la realidad, expulsarla de la historia y convertirla en presa de visionarios y descastados.

Como siempre, las soluciones unilaterales frustran lo que pretenden realizar. Hay que contar con la inevitable refracción de la luz en el agua, ciertos de que no se extinguirá su virtud iluminadora. La inmersión de la cultura en un medio nacional dado, nada le resta; por el contrario, la refracción conduce a un seguro enriquecimiento, a una adición de aportes originales que incrementan espléndidamente el patrimonio común. La especie es una y diferente de cuerpo y alma. Y precisamente no es por la generalización, sino, al contrario, por la particularización, como se llega a localizar a los sujetos más ricos

de determinados atributos. Mientras más reducida es la categoría aislada dentro de una pluralidad por la atribución de sucesivas diferencias específicas, más rica es su connotación, más espléndida la suma de sus dones. Ese método de asignación de diferencias que fundan las sucesivas identificaciones, agrega a las características de la categoría anterior más extensa, un dato nuevo, hasta llegar al sujeto individual, en nuestro caso al hombre personal, mínimo por el número máximo por la abrumadora dignidad de las cualidades que soporta. Es el depositario de un coeficiente personal irreducible, único, la viviente culminación de todas las virtualidades de la especie y, al mismo tiempo, el protagonista, sin substitución posible, de un destino exclusivo.

Las culturas, movimientos espirituales que sólo merecen ese nombre cuando tienen vigor y amplitud bastantes para marcar y conducir durablemente todas las manifestaciones de la vida humana, están destinadas a cubrir orbes supranacionales; difícilmente soportarán cárcel de fronteras.

Para juzgar del tipo y estado de una nación desde el punto de vista de la cultura, hay que atender al mundo cultural de que forma parte, es decir, al que está vitalmente articulado; a las peculiaridades del sujeto nacional y a su madurez o grado de formación. En cuanto a la cultura misma, un corte transversal nos permitiría investigar la identidad y disposición concéntrica de sus elementos. De dentro a fuera y por orden de importancia localizaríamos, en jerarquía vital, alrededor de la religión como un dato medular, una metafísica y, en general, una filosofía, es decir un sistema coherente de concepciones y sentidos del hombre y del universo, una moral, un arte, una ciencia y una técnica.

Evidentemente nosotros pertenecemos a la cultura occidental, no sólo porque nos haya alcanzado su vigorosa irradiación, sino genéticamente. Es, más que una época, movimiento o estilo de vida, una especie de nueva creación del espíritu humano, una sustancial regeneración; el nombre que con más propiedad le corresponde, aun cuando por desgracia representaría ahora una realidad desgarrada, es el de Cristiandad. Tuvo su cuna en las ilustres

riberas mediterráneas, hizo de Europa su hogar definitivo y en el ímpetu del Renacimiento se incorporó un nuevo continente. Desde América pudo todavía continuar la epopeya de su expansión. La Nueva España extendió su esfuerzo hasta las Filipinas y estuvo a punto de cerrar en el corazón del Oriente el abrazo que abarcará la plenitud geográfica del mundo. En este campo a todas las buenas semillas hallaron surco y acogida fecundante. El Occidente resumió y depuró los resultados de las civilizaciones pasadas. Por el ancho puente romano llegaron el crisol las esencias latinas, griegas, judaicas, los restos que debían conservarse de forma o etapas de vida todavía más remotas. Después ha seguido atrayendo y consubstanciándose, de todos los rumbos de la tierra, cuánto puede servir y ennoblecer al hombre. Cualquiera que sea la gravedad de la crisis que hoy padece, subsistir la cultura occidental y conservará la dirección de la especie; no es un sincretismo pasajero, sino una viviente unidad que debe al Cristianismo el ser, el trascendimiento de los factores de procedencia exterior y la indefectible perennidad.

Nuestra inserción en la cultura occidental es obra de nuestra filiación española. Sangre, fe, lengua, e historia, constituyen la indestructible articulación. La independencia política, irreversiblemente consumada en 1821, deja intactas aquellas vinculaciones. Más aún, libres de toda subordinación, inclusive en el orden de las relaciones meramente culturales y a pesar de que otros enlaces y comunicaciones han influido y seguirán influyendo en nuestro ser actual, aquellos mismos factores no dejarán de ser nuestra columna vertebral, el factor decisivo de nuestra configuración y nuestra conducta.

En el torbellino de la guerra que nuestros días siembra confusión y ruina en todas partes, conviene renovar incansablemente la conciliación de estas verdades. El tema naturalmente, tiene amplitud inagotable. La caracterización sistemática en nuestra cultura nacional está por hacerse, es decir, la definición de nuestro aporte específico al espíritu occidental, o, en otros términos, del coeficiente de refracción del Occidente en la realidad mexicana. No ya obras

formales, si no aún exploraciones preparatorias, nos faltan angustiosamente, como tantas otras cosas indispensables para el propio conocimiento y, consiguientemente, para la convencida defensa del ser de México.

COLABORACIÓN CATÓLICA INTERNACIONAL

Principia el autor de Acotaciones a dar a conocer sus ideas e impresiones acerca del "Seminario de Estudios Sociales" al que concurriera en Washington, en unión de otros prominentes delegados mexicanos, hispanoamericanos, norteamericanos y canadienses.

PARTE I

La National Catholic Welfare Conference, organismo de coordinación y colaboración de la jerarquía católica norteamericana, cuya actividad y prestigio en los Estados Unidos aumentan constantemente, obró con notorio acierto al convocar y llevar a cabo el Seminario Interamericano de Estudios Sociales reunido recientemente en Washington y otras ciudades del país vecino, para estudio y comunicación de criterios sobre los problemas agrupados bajo el rubro general: "La Crisis de nuestra Civilización".

La tormenta que amenaza arrasar no ya sólo el Occidente sino el mundo todo, exige algo más que reacciones pasionales o incoherentes comentarios dictados por un sensacionalismo superficial y empírico. Impone la meditación concienzuda y grave a la luz de principios de validez eterna, únicos capaces de alumbrar caminos de salvación. No se trata, ciertamente, de una mera consideración abstracta; sino que la tarea del Seminario estuvo desde el primer

* Revista *La Nación*. Año II No. 55. 21 de octubre de 1942. Pág. 13.

momento orientada hacia un propósito de la unidad católica continental. Esta es la primera cuestión que conviene dilucidar, porque ha puesto en movimiento prejuicios y recelos que deben ser eliminados.

El catolicismo tiene una dimensión universal no sólo propia, si no esencial.

Es precisamente la que le da su nombre. Una verdadera fraternidad entre católicos, integrantes del cuerpo místico cuya cabeza es Nuestro Señor Jesucristo, es algo que no puede quedar confinado a estrechos rincones de literatura religiosa, de ideología confusa o de reblandecimiento sentimental; es un dogma y un deber. La esencia del Evangelio, el mandamiento ineludible de la Nueva Ley, es la caridad, que no destruye, si no abraza y robustece los vínculos naturales de unión entre los hombres. Esta es la suprema aspiración terrestre del catolicismo: unir, liquidar conflictos, sumar esfuerzos y voluntades, suscitar la asistencia recíproca, la ayuda, solidarizar la vida, la esperanza y el destino. Hay un hecho natural indudable: la ubicación en un mismo continente geográfico, América, de numerosas naciones semejantes y diferentes al mismo tiempo, colocadas en una situación especial respecto de la crisis presente y necesariamente llamadas a vivir en un sistema de relaciones derivado de su vecindad. Los católicos, obligados a seguir la consigna de la unidad, deben favorecer indiscutiblemente todo esfuerzo de comunicación y armonía entre los participantes de su fe en todos los países del Nuevo Mundo. Este es el único dato común sobre el que puede basarse una verdadera amistad continental.

Indudablemente, la vocación ecuménica del catolicismo sufre las desviaciones derivadas del coeficiente nacional que en cada país, en cada conciencia individual, matiza y a veces tuerce las ideas, los juicios y, sobre todo, los sentimientos. Es, por tanto, natural que una experiencia de colaboración católica interamericana fuera enfocada por muchos, no como un fenómeno puramente religioso, en cierto sentido intemporal e inespecial; sino como un incidente que plantea de nuevo y aún, desde cierto punto de vista, agudiza problemas nacionales e internacionales bien conocidos. En otros términos:

Se ha considerado frecuentemente que la formulación de un programa de unión activa y armónica entre los católicos del continente americano, implica la reiteración del viejo problema de las relaciones políticas entre los países de América o, más exactamente, entre los Estados Unidos por una parte, y las naciones hispano-americanas por la otra. Sin duda la naturaleza, el contenido y los métodos de ambos órdenes de relaciones son diferentes y, por tanto, no es válida una sumaria confusión entre ellos; pero, al mismo tiempo, incuestionablemente también, la unidad o simplemente la armoniosa colaboración interamericana en el terreno religioso, influiría decisivamente en la creación y eficaz funcionamiento de un sistema justo, pacífico y amistoso de relaciones políticas entre los países del continente. No es la primera vez que la fundamental eficacia del vínculo religioso, considerado no en su naturaleza específica, sino simplemente como fenómeno social, recibe público y cumplido acatamiento.

Debe admitirse, en consecuencia, que el trabajo y los fines del Seminario Interamericano de Estudios Sociales –conocimiento recíproco y comunicación permanente entre católicos de América, estudio común de problemas también comunes, creación de un clima de amistad propicio al entendimiento y la colaboración– suscita el problema aparentemente más general, en rigor más reducido, de las relaciones políticas interamericanas.

Aún en presencia de todo lo que este enunciado significa para quienes consideran que tradicionalmente el tratamiento de las naciones hispano americanas por los Estados Unidos ha sido injusto, perjudicial incomprensivo, un paso inicial o, más exactamente un encuentro amistoso entre católicos, debe ser acogido con aprobación y esperanza. Este es precisamente el momento en que las rectificaciones saludables deben quedar aseguradas. La responsabilidad de quienes dirigen la suerte de nuestros países en esta crisis formidable, de la que tiene que salir un mundo muy diferente del anterior a la guerra, está ligada, principalmente, con la posibilidad de aprovechar la emergencia para liquidación honorable y ventajosa de problemas inventados y para una

recomposición de posiciones recíprocas que hagan posible en el futuro una vida nacional e internacional libre y decorosa. Todos hemos tenido siempre el deber de iniciar la marcha en el camino de las soluciones, renunciando a la rencorosa obstinación en la política de la puerta cerrada. La incompreensión recíproca entre católicos puede explicarse; pero nunca justificarse. Una de las causas del desastre es precisamente la acentuación excesiva del coeficiente nacional sobre los valores y principios universales. El ocaso de la cultura o, en otros términos, la ausencia del espíritu, se caracteriza por la preeminencia del particularismo sobre la aptitud para la vida universal.

Hemos sufrido graves, numerosos, continuos agravios de los Estados Unidos. La conducta política de esa gran nación debe ser sustancialmente rectificada, si la justicia y la amistad han de dirigir las relaciones interamericanas. Tan categóricamente como hacemos estas afirmaciones, formulamos también nuestra convicción de que estamos justamente en el momento de empezar a cumplir nuestro deber, que coincide con nuestro interés, de cimentar una era de colaboración amistosa entre los países del Hemisferio Occidental.

La historia internacional de América ha sido el diálogo violento entre el garrote y la tranca. Por una parte, la fuerza incontrastable que golpea o amenaza; por otra, la tranca inconvencible que cierra por dentro las puertas de la inteligencia, de la comunicación franca que precede a las transacciones y que hace posible la paz y la amistad. ¿No hemos de abandonar nuestro papel de ofendidos ni para dejar de serlo? Claro está que no preconizamos el entreguismo tonto y culpable de quienes por abyecta propensión al sometimiento ante el poder o por cálculo interesado, es decir, por explotación de contingencias externas para robustecimiento de su situación política interior, aconsejan y practican la incondicional obediencia de México en los altares del panamericanismo. Lejos de esto, reiteramos nuestro convencimiento de que la reafirmación y la defensa de las esencias nacionales son, más que nunca, necesarias y, por otra parte, constituyen el pre-requisito indeclinable para una verdadera amistad

con los Estados Unidos. Hemos dicho, y repetimos, que no solamente estamos dispuestos para una buena vecindad; sino para algo más, que deseamos sinceramente: una buena amistad interamericana, que no puede improvisarse y que sería torpe suplantar con ridículas efusiones de sentimentalismo descastado y materiales de propaganda. Hay que ver que frente los problemas que implica, hay que saber sus características, sus limitaciones, los obstáculos que deben ser apartados para que no tropiece y caiga.

Hay, desde luego, una cuestión de niveles. La amistad es participación de iguales. Se frustra en cuanto uno de los pretendidos amigos quiere tratar al otro como inferior, subordinado, incapaz. Nosotros no admitiremos nunca situaciones de interdicción, ni tutelas, ni protectorados degradantes. Se da también la amistad, sin que esto implique paradoja o contradicción respecto del rasgo antes mencionado, entre diferentes, es decir, exige el respeto recíproco de las irreducibles identidades nacionales. Nosotros no dejaremos de ser nosotros mismos, ni puede ser nuestro amigo quién pretenda desnaturalizarnos o inducirnos a la negación, a la renegación de nuestro propio ser. En tercer lugar, la amistad es goce y fruto de la libertad, no celoso exclusivo o interesada codicia que aísla al amigo para explotarlo. Ni una sola de nuestras vinculaciones fuera de América, ha de sufrir en la amistad que deseamos con los Estados Unidos.

No somos ni seremos aislacionistas y hemos de conservar íntegras, intactas, nuestras articulaciones internas y exteriores, nuestra actitud y deber de universalidad. Concretamente, seguiremos unidos a Europa, centro de gravedad del mundo, hogar de la cultura occidental, corazón destrozado que, sin embargo, no dejará de vitalizarnos. Especialmente defenderemos nuestra unión con España, dato no simplemente cultural ni histórico; sino genealógico, de tal manera esencial, que negarlo o atacarlo es negar o atacar nuestro ser mismo y, consiguientemente, todo programa de armonía interamericana debe contar con ese hecho indestructible. La pretendida incompatibilidad entre historia.

PARTE II

En los medios intelectuales los Estados Unidos son muy frecuentes los encuentros temporales, cuya duración se prolonga generalmente por varias semanas, para estudio en común de determinados temas. El número de los integrantes de esos grupos es reducido y su labor se desarrolla en un ambiente más bien privado, es decir, prescindiendo de asambleas destinadas a influir o impresionar públicos más o menos numerosos limitándose a propósitos de investigación y comunicación. Los "Seminarios", nombre tal vez impropio, puestos universalmente tiene una connotación precisa y bien conocida, no están orientados directamente a fines de organización o actividad práctica; sino que constituyen más bien un método de trabajo.

Debe tenerse presente esta sumaria descripción, para comprender el carácter irrelevante de cuestiones suscitadas alrededor del Seminario Interamericano de Estudios Sociales, inquiriendo sobre convenios, organizaciones o movimientos de él resultantes, o sobre los frutos inmediatos y tangibles que haya producido. Son preguntas destinadas a quedar sin la respuesta concreta que exigen los criterios pretendidamente positivos.

Lo que el Seminario no fue ni hizo, no puede ser materia de comentario. El cambio, es probablemente útil referir algo de su breve e importante tarea.

Los temas de estudio propiamente dichos, quedaron clasificados en tres grandes grupos: naturaleza y causas de la crisis de nuestra civilización y posición que en ella y en los urgentes remedios que reclama, corresponde a los países de América; problemas económicos sociales y relaciones entre los mismos países; finalmente, bases de una adecuada organización del mundo en la pos-guerra y deberes que en la reconstrucción incumben a las Américas.

Ni discrepancias ni descubrimientos eran de esperarse en la consideración de las materias doctrinales; sino exactamente lo que ocurrió: una verificación de la unidad de criterio que fluye naturalmente de la misma fe, de idénticas

* Revista *La Nación*. Año II No. 55. 21 de octubre de 1942. Pág. 13.

enseñanzas definidas y esparcidas por un supremo magisterio, único e infalible. En cuanto al inmediato porvenir del mundo cuando cese la furia destructora de la guerra, hubiera sido pretensión tan excesiva como inútil la formulación de un programa concreto de reorganización política, económica y social. Hubo de limitarse el angustioso intento a la enfática reiteración de los principios y direcciones imprescindibles de un orden nuevo: los puntos básicos de paz proclaman por Pío XII; la necesidad de una reforma radical de conciencias, criterios y costumbres; la condenación de tesis y sistemas de gobierno nacional y de dominio exterior incompatibles con la naturaleza y dignidad de la persona humana, con los fines de la unidad social y la misión verdadera del Estado; la reafirmación de métodos y criterios de colaboración internacional en substitución de los sistemas de egoísmo nacional, violento y desenfrenado, que han conducido a la actual catástrofe.

Las sesiones de comunicación, aún sumaria, de datos concretos sobre problemas sociales y económicos de cada país representado, ofrecieron abundante y fecunda novedad; La cosecha de unas cuantas horas era equivalente del penoso rendimiento de esfuerzos que, aislados, supondrían mucho tiempo y muchos libros. Una conclusión interesante de estas confrontaciones es la unidad en la evolución social de las naciones iberoamericanas. Aunque con rasgos peculiares y en diferentes etapas, todas siguen la misma trayectoria. Es lamentable que no haya podido cumplirse el propósito de dedicar una reunión especial al análisis de la Revolución mexicana, que hubiera localizado problemas y escollos con los que otros países humanos corren el riesgo de tropezar. Junto al haz uniforme de nuestras naciones ibero-americanas, el Canadá y los Estados Unidos, a pesar de sus diferencias, forman otro grupo marcadamente semejante desde el punto de vista económico-social. La unidad doctrinal, por tanto, debe conjugarse en una discriminación realista y positiva en las empresas de colaboración interamericana. Repetidamente en las reuniones del Seminario advertimos momentos de incompreensión de nuestras situaciones

y problemas, por espíritus verdaderamente selectos en cuanto al conocimiento y la generosidad; pero habituados a un repertorio de datos medios y fines específicamente norteamericanos. Seguramente algunos de nuestros amigos del Norte compartieron, respecto de nosotros, la misma experiencia. La enseñanza que de ella se deriva consiste en la urgencia de fomentar el conocimiento recíproco de nuestras realidades nacionales, base imprescindible de toda empresa común.

En conclusión nos conduce a mencionar brevemente otro de los más provechosos aspectos del Seminario: la visita, en cada una de las ciudades en que se reunió, de instituciones religiosas, obras educativas, sociales y de caridad; la información recabada directamente de quienes la rigen; la observación del movimiento sindical a través de líderes católicos; la aportación al estudio de cada tema, de datos, puntos de vista y experiencias, por funcionarios oficiales, directores de obras y organizaciones capitales de diversa índole. Sí, como es de esperarse, han de seguir reuniéndose en el futuro Seminarios Interamericanos con sede en los diversos países del Continente, aprovecharán las lecciones de primero para organizar adecuadamente el contacto directo de los visitantes extranjeros con las personas, las instituciones y las obras que integran cada realidad nacional. Sería de desearse una difusión preliminar de la verdadera historia americana. En los Estados Unidos, aún en los medios católicos, las patrañas oficiales o facciosas que con el nombre de historia falsifican nuestro pasado para fundar una lucrativa y fraudulenta deformación del presente, han hecho estragos. Está por hacerse el manual de Historia de México, que sea un honrado y auténtico resumen en nuestra vida nacional. Otro tanto puede decirse de la historia de los demás países ibero-americanos, así como las de los Estados Unidos y el Canadá, en general muy poco conocidas en nuestra América.

Ya dijimos que el Seminario tuvo desde su origen, en el ánimo de sus organizadores, un propósito de colaboración amistosa entre los católicos de los países norteamericanos. Actuó en este terreno analizando, en primer

lugar, los obstáculos para tal colaboración y, en general, los factores que han determinado, en las relaciones interamericanas, alejamiento, desunión, desconfianza y resentimiento cuya descripción es innecesaria. Concretamente, se emprendió el estudio de las causas de desarmonía en las relaciones de Estados Unidos con Iberoamérica, tanto en el campo político propiamente dicho, como en el religioso, cultural y económico. Nunca será posible un entendimiento si estas cuestiones no son escudriñadas a fondo y con entera franqueza. Los ditirambos diplomáticos no sólo son incapaces de preparar una verdadera solución del problema; antes bien la frustran alejan, porque reiteran la preterición de los pueblos, verdaderos sujetos del distanciamiento, muy frecuentemente burlados y oprimidos por sus propios gobiernos, llegados a la dirección del Estado no por caminos de legítima representación; sino de violencia y fraude. La verdadera unión entre los pueblos de América será obra de ellos mismos y quiénes positivamente la deseen deben organizar sistemas de multiplicación de los contactos directos. Es justo pagar un homenaje a los miembros norteamericanos del Seminario por la ejemplar benevolencia y el sincero y respetuoso interés con que acogieron las exposiciones formuladas con entera libertad y amistosa franqueza con los delegados de Iberoamérica. La siembra fue no sólo posible, si no más fácil. Hay que esperar que la meditación y el estudio ulteriores asegurarán el cumplimiento del ciclo vital que se cerrará en un abundante fructificación de la verdad y la justicia, cimientos únicos de toda unión humana.

Identificados los factores que constituyen obstáculos para la colaboración, se emprendió espontáneamente la tarea correlativa: la localización del camino de la amistad. La unidad fundamental que implica la común profesión de la misma fe, la incorporación vital en la misma Iglesia, proporciona una base insuperable. El problema se reduce a poner en actividad algo que ya existe, a comunicar corrientes que proceden de manantiales religiosos, es decir, de la más honda y definitiva región del espíritu. La extensión abrumadora del

programa de trabajo común, presentado apenas en la primera exploración, corrobora la necesidad y la urgencia de una acción sistemática y coordinada. En ocasiones, a un fue imposible respetar los límites impuestos por la naturaleza misma de la reunión y quedaban formulados votos o recomendaciones de carácter eminentemente práctico.

Mencionó en último terminó lo que talvez merece el primer puesto en una jerarquía construida en relación con fines de amistad y trabajo conjunto y armonioso que tuvo el Seminario Interamericano de Estudios Sociales. Me refiero al estilo de relaciones personales, al ambiente, al clima moral de que presidió desde el primer momento, no como esfuerzo artificial, sino como fruto espontáneo, a la calidad de las amistades que el breve encuentro hizo posibles, que no guardan proporción con la brevedad de la presencia y cuya calidad corresponde más bien a un cordial reconocimiento de amigos que hace mucho tiempo habían venido buscándose por el mismo camino y saben que habrán de seguir unidos en el viaje y en la meta.

PARTE III

Los objetivos del Seminario Interamericano de Estudios Sociales trascienden los límites de esta coyuntura trágica de la guerra. El hecho de que la culminación de la crisis en que se debate nuestra civilización haya sido el acicate urgente para el encuentro inicial en la empresa de colaboración católica interamericana, no debe desnaturalizar el carácter y propósitos de este movimiento. Es cierto que el Gobierno de los Estados Unidos en diversas formas extremó su deferencia y cortesía hacia el Seminario y ha subrayado las perspectivas de amistad continental que la reunión comprobó. Es perfectamente natural e intachable esta actitud, que debiera avergonzar a los destructores de patrias que, en nuestros países hispanoamericanos, se han dedicado a despojar, perseguir y calumniar al Catolicismo, cimiento y esencia de la nacionalidad. Por los demás,

* Revista *La Nación*. Año II No. 58. 21 de noviembre de 1942. Pág. 13-14.

en el Seminario mismo, en su actividad y objetivos concretos, es donde hay que buscar las premisas del juicio que sobre él emita.

Es cierto también que la inevitable preocupación de la guerra y la posición peculiar de los católicos norteamericanos, grupo minoritario dentro de una gran masa de población protestante o irreligiosa, determina en aquellos, al mismo tiempo que una exaltada devoción, que no puede merecer sino aplausos, a la causa de su país defiende en la guerra, cierta tendencia, en ocasiones excesiva, a colocar la victoria militar dentro de la jerarquía de aspiraciones esenciales del hombre contemporáneo, en el puesto culminante, con resultados que pueden ser deprimentes para los supremos valores espirituales. –Esta es la ocasión de rectificar la atribución infundada, por la Associated, al Sr. Obispo de Tulancingo, de declaraciones que consideraban a esa victoria la misión futura de la Iglesia. Fue precisamente el Prelado mexicano quién desde el primer momento subrayó categóricamente que tal misión, fundada en una promesa divina indefectible, es superior a las contingencias históricas y se realiza a pesar de apostasías, defecciones, barbaries o cataclismos–. Así, por ejemplo, aún en medios eclesiásticos es frecuente advertir una propensión a minimizar el peligro comunista y objetar el ataque frontal a esta herejía monstruosa, a este inhumano totalitarismo, no naturalmente, porque se acepten sus tesis sino por cierto vago optimismo de carácter absolutamente apriorístico, que induce a esperar una favorable evolución del sistema soviético y, además, porque se considera que, dentro de las circunstancias actuales, el único método recomendable de defensa contra la aberración marxista consiste en la edificación positiva de un orden social cristiano que, corrigiendo los vicios e injusticia de la organización capitalista, desarme la exigencia revolucionaria del comunismo y suprima el prestigio de sus consignas entre las masas descristianizadas.

Se trata de refracciones explicables y que no implican de ninguna manera desviación sustancial de la línea doctrinal y ética del Catolicismo. Es necesario

proclamar que existe en los Estados Unidos una auténtica y admirable vida católica. Discrepancias de estilo o peculiaridades que nuestra tradición y nuestras costumbres pueden encontrar extrañas o impracticables, no deben desvirtuar, sin embargo, aquella magnífica evidencia. Singularidades que el observador hispanoamericano no puede abstenerse de registrar, carencias de significación junto a la grave dignidad de la liturgia, en la que el pueblo fiel tiene una mayor participación activa que entre nosotros. La gracia fluye con inagotable abundancia de las fuentes sacramentales. Alguna gran Universidad puede enorgullecerse de un promedio diario de comuniones voluntarias que alcanza casi una proporción de 50% en una población escolar masculina que se aproxima a tres millares. Las obras de caridad florecen abundantemente, como la instrucción católica en todos sus grados y ambas actividades suponen una ejemplar generosidad del pueblo católico, que comprende pocos poseedores de grandes fortunas. Es impresionante también la actividad de los católicos en material social. El conocimiento y la proclamación de las tesis pontificias, en relación con el trabajo, la propiedad y, en general, en todas las zonas abarcadas por el problema, erige en dimensiones permanentes de la vida religiosa una preocupación y una conducta práctica que en otras partes no es, por desgracia, sino esfuerzo esporádico y limitado. Se explica así la formación de un tipo profesional entre nosotros desconocido: el experto en obras y servicios sociales con preparación universitaria específica y dedicada exclusiva y eficazmente a tareas que entre nosotros tienen carácter más bien supererogatorio. Se advierte también, entre los dirigentes católicos norteamericanos, una intensa devoción hacia la Santa Sede y una marcada preocupación por la fidelidad a sus normas doctrinales. En las grandes federaciones sindicales numerosos líderes católicos ejercen merecida autoridad e influencia entre los trabajadores, precisamente por la postulación y observancia práctica de las direcciones sociales formuladas en las *Encíclicas* de León XIII y Pio XI.

Para cerrar esta breve crónica de lo que fue el Seminario Interamericano de Estudios Sociales permítasenos, mediante la síntesis de dos de las intervenciones de un delegado mexicano, ejemplificar la libre y cordial sinceridad que prevaleció en sus reuniones y el esfuerzo de entendimiento recíproco que realizaron sus miembros.

Al estudiarse, el 29 de agosto, el tema “Relaciones con Europa”, el vínculo entre España y las naciones que ya formó en América pues puesto conforme a las ideas resumidas a continuación:

“Un prejuicio muy generalizado en ciertos sectores de la opinión americana, inclusive entre católicos es un obstáculo capital para la recíproca comprensión y el establecimiento de vínculos de amistad y colaboración entre las naciones de América.

Me refiero a la pretendida incompatibilidad entre esos vínculos y los que ligan a la América española con España, la Madre Patria, y a la atribución de propósitos siniestros y de sentidos políticos inaceptables al sistema de articulaciones vitales –raciales, religiosas, culturales, históricas– conocidas con el nombre de Hispanidad.

Nosotros no solamente no objetamos una buena vecindad respecto a de los EE. UU. Queremos más de eso: queremos una buena amistad, que no puede cimentarse sino en el recíproco acatamiento y respeto de las esencias nacionales. Si no exigimos la anulación o renuncia de nuestro propio ser como requisito previo de amistad, no sólo está, sino aún la simple buena vecindad sería imposibles.

Debe entenderse claramente que nuestras relaciones con España son mucho más con comercio cultural. Son un parentesco, una unidad genealógica en la sangre, en la fe, en la lengua, en la historia. Formamos con España una gran familia de naciones libres. Toda dependencia política está irrevocablemente concluida. Ni de España ni de nadie aceptan los pueblos de América tutela, dirección o dominio. Nuestra vinculación con España no puede ser política.

Se basa en un dato infinitamente superior, en un dato permanente indestructible vital. El fenómeno determinante de la formación de nuestras nacionalidades es el mestizaje: la fusión substancial y definitiva de las razas y la participación igualitaria y efectiva en una misma cultura, en una misma religión.

No hay en la historia ejemplo más glorioso de realización del ideal cristiano de igualdad humana. Es un fruto esplendido del Renacimiento español el único capaz de emprender la edificación de los países de Utopía, que para el resto del mundo no han pasado de ser cosa de libros y fantasías. Es por eso que nosotros no tenemos un problema racial. Existe en nuestros países el problema del Indio; pero no como problema racial, sino social. Ni siquiera lo tuvimos a raíz de la colonización. Muy poco después de consumada, ya indios sin mezcla figuraban prominentemente en la sociedad mexicana como maestros y jefes de fila en un florecimiento cultural admirable. Lo que digo de México podría afirmarse de las demás naciones hispanoamericanas.

Reducir estas cosas a combinación política o a colaboración con regímenes políticos, es atribuir un carácter superficial y contingente a las realidades substanciales y definitivas. Este error debe ser evitado. La amistad interamericana que todos deseamos debe contar con el hecho de nuestra genealogía española.

El 1º de septiembre, en Chicago, el mismo delegado, al analizarse los factores que obstaculizan la amistad interamericana desarrolló la siguiente tesis:

“El desequilibrio de poder en América es origen de una gravitación que sólo puede ser contrastada contrarrestada por una fuerza espiritual superior”.

El imperialismo es el ejercicio de un poder predominante para la orientación de la política interna de naciones más débiles, para la dirección, al menos parciales o indirecta, de su política internacional; para la obstinación, por el país fuerte, a costa de los sometidos a su acción o influencia, de ventajas territoriales o económicas.

Ha habido en América una amplia y prolongada acción imperialista, ejercida por los Estados Unidos sobre las Naciones Iberoamericanas del continente. La formulación de una nueva política interamericana –“la buena vecindad”– que se supone deseable para todo el continente y libre de las características apuntadas, es un reconocimiento implícito, de la existencia anterior de una política imperialista, cuyos episodios sería impropio e inútil discutir en esta reunión.

La fuerza espiritual capaz de cimentar y animar una era de justicia, colaboración y amistad entre las naciones del Hemisferio Occidental, es el Catolicismo, por la hondura y trascendencia de su esencia religiosa misma: por su imprescindible dimensión universal, causa y norma naturales de toda empresa de comunidad internacional y, finalmente, por ser el único dato espiritual común a todos los países de América, aun cuando en los Estados Unidos los católicos formen minoría, –una activa, compacta y creciente minoría, sin duda la más viviente y vigorosa entre todas las confesiones religiosas de este país–.

Naturalmente, un cambio de signo en las relaciones interamericanas no puede limitarse al terreno de la literatura política. Implica rectificaciones prácticas que serán el fruto natural de un verdadero cambio.

Esta no es obra exclusiva de gobiernos. Por el contrario, lo mejor y más importante de la tarea debe ser realizado por los pueblos mismos, directamente, comunicándose en todos los terrenos posibles, creando y tejiendo los hilos de amistades y colaboraciones entre personas e instituciones privadas, hasta que lleguen a constituir un sistema orgánico que los gobiernos no podrán olvidar ni frustrar.

Pero es importante precaverse contra un vicio de representación que ha hecho estragos en las relaciones interamericanas. En muchos de nuestros países los sistemas políticos constitucionales son absolutamente ficticios. Hay un país real que nada tiene que ver con el país legal u oficial; un país real deformado y oprimido por su maquinaria política. Cerrar los ojos a esta realidad

es no sólo peligroso; sino funesto. Este es el origen de innumerables imputaciones de responsabilidad solidaria hechas a los Estados Unidos por los pueblos oprimidos de América.

El imperialismo no acontece exclusivamente en el terreo político. Hay un imperialismo económico, agente de desunión, resentimiento e injusticia, tan activo y funesto como aquél. No se evitara mientras no se organicen en los países latinoamericanos verdaderas economías nacionales; mientras esos países no dejen de ser meros mercados y proveedores de los Estados Unidos, mientras no queden suprimidos los privilegios de hecho de que disfrutaban los intereses e inversiones de sus empresas en América Latina.

Finalmente, es esencial advertir, en la forma más clara y enfática, que nuestros pueblos, con o contra sus gobiernos, rechazarán irrevocablemente toda gestión o medida, cualquiera que sea su origen, cualquiera que sea su naturaleza aun a título de ayuda, amistad, protección o liberación y aun cuando en ella no intervengan sino personas o instituciones privadas, cuando impliquen cualquier especie de disminución o ataque a su soberanía nacional, a su completa autonomía, a su plenitud jurídica y política.

DERECHOS DEL SOLDADO

Es una reconfortante experiencia la de la respuesta del pueblo de México al requerimiento de su preparación para un esfuerzo militar que puede llegar al máximo sacrificio. La supervivencia de un patriotismo auténtico y generoso a pesar de los sistemas políticos corrompidos, ineptos y opresores a que ha estado sometido el país casi sin interrupción durante su vida independiente, a pesar de que somos un pueblo perseguido y mutilado en sus más vitales derechos personales y políticos –breves paréntesis de disimulo, no de restitución y acatamiento son incapaces de desvirtuar esta dolorosa afirmación–, constituye una impresionante evidencia de la tenacidad de las fuerzas espirituales que forman la substancia del ser nacional y la garantía de un futuro mejor.

Muchachos y hombres maduros de todas las categorías sociales, anticipándose a la obligación legal exigible, disimulando deficiencias y excesos que por desgracia se dan frecuentemente e implican una lamentable dilapidación de energías humanas que deberían ser tratadas con respeto, se entregan por centenas de millares a una tarea de instrucción militar o de organización de la defensa civil que les impone afanes y privaciones notorios.

* Revista *La Nación*. Año II No. 54, 24 de octubre de 1942. Pág. 13-14.

No es fácil dosificar la participación en la guerra de naciones comprometidas ya en el conflicto. Es un engranaje monstruoso que difícilmente nos dejará salir de la crisis sin pagarle una contribución de sangre. Dios nos asista en la prueba y en la cosecha. De todas las maneras, debemos pensar que la lucha militar activa no es para nuestros soldados una hipótesis inverosímil, una posibilidad muy remota. Por lo menos, la implantación del servicio militar obligatorio va a absorber totalmente, por largos y decisivos periodos de tiempo, la vida de nuestra juventud. Aún en el supuesto, más bien improbable, de que no tenga que combatir muy pronto dentro o fuera de México, quedará sujeta a un régimen de trabajos y renunciamientos que sólo es posible como fruto de un espíritu de abnegación.

Se trata de una experiencia nueva en la historia de México. Conducida con acierto, puede significar mucho en la obra de la rehabilitación nacional. En otras naciones al servicio militar obligatorio ha sido escuela de ciudadanía agente de aproximación y nivelación social, antídoto contra los estragos del individualismo, laboratorio de solidaridad y disciplina. No hay razón para que en México dejáramos, de cosechar los mismos frutos. Más aún, aunque parezca paradójico, el caudillismo militarista, responsable de tantas desgracias nacionales, podría encontrar un freno precisamente en la organización de un ejército reclutado por sistemas honrados de conscripción.

Lo importante es pensar en los derechos del soldado y en el tratamiento que va a recibir de quien, en nombre, de la Nación, lo llama al sacrificio. Serían mezquindad insoportable y, al mismo tiempo, monstruosa injusticia, al disminuir esos derechos precisamente como una consecuencia de la generosa aceptación de una tarea que pueda desembocar en la muerte.

Otra vez hablaremos de las condiciones materiales que es indispensable ofrecer al ejército para asegurarle un mínimo bienestar, para evitar una carencia lacerante, una embrutecedora y degradante sociedad, una miseria, que lanzarían a la desesperación a los llamados al grave misterio de las armas.

Hoy queremos referirnos tan sólo a requerimientos de índole superior que han suscitado ya lamentables anticipaciones hoscas e incomprensivas, es decir, al problema de la asistencia espiritual de los obligados al servicio militar. Los prejuicios de las momias jacobinas, las aberraciones del fanatismo antirreligioso, nunca pueden ser respetables; pero hay ocasiones –y esta es una de ellas– en que son francamente criminales.

Hay que apartar desde luego el sofisma de farisaísmo constitucional que pretende encontrar en la arreligiosidad del Estado mexicano un obstáculo infranqueable a los servicios religiosos para los soldados católicos en el ejército. No se trata de los criterios y posturas del Estado. Que siga siendo el Estado lo que le dé la gana; que siga incluso dando la espalda a la realidad nacional en ésta como en tantas otras materias esenciales. Se trata de los hombres de carne y hueso a quiénes llama a la lucha y a la muerte, hombres que creen en Dios, en la inmortalidad de su alma, en la portentosa energía de la gracia, hombres que no ofrecerían alegremente el don inapreciable de su vida a la patria sino supieran que este es un deber según su fe, una oblación trascendente, caritativa y meritoria. Estos hombres –supongamos ya en marcha el sistema de conscripción– dejaron sus comodidades o su pobreza, su libre y fecunda pobreza, se arrancaron del hogar paterno y de la reja en que comienza el camino del propio; el clarín corto, la danza jubilante de su juventud con la perentoria invitación al drama que su generación no urdió. Ellos han respondido "sí", gravemente. Esta aceptación merece bien de la Patria, quién lo duda; pero estas son palabras o, a lo sumo, sentimientos. La realidad fórmula otras cuestiones cuya respuesta no puede venir de la boca ruin de los políticos mañosos, de los leguleyos del interés de fracción, no puede venir del hocico bestial de los trogloditas de la convivencia social.

La conciencia de los hombres honrados, el incontaminado sentido de justicia de la auténtica Nación mexicana, la responsabilidad de gobernantes que merezcan serlo, que sepan estar al servicio del bien común

y no de fobias miserables que han hecho nuestra debilidad y nuestra desgracia, son los que deben pensar y formular categóricamente esa respuesta y exigir su realización práctica.

Las cuestiones a que me refiero son obvias:

Nuestros soldados asumen la carga del mayor esfuerzo, el mayor peligro y el más costoso sacrificio en defensa de la Nación. ¿Merecen por esto respeto o persecución, desprecio o veneración conmovida?

Nuestra juventud en armas es llamada a la lucha y al sacrificio por la preservación de libertades humanas esenciales. ¿No tiene ella misma derecho estricto al respeto de sus propias libertades, de sus prerrogativas personales irrenunciables, entre ellas la de profesión y práctica de su convicción religiosa?

Con más o menos limitaciones y aunque sea dentro de un sistema legal de proscripción que, por incompatible con la realidad nacional, sigue tácticas ondulantes de persecución y disimulo, el civil, el hombre que no pelea, goza de una relativa libertad de fe y culto. En el cuartel y en el frente aun esa precaria libertad no existe. ¿Es que la aceptación del deber militar implicó para nuestros soldados disminución jurídica, mutilación personal, inferioridad notoria respecto a aquellos por cuya tranquilidad y bienestar luchan y se afanan?

No hay argucias que valgan contra la contundente evidencia que descubre el solo enunciado de estas preguntas. El soldado, como todos, tal vez más que todos, tiene derecho a su libertad, a su integridad personal, a su plenitud jurídica, al respecto del Estado. El soldado digno de este nombre, merece la gratitud nacional. ¿Por qué, entonces, se le impide al ejercicio de prerrogativas y derechos naturales por los que se le pide morir y de los que disfrutaban quienes no participan activamente en la pelea?

Repitámoslo: el problema no implica una rectificación en las líneas constitucionales de la fisonomía del Estado mexicano en materia religiosa. Independientemente de que esos rasgos son una mueca de burla y desprecio a la realidad nacional, los santones del fetichismo antirreligioso pueden estar

tranquilos. No era un gobierno católico el de la Tercera República Francesa y, sin embargo, nunca sus ejércitos carecieron de la presente activa y heroica de los capellanes, nunca se privó al soldado francés de la asistencia de su religión. No es tampoco una teocracia el gobierno de los Estados Unidos y, sin embargo, una ejemplar solicitud por la más libre y completa satisfacción de las necesidades religiosas de los soldados puede observarse en su organización militar y es exhibida con orgullo ante la respetuosa administración de quienes tienen oportunidad de conocerla. El soldado no se degrada, no se convierte en máquina sin espíritu, al realizar la actividad espiritual culminante, que es en el nombre la población; reconocer que el soldado sigue teniendo el alma y derechos cuando pelea y muere por su patria, no es desnaturalizar las características de determinados tipos del Estado. Ningún país civilizado lo considera así. ¿Por qué nosotros, solamente nosotros, hemos de seguir estúpidamente uncidos al yugo de un fanatismo desprestigiado y despreciable? ¿Por qué ha de ser el Estado mexicano el único capaz de una decapitación jurídica de su juventud en armas?

Recién terminada la primera guerra mundial, los sectores extremos del jacobinismo francés iniciaron una perversa agitación encaminada a expulsar del suelo de Francia a los religiosos que por millares habían vuelto a la patria desde 1914, para servir en el ejército con abnegación y heroísmo deslumbrantes. La innoble campaña encontró eco en ciertas zonas del mundo oficial y comenzó a preciar el peligro de un inicuo destierro por aplicación de leyes persecutorias incurablemente caídas en desuso. Fue entonces cuando se organizó la D.R.A.C., o sea la Liga de los Derechos de los Religiosos Antiguos Combatientes. En el momento culminante de la maniobra, cuando una marea incontenible de indignación nacional comenzaba a alzarse contra la monstruosa ingratitud, contra la nauseabunda injusticia, atravesó París, para terminar en el Arco del Triunfo, un desfile nunca antes presenciado: los religiosos mutilados, unos andando trabajosamente con el apoyo de muletas y bastones, otros llevados en silla de ruedas, los ciegos conducidos por sus lazarillos, todos vistiendo

los hábitos de sus Órdenes y Congregaciones y ostentando en el pecho la gloria rutilante de sus condecoraciones ganadas en el campo del honor, pasaban en multitud impresionante y silenciosa, afirmando por medio de unas cuantas leyendas lapidarias, está sencilla decisión: ¡No saldremos! En pocos días Francia entera rugía la consigna inquebrantable: “¡No saldrán!” El honor de Francia no quedó destrozado. No salieron los héroes y sus Congregaciones religiosas siguieron viviendo libremente, a pesar de las leyes de proscripción.

¿Qué exculpa válida podrían invocar los enemigos de la asistencia religiosa, eficaz y constante, al soldado que quiera recibirla, siendo un desfile ideal de los invitados al heroísmo y a la muerte en defensa de la comunidad nacional fueran apremiados por la elemental exigencia; Queremos simplemente un tratamiento de derecho común. Si se nos juzga aptos para la lucha y el sacrificio por el derecho y la libertad, ¿no podemos exigir un respeto afectivo a nuestros propios derechos y a nuestras propias libertades?

El Estado mexicano debe considerar con verdadero espíritu de justicia, compositivo interés por el bien común, con respetuoso acatamiento de las prerrogativas indeclinables de la persona humana, cuyos quilates se acendran, más que nunca, en los actos de abnegación, la hondura y la trascendencia del problema aquí planteado. Debe resolverlo sencilla y rectamente en el único sentido en que puede ser honradamente resuelto; creando y auxiliando la posibilidad de una efectiva asistencia religiosa para los llamados al servicio militar obligatorio que deseen recibirla. Ya es tiempo de conjurar el sino siniestro de nuestra historia de violencias y persecuciones; ya es tiempo de que cada mexicano sepa experimentalmente, en sí mismo, que no es literatura y añagaza al sacrificio por una patria que debe ser relicario el fortaleza de aquellos valores prácticos que hacen de la vida humana no una perpetua sedición, o una desesperación silenciosa, o un martirio, o una huida, sino una clara y sonriente aventura de paz, de libertad y de trabajo.

CRISTIANISMO Y FILOSOFÍA

Desde sus formas más humildes hasta la perfecta plenitud de la visión beatífica, el conocimiento humano es el mismo abrazo de la inteligencia con la realidad, la aventura única, rica en episodios innumerables, del mismo protagonista. Pero la realidad no es homogénea, ni, por tanto, se entra a sus diversos órdenes por la misma puerta. Hay un reino material, accesible al saber científico; un mundo de las esencias, que la ciencia no puede conquistar y se entrega a la filosofía y, finalmente, un universo sobrenatural iluminado por la revelación, al que sólo se llega por caminos de conocimiento teológico.

Se divide el espíritu contra sí mismo y es sujeto del conocimiento un mutilado que perdió la ruta y tropieza en la sombra, cuando se rompe la unidad racional y se postula un antagonismo entre géneros del saber, llamados naturalmente a complementarse y a realizarse en idéntica trayectoria para cumplimiento del destino del hombre, que es la contradicción interna, la desarticulación o reducción arbitraria de la realidad, frustran sin remedio. Precisamente la catástrofe... de la cultura occidental es una consecuencia necesaria de esta mortal dislocación. La ciencia despreció la filosofía y ambas negaron la teología.

* Revista *La Nación*. Año II No. 59, 28 de noviembre de 1942. Pág. 13, 24.

De aquí arranca la corriente que desemboca en una hipertrofia técnica de la que el espíritu está ausente, es decir, en una barbarie, que lo es tanto en las épocas del confort satisfecho como en las de la salvaje matanza.

La ciencia cubre una provincia reducida de la cognoscible; pero no tiene respuesta para cuestiones que en otras zonas plantea la razón con insaciable exigencia, desbordando observaciones y experiencias, elevándose en la investigación de las últimas causas y bajando a la hondura donde se extienden las raíces esenciales. Llegamos así al reconocimiento de la existencia y la necesidad de Dios y a la comprobación existencial de nuestro propio destino trascendente. Aquí, en el dintel de las supremas realidades, sobrenaturales, se detiene la razón ante un misterio superior a sus fuerzas. La revelación viene en su auxilio y le hace accesible el camino, la verdad y la vida.

La filosofía simultáneamente presupone la ciencia y revierte sobre ella, estableciendo premisas y promulgando normas superiores de aquella necesita acatar. A su vez, la teología, continuación celeste del vuelo magnífico de la razón en alas de la filosofía, revierte sobre ésta, iluminando regiones infinitas de una realidad que sin ella permanecería perdida en espesa noche sin aurora, rectificando premisas o estableciendo naciones que después la filosofía refrenda, como por ejemplo, la de la naturaleza caída del hombre, la de la paternidad divina y la consiguiente igualdad de la especie; finalmente, dando ímpetu y sentido general de salvación al conocimiento en todas sus formas.

Hay que distinguir en la filosofía el campo de investigación, susceptible de ampliaciones y descubrimientos en todas las dimensiones posibles: el exportador mismo sujeto y héroe de la explotación epistemológica; el acervo de los resultados obtenidos en la empresa, es decir, la interpretación del viaje espléndido formulada en doctrinas sistemáticas, y, finalmente, el método de investigación, el camino, o, mejor, la red de caminos tejida por la inteligencia humana en el maravilloso país. El problema de la aportación cristiana a la filosofía, o, en otros términos, de la existencia de una filosofía cristiana

que lo sea en realidad, se plantea íntegramente en presencia de todos los factores o elementos mencionados; pero, sobre todo, en relación con objetivos y resultados, con el proceso epistemológico y sus frutos, considerados en sí mismos. Está adscrito al orden de especificación más que al de ejercicio de la filosofía. Pero este último puede proporcionar evidencias experimentales valiosísimas.

¿El Cristianismo añadió algo específicamente filosófico a la filosofía griega o simplemente realizó una yuxtaposición teológico-filosófica? La teodicea como teodicea y, en general, la filosofía como filosofía, como sistema racional y natural del conocimiento humano ¿fueron enriquecidas en sí mismas por el Cristianismo?

Antonio Gómez Robledo, es su pequeño y magnífico libro *–Cristianismo y Filosofía en la Experiencia Agustiniiana–* que será su tesis de licenciatura, escruta de nuevo el problema obsesionante, tratándolo no como “naturaleza muerta”; sino como acción dramática identificada con la vida de uno de los espíritus más patéticamente humanos, más nobles y más brillantes de todos los tiempos: el de Agustín de Tagasta. Tal vez los filósofos lamentaran este procedimiento de personificación. Yo lo aplaudo sin reservas. Hay una radical diferencia entre visitar un museo de sistemas filosóficos y convivir la deslumbrante ascensión de una inteligencia egregia desde la retórica hasta la santidad.

No podía ser mejor escogido el testigo. Llena y encarna la época en que la filosofía griega y la revelación cristiana firman alianza indestructible. “El primer contacto decisivo –afirma en *God and Philosophy* Étienne Gilson– entre la especulación filosófica griega y la creencia religiosa cristiana tuvo lugar cuando, ya convertido al Cristianismo, el joven Agustín comenzó a leer las obras de algunos neo-platónicos, particularmente *Las Enneadas* de Plotino”.

Fue largo el camino recorrido antes de llegar a este punto. Catecúmeno extraviado en las seducciones crepusculares del paganismo y conservando apenas bajo aluviones de olvido el germen tenaz de la verdad cristiana debido con la leche materna, había tenido en su temprana juventud en primer encuentro con la sabiduría estoica en el *Hortensio* de Cicerón. “Con su alma inmensa

cerrada a esta luz, Cicerón cumple con toda su misión difícil de profetismo inconsciente, anunciando sin anunciarlo el nombre de Cristo, por el que todas sus páginas claman y que ninguna se encuentra. Un ideal sobrenatural es propuesto al hombre natural; ¡grande y trágico destino el de este solitario de Túsculo, ¡qué hubo de soportar la tensión exagerada hacia una vida más alta sin columbrar su frente! Es un Moisés que sin siquiera ver el asiento dichoso, muere con los brazos en alto”.

Pero este encuentro no marca un cambio de rumbo, no es una convicción, ya no digamos religiosa, pero ni siquiera a la sapiencia filosófica. Sin embargo, de él arranca la sinuosa trayectoria que terminará en la doble y definitiva conversión. Lo singular, lo que hace de esta biografía ejemplar una certeza estocada dialéctica al corazón del problema, es la unidad del proceso que desemboca en el ingreso al templo cristiano bajo el pórtico de la filosofía. “Agustín no presta luego todo el homenaje que debiera la sabiduría. No lo prestara del todo sino cuando el socorro sobrenatural haya venido a hacer a su naturaleza superior a sí misma”.

Todavía tropezará en la sucia trampa maniquea y olvidará en la Academia su vocación de peregrino infatigable de la verdad. No será sino por el santo magisterio de Ambrosio y la humildad eficaz de la oración que la avenida de la gracia arrastra los últimos obstáculos y llevará la inteligencia agustiniana al mismo tiempo a la sabiduría y a la fe... Nunca más les dará la espalda. No dejara de bogar su barca en ellas, unidas en armonía sin término, como el cielo y el mar. La conversión intelectual será el preámbulo de la del corazón. Entre ambas acontece una de las más extraordinarias aventuras filosóficas: la unión en el orden del ejercicio, en el alma y en la obra de Agustín, del neo-platonismo de Plotino con la revelación cristiana. No es ésta la única vez que la razón humana, aún por caminos extraviados, ha conducido espíritus sedientos de verdad a la plenitud teológica del conocimiento. En nuestros días, por ejemplo, cuántas inteligencias escogidas son deudoras a la filosofía de Bergson por lo menos de un encantamiento inicial hacia la fe.

Ciertamente, el Cristianismo daba respuesta definitiva a la angustiosa interrogación del pensamiento antiguo, que no había podido subir más allá del punto en que el mundo sensible y el inteligible se bifurcaban irreconciliablemente. En Plotino se agudiza la terrible carencia y Agustín, que sabe ya el portento de la Redención, lo vierte en la boca sedienta del neoplatonismo. Poner al Padre en el lugar del Uno plotiniano, ve en el *Nous* la prefiguración del Verbo y acaba por leer en las *Enneadas* el Evangelio de San Juan.

“Lo que sucedió a San Agustín –dice Gilson– es demasiado claro. Exponente insuperado de la sabiduría cristiana, no tuvo nunca, sin embargo, la filosofía de su teología”. El santo lo reconocerá más tarde con humilde contrición. Pero es que a su razón seguía un cauce difícil de abandonar, el hondo y noble cause de la filosofía griega, y es natural que por él corriera espontáneamente su joven pensamiento cristiano. Gómez Robledo describe el estado de espíritu determinante de la generosa e imposible conciliación: “El cristiano que ha vuelto a ser Agustín en este trance, cuando al fin, en consecuencia plena, está en la encrucijada donde concurren y se separan religión y filosofía, en posesión entera del legado antiguo y con los ojos abiertos a la nueva luz, ve conjuntamente la solución y el problema, ve la solución en función de la urgencia del problema. Importa, en efecto, hacer notar que el cristianismo plantea al hombre con mayor agudeza, religiosamente, la aspiración filosófica del helenismo. Por el dogma del pecado original, el cristiano se sabe revestido de una naturaleza irremediablemente degradada y menesterosa de un Redentor. Siente más punzantemente que el filósofo el deseo de salvarse en lo incorruptible, y al mismo tiempo, en fuerza de la certeza invulnerable que tiene de su corrupción ontológica, los agentes naturales de salvación se le revelan de todo punto ineficaces”.

No permite la limitada extensión de un artículo seguir paso a paso la evolución agustiniana. Al fin llegará al puerto de la sabiduría cristiana, término de una travesía al mismo tiempo religiosa y filosófica. La razón estuvo siempre a bordo, escrutando ansiosamente, en tensa vigilia, el horizonte misterioso;

pero la revelación fue brújula y vela, timón y piloto. “Después de muchos siglos y de muchas disputas se me ha dicho inteligible, según creo, una filosofía de todo punto verdadera”.

Tiene Gómez Robledo un don excepcional de mi vivificación de las ideas. Pone sobre ellas tan empáticamente el acento del supremo interés humano, que sin sufrir degradación, sin descender de la pura esfera intelectual que su patria imprescindible, se encienden en exaltada tensión patética, se transfiguran y animan con una especie de vida personal que hace de los procesos filosóficos dramas más conmovedores que los dramas de pasiones. En este breve libro hay una acción subyugante, un escenario prestigioso, iluminado a veces con amorosa devoción descriptiva, personajes –hombres y doctrinas– de extraordinaria calidad, destinos anhelantes atados en la trama inmaterial, –un destino más bien, uno solo, el de la especie sometida al imperio soberano del pensamiento– y un gran soplo de espíritu que brota de las entrañas del Ser y levanta la creación entera, filosofía y vida, en un incoercible impulso de salvación. Claro está que este arte de la exposición sólo es posible por el conocimiento íntimo, constante, familiar, de las ideas mismas, por una vocación filosófica especial. El arte es una expresión, ciertamente; pero, antes que esto y sobre todo, es un conocimiento. El estilo de Gómez Robledo no sería lo que es, un vaso transparente o, mejor todavía, líquida claridad que envuelve de luz y canto el pensamiento, sino manera de este espontáneamente, si no fuera la formal natural de su manifestación. La vieja distinción que desarticula el fondo y la forma debe ser enterrada definitivamente. Si el escritor quiere decir algo que merece decirse, lo dirá siempre decorosamente. El signo, a su vez, está encendido por dentro, no es una prenda de quitar y poner ni tiene un sustancial valor propio. Su dignidad es el brillo interior del significado.

Hay alguna digresión en el libro que esta nota comenta, aprovechada por el autor para reincidir, bajo el discutible patrocinio de Sócrates y Platón, en la defensa de una obstinada tesis: la de abstención del intelectual

de la acción política. La alegoría platónica de la caverna no tiene ya por objeto la jerarquización de las especies del conocimiento; sino eximir al pensador de deberes que sólo incumben a quienes no forman parte de tan excelsa categoría. “Quién debe tener la retina apta para mirar de hito en hito hacia lo justo en sí” no se rebajará hasta el extremo de unirse con sus conciudadanos para esforzarse por su realización práctica; simplemente lo propondrá “a los esclavos del antro para que realicen ellos la idea de la justicia”. Los que luchan a brazo partido por ella en el campo abierto de la acción –naturalmente no se trata de la política inspirada en el apetito y el espíritu faccioso– son los esclavos del antro, vueltos de espaldas a la boca de la caverna y que sólo ven recortarse en el fondo de las sombras de lo que se mueve en el exterior. En cambio, el intelectual que se aparta del áspero, del desagradable, del doloroso torbellino de la realidad –feroz por la persecución de la justicia por el mal– para mirar de hito en hito a la justicia ideal en el sagrado aislamiento de la meditación, es el que se baña en la luz deslumbrante del sol y ve las cosas como son.

Más de una vez me he preguntado si no será Gómez-Robledo, en escapadas como esta, un consumado humorista. Si no lo es, permítame citar una observación y un texto. La observación es ésta; los propugnadores de la inhibición política son generalmente activismos políticos y hacen política de la peor, disgregadora y desorientada, precisamente por despreciar la buena política, que es afán colectivo, anhelo de bien común, fraternidad en la convicción, en la esperanza y en el esfuerzo. El texto es de Antonio Gómez Robledo y está tomado de *Cristianismo y Filosofía en la Experiencia Agustiniiana*. Dice así: “El ejercicio intelectual de la filosofía no puede ir separado de una información total de la vida en orden al servicio de la verdad”.

1943

UNA NUEVA CONCIENCIA

Para un adecuado tratamiento de los problemas que el Servicio Militar Obligatorio plantea a la Nación, no basta un sistema de medidas exteriores, aunque se las suponga rebosantes de buena intención, de aptitud técnica y de recursos materiales. Se necesita algo que es incomparablemente más básico y decisivo: una nueva conciencia. Tenemos que “aprender” el ejército que nacerá de la conscripción, acostumbrarnos a pensarlo, sentirlo y vivirlo. Su advenimiento no puede rebajarse simplemente a tema de novelaría ni a ocasión de aspavientos egoístas. No es una aventura político-deportiva; sino una reforma de la estructura nacional misma, totalmente inédita y, al mismo tiempo, pletórica de implicaciones trascendentales. Merece y exige una grave expectación y una intensa y activa presencia de todos los mexicanos en cada uno de sus episodios y datos, aun los más incidentales.

Esa nueva conciencia ha de deportar, en primer término, en la generación llamada a inaugurar la reforma. Es indispensable que tenga el sentido de su participación en ella, que sepa situar su empresa dentro del itinerario de la vida personal y en la vida e historia de México. Nuestros jóvenes van a ser sujetos

* Revista *La Nación*. Año II No. 65, 9 de enero de 1943. Pág. 11.

de una misión insuperablemente ardua y noble, tendrán que asumirla precisamente en aquella decisiva etapa de la edad del hombre en que se decide su formación, llegarán al conocimiento de la Patria por el camino del servicio, tendrán la experiencia inolvidable de una recia comunidad castrense y ella les enseñará una alta moral de abnegación y disciplina Serán sujetos de una misión insigne.

“El ejército, y sólo él, representa –decía Bourget– un principio de obediencia, de sacrificio y de peligro Horno, yunque y martillo para forjar caracteres; escuela insuperable de inteligencia y ejercicio de una realidad moral olvidada: el Bien Común. No sólo modela y robustece para la vida en general al joven soldado; sino que la materia militar misma, la actividad específica que de aquél exige, tiene en sí una valiosa dignidad. Judas el Macabeo “peleaba con alegría el combate de Israel y acrecentaba la gloria de su pueblo”. El mérito, el brillo, la pura y dolorosa calidad del afán guerrero, no eran privilegio de la victoria, de la obra realizada o de sus resultados sobre el pueblo judío. El Libro Santo pone en boca del héroe palabras que ligan substancialmente personas y hazaña: “Combatiremos por nuestras almas y nuestra Ley”. Por eso el Rey Poeta, uno de los hombres más intensamente humanos que han existido, cantó en sus salmos una exaltada bendición al Señor su Dios, porque “enseñó a sus manos la ciencia de la espada”. Cuántos hallaron en la profesión militar luz y energía totales, que es tanto como decir sentido, vocación y salvación. Por reciente y por ilustre, se impone en la selección el ejemplo de Ernest Psichari, el joven soldado y escritor francés que tuvo muerte de héroe y de santo en una de las primeras batallas de 1914. Venía de muy lejos. Era nieto de un formidable demoledor, de Renan, que personificó el espíritu de negación del siglo XIX. Si el camino que arrancaba de la Oración sobre el Acrópolis pudo desembocar en la oración dentro de la Iglesia Católica, en la aceptación y afirmación supremas, las declaradas con el sacrificio de la vida, es que, en una etapa crucial, el servicio en el ejército de África, el deber militar había

quebrado enérgicamente, irrevocablemente, la dirección primitiva. Por tanto –y esta convicción debe ser entrañablemente vivida por nuestros concriptos–, no corta la espada la trayectoria irrenunciable del destino personal, sino que, por el contrario, la despeja y asegura; no deroga ni interrumpe la alianza esencial con el Espíritu, sin cuya vigencia nos hundimos en degradación y tiniebla, antes la eleva a niveles superiores, la fortalece con las más excelentes fidelidades y adhesiones de que es capaz el hombre.

Con idéntico vigor de convicción el concripto debe saberse participante activo en una obra fundamental de reestructuración de México y sujeto de una misión altísima y de una grave responsabilidad: la de la defensa de su Patria. En un país en parte deshecho y en parte todavía no formado, el servicio militar obligatorio puede constituir el aglutinante necesario, puede llegar a ser un salvador, sistema de puentes sobre abismos y grietas innumerables y la columna vertebral que sirva de eje a una sociedad organizada, ágil y fuerte. El nuevo soldado de México debe mantener constantemente encendida en su alma la certeza de que no sirve a un régimen ni a un partido, sino a la Nación, y hacer de esta certeza la premisa indefectible de su conducta militar. Un ejército alimentado por estos principios, no podrá ser nunca instrumento de facción, ni pisotear la dignidad humana, ni atentar contra el interés nacional.

Estas son las dos únicas fuentes auténticas y respetables de una verdadera mística militar: la persona del soldado, sujeto de un destino trascendente, y el Bien Común de la sociedad de que providencialmente forma parte y cuya plenitud tiene el nombre venerado de Patria. Lo demás es, simplemente, fanfarronería y barbarie.

La nueva conciencia nacional frente al ejército de conscripción necesita, en primer término, aplicarse a la reducción de un prejuicio o, más exactamente, a la liquidación de un concepto nacido y alimentado de una dolorosa experiencia, pocas veces interrumpida: la del pretorianismo feroz que por tanto tiempo ha ensangrentado y oprimido a México. Esta sombría vivencia debe ser substituida

por la noción clara y vivificadora del verdadero ejército nacional, de aquel que, según expresión de Vigny, "es una Nación en la Nación". Naturalmente, tal liquidación no puede ser resultado de un mero esfuerzo psicológico. Sólo será posible por una experiencia contraria. En otros términos, debe ser el resultado de una modificación positiva de la realidad, y para que esta modificación acontezca, la Nación entera debe ejercer una acuciosa, tensa y enérgica vigilancia sobre la forma en que se desarrolle la organización del nuevo ejército, sin permitir desviaciones ni fraude de ninguna especie. En este sentido, el nuevo ejército será lo que la Nación permita que sea.

Pero un factor positivo de primera importancia tendrá que modelar esta nueva conciencia nacional cuya urgente formación postulamos: la concurrencia de todos los mexicanos, con naturalidad axiomática, en la idea de que el ejército será una representación selecta que, para cumplimiento de exigencias vitales de la Nación y por delegación de esta misma, asumirá la tarea de su defensa. Nuestra juventud representará al país entero en la preparación, en el riesgo y en el sacrificio. El pensamiento, el amor y la sangre de las familias mexicanas, tendrán con la Nación armada, con el ejército, una consubstancial e indestructible vinculación. Nuestros soldados no serán ya simplemente "las tropas del Gobierno", por respetables que puedan ser consideradas su función y su integración en un momento dado; sino los soldados de todos, lo mejor de nuestro pueblo, su juventud, nuestros hijos generosamente entregados al ministerio de las armas.

La continuidad, la cálida y viviente comunicación entre el pueblo y el ejército, no debe quedar obstruida sino, por el contrario, intensamente fortalecida. Como el corazón y el cuerpo, México y sus soldados deberán ser orgánicamente solidarios. Fe, tradición, costumbres, cultura, amistad, parentesco, amor, en intercambio sin término, tendrán que alimentar esa solidaridad. No se trata ya de una institución u órgano del Poder Público, cuyo tratamiento y manejo pueda abandonarse a la responsabilidad del Estado; sino de la Nación misma,

en lo más vigoroso y amable de su ser, en lo mejor de sus frutos y de sus esperanzas, comprometida en un duro y desinteresado servicio.

Finalmente, mencionemos la nueva conciencia que, respecto del ejército, debe formarse en el Estado; la nueva conciencia que no puede faltar como generadora de criterios, normas jurídicas y direcciones prácticas, so pena de frustrar para mucho tiempo la institución que está por nacer, y de inferir a la Nación entera una injuria insoportable. El Estado debe saberse estrictamente obligado a tratar al ejército de conscripción en términos correspondientes a sus propias e inconfundibles características. Los soldados habrán acudido a servir a México en cumplimiento de un deber preeminente que suprimió temporalmente la posibilidad de otras actividades cuya legitimidad y apremiante atracción nadie podrá menospreciar. No los llevó a las armas ni la pasión partidaria ni el interés económico, no van a recibir pago material ni satisfacción de bandería. Tienen derecho al escrupuloso respeto de su dignidad personal y lo menos que pueden exigir y que el Estado tiene que concederles, es el ejercicio de prerrogativas y libertades cuya restricción los disminuiría como hombres. Ya en otra ocasión hemos hablado de los derechos del soldado a la vida espiritual, a la asistencia religiosa que sólo un Estado sin honradez y sin capacidad elemental de justicia puede negarles; pero los cuerpos también tienen derechos y el hombre también se degrada cuando se le coloca en condiciones materiales incompatibles con su calidad de hombre. El Estado, por tanto, debe también proveer al decoroso sostenimiento, instalación y cuidado del ejército. La desorganización, la mezquindad, el desdén o los negocios sucios en esta materia, deben ser prevenidos y castigados implacablemente.

El papel de los jefes e instructores es de una gravedad agobiadora. El impacto de su enseñanza y de su mando sobre jóvenes recién salidos de la adolescencia, será de un alcance incalculable. Necesitarán gastar tesoros de inteligencia y de recta e incansable voluntad, para evitar deformaciones tal vez irreparables, para no impedir el desarrollo normal de personalidades en crecimiento, para no

frustrar vocaciones, aptitudes y destino, para que el servicio militar no sea una odiosa y odiada intrusión en la vida de la juventud mexicana, en vez de ocasión y escenario de sus más puros esfuerzos, laboratorio de las virtudes viriles y austero taller de ciudadanía los jefes tendrán que ser también maestros. Ojalá tuvieran aptitud para suplir en ocasiones al padre ausente. La despreocupación moral y la brutalidad no son cualidades militares; sino, por el contrario, su más completa negación. La autoridad es la dinámica del bien, y la energía es el ejercicio de aptitudes humanas, nunca un desahogo bestial.

Sobre todo, desde el primer momento, el Estado debe proscribir todo intento de explotación política del ejército, toda utilización facciosa de las personas y de los trabajos de quienes han acatado el llamamiento de la Nación para defender y servir solamente a ella, no para convertirse en piezas humilladas e inertes de un juego de apetitos y ambiciones.

Para que México tenga el ejército que quiere y necesita tener, es preciso que cada soldado sea el gozoso poseedor de una certidumbre gemela de la del Macabeo: que se sienta combatiente por su espíritu y por su pueblo.

UNA RESPONSABILIDAD QUE NO PRESCRIBE

El sistema político que ha dado su nombre –la Revolución– a uno de los capítulos más oscuros y agitados de nuestra historia, ofrece a la observación objetiva dos rasgos sobresalientes: por una parte, se ha caracterizado a sí mismo, en forma enfática y persistente, como un movimiento de reforma social, como un esfuerzo de mejoramiento de las condiciones materiales de vida de los trabajadores, de acceso de los campesinos a la propiedad de la tierra y de sujeción de las relaciones de trabajo a normas de justicia; por otra parte, ha sido y sigue siendo una sucia fábrica de millonarios, un edén para la satisfacción de los más desenfrenados apetitos de lucro que se hayan arrojado nunca sobre México, como sobre una comarca conquistada.

No sólo porque el juicio popular, como la sensibilidad orgánica, registra más agudamente lo desordenado y lo doloroso que lo normal, sino porque realmente la Revolución ha inundado al país de lodo y prostituido hasta sus últimas celdillas y actividades el cuerpo del Estado, es inevitable que muy pocos piensen en ella como cruzada de justicia social y sí, en cambio, para la mayoría sea substancialmente empresa de dominación y de lucro.

* Revista *La Nación*. Año II No. 71, 20 de febrero de 1943. Pág. 8.

Una valoración imparcial obliga a distinguir en este caos, que dura ya un tercio de siglo, la reforma social auténtica, la perversa agitación demagógica como técnica de encumbramiento político, la presencia activa y desintegrante del comunismo internacional que no ha dejado de encontrar entre los revolucionarios cómplices eficaces por convicción, por perversidad o por torpeza y, finalmente, la carrera vertiginosa de los que persiguen la riqueza y la logran por todos los medios; de la banda innumerable cuya actividad específica, ejercicio de una insaciable pasión, ha sido cruel y dolorosamente designada por un país que se siente "echado a perros", con un nombre que es al mismo tiempo sentencia inapelable y dato culminante de una época: la mordida.

La lista de militares, funcionarios y líderes enriquecidos por medios punibles o por negocios montados a la sombra del poder, sería interminable de hacer. Por lo demás, de memoria la saben el país entero, la región, la ciudad y el pequeño poblado, según la importancia y la sede de los responsables. El "tener poder para poder tener", no es un simple juego de palabras, sino la fórmula de un desenfrenado apetito y, al mismo tiempo, una técnica, un lema y una síntesis histórica.

No es comparable, en cuanto a extensión, persistencia y cinismo insolente de esta lepra, el período revolucionario con otro cualquiera de nuestra vida nacional. Ha sido tema de farisaica propaganda por muchos años –y todavía suele chillar su muletilla el disco deteriorado–, la habilidad de los "científicos" durante el porfirismo, para medrar lucrativamente al amparo del monopolio político de entonces. Pero aquello era un juego de niños junto a esto y un ejemplo de austera probidad.

Claro que hubo y hay quienes fueron limpios a la Revolución y, sirviéndola, se han conservado honrados. Son ciertamente muy pocos. El caso se explica, respecto de unos, por rectitud congénita, y de otros, por verdadera devoción al programa social que sinceramente abrazaron o por aislamiento defensivo en el recinto de la profesión o de la capacidad burocrática. Aun en las peores

degradaciones colectivas sobrenadan las excepciones que nos salvan de la muerte por náusea. Hay que hacerles justicia; pero en éste, como en otros tantos naufragios, son impotentes para contrarrestar la abrumadora eficacia de la inundación repulsiva que caracteriza su época.

En realidad, la Revolución comenzó como empeño exclusivamente político: perseguía la restauración de la normalidad en el funcionamiento del sistema representativo y democrático de integración del Estado, deshecho violentamente por la usurpación huertista. Logrado el triunfo militar, el propósito inicial apareció desproporcionadamente pequeño junto a la magnitud de las fuerzas en marcha y del sacudimiento sufrido por el país. La finalidad política se desbordó hacia un ambicioso programa de reorganización constitucional y, sobre todo, una tumultuosa avenida de reivindicaciones sociales asumió decisiva preeminencia en la composición y los objetivos del movimiento.

Esta adición innegable debe retener especialmente nuestra atención. Por lo demás, es un fenómeno recurrente, tal vez una constante, en las coyunturas substanciales de nuestra evolución nacional. Más que un signo, es la presencia misma de un problema social crónico al que en siglo y cuarto de vida independiente no hemos dado tratamiento ninguno que merezca este nombre; un problema cuya gravedad se acentúa a medida que aquí y en todo el mundo los diques morales que la civilización cristiana opuso a la barbarie materialista se debilitan sin cesar.

Las llamadas clases directoras o poseedoras, en México no han tenido nunca, en conjunto, una conciencia del problema ni, consiguientemente, una conducta social. Amuralladas en una falsa noción de derechos que ellas mismas debilitan al convertirlos en privilegios y cuya defensa egoísta confunden con el orden social y con la esencia de la cultura occidental, son una especie de ejército sitiado que sólo por la fuerza va cediendo terreno; pero que no piensa en revisar la justificación de determinadas posturas ni en hacer una paz que no sería una derrota. Han tomado posiciones en la lucha de clases haciendo el juego al

marxismo, en vez de participar activamente en la construcción de una sociedad justa, armoniosa, pacífica, ordenada, orgánicamente sana.

La bancarrota de la Revolución, la cruzada social que vino a parar en negocio sucio y en monopolio político, es invocada frecuentemente como argumento o experiencia en favor de la tesis liberal. Es antisocial –se dice–, además de injusto y absurdo, el agitar a las masas, el darles apoyo del Estado e instrumentos jurídicos y políticos para su lucha por el mejoramiento económico. A la postre, simplemente servirán de escalón para el encumbramiento de los pillos y habrán destrozado sin provecho para nadie riquezas cuya conservación interesa a todos.

A esto y a esforzar el ingenio para la defensa contra el ataque sindical y contra la absorbente injerencia del Estado en todas las zonas de la actividad privada, se reduce la reacción del mayor parto de los empresarios. Los que excepcionalmente aislados o unidos en incipientes organizaciones de clase intentan rectificar el cauce de esta vieja corriente de inercia y prejuicio, libran una lucha especialmente ingrata. Hay que apoyarlos con decisión y constancia. Necesitamos formar una conciencia social como antecedente y sujeto activo de una reforma social.

Es natural que una situación caótica determine inextricable confusión de ideas; pero es precisamente en situaciones de esa índole cuando más se necesita la claridad y el orden.

Aunque el programa social de la Revolución haya servido de pretexto lucrativo y de marco para una salvaje lucha de facciones por el poder político; aunque Carranza, autor de la reforma agraria de 1915, haya combatido a muerte a Zapata; aunque se haya popularizado el tipo del agrarista hacendado con aficiones feudales; aunque la sindicalización obrera sea una mera forma de la regimentación política, de tal suerte que cada régimen maneja su propia central; aunque Cárdenas haya reconocido como maestro y jefe a Calles, para desterrarlo después, sin perjuicio de clavar en la Constitución el callismo educacional; aunque la bandera rojinegra haya cobijado medros opulentos de

Garrido, el revolucionario epónimo, por quien votara Cárdenas en la penúltima "elección" presidencial y que reciñera hace poco indemnización por tierras que le fueron expropiadas para fines agrarios; aunque todo esto sea cierto, tenemos la necesidad y el deber de aislar, en la trágica batahola, datos y certezas que nos permitan trazar una dirección segura en el indispensable camino de salida. No tenemos el derecho de refugiarnos en un escepticismo despreocupado que simplemente facilitaría la exacerbación del mal.

Este doble proceso de destrucción nacional y formación de fortunas personales, no sólo crea una plutocracia revolucionaria y empobrece al pueblo de México; sino que, al mismo tiempo, determina, precisamente porque alimenta la hoguera del desorden social, una concentración de fuerzas subversivas en un clima de desesperación.

Defraudado por la Revolución y desdeñado por una parte muy considerable de la sociedad mexicana, el problema social se agrava constantemente. Es un mortal error el suponer que la traición o el olvido son capaces de cancelarlo. Por el contrario, su exigencia es cada vez más imperativa, la justicia social sigue siendo anhelo primordial de nuestro tiempo aquí y en todas partes. La quiebra moral de la Revolución no beneficia de ninguna manera las tesis del liberalismo económico, cuya vigencia, por lo demás imposible, solamente seguiría engendrando injusticias, violencias y choques sin fin. Lo imperativo e inaplazable, es construir un verdadero orden social.

No puede haber peor táctica defensiva del derecho de propiedad, que su identificación con el capitalismo, cuyos excesos y desviaciones deben ser corregidos. No puede existir un auténtico orden social mientras mínimos vitales irrenunciables, lo mismo económicos que espirituales, no queden firmemente asegurados para todos los mexicanos. Lo exigen imperativamente la naturaleza humana y el cristianismo, que la reconoce y defiende como religión, como filosofía y como cultura. La ética cristiana debe informar y regir la vida económica plenamente, incorporándose a su imperio zonas que por siglos se le

han sustraído. Quienes impidan o resistan esta reincorporación, son coautores de la revolución social y postulantes prácticos de sus tesis.

La riqueza, los bienes materiales, no son en sí mismos respetables ni su defensa constituye el fin del orden social. Deben ser reducidos a un concepto instrumental; son medios al servicio del hombre y para ser usados con estricta sujeción a reglas morales inderogables.

La reforma social debe ser hecha y se hará, falta saber quiénes la emprenderán, de qué manera y conforme a qué principios. La disyuntiva es ineludible: o revolución fraudulenta y destructora u orden justo, pacífico y fecundo.

CONDICIONES DE LA REFORMA SOCIAL

Desconocer que la revolución ha sido un activo agente de reforma social en México, equivale a negar el sol a mediodía. Una disputa sobre la posibilidad de llegar a los mismos resultados que ha logrado la revolución en un tercio de siglo, por caminos diferentes, pacíficos y constitucionales, tendrían carácter de académica inutilidad. El hecho es que hemos sufrido una revolución y ésta ha tenido una política social.

Este reconocimiento no es el principio de un canto laudatorio, sino el punto de partida de un juicio que reduce a sus justas dimensiones la obra social de la revolución y desautoriza las desmesuradas jactancias de sus corifeos.

En realidad, estamos rezagados. No somos, ni mucho menos, como parecen creerlo ingenuamente innumerables reformadores criollos, la cabeza de flecha en el avance de una nueva humanidad hacia una organización social paradisiaca. En todos los aspectos del problema hay soluciones extranjeras que superan ventajosamente a las nuestras: salarios, seguros sociales, organización profesional, condiciones materiales de vida, organismos de conciliación, tribunales de trabajo,

* Revista *La Nación*. Año II No. 74, 13 de marzo de 1943. Pág. 9.

régimen de propiedad de la tierra, cooperación en el crédito, en la producción en el consumo, capacitación técnica e instituciones del Estado para el desarrollo de una política social coherente y progresiva: todo esto puede encontrarse mejor fuera que dentro de nuestras fronteras. El hecho de que veinticinco años después de promulgada la Constitución se formule nuestra primera Ley del Seguro Social, es sintomático de la eficacia reformadora de la revolución.

En general, a pesar de fanfarronerías iconoclastas, ha sido de una lastimosa timidez pequeñoburguesa. Los excesos del período militar son desenfrenos salvajes que caen bajo el dominio de la criminología, excrecencias de motín que no tienen vinculación específica con la reforma social, como no la tienen tampoco la ferocidad sanguinaria y el estrangulamiento de las conciencias, que regímenes posteriores, en plena orgía de capitalismo sucio y fácil, perpetraron al mismo tiempo que se proclamaban redentores del proletariado.

Tuvo con Cárdenas la historia social de la revolución un capítulo de audacia aparente. En realidad, no hubo grandeza ni en la concepción ni en la ejecución; lo que se hizo no exigía valor y empuje extraordinarios. Simplemente se trataba de usar un poder omnímodo en una fácil empresa de destrucción irresponsable. Una radical incapacidad de creación ha marcado todas las etapas revolucionarias y culminó en la cardenista. Y sólo la creación justifica, sólo la creación eleva y enriquece. Cualesquiera pueden usar la tea o la dinamita, cualquiera puede destruir; lo difícil, lo meritorio, lo valioso, es construir.

El trabajo de la revolución en el terreno social puede ser distinguido en dos grandes secciones: por una parte, lo que es rutina, fenómeno universal, fruto de una evolución incontenible, aquí más agrio, tardío y malogrado que en otros países –todo lo relativo a las condiciones de trabajo y a los derechos y reivindicaciones de los trabajadores en cuanto tales–; por otra parte, lo que tiene, sino originalidad, al menos intención estructural o, más exactamente, efectos estructurales, y consiste en la reforma del régimen de propiedad rural, en la expropiación del sistema ferroviario más importante del país, así

como la industria petrolera, y en su gestión por el Estado o por organismos invertebrados que actúan en virtud de una confusa delegación del Estado. A la misma familia o tendencia pertenecen los ensayos de empresa oficial dirigidos a la producción industrial o a la competencia mercantil, así como institutos de crédito instrumentalmente incorporados al sistema.

Cabalmente, son estas reformas de estructura, la más contundente demostración de la ineptitud social de la revolución. El programa agrario de 1915, hecho texto constitucional en 1917, después de una aplicación de 28 años, ha fracasado como intento de creación de un campesinaje de propietarios con libertad y bienestar y como sistema de producción; la industria petrolera camina al desastre, posiblemente al irreparable desastre por consunción, por agotamiento de los mantos explotados y abandonado de los trabajos de explotación, y por desarrollo, en cambio, de la elefantiasis, burocrática y la holgazanería sindicalista; los ferrocarriles ya llegaron al desastre y es de tal magnitud, que resulta de mal gusto reiterar su pavorosa descripción.

Fracaso también es el resultado de los demás connatos oficiales, es decir, revolucionarios de reorganización social.

Adviértase bien que no objetamos las tesis doctrinales invocadas en el punto de partida de esas trayectorias que, por desgracia, han desembocado en el fracaso. Por el contrario, este es tanto más de lamentar cuanto más respetable y cierto son aquellas. Una clase rural de propietarios, un sistema de transportes al servicio del interés público, una industria petrolera mexicana sustraída al dominio privado en cuyas manos, sobre todo siendo extranjeras, resulta peligrosa la acumulación de poder que implica dentro de una economía tan débil como la nuestra; todos estos son objetivos deseables y legítimos; todas estas eran etapas de una positiva elevación social de México. Haberlos frustrado, habernos convertido en fuente de problemas y carencias; haber retardado, por el empleo de métodos torpes e injustos, el cumplimiento de las posibilidades de liberación humana y de fortalecimiento nacional que impidan,

no es un mérito, sino una responsabilidad de la revolución. Los yerros pueden ser todavía enmendados y es, justamente, una honrada rectificación el único camino para evitar una frustración definitiva.

Pero no es un mero propósito descriptivo y crítico el que inspira estas consideraciones. Lo que importa es entender las causas de la bancarrota y señalar sus remedios.

En primer, lugar ha faltado una libre y genuina inspiración nacional a los autores y a los principios de la reforma. La filiación ideológica a sistemas extraños, nominalmente al comunismo internacional, desvió tortuosamente su camino desde el primer momento. El trabajo se ha desarrollado conforme a planes abstractos y con propósitos de doctrinarismo faccioso, de fanatismo dogmático, de subversión social, no de edificación positiva sobre cimientos sólidos. La realidad nacional ha estado ausente de nuestro movimiento social, constantemente dócil a direcciones dictadas fuera de México. Es natural que aberraciones como la comunista, producto de la descomposición liberal en medios económicos avanzados, al mismo tiempo que acentúa aquí su esencia destructora desdeñe problemas desconocidos en su medio original. Así, por ejemplo, nada se ha hecho prácticamente para lograr una verdadera incorporación de nuestras tribus indígenas a la civilización occidental. Su presencia es de una extemporánea y molesta importunidad en el repertorio marxista.

Por otra parte, lo que debiera haber sido exclusivamente política social, es decir, aplicación inteligente, enérgica y certera de la comunidad y del Estado a la resolución de los problemas sociales, ha degenerado en desordenada agitación social para fines políticos. Han sido medularmente falseadas las instituciones, leyes y actividades que en vez de dirigirse al cumplimiento de sus propósitos teóricos, sirven como instrumento de dominación a los explotadores de un monopolio político corrompido e injustificable. Por estos son lo que son, entre nosotros, el ejido, el sindicato, las centrales obreras, los líderes y, en suma, todos los factores de la reforma social. Este es el secreto del fraude sufrido

por el pueblo de México. Ni ideas claras, ni aptitud técnica, ni voluntad generosa, al manejo limpio, requisitos indispensables para que la reforma se ponga en marcha, serán posibles mientras no se opere una instauración práctica de la verdadera política social.

Fruto podrido del mismo vicio es el exclusivismo de la facción dominante que, para asegurar su monopolio político, lo extiende con celosa ferocidad al campo social. Fuerzas mérales insubstituíbles como, por ejemplo, la de la Iglesia Católica tienen cerrada las puertas de la colaboración en una obra que debiera ser empeño y afán de todos; organizaciones sindicales, cooperativas o de cualquier otro carácter, que no se sometan a las exigencias de la banda monopolizadora, no solamente no progresaran, sino que ni siquiera podrán subsistir.

Los derechos, la conciencia, el pan, la vida misma de los obreros y campesinos, están en manos de un puñado de mandarines sin ley ni freno; los Gobiernos revolucionarios, lejos de evitar semejante monstruosidad, la sancionan ostensiblemente. Es ya una especie de rasgo permanente de nuestra vida política la alianza orgánica entre cada régimen y su correspondiente "central" obrera, no importa cuán fundamentalmente incompatibles pueden ser sus respectivas tendencias. Ni siquiera la incondicional sumisión de los directores del movimiento obrero "oficial" a la internacional comunista, demostrada y exhibido sobreabundantemente, es capaz de corregir esta asociación absurda.

Finalmente, se ha usado como fuerza preeminente y casi exclusiva de la reforma social, la agitación demagógica, arma de primarios, agresión estéril, fábrica de resistencias, desorientaciones y desorganización económica. No hay peor enemigo del verdadero progreso en materia social. El desbarajuste revolucionario tardado la reforma con sorprendente eficacia. No es posible elaborar con "ideologías" y odios soluciones positivas. Es indispensable crear y sostener condiciones económicas que permitan la organización y el funcionamiento de instituciones costosas, sin las cuales el bienestar

y la seguridad de los trabajadores serán un mito. Ni salarios altos, ni prestaciones adicionales, podrán ser pagados por empresas raquíticas y precarias. Una economía sólida hará más por el mejoramiento real de las condiciones de vida de nuestro pueblo, que muchos años de excesos demagógicos.

No es literatura de lucha de clases lo que nuestros obreros y campesinos necesitan, sino un positivo bienestar, una libre y decorosa oportunidad de elevación. El primer objetivo de una verdadera política social es la formación y la disponibilidad de los recursos materiales indispensables para realizar su programa. El primer deber de los responsables de esa política es la cordura.

LA LEGIÓN EXTRANJERA DE LOS RESENTIDOS... UN ENJAMBRE DE SIN-PATRIA

Seguramente no ha existido en la historia época más confusa que la nuestra. Su característica es la falta de un orden, de una arquitectura estable, tanto en el dominio propio de la persona humana como en el social y en el internacional. Todo orden humano es una conducta común en relación con una tabla indiscutida de valores. Cuando lo hubo, se manifestaba en una precisa demarcación de lo legítimo y lo subversivo, inconcebible sin una general vigencia de criterios morales y políticos. Presuponía, por tanto, unidad de concepciones filosóficas y, más hondamente situada, unidad de fe religiosa. Sujetos por siglos los factores esenciales de la cultura occidental a un proceso de destrucción cada vez más activo, la venerable estructura está deshecha. Vivimos en el caos. No se ve el camino de salida por ninguna parte. Puede presumirse el fin de la guerra; pero esto no es todo. Será simplemente el fin de un capítulo y el comienzo del siguiente en la misma historia de entre destrucción y locura si no se construye un orden, si no se rehace una unidad espiritual. Esto no será posible sin la restauración, en la vida personal y en la colectiva, de una jerarquía en que el espíritu recupere

* Revista *La Nación*. Año II No. 79, 17 de abril de 1943. Págs. 7-8, 31.

la primacía, el espíritu que engendró y mantuvo en salud y fecundidad nuestra vieja cultura: el espíritu cristiano.

Como faltan ideas y normas claras respecto de todo lo que sostiene la convivencia humana y la palabra unidad sólo evoca una pertinaz ausencia, las alianzas más absurdas, las más inverosímiles complicidades, son ahora rutina. Por eso es incoherente, precaria y oscura esta hora que estamos viviendo. Por eso una invencible incertidumbre proyecta ya su sombra sobre el período que sucederá a la terminación de la guerra y que todos deseamos sea una verdadera paz.

Uno de los más repugnantes signos del tiempo es la tenaz y sistemática explotación del caos por toda una organización, ramificada internacionalmente, que manobra sobre la opinión e influye sobre la dirección política de las naciones occidentales con éxito que justifica los más graves temores y con desvergüenza que subleva al más despreocupado observador. No sería tan peligrosa, cualesquiera que fuesen su habilidad y su fuerza, si actuara ella sola y en su propio nombre, si asumiera la prueba de la identificación, condición necesaria para toda atribución de responsabilidades. Pero lo que hace es precisamente lo contrario. Coincide su táctica con la de invasión psicológica que con tan monstruosa eficacia concurrió con la militar a la derrota de Francia en 1940: alimenta la pasión que pone en movimiento colectivo escogido como instrumento o afluente, se suma a él y lo desvía para llevarlo a desembocar en la catástrofe que es su victoria.

La situación presente del mundo parece preparada exprofeso para el mejor éxito del sistema. Son innumerables los caminos que coinciden en el cruce del resentimiento y la desesperación. Basta situarse en él y maniobrar con elemental habilidad para influir la conciencia y el sentimiento de todos los pueblos. Esto es precisamente lo que el Comunismo ha sabido hacer con magistral destreza y teniendo como colaborador eficazísimo a su hermano enemigo, el desenfrenado totalitarismo nazi, que ha llevado al molino rojo aguas de todas las cuencas del mundo.

Conviene distinguir en la imagen de la guerra, examinada desde este punto de vista, dos impresiones superpuestas, de ninguna manera incompatibles, sino, por el contrario, complementarias. La imagen oficial nos ofrece una U. R. S. S. que marcha vigorosamente a sus propios fines por sus propios caminos. Es su propia victoria la que le preocupa y persigue y hay que reconocer que no lo oculta. Tiene la arrogante franqueza del poder y la decisión. El innumerable acervo de datos demostrativos de esta contundente realidad se ha enriquecido en estos últimos días con dos hechos cuya significación y alcance es imposible desvirtuar: las declaraciones del Embajador de los Estados Unidos en Moscú sobre la deliberada ocultación al pueblo ruso de la ayuda anglo-americana y la negativa soviética a prometer el respeto de las fronteras nacionales de Polonia, la primera y noble víctima de la guerra, que lucha a su lado contra el enemigo común. Sin embargo, en este esquema de superficie figura un rasgo inevitable; la conformidad puramente formal con los más vagos propósitos de los aliados en la guerra, la mínima y tibia postura solidaria cuya falta dañaría su conducción colectiva.

La realidad subyacente corresponde a este plan, integrándolo y fortaleciéndolo. Es también una guerra, pero llevada a las naciones mismas unidas contra el Eje, es decir, a casi todo el mundo extra-europeo, bajo especies de amistad y colaboración; una dominante penetración por osmosis que va saturando insensiblemente aun los países en apariencia más inmunes a la invasión.

Este apocalipsis siniestro tiene a la humanidad destrozada de dolor, de miseria y de injusticia. Los pueblos reprimen celos y repugnancias para entregarse al reconocimiento cuando alguien se une a su lucha y los acompaña en el afán y la esperanza, sobre todo cuando tiene bastante astucia para no atravesarse ostensiblemente en el camino de sus convicciones e intereses irrenunciables. -Que el Comunismo entiende a la perfección esta táctica, está siendo demostrado todos los días y en todas partes desde que la U. R. S. S. está en guerra con Alemania-. Desde que tales simpatías se inician, la entrada

es segura. Falta proveerse de una credencial “democrática”; pero esto es un insignificante requisito de portería que se cumple con suma facilidad. Es cierto que el Comunismo y la Democracia son tan semejantes como el agua y el fuego; que es dogmática exigencia marxista y afirma aquél como etapa ineludible en el proceso dialéctico de la historia universal la dictadura del proletariado, el aplastamiento implacable, por una clase constituida en Estado absoluto, de las demás categorías sociales, englobadas, bajo el título de “burguesía”. No importa. Un reticente cumplido a la Carta del Atlántico basta para merecer mil espaldarazos democráticos. El “camuflaje” fue antes maña diplomática que recurso militar y para sus expertos es cosa de juego simular puentes sobre los abismos. Incluso pueden organizar la apoteosis de las Cuatro Libertades en el Reino de la Esclavitud y la Tortura.

Menos que esto necesita el Comunismo para explotar en su provecho las amarguras y anhelos de las naciones en guerra. Es perfectamente explicable, por tanto, que esté logrando una estupenda cosecha de colaboraciones inconscientes. Todavía cuenta con un precioso auxiliar: la victoria militar rusa. Las ventajas indudables que de ella se derivan para las Naciones Unidas, provocan una inhibición automática de las facultades críticas y de los sistemas de cautela que debieran inducirlas a un frío y prudente análisis de la empresa revolucionaria que para la Unión Soviética es la guerra.

A veces relámpagos inesperados iluminan con lívido fulgor la terrible verdad que estamos afirmando. Hechos como los que mencionábamos hace un momento, como el reciente fusilamiento de Alter y Ehrlich, líderes socialistas polacos cuya muerte es un testimonio de la incorregible perseverancia del comunismo soviético en el crimen; como la deportación a las islas polares de centenares de sacerdotes católicos arrancados de las Diócesis polacas; provocan una angustiosa preocupación aun en los medios más favorables a la colaboración económica, militar y política con la U. R. S. S. Pero la apremiante exigencia de la guerra no tarda en paralizar de nuevo la ágil libertad de la razón

y en adormecer las más legítimas desconfianzas con la droga de un optimismo que simplemente aplaza para mañana la explosión del problema de hoy.

Este es el mal, este es el peligro que debe ser claramente señalado en todas partes, aunque provoque la inevitable reacción de improperios y calumnias, de intrigas y atentados, que el Comunismo usa con reconocida maestría. La colaboración para el dominio político se llamó "Frente Popular" antes de la guerra, cuando se trataba de dirigir sin responsabilidad hacia las metas rojas los gobiernos democráticos. Ahora, sin nombre especial o, más exactamente, con multitud de nombres y disfraces, la técnica es la misma y el objetivo, aunque los agentes de la Tercera Internacional juren fidelidad a la causa de la persona humana y se manifiesten dispuestos a morir por la libertad religiosa, es la implantación del Comunismo en todo el mundo al término de la guerra y por el camino sangriento de la revolución.

Sin que sea más que una de las formaciones aparentes más activamente dedicadas al trabajo de confusión y extravío que venimos comentando, no cabe duda de que merece ser señalado como agente conspicuo de disolución nacional, aquí y en todas partes, ese conglomerado internacional que con desenvoltura sólo comparable a la torpe debilidad de pueblos y gobiernos que le permiten toda clase de excesos, fabrica tabús o ídolos, impone orientaciones no sólo de política interna, sino aun de conducta internacional, dicta proscriciones, ocupa puestos importantes en la enseñanza, en el periodismo, en los negocios y aun suele tener prácticamente en la mano palancas vitales de dirección de los intereses públicos. Comienza por escoger como editores responsables un grupo de figuras más o menos importantes, hijos del país, con vinculaciones políticas apreciables, con inclinación de izquierda que varía desde la profesión comunista hasta la disponibilidad interesada en toda clase de aventuras lucrativas y el snobismo izquierdizante de la pobre comparsa que nunca falta en los dramas y en las comedias de la historia política. La vanidad literaria y artística es especialmente dócil al reclutamiento. Nunca faltarán

nombres conocidos en el Estado Mayor del movimiento. Sin relación oficial con los directores auténticos de la maniobra, tampoco, sin embargo, habrá antagonismo, ni aun aparente, con ellos. El relleno, pero al mismo tiempo la fuerza propulsora más eficaz, la que realmente sabe a dónde va, o por lo menos, aun sin saberlo, es más dócil a la acción de verdaderos directores e impone su trayectoria a los figurones explotados y sometidos, está formada por extranjeros que, a título de asilo, acampan como conquistadores a veces, como conspiradores siempre, en la nación que los alberga y cuya identidad y destino no les merece el menor respeto.

Tienen una mentalidad y corresponden estas gentes a un tipo psicológico bien caracterizado. El hecho de que vivan y actúen fuera de su propia patria, les hace atribuirse una calificación de veteranos o maestros en las luchas políticas; son la "vieja guardia" de la revolución y esto los autoriza no sólo a no prescindir de su agitación subversiva, sino a pretender la dirección del movimiento político del país en que viven, para sumarlo a su propia causa. En Zurich, durante la primera guerra mundial, Lenin deseaba explícitamente la derrota de Rusia porque facilitaría el advenimiento de la revolución. Esta actitud es compartida en el fondo por todos estos agitadores internacionales. Por eso les desespera, por ejemplo, que España no entre a la guerra y hacen todo lo posible para sumar este nuevo aliado a las potencias del Eje, aunque el resultado hubiera de ser para las Naciones Unidas, si tal intento por desgracia se lograra, doloroso y sangriento.

Si su propio país no les importa con tal de que su sacrificio incremente la fuerza o la perspectiva de la revolución mundial ¿por qué habría de preocuparles la suerte de la nación que los alberga? Es lógico, por tanto, que su esfuerzo se dirija primordialmente a oscurecer la conciencia popular, a ahogar la voz de los auténticos objetivos nacionales, a desviar y concentrar todas las preocupaciones, sentimientos y esperanza hacia finalidades internacionales. Perdida la brújula, abandonados los ejes naturales, sujeta a la acción de

fuerzas exteriores incontrolables, borrados en el pensamiento y en el corazón de sus hijos los rasgos y los fines específicos del propio destino, la nación habrá quedado entregada sin defensa a una banda de aventureros sin responsabilidad, sin arraigo, sin vínculo alguno de los que hacen el patriotismo y tejen las velas capaces de resistir tempestades y de surcar las rutas de la salvación.

La leyenda de la legión extranjera francesa atribuía a sus soldados una turbia extracción el hastío, la desesperación, a veces el crimen, los empujaban a enterrar su pasado en una heroica expiación militar. La fidelidad a la bandera de adopción era tanto más segura cuanto que la prueba suprema, la muerte, era vivamente deseada por aquellos náufragos de la normalidad. La legión prestó a Francia insignes servicios y se familiarizó con la gloria.

Esta segunda legión, formada por un terrible proceso de selección al revés, que ha reclutado en sus filas los resentidos políticos de todas partes, está escribiendo muy diferente historia. Los legionarios internacionales a que nos referimos, no pretenden olvidar su pasado, sino saciar sus venganzas y realizar su ambición política aquí y ahora invasión o asilo son para ellos caminos equivalentes de entrada a un nuevo teatro de operaciones si no son capaces ya no digamos de servicio, pero ni siquiera de respeto y amor a su propia patria, menos pueden consagrarse al servicio de la que tonta y generosamente les abrió sus puertas. Es un leño más para la hoguera que ha de encender al mundo y que ellos tienen la misión de preparar y alimentar.

Más que nunca México necesita ahora clara conciencia de sí mismo, revitalización y defensa enérgica de sus esencias nacionales.

ALEGATO POR POLONIA

Porque son fieles a sí mismos, porque ninguna fuerza terrestre será capaz de inducirlos a traicionar su destino, a entregar a sus enemigos el tesoro de los valores espirituales que son vida y su esencia, pueblos situados al alcance de la guerra de vecinos poderosos están llamados a un largo martirio. Polonia es uno de ellos.

Sufrió en el siglo XVIII los tres repartos que acabaron con extinguir el Estado Nacional Polaco y que constituyen repugnantes ejemplares del crimen internacional. Polonia es una nación modularmente cristiana, es decir, occidental, y un sino trágico la hizo vecina de dos formidables potencias bárbaras, anticristianas, antieuropeas Prusia y Rusia, que acabaron por devorarla con la complicidad dolorosa de un Estado que fue y habrá de volver a ser sujeto ilustre de nuestra cultura, marca de la cristianidad, y que, a su vez, sería la víctima del mismo sistema vandálico de dominación en que por desgracia participará: Austria.

Durante todo el siglo XIX y hasta el fin de la primera guerra mundial que determinó su restauración, Polonia fue herida sangrante y remordimiento implacable del mundo civilizado. Encarnó en la historia, en el arte,

* Revista *La Nación*. Año II No. 82, 8 de mayo de 1943. Págs. 13-14.

en el sentimiento y en la conciencia de varias generaciones, el derecho estrangulado por la fuerza y la esperanza indefectible de su resurrección.

Fue muy breve y precario el paréntesis de la restauración. En 1939 el prusianismo nazificado y el totalitarismo soviético perpetrarían un nuevo descuartizamiento que fue precisamente el principio de la segunda guerra mundial.

Nadie ignora las terribles peripecias del drama polaco; nadie ignora tampoco las obligaciones solemnes y definitivas –contraídas a favor de Polonia por Inglaterra y Francia ni la posición preeminente que la plena restauración de la soberanía de Polonia ocupa entre los objetivos concretos de guerra proclamados por las Naciones Unidas.

Casi en el momento mismo de estallar la terrible conflagración el 25 de agosto de 1939, se firmaba en Londres el pacto de ayuda mutua entre el Reino Unido y Polonia. No sólo contenía estipulaciones categóricas propias de una alianza política y militar, sin la cual no hubiera afrontado Polonia la prueba de guerra, sino que la Gran Bretaña quedó obligada a no pactar ulteriormente con otras potencias nada que pudiera afectar en cualquier forma las responsabilidades y deberes derivados de aquel pacto. El artículo 7º, es terminante: “Cualquier nuevo compromiso que las Partes Contratantes lleguen a contraer en el futuro, no limitará sus obligaciones derivadas del presente tratado, ni creará indirectamente nuevas obligaciones entre la Parte Contratante que no participe en tales compromisos y el Tercer Estado interesado”. Cuando los Estados Unidos se lanzaron a la guerra como beligerantes, declararon con el Imperio Británico en la célebre Carta del Atlántico, –que, aunque no sea técnicamente un tratado internacional, es el presupuesto político de las Naciones Unidas–, los principios que normaran su conducta en la guerra y después de la guerra. En el punto 2º, las dos grandes potencias condenan todo “cambio territorial en desacuerdo con la voluntad de los pueblos interesados, libremente expresada”.

Pero los coautores del crimen de 1939 no podrían permanecer asociados. Cualesquiera que sean las discrepancias existentes entre ellos, son dos Estados absolutos lanzados a la conquista del mundo y tenían que pelear. Al producirse la evasión de la Unión Soviética por Alemania, rápidamente se organizó un entendimiento entre aquella y las Naciones Unidas. Tuvo que resignarse la U.R.S.S. a declarar en el artículo 1º, de su acuerdo con Polonia, firmado en Londres el 30 de julio de 1941: "El Gobierno de la U.R.S.S. reconoce que los tratados ruso-alemanes de 1939, en cuanto se refiere a cambios territoriales, en Polonia, han perdido su validez". Para una conciencia honrada esta declaración implicaba el reconocimiento de los derechos de Polonia a su soberanía política y a su integridad territorial. No fue así, sin embargo. La U.R.S.S. admitía la inutilidad de los tratados ruso-alemanes sobre reparto del botín de 1939; pero no repudiaba el crimen mismo, ni renunciaba a sus apetitos de expansión, ni otorgaba acatamiento de ninguna especie respecto de la situación jurídica y de hecho que prevalecía antes de la invasión de Polonia. Simplemente repudió un título de despojo para reservarse la posibilidad de dictar, sin estorbosa injerencia de copartícipes, la suerte futura del pequeño país en el momento de la victoria final. Nada importaba que, a consecuencia del mismo tratado del 30 de julio de 1941, un ejército polaco, bajo el mandato supremo y dentro de la organización militar soviética, luchará heroicamente contra el enemigo común. El Gobierno Polaco de destierro tuvo que resignarse a la situación derivada de esta fórmula hipócrita que, al menos, hacía posible la supervivencia de un Estado Nacional; jugó su suerte a un futuro incierto; pero nunca ignoró la intención real agazapada tras el odioso instrumento diplomático.

Al formalizarse un entendimiento político y militar entre Inglaterra, los Estados Unidos y la Unión Soviética, de nuevo tuvo que reconocerse la inflexible presencia del problema; pero tampoco se logró de la U.R.S.S. ninguna declaración en favor de la integridad territorial y política de Polonia. La urgencia militar de término, Dios sabe con qué consecuencias futuras, el aplazamiento de una

definición que no ha dejado de ser esencial para la justificación y la conducción moral de la guerra. Hace pocos meses Polonia insistió en sus demandas, sin obtener otra cosa que una repulsa explícita, equivalente de una amenaza formal de desmembración, hecha pública por la Embajada Soviética en Washington. Poco después la prensa americana daba a conocer abominables atrocidades de que se ha hecho responsable el régimen soviético y, por último, este públicamente rompió sus relaciones diplomáticas con el Gobierno Polaco de destierro, bajo el pretexto de que hacía el juego de la propaganda nazi al quejarse de ejecuciones en masa de oficiales polacos.

La táctica perversa es transparente. El rompimiento opone una excepción dilatoria a la demanda polaca y, por otra parte, anticipa la crisis del conflicto, situándola en el momento preciso en que la necesidad militar puede oscurecer en las Naciones Unidas la conciencia de los valores morales que están en juego en la guerra; Esta es precisamente la coyuntura más ventajosa para la U.R.S.S., que pelea exclusivamente por su propia victoria y para asegurar el cumplimiento de sus fines.

La explotación cínica de la ventaja material, desnuda el parentesco indudable y la gemela gravedad de los dos grandes azotes de la civilización occidental: el comunismo y el nazismo. No ha habido ni puede haber verdadera reforma del régimen soviético, mientras siga siendo un Estado comunista. El espíritu de 1939 está intacto. Si este dato no es tomado en consideración por las Naciones Unidas para la interpretación y el manejo de la alianza rusa, las más pesimistas previsiones serán superadas por los errores que, el próximo futuro nos reserva. Es falso que el maquiavelismo sea siempre inteligente o tenga una infatigable virtud pragmática. La salud moral es compatible con el realismo, la agilidad, la energía y el triunfo. El mañoso apotegma “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”, suele poner en ridículo y sus postulantes y, lo que es peor, suele determinar catástrofes irreparables. De paso podríamos preguntarnos: ¿qué calificación merece el maquiavelismo de segunda mano

de países que, como México, sin vínculos de ninguna especie con la U.R.S.S., participan en maniobras de control remoto para la integración de un sistema de enlaces diplomáticos cuya pretendida justificación es solamente la común participación en la guerra?

No se trata simplemente de un nuevo episodio en la pasión secular de Polonia. Es mucho más hondo, mucho más extenso y trascendental el problema. Plantea sencillamente la invalidación o vigencia de los motivos de la guerra y el valor absoluto de la vida que vivirán los hombres al liquidarse la espantosa conflagración, es decir, la presencia o la prescripción en la sociedad futura de la justicia, la libertad, la paz verdadera, la tranquilidad, el bienestar, la dicha; todo, en fin, lo que da a nuestra peregrinación terrestre luz, dignidad y valor.

Si la guerra terminará en un nuevo reparto total o parcial de Polonia, –esta guerra, desencadenada precisamente para frustrar la invasión de Polonia, para su liberación, para reducir y desarmar el sistema político determinante de la agresión–, el maquiavelismo del siglo XX habría superado al siglo XVIII; estaríamos ahora más cerca que entonces de la caverna y de la selva y no podría imaginarse mistificación más cruel y diabólica que está matanza por ideales y principios que los responsables de ella no habrían tomado nunca en serio.

Si las Naciones Unidas cedieran al chantaje soviético, estarían vencidas en la conciencia de sus propios pueblos, cualquiera que fuese el resultado de la guerra, y lo que siguiera a esta sería un caos nauseabundo, un mortal proceso de suicidio por asco. ¿Para qué es la destrucción, el hambre, el dolor, la muerte? ¿Para que este pavoroso apocalipsis, esta hoguera universal en la que no solo la juventud de todos los pueblos de la tierra, sino continentes enteros, sufren torturas indecibles? Las mañas de los estadistas no podrán nunca sustituir la capacidad de energía y de heroísmo queda un noble ideal sinceramente abrazado. Matar los ideales que hacen posible la defensa de una causa, es apuñalar la causa misma.

Para quiénes en una o en otra forma la guerra es un duro sacrificio, sobre todo para los llamados a morir en ella, no puede ser indiferente al signo, por lo menos intencional, de su duro esfuerzo. Saber que se lucha por la creación de un orden limpio, claro, justo, no es lo mismo que constatar la preparación, en pleno martirio, de una nueva matanza; no es lo mismo que saber que la sangre del holocausto riega las semillas de las guerras futuras.

Polonia no puede ser abandonada. Su situación es terriblemente difícil. Es perfectamente explicable que las Naciones Unidas traten de reparar la brecha inoportunamente abierta por la Unión Soviética en el frente común; pero cualquiera que sea la apariencia de los arreglos diplomáticos que se preparen, los pueblos no se conformarán con soluciones de compromiso, exigirán el respeto substancial y efectivo de los derechos de Polonia, que es y seguirá siendo ella misma y, además, el símbolo de la voluntad y el derecho.

EMANCIPACIÓN NACIONAL Y LUCHA DE CLASES

Va siendo ya una especie de rito obligado el otorgamiento, por viejos institutos de cultura que dejaron de serlo para convertirse en agencias políticas, de un supuesto doctorado *honoris causa* a un líder bien conocido, cuyos servicios a la cultura se reducen precisamente a haber lanzado, en plena abyección callista y con la complicidad de unos cuantos comparsas insignificantes y otros tantos perversos, el bochornoso asalto de la barbarie contra el espíritu que prendió sujetar las universidades al degradante dogmatismo marxista. Y va siendo también número inevitable de la ceremonia de colación de grado, un largo y viscoso discurso del Doctor, connato siempre fallido de conciliación entre la demagogia socializante y el espíritu científico. Por desgracia, no todo queda entre las cuatro paredes del profano recinto, alguna vez respetable, en que el triste episodio acontece; ni son tampoco el cacique provinciano para cuyo servicio funciona el instituto degradado, sus socios políticos y la pequeña cofradía de serviles y pedantes capaces de aceptar un papel pretendidamente universitario en la indigna farsa, los únicos pacientes del siniestro retórico.

* Revista *La Nación*. Año II No. 87, 12 de junio de 1943. Pág. 5.

Se le da amplia publicidad y fingen creer o creen en realidad los burócratas a sueldo de esos departamentos de agitación y propaganda de ciertos Gobiernos locales, sacrílegamente designados con nombres en ocasiones venerables, que se trata de piezas que tienen un verdadero valor científico. Claro está que fuera del interés político que para el orador mismo y para sus padrinos “revolucionarios” tenga la maniobra, no es posible reconocerle ya no digamos mérito; pero ni siquiera seriedad. La calidad cultural de estos episodios es totalmente nula; tienen un sentido exclusivamente político: son “izquierdazos” equivalentes a un ridículo complot “cismático” de Morones, o a una caníbalesca matanza de Garrido o a cualquier cavernario despropósito de la misma estirpe. Hay segundones políticos trasnochados que siguen apostando a la lucrativa dictadura comunístoide, y eso es todo.

El último discurso, dicho en el edificio del que fue el Colegio de San Nicolás, en Morelia, intentó constituir un homenaje a Hidalgo; pero resultó lo contrario: un arsenal de imputaciones contra el iniciador de la Independencia de México. Claro está que este tema sólo sirvió de pretexto para incorregibles reincidencias en la interpretación materialista de la Historia de México y en las de diosas agresiones del líder contra “Acción Nacional”. Naturalmente no nos interesa en el caso una innecesaria tarea de refutación. Queremos simplemente describir la actitud mental que hace de Hidalgo, no el fundador de una Patria, sino el líder de una sedición clasista y que reduce la Independencia a una afortunada conjuración de la Iglesia Católica y los terratenientes criollos contra el pueblo de la Nueva España.

Por algo el marxismo ha sido descrito como el envés del tejido de absurdos que es el monismo idealista de Hegel. Es un infalible agente de varicosis psicológica que mata la agilidad intelectual de sus secuaces, los inmoviliza en una postura de fanatismo libresco, que no deja de serlo aunque se combine con una extraordinaria capacidad de proselitismo y de subversión, y los aísla de la realidad, haciéndolos incurrir en olvidos flagrantes de la naturaleza del hombre personal y de sus formas necesarias de la vida común.

No hay nada tan impermeable a la idea nacional como una teorizante marxista. Los perímetros nacionales son para él trozos arbitrarios o, por lo menos, diferenciaciones secundarias, contingentes, sobre la masa compacta y uniforme de una humanidad en marcha dialéctica hacia un Estado social que la Revolución comunista implantará indefectiblemente. La historia del mundo es una sola y dentro de ella los pequeños episodios del acontecer nacional carecen de sentido propio y de importancia objetiva. Los factores específicos de cada comunidad nacional son incapaces de caracterizar y poner en movimiento al sujeto colectivo como protagonista de una aventura autónoma irreducible, grave y trascendental en sí misma, independientemente de sus articulaciones, solidaridades y discrepancias con los demás países del mundo en una época dada. Toda ecúmene fecunda y perdurable consiste, necesariamente, en la armoniosa comunión de comunidades humanas diferentes, que no renuncian a su identidad; sino que la iluminan y enriquecen con la clara luz de los valores universales, que son capaces de unir a todas en un haz viviente. El universalismo comunista, en cambio, eliminar fisonomías, historias y destinos nacionales, con la pretensión de amasar con todos los hombres del planeta una sola masa uniforme y gris que utilizarán en la fabricación de un gigantesco mecanismo inhumano, sujeto del implacable proceso del materialismo dialéctico a que se reduce la historia de la especie.

Frente a esta arrasadora y artificial ideología se erige la doctrina de la realidad nacional, que reconoce a la Nación como la forma plena y viviente de sociedades humanas unidas por la cultura, la historia y el destino y, por regla general, pertenecientes a la misma familia racial y localizadas en un determinado territorio. El bien individual del hombre y de las comunidades naturales que nacen de su condición social, la salud física y la vida cultural del pueblo, el bienestar económico y la justicia social, el bien común, en suma, no se cumplen con desprecio o violación de la ley biológica en que se basan la subsistencia y la normalidad del organismo nacional. Esta ley es la de solidaridad entre

los integrantes de la Nación y exige que ni clases, ni individuos, ni órganos o elementos de ninguna especie, se substraigan a la colaboración o se rebelen contra el orden indispensable para la vida del conjunto, olvidando su recíproca dependencia y aspirando a privilegios, inhibiciones o hegemonías que serían ruinosas para todos.

No se puede prescindir impunemente de la Nación, de la misma manera que, toda proporción guardada, no se puede prescindir de la familia. Los sumandos de las formas universales de la cultura son siempre nacionales. No la integran hombres abstractos, desarraigados, irreales, que, si quisieran injertarse en aquellas saltando por encima de las formas nacionales, les aportarían muy pobre bagaje. La jerarquización de las etapas sociales no es un método científico, es una indiscutible realidad. Cada una de ellas constituye un paso esencial para el cumplimiento del destino humano y es, a su vez, un sujeto de derecho, un protagonista singular con destino propio; su adscripción mecánica a destinos ajenos es antinatural, engendra reacciones y resistencias perfectamente legítimas y condena al fracaso los intentos de reducción arbitraria de la realidad, urdidos por el apetito desenfrenado de los fuertes. La guerra actual es una sangrienta demostración de esta verdad. Y se postula la tesis de la adscripción de un pueblo a destinos ajenos, lo mismo cuando se intenta justificar la subyugación de un país por otro, que cuando se niegan las órbitas nacionales específicas, los datos y rasgos originales de la historia nacional, y se reduce ésta a un mero impacto o, a lo sumo, aún no imperceptible refracción de la trayectoria único y fatal de la Revolución socialista.

Cuando no se entiende la realidad nacional ni se cree en ella, es frecuente padecer un complejo colonial que se manifiesta por la necesidad no sólo de interpretar las vicisitudes de la Patria en función de factores halógenos; sino también desgraciadamente, por la facilidad con que se suprime su itinerario esencial e intransferible, para embarcarla en empresas extrañas. Esta dolencia está haciendo actualmente estragos entre panamericanista y comunistoides.

No parece necesario aclarar que la doctrina de la realidad nacional de ninguna manera justifica actitudes aislacionistas, ni mucho menos maquiavelismos agresivos o pretensiones imperialistas. Por contrario, no sólo no repugna las vinculaciones universales, sino que las llama para su propia plenitud, al mismo tiempo que es su raíz, y su savia.

El Doctor *honoris causa* de los focos anti universitarios que lamentablemente subsisten en algunos estados de la República, no juzgaría al movimiento de Independencia como lo hace en su último discurso, si no tuviera menos fe en la realidad nacional de México que en la lucha de clases, en el materialismo histórico y en la evolución dialéctica. Para él nuestra emancipación fue un episodio local de la revolución democrático burguesa, que tuvo su manifestación culminante en Francia, con toques de demagogia agrarista y, en general, con avanzado orientación socializante. La Independencia en sí misma, la ruptura de los vínculos jurídicos y políticos que nos sujetaron a España, tienen una importancia secundaria. La etapa de la consumación le es francamente odiosa y merece sus más acervas críticas. La considera una especie de frustración criminal del generoso alzamiento popular de 1810. Como según su singularísima interpretación de la Historia Patria, la Iglesia Católica y el feudalismo rural arrebataron a Hidalgo y al proletariado la bandera de la Independencia para hacer de esta una maniobra de preservación de sus privilegios, es inevitable preguntarnos si no considerará preferible el orador que hubiera subsistido la dominación española hasta que una revolución proletaria la destruyera. A estas desviaciones conduce inevitablemente el simplismo de fracción.

En defensa de don Miguel Hidalgo, es justo afirmar que, si hubiera sobrevivido hasta nuestros días, seguramente figuraría su firma en el Plan de Iguala, junto a la de Guerrero, y habría repudiado el doctoral homenaje que comentamos y cuyas premisas sociológicas pueden sintetizarse en esta fórmula: La clase contra la Nación.

No sólo la aberración clasista desfigura la visión histórica. Viniendo del rumbo opuesto, Marius André, en *El Fin del Imperio Español en América*,

había disminuido las luchas de nuestros países hispanoamericanos a principios del siglo pasado para la conquista de su soberanía, a meras guerras civiles. Si en un acontecimiento tan capital como el nacer de una nación se desprecia el dato nacional, el juicio que sobre él se formule tiene que resultar incurablemente herido de invalidez. Una nación no puede nacer como conquista de clase; sino sólo como cumplimiento de una esperanza regada con el sudor y la sangre de todas las clases; como mayoría de edad ven que se cumple un pasado común, como empresa común, como hogar común, como afán y responsabilidad comunes. El Plan de Iguala fue una inteligente y gloriosa fórmula del nacimiento nacional. Por eso precisamente lo firmaron Guerrero y los demás insurgentes que en 1821 seguían peleando por la emancipación. Por eso también abominan de él los fanáticos de la lucha de clases, como otros fanáticos de facción o de secta. Pero México no puede renegar de su propio nacimiento y sigue amando a la bandera de Iguala. Iturbide no fue, ni mucho menos, un político de genio, y el Primer Imperio constituyó un error fatal; pero el asesinato de Iturbide fue un parricidio y dolerse de la consumación de la Independencia en Iguala es una injuria a México. El Plan, el acta de nuestro nacimiento de Estado nacional, fue un venerable acierto. Edifica la Patria alrededor de principios que conservan vigencia esencial y en cuyo desprecio hay que localizar el origen de nuestras debilidades e infortunios: un patrimonio espiritual superior, que al mismo tiempo da sentido, substancia ímpetu infinito a la vida de los mexicanos y los sitúa dentro del orden cultural más ilustre; una consigna de unidad sin cuyo acatamiento la conveniencia nacional es una cadena de persecuciones y matanzas; una postulación de plena soberanía jurídica, es decir, una atribución al pueblo de México de un destino propio, indeclinable, exclusivo, y un reconocimiento de su capacidad para cumplirlo.

Las desviaciones vinieron después.

VARIAS CRISIS

El universo social –formas de organización, opiniones, costumbres, instituciones, leyes, economías, culturas– descansa en difícil equilibrio, como una gigantesca pirámide sobre su cúspide, en el hombre personal. La convivencia social es necesaria; pero es concretamente un resultado de lo que piensan y quieren los hombres que la forman. Lo humano es siempre una conjunción y casi siempre una lucha entre naturaleza y libertad; siempre cuerpo y alma, sujeto y circunstancia, indisolublemente contradictorios y unidos. Si el espíritu prevalece, se afirma, se realiza, se salva el hombre, se cumple la ley de la libertad. En cambio, cuando se somete al dominio de la circunstancia sacrificando su norma y destino propios a lo exterior y ajeno, a lo corporal e inferior, se degrada miserablemente. Suele olvidarse en altos niveles de cultura la condición carnal del espíritu aquí abajo y prosperar, consiguientemente, la afición a la arquitectura angélica, con catastróficos resultados de desviación y falsedad en el orden de las ideas, que sin remedio repercuten en el mundo de los hechos; pero es relativamente inusitado este error en comparación de su contrario, que constituye ya una especie de vicio de conformación

* Revista *La Nación*. Año II No. 90, 3 de julio de 1943. Pág. 7.

en los criterios y que consiste en desestimar la decisiva preeminencia de lo personal en los fenómenos colectivos. Casi nadie escapa al hábito de pensar problemas y soluciones de esta índole, en función exclusivamente de sus datos externos o sociales. Sin embargo, sigue radicando en la conciencia y en la voluntad de los hombres personalmente considerados, la fuerza propulsora y la dirección de todo linaje de comunidades; y de aquellas dependen, en último término, todas sus posibilidades de reforma.

La aplicación de estas ideas al análisis realista e integral de la crisis económica que México atraviesa, nos obliga a examinarla como dato de conciencia personal y como hecho social. No es el propósito de estas líneas la exposición técnica del problema en su aspecto económico; sino más bien explicar sus implicaciones psicológicas y morales.

La escasez de bienes materiales, inclusive de los más necesarios para la vida, y la creciente abundancia de signos monetarios, gravitan con redoblada presión sobre los mexicanos, determinando en ellos una actitud mental y un sistema de conducta que pueden resumirse en una sola palabra: desconfianza. A la dislocación económica corresponde una dislocación psicológica y moral. La existencia de la crisis es evidente para todos, lo mismo que su capacidad de agravación. Representa privaciones y sacrificios potenciales que, por desgracia, han empezado ya a actualizarse. Es natural que cada quien piense con angustia en los efectos que sobre sí y sobre los suyos tendrá el fenómeno. Es también natural el deseo de precaverse contra carencias futuras por procedimientos de previsión que no es necesario enumerar. Hasta aquí, se trata de características normales de un estado de crisis que no justifican alarma especial. Lo que debe evitarse a toda costa es que la alarma se convierta en pánico y que el espíritu de previsión degeneren en desenfreno adquisitivo, agravando, por el atesoramiento, la escasez, y por la demanda, el alza vertiginosa de los precios.

Actualmente la crisis económica es un fenómeno universal y seguirá siéndolo no sólo mientras dure la guerra; sino por mucho tiempo después

de su terminación. Pero la crisis mexicana ofrece características de dolorosa singularidad. No es comparable la prueba a que está sujeta nuestra economía, con la que sufren los países que encabezan la guerra total. Sin embargo, la elevación del costo de la vida en México es muy superior a la que se observa, por ejemplo, en Canadá, Inglaterra y los Estados Unidos. A pesar de esto, nuestra condición económica sigue siendo potencialmente capaz de reducir la crisis a términos tales, que los sacrificios de nuestro pueblo se limiten al mínimo inevitable, el cual no exige de ninguna manera privaciones desmesuradas.

Lo anterior nos conduce a ubicar nuestra situación presente en el punto preciso en que se bifurcan dos graves posibilidades: la de controlar victoriosamente la crisis asegurando al pueblo condiciones de vida necesaria pero no sensiblemente inferiores a las ordinarias, y, más aún, cimentando una pronta y substancial recuperación, o la de una acelerada agravación del problema en términos tales que pueden llevarnos a la desintegración de la estructura económica nacional, a la imposición de terribles sacrificios que muy pocos podrán eludir a un Estado social de desesperación y caos propicio a la fermentación de los peores excesos.

Lo que ha decidido en otras partes y decidirá aquí la trayectoria del proceso, es un factor de naturaleza política: la aptitud y la limpieza del Estado para manejar la crisis.

Hay que decir con claridad que el pueblo señala y comenta en todas partes y apuntando a las distantes jerarquías del Estado, casos innumerables de ineptitud y corrupción. El Gobierno está obligado a formular un programa completo, coherente y certero de defensa económica, y a implantarlo con agilidad y energía. Está igualmente obligado a reprimir la codicia desenfadada de sus propios funcionarios y empleados y la nauseabunda explotación que muchos de ellos hacen de la crisis.

Claro está que la especulación culpable de los particulares merece igual tratamiento; pero que no se pretenda exagerar sus dimensiones para atribuirle

extensión e importancia que no tiene, que no sirva de apoyo para el ocultamiento y la consolidación de lacras mucho más virulentas y con efectos infinitamente más nocivos. Los traficantes, sean quienes fueren, deben ser echados de los puestos públicos y de los organismos de acción económica del Estado. La responsabilidad y la autoridad en estas materias, deben ser puestas en manos de los honrados y los capaces, cualquiera que sea su extracción política. Esta no es hora para jugar a los compadres; mucho menos para sacrificar la vida de la Nación al interés del partido.

Si a tiempo no se pone remedio, la sensación de abandono y de desastre inminente engendrará nuevos sumandos funestos para la suma, ya abrumadora, de nuestros ahogos presentes y de nuestros próximos peligros y hará inevitablemente real una verdadera catástrofe.

Pero todo esto describe simplemente la gravitación de factores externos sobre la conciencia individual de los mexicanos. Y es la conciencia, repetimos, la clave de todo acontecer humano.

Hay que señalar también las enfermedades morales que nos debilitan frente a la crisis, que paralizan nuestra capacidad de resistencia a un desorden económico y que le permiten derribarnos y arrastrarnos en vez de tenerlo sometido, hasta donde este sometimiento es posible, a los dictados del Bien Común.

No se dice nada nuevo al afirmar que un pragmatismo materialista es la filosofía que, de hecho, no sólo prevalece en el mundo moderno, sino que lo satura, consciente o inconscientemente. Son muy escasas las excepciones insulares en que el espíritu náufrago puede refugiarse dentro de este mar sin límites. No se apagará la luz inmortal; pero, sin duda, será ardua y prolongada la combatiente espera a cuyo término podrá de nuevo posarse sobre la tierra firme de una humanidad regenerada. Entre tanto, la vida se entiende y se vive como goce, no como esfuerzo ni como deber. El egoísmo cierra ojos, oídos y corazón a todo lo que no sea la satisfacción propia. Sacrificio y caridad son nociones sin

sentido y arrastran en su caída a la justicia. La vida social es un palenque de ambiciones y el ejercicio de la autoridad ancha vía triunfal del apetito.

En un clima moral como éste, son frutos espontáneos el horror a la pobreza, rechazada como una insoportable degradación, el hambre de dinero, la especulación desenfrenada, la obsesión del atesoramiento como base de seguridad y, en suma, todo el vicioso complejo de aberraciones que precipitan las crisis y multiplican la nocividad de sus efectos.

Nadie, o casi nadie, piensa en que la economía está sujeta a la ley moral y en que, por consiguiente, hay una moral de los precios y de las ganancias que reprueba el desenfreno lucrativo. La idea de la comunidad humana como una familia y de la justicia y el amor recíprocos como substancia imprescindible y obligatoria de las relaciones sociales, está en pleno ocaso. El rechazo de la pobreza no como privación de lo necesario, sino simplemente como renuncia a lo superfluo, y el olvido práctico de una Providencia superior que vela sobre el hoy y el mañana de los hombres, envenenan incluso las ideas y la conducta de quienes profesan una acendrada espiritualidad en otras zonas de conducta. Nada de esto sucedería si conservara positiva vigencia el concepto cristiano de la vida. La ferocidad, el pesimismo y la desesperación, son vegetación pagana y síntoma de una subversión mortal en la jerarquía de valores que el hombre está obligado a acatar y cuyo desprecio persistente ha desembocado siempre en decadencia y ruina.

No basta, por tanto, la reforma política para enfrentar y dominar la crisis. Se requiere también, indispensablemente y tal vez en mayor grado, una reforma moral, una revivificación personal de convicciones, sentimientos y disciplinas casi totalmente olvidados, una revisión a fondo de hábitos y prejuicios que asfixian la esencia de nuestra civilización y deforman al hombre, "naturalmente cristiano". Los remedios unilaterales serían insuficientes. Conciencia y circunstancia, Estado y persona, necesitan tratamiento simultáneo. En uno y otra hay que reconstruir un orden cuya fórmula puede resumirse en la soberana

preeminencia del espíritu sobre la materia. Cargar todos los desaguisados y apuros que padecemos en la cuenta del Estado, es exactamente una postura simétrica de la demagógica atribución de la carestía de la vida a los acaparadores. No cortinas de humo ni griterías falsas para esconder la localización y la naturaleza del mal, sino por el contrario, su pleno y radical conocimiento, es la condición primaria para combatirlo con eficacia. La crisis económica, por dura que se suponga, no representaría una amenaza excesivamente grave si no fuera, además, una crisis de autoridad y una crisis moral.

DOS PARADOJAS Y UNA EXPERIENCIA

El doble enigma cuya solución tratamos de descubrir en estas líneas, puede plantearse así:

México es portentosamente fiel al espíritu. Nada es capaz de derogar en su conciencia la jerarquía de valores en que los espirituales ocupan el primer término. Lucha por su fe, afronta por ella persecuciones y martirios, la hace reflorar en pujantes primaveras cada vez que un breve y precario aflojamiento del dogal le permite de nuevo respirar con relativa facilidad, es idealista, generoso, heroico; sacrifica el interés al honor, guarda devotamente sus tradiciones, preserva su arte y sus costumbres y, en medio de miserias, incomprensiones y asaltos desvergonzados o traiciones hipócritas de la barbarie, sigue siendo un sujeto ilustre de la cultura. Sin embargo, es aquí también donde más desenfrenadamente es utilizado el espíritu, oprimido el hombre, proscrita la libertad.

De la misma manera México, a pesar de sus desgarramientos, carencias y debilidades, a pesar de las crueles vicisitudes que tejen su vida, es, sin duda,

* Revista *La Nación*. Año II No. 95, 7 de agosto de 1943. Pág. 7.

una Nación. Tiene conciencia de su identidad, ha vivido una larga y dramática historia, sabe y siente su destino intransferible; es un sistema de vinculaciones raciales, geográficas, culturales, religiosas, con número, calidad y sentido que sólo se dan en una nación auténtica. Sin embargo, este es el país en que, desde la Independencia, prevalece el dominio antinacional de las facciones. Esta es la patria sin guía ni rumbo, explotada, desfigurada, encarnecida y negada sin cesar por quienes debieran gobernarla y servirla, sujeta a un desatentado proceso de demolición, a una sistemática sangría de sus más vitales esencias, a una implacable negación del ser nacional.

Cabe, por tanto, preguntarse: ¿Es impotente el espíritu contra la subversión de las fuerzas oscuras de la animalidad? ¿Es incapaz la Nación de imponer respeto y sujetar al apetito y al instinto de facción?

El angustioso problema es más aparente que real. El espíritu y la Nación son ciertamente premisas de un orden firme, luminoso, humano; pero no pueden actuar por emanación. No son poderes cósmicos y externos cuya virtud se cumpla sin nuestra colaboración. Somos nosotros justamente los factores actuantes de su potencialidad.

Lo que explica las impresionantes paradojas, lo que nos permite demostrar sencillamente el pretendido misterio, es un hecho, o más bien, una pertinaz desviación de la vida social mexicana, una especie de deformación que amenaza con adquirir caracteres constitucionales y que se formula en dos palabras: inhibición política.

El espíritu en la historia humana está siempre sujeto a la ley de la encarnación. No bastan convicción y sentimiento, por los claros y hondos que se les suponga, para actuar eficazmente sobre el orden de las realidades prácticas. El espíritu se paraliza, sufre esterilidad temporal, si no tienen sus causas propugnadoras activos y organismos adecuados de realización.

Cada doctrina, cada sistema de ideas, cada función humana, se cumplen gracias a una correspondiente conducta personal y a una institución activa

que asume como misión vital ese cumplimiento: La religión tiene sacerdocio e Iglesia, la educación maestros y escuelas, la autoridad funcionarios y Estado. ¿Por qué la empresa social por excelencia, la tarea irrenunciable en que deben participar todos los integrantes de un pueblo para asegurarse una vida nacional iluminada y regida por las más fundamentales exigencias del espíritu, porque, en suma, la política no había de tener también propugnadores decididos y organización eficaz? Exactamente porque México no ha tenido ni verdaderos ciudadanos ni verdaderos partidos, su tesoro espiritual permanece enterrado y, como en el orden económico, se muere de hambre sobre riquezas potenciales prácticamente inútiles. Nos falta el puente que comunique nuestras espléndidas reservas espirituales, confinadas a breves recintos personales y familiares, con nuestra miserable vida pública, corrompida y sombría.

Por otra parte, todas las formas sociales, todas las instituciones humanas, no pueden conservarse en salud y fecundidad si no es por el esfuerzo constante de quienes las forman. La Nación, forma adulta y plena de la sociedad civil, está sujeta a esta misma ineludible condición. Es una viviente realidad humana, no un mecanismo inerte; es un esforzado equilibrio, una lucha perenne contra los factores que conspiran infatigablemente a su disolución. Gozar despreocupadamente una patria o lamentar sus deficiencias, son formas parejas de abandono; y México no ha sido vivido realmente, sino abandonado por los mexicanos. La única manera de asegurar la eficacia de la Nación como medio supremo, en el orden de la organización social, para el cumplimiento de los fines del hombre, es particular en aquel esfuerzo y en aquella lucha; entender y vivir a la Nación no como marco o mecanismo exterior, sino como entidad humana ineludiblemente necesitada, al igual que el hombre mismo, de defenderse contra la gravitación de las cosas bajas y corruptibles que la estiran a la muerte.

Nuestra carencia de una conducta política y de una institución política específica para el cumplimiento de nuestros deberes ciudadanos hacia México,

es lo que nos ha conducido a la postración cívica que todos lamentamos, pero contra la cual muy poco saben reaccionar certeramente.

Todas estas verdades son la videncia misma. Sin embargo, pasma que no las vean quiénes con recta intención y antecedentes de cultura que permitirían esperar un juicio orientador y constructivo, analizan experiencias de extraordinaria trascendencia en la vida política nacional como, por ejemplo, la participación de “Acción Nacional” en las últimas elecciones. Son unos cuantos los que superan la pequeña manipulación de los resultados positivos y se dan cuenta de que lo importante es el esfuerzo mismo, es echar las bases o trazar las trayectorias concretas de una conducta política formando la conciencia cívica de los ciudadanos y ejercitándolos en la decisión y la actividad; es crear y extender y robustecer la organización política específica, el partido limpio y libre, poseedor del ideario nacional capaz de fundar la reconstrucción de México. Produce iguales efectos de amenidad y de amargura al ingenuo profetismo exultante de quienes proclaman la puntual verificación de las anunciadas triquiñuelas opositoras en el acto electoral, en sus premisas y corolarios. Como si “Acción Nacional” las ignorara, como si no fuera precisamente el más enérgico gestor de la reforma electoral, como si su campaña electoral misma no hubiera sido precisamente una abrumadora exhibición del asfixiante monopolio político que México sufre. Lo que la facción monopolizadora hiciera no podía sorprender a nadie ni es materia de meritorio descubrimiento. Lo interesante, en cambio, es la presencia enérgica de una fuerza nacional frente a esa facción y el inevitable desprestigio del sistema de monopolio en la confrontación pública que el país realmente no puede dejar de comprender.

En el fondo, los obsesionados por los “resultados positivos” padecen, sin saberlo, un primitivo milagrismo: consideran criticable todo esfuerzo político que no desemboque en la inmediata conquista del poder o de parcelas de poder; olvidando que no hay frutos sin árbol o planta, y estos se dan sin un arduo trabajo de germinación y crecimiento.

LA DISYUNTIVA FINAL

Demostremos en artículo anterior que una revolución no conquista la victoria definitiva sino cuando prescinde de la violencia para aplicar el derecho, cuando crea un orden conforme con sus postulaciones esenciales, cuando se incorpora permanentemente a la vida nacional y deja de ser una facción.

La Revolución mexicana, treinta y tres años después de su iniciación puede ya ser juzgada en función de lo que decide, conforme a la doctrina expuesta, su éxito o su fracaso. Un tercio de siglo es bastante, si no para concluir, al menos para cimentar un orden. ¿Lo ha logrado? La respuesta tiene que ser categóricamente negativa. No parece necesario aclarar que la retención del poder, que en el caso podría más bien describirse como la incesante disputa de las subfacciones revolucionarias por el usufructo del poder a espaldas y en contra de la nación, no es, cuando falta la genuina investidura popular, sino aprovechamiento o ejercicio de la violencia, y, por tanto, nada equiparable con un orden político.

Aplicando un método elemental de ubicación histórica, podemos mencionar tres personajes revolucionarios como figuras nucleares en la formación de los propósitos del movimiento mientras fue propiamente mexicano: Madero, Zapata,

* Revista *La Nación*. Año II No. 104, 9 de octubre de 1943. Págs. 13, 47.

y Carranza. Cárdenas representa otra etapa específica: lado su articulación, si no íntegra y formal, al menos suficientemente efectiva para caracterizar la jefatura de este líder, al movimiento más amplio de la revolución mundial, dirigido por la Internacional Comunista; la disolución de los datos mexicanos en el crisol sin patria del marxismo.

Madero combate por la autenticidad de la representación política y de las instituciones democráticas. Su loma lo declara inconfundiblemente: "Sufragio Efectivo. No Reelección". La justicia social es preocupación secundaria, aunque no dejará de estar presente en esto como en todos los capítulos do la Revolución, porque es un lacerante problema nacional.

Carranza proclama la restauración del orden constitucional negado por la sublevación que derrocó y asesinó al Presidente Madero. La reforma social es bandera adicional y ulterior, enarbolada en el curso do la lucha, y no adquiere figura precisa en el repertorio de las motivaciones revolucionarias esenciales sino ya derrotado Huerta, en pleno desgarramiento del "ejército constitucionalista" y como recurso de proselitismo y camino de encuentro con las fuerzas populares cuyo apoyo quitaría a la pugna el carácter de reyerta militar e impondría una decisión. Para el consumo interno y para la exportación, esto fue el peso que inclinó la balanza en favor del carrancismo. Villa nunca fue capaz de ver nada por encima de la depredación vandálica interiormente instintiva, casi bestial. En todo caso, la fórmula representativa de la Revolución bajo Carranza tiene un valor enunciativo de las metas perseguidas y de su elaboración cronológica: "Constitución y Reformas".

Estas reformas, aparte de la nociva relajación de los vínculos familiares, que no respondía a ninguna demanda y se explica sólo por un infeliz prurito de innovación disolvente, fueron dirigidas, por un parto a la elevación de las condiciones de vida y de trabajo de los obreros y al reconocimiento de sus derechos de clase, y, además, a la transformación del régimen vigente de propiedad rural mediante la supresión del latifundio, la formación del ejido,

dominio comunal transitorio, y su final fraccionamiento entre los campesinos en forma de pequeñas propiedades inalienables do tipo familiar. Este programa agrario, que había de cuajar en la Constitución de 1917, independientemente de su sentido propio, tuvo el carácter de hábil maniobra política: neutralizaba ventajosamente la única arma de índole social que esgrimían los enemigos de Carranza, el agrarismo zapatista elemental combustible ideológico para mantener en ignición la rebeldía feroz de los guerrilleros surianos, localizada en una pequeña zona provincial.

Zapata estuvo siempre arraigado en su reducido escenario de montañas. Ni él mismo ni su movimiento tuvieron dimensiones nacionales antes de las interesadas glorificaciones póstumas; pero su tenacidad y su "plan" agrario le permitieron formar alianzas pasajeras con los sucesivos protagonistas de nuestro drama revolucionario.

Una desconfianza irreducible, hija de su radical incapacidad de maniobra fuera del mínimo espacio local en que peleó su guerra campesina, hizo imposible la permanencia de tales uniones y una acción o una influencia directa que abarcaran el país entero. En cambio, el peligro de que el cisma villista explotara la potencialidad demagógica del aporte de su aliado de ocasión, empujó a Carranza a montar su propia empresa agraria, cuya acta constitutiva es la ley de 6 de enero de 1915, destinada a prevalecer y aun a adquirir rango constitucional. Es bueno recordar que en México ni la vigencia teórica ni la categoría de una ley tienen nada que ver con la efectividad de su aplicación, menos aún con la rectitud de su aplicación. Esto explica precisamente la suerte de la legislación agraria elaborada por la Revolución.

Se habrá advertido que, no obstante, los truculentos y casi continuos excesos de los ejércitos y regímenes revolucionarios en materia religiosa, no se ha mencionado la proscripción de la Iglesia Católica entre los objetivos de la Revolución. Es que no lo fue nunca, ni aparece en ninguno de sus planes básicos. En el desenfreno anárquico de los "levantamientos", era inevitable que figurara

la Iglesia como presa de extorsión y que las bajas pasiones jacobinas aprovecharan la ocasión para desahogarse contra ella de la peor manera posible. Pero estas son desviaciones fortuitas en la ruta, no errores de la carta de navegación. Si a tiempo la ley marcial hubiera reprimido los primeros brotes criminales, ni habrían cargado las tropas revolucionarias con merecida reputación de hordas vandálicas, ni el país habría padecido ruinoso destrucción, ni en el Congreso Constituyente de Querétaro –rebajado ya por la ley misma de su integración a instrumento legislativo de la facción triunfante cuando debió ser verdadera representación nacional para una capital tarea de reorganización política y social–, hubiera prevalecido la pequeña banda de energúmenos irresponsables que amontonó dislates en el Código fundamental de 1917. La fobia persecutoria, de la que Calles sería después la más bárbara y sangrienta personificación, no es, por tanto, postulado político, sino superfecundación accidental atribuible a deformaciones psicológicas o aberraciones morales de autores de la Revolución, en número por desgracia determinante de una obstinada orientación práctica.

Con estos antecedentes, ya es posible trazar un esquema del orden que evidentemente no ha podido crear la Revolución y que es su única y ya muy difícil probabilidad de verdadera victoria:

Se basa, desde luego, en una liquidación de la violencia, que no siempre reviste formas cruentas, y en una transferencia de la capacidad de determinación del derrotero político del país, antes asumida por la Revolución, al país mismo. Ambos pasos se reducen en rigor a uno solo: el relevo de la facción por la Nación, que no será posible sin la substitución, en los revolucionarios, de una mentalidad facciosa por una mentalidad nacional. El deber de los jefes de la Revolución, hasta ahora rigurosamente despreciado, consiste en suscitar y fomentar este cambio de ideas y sentimientos, en vez de encallecer el egoísmo de partido, el exclusivismo antinacional que obstruirá siempre el camino de la normalidad.

Haber hecho una revolución o haber engrosado su clientela no constituye un título de propiedad sobre el país ni el discernimiento de una tutela sobre un pueblo incapacitado que, por lo visto, no habrá de salir nunca de su minoridad. Haber hecho una revolución sí confiere el derecho de merecer la jefatura política de la Nación por el honrado cumplimiento de las exigencias populares que lo dieron ser y fuerza, por la limpieza de la conducta política de los revolucionarios, por la demostración de que sirven al país y no lo oprimen ni engordan a su costa.

La deuda más grave y explícita que la Revolución tiene contraída a favor de México y que no puede prescribir, se llama autenticidad de la representación política. Y esta es la deuda más desvergonzadamente negada por los regímenes revolucionarios. Mientras no esté saldada o al menos en vías de pago, nada ni nadie podrá absolverlos del delito de fraude, cínicamente continuo. No habrá orden político, ni, en consecuencia, victoria de la Revolución, mientras no comencemos a andar por el camino de la genuina representación política. ¿Habrá alguna vez revolucionarios capaces de pensar en los fines y compromisos de la Revolución y en los derechos de México, más que en la voracidad insaciable de sus partidarios y en el fetiche ridículo que es el espíritu de tribu?

Implica también el orden que describimos el cumplimiento de la reforma social prometida y no realizada todavía. Si la Revolución se hubiera hecho para los líderes, este reproche sería injusto; pero dijo ser para el pueblo y el pueblo de México sigue siendo miserable, hambriento de libertad y de ciudadanía.

El sindicato es un mecanismo de monopolio del trabajo, de explotación política y de esclavitud. El líder y la cláusula de exclusión ensombrecen la vida del obrero. Son rebaños tristes, no alegres multitudes emancipadas, las que la Revolución exhibe en marchas y manifestaciones forzadas. Ni justicia, ni bienestar, ni dignidad les ha dado. Más todavía: ha desorganizado y empobrecido en tal forma al país, que ella misma retarda y dificulta las posibilidades reales de suficiencia económica y de seguridad de los trabajadores.

El campesino no es dueño de su tierra; la posee precariamente, sin el amor de lo propio. El "bien de familia" capaz de alimentar al labrador y a los suyos, libre de amenazas y opresiones, es todavía un sueño. No tiene crédito oportuno, bastante y justo; no tiene asistencia técnica, ni agua para riego, ni ganados. Está terriblemente desamparado. Sobre todo, no tiene libertad. Si no se somete a la rapacidad y al control político de sus nuevos capataces, pierde tierra, trabajo, todo.

Puede llamarse de muchos modos a la dramática presión de nuestros más sanos y fuertes obreros y campesinos para emigrar como braceros a los Estados Unidos, a pesar de sacrificios, riesgos y humillaciones notorios; puede incluso llamársele la contribución de México al esfuerzo de producción bélica para la defensa de la democracia; pero la denominación más exacta sería la de plebiscito de la desesperación y el hambre de los trabajadores de México para condenar el fracaso de la reforma social preconizada por la Revolución.

Y esta vieja promesa, hecha por mexicanos a mexicanos, nacida del dolor de México para cumplirse en México, justicia nuestra para inequidades por nosotros padecidas, pan de trigo y maíz de nuestros campos para el hambre de nuestros cuerpos, luz, libertad y alegría para la amargura, para la disminución cívica y la servidumbre de nuestro pueblo, no fue evangelio moscovita, ni obra de la Internacional Comunista, ni supo de evoluciones dialécticas ni de materialismos históricos. Un proceso francamente degenerativo, impuesto por la defección de quienes por no cumplir aquí el programa solemnemente proclamado, el pacto firmado con sangre, perdieron toda base posible de sustentación nacional, empujó a los regímenes revolucionarios a obstinarse en su postura de facción enfrentada hostilmente a la Nación y a buscar fuera las vinculaciones que no quisieron tener dentro, a convertirse, en suma, en peones de un jugador extraño, en una de tantas piezas del mecanismo de la revolución mundial, movido desde fuera por directores y con métodos y propósitos que nada tienen de mexicanos.

Seguramente estamos viviendo los últimos años en que será todavía posible a la Revolución mexicana, gracias a la desorganización y a la inercia del pueblo como sujeto de acción política, convertirse victoriosamente en un orden. Si no lo hace, será irremisiblemente expulsada de nuestra vida pública porque no sabemos qué movimiento de náusea nacional, de repulsa de suya viejo negocio de explotación parasitaria y fraudulenta de un programa nunca aplicado. Estará vencida sin apelación. No evitará este epílogo miserable sin la aceptación de estas bases de sustentación de un orden que la incorporaría substancial y orgánicamente al ser de México: preeminencia de la Nación sobre la facción, autenticidad de la representación política, justicia social, preservación de las esencias nacionales y del destino nacional de toda sujeción a fuerzas y direcciones extrañas.

UNA EVOLUCIÓN NECESARIA

Quedó establecido en artículo reciente que la instauración de un verdadero orden político en México, dadas sus condiciones presentes y su historia más próxima, implica la satisfacción de estos requerimientos esenciales: preeminencia de la Nación sobre la facción, autenticidad de la representación política, verdadera reforma social, y defensa de las esencias y el destino nacionales frente al peligro de subordinación a direcciones extrañas.

No se advierte, por desgracia, signo alguno de encaminamiento formal de la revolución hacia ese orden. La moderación de métodos de gobierno en algunas materias y la limpieza de intenciones del Jefe del Estado, no han tenido hasta ahora ni la hondura substancial, ni la formulación categórica, ni la amplitud y el ímpetu indispensables para una verdadera reforma.

La mentalidad facciosa de los revolucionarios subsiste íntegramente y, como consecuencia de ella, lo que pudiéramos llamar su deformación patrimonial, que los induce a considerar o a tratar, al menos prácticamente, como presa o conquista, como dominio propio, al país que gobiernan. Los aspavientos farisaicos y las reacciones hostiles con que reciben cualquier intento

* Revista *La Nación*. Año III No. 109, 13 de noviembre de 1943. Págs. 9, 30.

de libre determinación colectiva o de ejercicio independiente de los derechos políticos, son síntoma claro de una obstinación agresiva que no lleva trazas de desaparecer. Tampoco está en ocaso la intolerancia, constante patológica de las facciones en el poder, desde hace casi un siglo. La bestia está simplemente agazapada porque el Presidente de la República no es un jacobino y porque la coyuntura internacional no tolera excesos y persecuciones que en épocas recientes llenaban de sombra, de vergüenza y de sangre nuestra vida; pero acecha el momento de saltar de nuevo a la garganta del pueblo de México. Son obstáculos pasajeros y precarios los que, hasta cierto punto, la retienen en su cubil. No se ha intentado suprimirla; por el contrario, se le ha alimentado con frecuentes protestas de fidelidad y se ha tenido cuidado de respetar la vigencia, por lo menos teórica, de las disposiciones constitucionales y, en general, legislativas, que le dan vida. La tribu no lleva trazas de renunciar a éste ni a ningún otro de sus tabús. El hecho de que subsista en el texto constitucional el artículo 3o, fórmula insuperable de opresión y de barbarie, es característico de la situación que estamos describiendo y si requiere todavía nuestro pesimismo una corroboración adicional, la tendría contundente y definitiva, en la burla electoral del 4 de julio y en la integración de la Cámara de Diputados.

Esta es la desalentadora realidad y está bien claro que no nos hacemos ilusiones sobre ella. Sin embargo, sigue siendo cierto que la Revolución Mexicana o, mejor dicho, sus restos en descomposición, no tienen más camino de verdadero cumplimiento que el de su inmediata evolución hacia el orden político que hemos venido describiendo y está perdida si no se sigue ese camino. Conviene concretar, por lo menos, algunos puntos de su trayectoria.

Debe mencionarse en primer lugar la vital urgencia de una medida previa de saneamiento administrativo, sin la cual no puede tener el Estado prestigio ni autoridad para encabezar el movimiento de transformación.

Es no sólo una dura verdad, sino aviso perentorio de un grave mal y del remedio que el país reclama con apremiante angustia, la falta de fe popular

en la aptitud y la honradez de los funcionarios y, en general, de la burocracia. La presencia de los limpios y los capaces no puede contrarrestar la ley de los números determinantes que define invariablemente las características de organismos colectivos, situaciones y regímenes. Es tal la reputación de la autoridad en México, que requiere un positivo esfuerzo de reconstrucción, desde los cimientos de una respetabilidad indispensable que sólo puede lograrse por la adopción de un estricto criterio de selección aplicado con perseverante energía.

Evidentemente, la solidaridad política y el sindicalismo demagógico no dejarán de alzar barricadas en el camino; pero si no se expulsa de los puestos públicos a traficantes y cretinos para substituirlos por quienes puedan servir honestamente el Bien Común, independientemente de afiliaciones políticas y complicidades de banda, se hace imposible la progresiva integración de un régimen de colaboración nacional y, más aún, ni siquiera un gobierno de partido, con sus limitaciones y vicios inevitables, será capaz de llevar adelante programa substancial de ninguna especie: el empirismo y la corrupción harán desembocar todos sus esfuerzos en atascaderos de impotencia, de ridículo y de creciente descrédito.

Tiene luego la reforma de fondo, el cambio de clima de ambiente, de mentalidad, de costumbres y aun de vocabulario, para substituir esa funesta psicología facciosa que ha hecho nuestra desgracia, por una conciencia nacional clara, activa y eficaz.

El esfuerzo tiene dos aspectos: uno de proscripción del exclusivismo de partido, otro de vigorización positiva del espíritu nacional y de la conducta personal y común que implica. Habría que lanzar un gran movimiento, una verdadera cruzada en que individuos, comunidades naturales, organismos e instituciones de toda índole y, sobre todo, el Estado mismo, proclamaran la consigna de la preeminencia de lo nacional como básico elemento educativo, como orientación política, como criterio legislativo y de administración, como

estilo de la vida mexicana y rasgo específico de la fisonomía de una nueva época en nuestra historia.

En los Estados Unidos, una de las más graves imputaciones que desde el punto de vista político y nacional puede lanzarse a tesis, actos o medidas, incluso de carácter legislativo, inspirados por el espíritu faccioso, es que atacan la libertad religiosa y en ella lo más sagrado del patrimonio tradicional del pueblo americano. Su sistema constitucional actúa luego para reducir el brote de intolerancia. En México necesitamos generalizar ideas y sentimientos que hagan no sólo posible, sino natural y necesaria, una pareja reacción contra todas las formas de monopolio político, de fanatismo antireligioso y, en suma, de particularismo antinacional. Nada de esto será posible sin una rectificación franca, decidida y substancial, de vicios inveterados.

Por supuesto que nadie puede pensar en una transformación súbita, en una especie de conversión fulminante que cambie de un día para otro el signo de nuestra vida pública. El progreso se realizará pausadamente. Lo que importa es dar el primer paso y no detenerse, ni menos retroceder jamás. Tanto peor para trogloditas y fanáticos. Lo que no puede esperar es la reforma de las leyes, inclusive de los textos constitucionales, más monstruosamente incompatibles con las prerrogativas personales con los fines de la sociedad civil y con el ser nacional. La reforma tiene que comenzar por los artículos 3o. y 130 de la Constitución, y continuar sin interrupción por todo el cúmulo ignominioso de leyes secundarias, de reglamentos administrativos y aun medidas de policía que oprimen al pueblo y envilecen al Estado en México.

Sin entrar todavía al terreno propiamente político, podríamos sintetizar el movimiento de renovación que estamos presintiendo en estas dos fórmulas: "colaboración en vez de exclusión", "familia nacional en vez de facción revolucionaria".

Tan importante como este cambio de signo de nuestras relaciones internas, es la formulación de un credo unánimemente acatado, que afirme nuestras

esencias nacionales y defina nuestra identidad irrenunciable. Estaríamos perdidos sino fuéramos capaces de descubrir este terreno de entendimiento y reconciliación, que sería al mismo tiempo cimiento y estructura de nuestras vinculaciones internacionales.

Las aberraciones sectarias no sólo han amontonado ruinas domésticas, sino que han repercutido en nuestra conducta exterior. Por complicidad facciosa, por imperdonable preferencia del partido sobre la Nación, han sido desnaturalizadas y tordas nuestras relaciones con los Estados Unidos con perjuicio de la verdadera amistad que la común ubicación continental y la continuidad geográfica exigen. Sería injusto cargar exclusivamente en la cuenta de los Estados Unidos las responsabilidades y estragos que esta política implica. Le culpa de las facciones mexicanas es evidente.

El mismo origen tiene nuestro tradicional abandono de los deberes y posibilidades que radican en la existencia de la más homogénea y mejor situada de las constelaciones internacionales que la historia registra y que es fruto portentoso de la pujanza española: la gran familia hispanoamericana, hasta hoy desesperadamente inerte y estéril.

Necesitamos unirnos en torno de nuestros fundamentales valores comunes, profesarlos, servir los y defenderlos fielmente. Sólo así será México sujeto respetable y positivamente soberano de un destino propio y no comparsa de movimientos, intereses o ideologías extraños. Esta conducta, lejos de impedir, multiplica nuestra disponibilidad para enlaces amistosos universales.

Bordado ya directamente el problema de la representación política, hemos dejado establecido que es no sólo la raíz de la legitimidad de los gobiernos, sino la fuente de su de absolutismos y crueldades. Los pueblos que se saben despojados de su patrimonio cívico, no dejan nunca de resistir y despreciar al Estado. En estas condiciones, resulta inevitable el desajuste, cuando no la querrela irreconciliable entre el Estado mismo y la Nación.

A pesar de irrisorias profesiones de fe democrática, la realidad política de México es brutalmente dictatorial y totalitaria, y lo ha sido casi siempre. El monopolio de facción, empleando a veces métodos brutales, a veces simplemente cínicos, ha tenido siempre un dominio absoluto sobre la Nación, desde el Estado, y un completo e incorregible desprecio de los derechos políticos del pueblo. Este cáncer tampoco podrá ser extirpado súbitamente; pero su tratamiento debe emprenderse sin tardanza. Ya hemos dicho, y repetimos, que las condiciones internas y exteriores nunca como ahora fueron favorables para comenzar esta empresa salvadora. Las medidas de más inaplazable urgencia son éstas:

Desde luego la supresión del P.R.M. incompatible con toda la forma de gobierno nacional y aun con todo esfuerzo y propósito sincero de rectificación democrática de nuestra vida pública. Tal supresión deja a salvo las posibilidades de organización y actividad de un partido político "revolucionario"; pero no ya con carácter de organismo oficial ni de instrumento de monopolio político al servicio de una facción privilegiada.

Al mismo tiempo, se impone la reforma electoral que haga posible un verdadero régimen de partidos permanentes y de arraigo nacional y que garantice un sufragio genuino, libre, eficaz, "Acción Nacional" ha precisado ya las líneas generales de la reforma electoral que México reclama y cuya implantación, dentro del movimiento general de regeneración política a que nos estamos refiriendo, determinaría cambios graduales en la integración de Cámaras y de organismos de gobierno, de suerte que la Nación, no un partido, llegará algún día a reconocerse en el Estado, si no íntegramente, al menos en algunos de sus rasgos esenciales.

Fraudulentamente, la propaganda de facción intenta explotar una imaginaria solidaridad entre su propio y absoluto predominio político y la reforma social, tema de sus declamaciones demagógicas; pero no finalidad de su intención sincera, ni mucho menos promesa cumplida. La evolución hacia el orden político que estamos tratando de delinear, de ninguna manera implicaría

un freno a los anhelos de justicia social de nuestro pueblo, ni de una cancelación de los legítimos anhelos de reforma. Lo que requiere rectificación y debe tenerla, inmediata y categórica, es precisamente la sucia explotación de una causa inobjetable por un interés mezquino. Los que deben ser refrenados, son los empresarios del caos demagógico que sólo a ellos aprovecha.

La reforma social debe ser llevada a cabo sin vacilaciones ni desfallecimientos. Lo exigen por igual el hombre y la Nación: una verdadera reforma que dé a los mexicanos lo que necesitan su cuerpo y su espíritu y que acabe con la miseria lacerante y la opresión envilecedora en que no han dejado de vivir.

Pero para que esto sea posible hay que romper las ataduras que tienen ligada nuestra política social al carro de ideologías tan falsas y perversas como incompatibles con la realidad mexicana; hay que elaborar una doctrina social propia, basada en los términos reales de nuestros problemas y posibilidades y sobre nociones verdaderas del hombre y de la comunidad, del trabajo, de la propiedad, de las organizaciones profesionales, de la Nación. Hay que crear también condiciones económicas generales que hagan posible la elevación de las condiciones de vida de nuestro pueblo y la seguridad de los trabajadores contra toda clase de riesgos; hay que corregir la desenfrenada codicia de un capitalismo degenerado que la revolución ha venido fomentando y que agrava nuestras debilidades económicas. No preconizamos siquiera una pausa en la reforma social. El esfuerzo por su realización debe ser continuo y enérgico. Ni un paso atrás; sino, por el contrario, siempre adelante y siempre más arriba, hasta que nuestro pueblo goce del bienestar que puede y debe gozar.

Tampoco creemos que la reforma pueda ser obra de paternalismo o beneficencia. El derecho de los trabajadores para sindicalizarse y, en general, organizarse profesionalmente, y para la promoción y la defensa activa de sus intereses legítimos, no puede serles discutido; pero tampoco debe seguir tolerándose la explotación política de los sindicatos, ni la degradante tiranía de los líderes co-rrompidos, ni el envilecimiento del trabajador dentro

de los mecanismos de opresión en que la demagogia facciosa ha convertido a las organizaciones sindicales.

No nos cansaremos de repetir que la reforma social está por hacerse en México y que la revolución no ha cuidado de realizarla, sino de asegurar un rígido monopolio político. Lo que estamos postulando es precisamente la necesidad y la urgencia de cumplir esa reforma, que debe ser empeño no de un partido, sino de la Nación toda. Fuerzas morales inapreciables han sido deliberadamente excluidas de esta noble empresa por puro egoísmo faccioso.

Estas breves consideraciones permiten atisbar horizontes infinitos y localizar puntos precisos de concentración nacional para una evolución política cuyo advenimiento todo México exige.

1944

DE LA FILOSOFÍA BURGUESA

Seguramente la más vigorosa presencia intelectual del presente siglo en el mundo de habla española es la de Ortega y Gasset. Su obra era seguida con fiel admiración aun por aquellos que le oponían reservas substanciales, sin que pudieran escapar totalmente a su influjo. Ha tenido una audiencia excepcionalmente numerosa. Es que nunca se confinó en la especialización, en el sistema formal o en la exposición didáctica.

Su filosofía anduvo siempre en amables compañías literarias, enlazada en el coro de los motivos vitales, diluida en el repertorio de los temas cotidianos que preocupan al hombre cultivado, vestida de ensayo o de crónica; con un estilo de pensamiento y de expresión personalísimo, hecho de facilidad y distinción; con un voluminoso acervo de información nunca exhibido, sino utilizado con elegante moderación y oportunidad. Usaba deliberadamente una apariencia de diletantismo; pero bien se advertía que, lejos de ser un substitutivo de carencias, era un lujo gratuito, despreocupado deporte de quien se sabe dueño de un patrimonio sobreabundante. Y esto multiplicaba el poder de atracción y la accesibilidad.

* Revista *La Nación*. Año II No. 121, 5 de febrero de 1944. Págs. 6, 8.

La certera perspicacia, la capacidad de enfoque la maestría en la localización profunda y en el análisis iluminante, revelaban a veces abismos vertiginosos, paisajes infinitos, se acercaban a centros esenciales; pero no se detenían en ellos, seguían adelante como la mirada circulante del faro o dejaban caer el tema en la sombra rápidamente, como el fulgor del relámpago.

Siempre nos dejó Ortega y Gasset en espera de la confrontación decisiva con los problemas fundamentales de la filosofía. Pero el nómada incorregible no paró nunca de andar. Había que rastrear el ondulante itinerario para extraer de la multitud de los episodios la unidad de la historia; de los rasgos dispersos, una fisonomía; de las opiniones fluctuantes, una postura doctrinal. Mas tenía tal plenitud cada anécdota, que dejábamos la síntesis para los obligados "profesionalmente" a hacerla.

Me sorprende usando el tiempo pretérito en las líneas precedentes, como si escribiera de un pensador ya desaparecido o de una obra definitivamente concluida; mientras que éste vive y produce aún. Es que la lectura de "José Ortega y Gasset *Pensamiento y Trayectoria*", la recién publicada tesis de doctorado de José Sánchez Villaseñor, que asume aquella tarea de integración de la filosofía orteguiana, simplemente articulando las piezas regadas por todos los senderos de nuestra edad y echando a andar el mecanismo resultante, me desconcierta la revelación de un Ortega impresionantemente distinto del que dejaban presentir las gratas lecturas sin propósito trascendente.

La filosofía es una indeclinable vocación del hombre. Cada quien a su modo y en la medida de sus fuerzas, intenta descifrar los misterios esenciales: su propia realidad y la del mundo circundante. Mientras más vigorosa y penetrante la inteligencia y mejor sujetas a su imperio las urgencias corporales, más libre y eficaz la actividad filosófica. Muchos, casi todos, no llegan a traspasar siquiera el dintel más exterior del templo de la sabiduría; otros, una minoría relativamente numerosa, penetran a sus atrios, admiran, descansan y gozan a la sombra de sus muros; sólo unos cuantos,

los verdaderos filósofos, pueden llegar a las puertas, abrirlas y penetrar en el solemne recinto.

Alcanzar esas puertas –el ser y el conocimiento–, llamar a ellas y, una vez abiertas, darles la espalda y pasar de largo, es un desacato imposible. La línea de los pasos que llegaron hasta ellas, se prolonga indefectiblemente hacia adentro. Una necesidad irrevocable le impide quebrarse hacia metas de indiferencia o de olvido. La razón humana empuja la trayectoria hasta sus consecuencias finales. Cuando se fue capaz de subir la entrada, es intento inútil el de detenerse, o volver atrás, o substituir por veleidades artísticas o pequeños quehaceres pragmáticos la aventura del conocimiento substancial, el vuelo de la inteligencia lanzada sobre su objeto como la flecha contra el blanco. El filósofo no tiene simplemente capacidad para filosofar, sino una filosofía. Con los materiales en desorden, otros erigirán el sistema inconcluso si él mismo no quiso o no pudo hacerlo.

Hay un cuestionario eterno que pesa sobre el filósofo con la perentoria exigencia del destino. Tiene que contestarlo como filósofo, no como poeta, o político, o investigador de cualquier otra disciplina. Y no le valdrá encogerse de hombros o escaparse por los caminos de la música o el silencio. Quiera o no quiera, dará la respuesta obligatoria. Pasar de largo no significa ni resuelve nada. El misterio no puede ser tomado a la ligera, ni el pensamiento es un instrumento deportivo, ni el hombre podrá dejar de preocuparse nunca por lo que es él mismo y, consiguientemente, por lo que es el universo. El filosofar no es un juego, no resiste la técnica del juego.

Sánchez Villaseñor, situando las tesis orteguianas en los correspondientes temas del repertorio sin ocaso de la filosofía, obligó al juego a convertirse en sistema, con resultados sorprendentes.

La concentración coherente de las meditaciones nacidas al azar del camino, dibuja una figura inesperada. Tal vez Ortega mismo no se reconocería en ella; pero es que obra y obrero no siempre se corresponden, como tampoco padre e hijo o, más aún, madre e hijo. A veces el dolor del alumbramiento

no es nada junto al de la amarga sorpresa del fruto. Deseo y propósito no rigen siempre el resultado.

La selección de textos, el método de articulación de las tesis con los problemas, la lógica de las conclusiones, son irreprochables en la obra de Sánchez Villaseñor. Si se objetara que su examen y juicio se apoyan en un punto de vista peculiar e invariable, el de la "filosofía perenne", cabría contestar subrayando la validez venerable de la doctrina que sirve de base y referencia al autor y señalar por otra parte, que cualquiera que se hubiese escogido o pueda escogerse, servirá como punto de partida para los mismos corolarios. Tiene un don singular el autor para la animación de las ideas. Este breve capítulo de historia de la filosofía es un drama viviente dentro de la pasión actualmente el mundo: el del derrumbamiento de las filosofías sin espíritu, el del "desilusionado vivir" sin sentido, sin valor y sin esperanza.

La pieza clave del sistema orteguiano es un vitalismo de estirpe existencial: la experiencia vital como única realidad, materia de conocimiento y norma de sí misma; la razón vital e histórica, victoriosa no tan sólo sobre el conocimiento trascendente, sino sobre la razón pura. De aquí arrancan el actualismo psicológico, la incertidumbre incurable del historicismo relativista, la invalidación de las normas éticas y las demás radiaciones de la filosofía de Ortega que Sánchez Villaseñor señala y describe.

El pensamiento de Ortega, cualquiera que sea la importancia que se atribuya a su aporte original, debe ser situado dentro de un largo proceso cuyas conclusiones naturales medita y formula. El vitalismo es la manifestación de un estado de conciencia, el esfuerzo de justificación lógica de una filosofía emparedada en un ámbito asfixiante.

No es indiferente la coyuntura histórica a ninguna de las formas específicas de la cultura, ni son éstas independientes entre sí; sino, por el contrario, estrechamente solidarias. Las instituciones políticas, la filosofía, el arte, el derecho, la economía, la evolución social, en suma, están orgánicamente

comunicadas. Una misma sangre las vivifica y un solo estilo de expresión hace la unidad específica de cada época. La característica visión del mundo, que es al mismo tiempo premisa y fruto de la filosofía, se da más agudamente en la conciencia del filósofo; pero participan de ella virtualmente todos los hombres que integran una clase, una generación o sucesivas generaciones que, al pasar por el escenario de la vida, llenan una época dada. La gravitación de estos factores ambientes es, claro está, superable. Precisamente lo que distingue a los grandes filósofos es su capacidad de contener, desviar y dirigir la corriente de pensamiento en que el suyo propio tiene que bañarse sin remedio.

La reducción progresiva del ámbito de lo cognoscible, es decir, del horizonte filosófico, es una vieja historia. La razón medioeval se movía libre y naturalmente en la Física, la Metafísica y la Teología, como en un solo paisaje. Es la edad del humanismo teocéntrico que culminó en frutos excelsos, entre los que basta mencionar *La Suma* y *La Divina Comedia*. La secularización de la cultura se inicia en el Renacimiento. El humanismo antropocéntrico suprime ante todo el universo teológico y no tardará en despojarse de la Metafísica. El concepto del hombre que llegara en cierto sentido a realizar la temprana definición de Orígenes –el cuerpo, el alma y el Espíritu Santo–, pierde su elemento superior y sobrenatural. El mundo físico y la razón pura retienen la empresa filosófica. Pero la eliminación del socio principal condena a la razón pura, ya débil e indefensa, a ser degradada "en razón vital". Esto acontece en la etapa inicial del proceso que, llevado a sus últimas consecuencias, implica la extensión cada vez mayor, cada vez más categórica y absorbente, de lo físico sobre lo racional, hasta desembocar en el imperio absoluto del monismo materialista. En éste, la vieja razón venida a menos no tendrá ya dominio propio, ni siquiera el espacio cada vez más estrecho a que antes había quedado reducida. Será simplemente una peculiar manifestación de lo orgánico.

Esta triste aventura filosófica está emparentada con aventuras correspondientes en otros órdenes de lo humano. Todas juntas especifican

la época histórica de que es protagonista la burguesía, un tipo peculiar de humanidad, un singular estilo de vida y una cultura. La burguesía, titular de un ideario político y un arte propios, de una trayectoria y una organización económicas, no podía carecer de una filosofía o, más exactamente, tenía que asumir un determinado comportamiento en la esfera de la actividad filosófica. Esta conducta, examinada con la perspectiva que permite el transcurso de varios siglos, más que como esfuerzo de elaboración filosófica, nos aparece como desatentada empresa de destrucción, de supresión de órdenes "filosofables". de constricción inhumana del ser cognoscible.

La conciencia burguesa, de la que es vegetación espontánea y necesaria el vitalismo, se forma en un movimiento de constante bajada por una escalera de innumerables peldaños o matices. Van quedando arriba y atrás, voluntariamente perdidos en sombra impenetrable, los altos niveles. Para no mencionar sino unos cuantos escalones, señalemos en la descendente trayectoria del burgués, con el punto de partida y el de llegada, unas cuantas etapas intermedias: el católico pasó a ser cristiano disidente, después teísta, luego racionalista, en seguida se entregó al positivismo y, finalmente, al materialismo. A medida que van esfumándose los órdenes espirituales, se concentra el hombre en sí mismo y en su circunstancia. Vida e historia son las únicas dimensiones del recinto en que podrá vivir la filosofía mientras no reemprenda la marcha hacia arriba, mientras no rompa las rejas de su cárcel.

En *La Formación de la Conciencia Burguesa*, Groethuysen, discípulo de Dilthey, maestro del historicismo precursor inmediato de la filosofía vitalista y uno de los más considerables antecedentes de Ortega, describe la culminación del proceso: "La vida misma es lo que ha cambiado. Ya no necesita de interpretaciones trascendentes para tener un sentido o, en todo caso, no es un supuesto necesario para poder vivir el dar respuesta a determinadas cuestiones concernientes al destino del mundo y del hombre". La vida es autónoma y suficiente. Encuentra en sí misma su razón de ser. El burgués puede "sentirse

en su casa en un mundo que deslinda de lo infinito”. De esta revaloración, una de las más importantes y grávidas de consecuencias que jamás hayan tenido lugar en el curso de la evolución histórica”, nacerá la filosofía burguesa.

INDIGENCIA POLÍTICA

La aptitud política de los directores del Estado no es un lujo, sino una necesidad, y más que esto, un deber. Cuesta trabajo entenderlo en países, como el nuestro, en que cualquiera se improvisa estadista y por caminos de violencia o de fraude se encarama al poder para explotarlo en su propio provecho. Estos países, sin embargo, son precisamente los que más debieran entender aquella verdad y cimentar sobre ella su vida pública.

La ineptitud política se paga muy caro, no tanto por los culpables de empirismo, cuanto por las naciones que se dejan gobernar por ellos. Jacques Bainville, el genial historiador francés, autor de *Las Consecuencias Políticas de la Paz*, obra maestra de clarividencia que en 1920 anunció el trágico desastre que actualmente desgarrará al mundo, radica la responsabilidad de la ruina de su país en "la decrepitud de la conciencia política" de sus directores. Una ineptitud funesta los hizo amontonar torpezas y olvidos, debilidades e ilusiones, en el Tratado de Versailles y los demás instrumentos diplomáticos que dieron término a la primera guerra mundial y estructuraron la reorganización de Europa vigente durante el armisticio de veinte años que concluyó en 1939.

* Revista *La Nación*. Año III No. 130, 8 de abril de 1944. Pág. 7.

En aquella hora crucial la patria de los grandes estadistas no tuvo entre los rectores de su destino en la guerra y en su liquidación, a nadie que se diera cuenta de las fuerzas en juego, de los problemas y peligros que el país confrontaba, de las soluciones vitalmente necesarias. La capacidad política estaba fuera del Gobierno y nadie pensó en pasar sobre los intereses de partido para hacerla servir a Francia. En Versailles se fortaleció la unidad alemana, se la rodeó de los Estados artificiales y raquíticos, se perdió el tiempo en minucias técnicas de carácter económico y se descuidó el planteamiento político específico de una situación extraordinariamente grave y compleja. Al fallar la cimentación política, todo el edificio se vendría abajo; de nada servirían previsiones militares, financieras, ni de ningún otro orden. Por la equivocada formulación política de una costosa victoria militar. Francia aseguró en 1919 su derrota de 1940.

Si esto es capaz de hacer la simple decrepitud ¿qué no hará la total carencia de la conciencia política?

Esta es la gran debilidad de México: no tenemos una verdadera política, ni interna ni exterior. Ni "la bola", ni el monopolio faccioso del poder por métodos que combinan la ferocidad con el fraude mañoso, ni el fanatismo "ideológico" al servicio de primitivas pasiones propias de la bandería dominante o al servicio de empresas internacionales de subversión social, constituyen una política.

La política es una ciencia y una moral, una ciencia de la realidad nacional y un servicio del bien común. La realidad nacional, toda realidad nacional, es complicada, sutil, difícil de entender y de tratar. Un agudo sentido histórico y una concienzuda capacitación técnica son indispensables para manejar sus problemas. Ni el charlatán ni el aventurero podrán hacerlo nunca, sino sólo el verdadero estadista. Tanto como esta aptitud, un gran amor y una inflexible honradez "participan en la integración de esta sagrada misión que es la política. Teniendo la doctrina clara y la voluntad limpia, no se tiene todavía todo. El arte

político, la capacidad de operación, la agilidad de maniobra, el poder de unir, de edificar, de dirigir, darán vida al sistema, demostrarán la eficacia del ideario y del equipo humano que lo postula.

Conquistar y retener el poder no es sabiduría política, ni siquiera aptitud específicamente humana, sino juego de instintos que ya se da en etapas zoológicas inferiores. Claro está que la autoridad es el objetivo supremo de la política, cuya tarea no es otra que integrar y actuar el Estado para el bien común; pero incurriría la política en una funesta subversión de fines si el inmediato e instrumental suplantara al último y absoluto. El poder por el poder mismo es la negación de la aptitud política y de los valores humanos que justifican y fundan el Estado; es lo mismo que el poder por el goce o el poder por la fuerza.

Aunque siga empleándose el mismo nombre para designar una cosa totalmente diversa, la vida política cesa cuando el apetito y la violencia dominan el Estado. No puede haber normalidad ni salud en regímenes de esta naturaleza, ni las normas y métodos propios de la política –ciencia y moral, arte y servicio– tienen nada que ver con la tragicomedia que la facción organiza en un vano intento de legitimación. El Estado que se desentiende del bien común y el pueblo que abandona la obligatoria intervención constante en la integración y el ejercicio del Estado, no hacen política; sino que, por el contrario, son desertores de la política, de la noble y esencial tarea que merece este nombre.

La conducta de los regímenes de facción frente a los requerimientos de la voluntad popular, es típicamente demostrativa de la violencia anormal de las situaciones en que medran. El Gobierno vive y actúa en una especie de estado de guerra contra la nación. Las agresivas declaraciones a que tan acostumbrados nos tienen el partido oficial y los directores de los regímenes revolucionarios –“¡Ni un paso atrás!– tiene exactamente este sentido hostil. Equivale a declarar que la Nación nunca tendrá razón contra el Estado y que éste nunca cederá a sus demandas ni rectificará errores o desviaciones. En plena regresión hacia las peores formas de la barbarie, el tabú representativo de la ferocidad intransigente

del clan revolucionario es declarado intocable y la Nación condenada o rodear al Estado, o más bien al grupo que lo disfruta, de veneración, de pánico reverente, de sumisión envilecedora. La Nación, en suma, se consume en el más tonto y degradante de los holocaustos, con tal de que no sufran la seguridad lucrativa ni la puntillosa vanidad de sus opresores. El Estado Nacional, en cambio, obra de un proceso político saludable y vivificante, debe estar siempre dispuesto a servir a la Nación, a subordinarle cualquier interés opuesto, inclusive el del partido que por caminos constitucionales tuvo en sus manos la responsabilidad de integrarlo, es decir, de designar los hombres que asumirían las funciones públicas, no para servicio del partido, sino para realización del bien común.

Bien está que todo gobernante evite el fracaso y el ridículo; pero la manera de hacerlo es precisamente gobernar con aptitud política. Un mal actor que injuriara o agrediera a sus espectadores para evitar la rechifla, no sólo la conseguiría más estrepitosa y merecida; sino que iría a dar al manicomio o a la cárcel. Es incomparablemente más desequilibrada y criminal la conducta del gobernante que se niega a rectificar medidas equivocadas para no poner en peligro su autoridad ni lesionar sus compromisos de partido, aunque la Nación, de cuya suerte es responsable, se hunda a consecuencia de su obstinación. Está obligado a entender que, desde el momento en que asumió una función pública, no hay vinculación de partido ni interés privado alguno que puedan prevalecer sobre lo que es su misión y responsabilidad exclusiva: el bien común.

Pero no sólo el estadista, el funcionario público, tiene esta obligación. El partido mismo, sino es simplemente una banda predatoria con más vocación de presidio que de acción política, debe, si fracasa en el ejercicio de la autoridad, entregarla en manos más capaces. Si postuló tesis que fue incapaz de cumplir o que resultaron falsas o nocivas, que prescinda de una carga superior a sus fuerzas o que modifique honradamente esas tesis. Hay un parásito cuya terquedad es un terrible azote de la riqueza pecuaria: la garrapata. Para librar de ella a los desgraciados animales que la sufren, se requiere una lucha

tenaz y costosa. El garrapatismo revolucionario que padece México es mucho peor. El monopolio revolucionario del Estado mexicano ni rectifica ni se va. A pesar de las más contundentes evidencias de fracaso, a pesar de las más merecidas condenaciones de su ineptitud y de su corrupción, sigue declarando feudo propio y exclusivo la vida pública de México y se niega a remediar las graves dolencias nacionales para no lesionar las "conquistas revolucionarias". Esto será cualquier cosa, menos aptitud política.

Un régimen equiparable, por sus resultados positivos, con una empresa de demolición nacional y que se considera obligado; por razones de partido, a llevar adelante la destrucción, es, en el terreno político, una monstruosa aberración. Un régimen al que simplemente haya tocado en suerte suceder en la dirección del Estado a la empresa de demolición y que, también por razones de partido exclusivamente se niega a poner un término a la desatentada tarea facciosa, desborda los límites de lo verosímil. Lo más divertido y, al mismo tiempo, lo más terriblemente trágico, es que persistir en semejantes posturas llega a ser considerado como demostración de habilidad y energía políticas.

El buen político, el verdadero estadista, se reconoce por su disponibilidad para la evolución oportuna en servicio del bien común, por su decisión para arrojar lastres que pongan en peligro la nave de la nación que gobierna, aunque esos lastres sean su propio partido o su propio interés egoísta de cualquier especie.

México tiene problemas cuya presión cada día va acercándose al estrangulamiento; clama por el estadista con suficiente aptitud política para resolverlos por encima de los mezquinos requerimientos de su facción.

La agresión vergonzosa contra el espíritu y contra las esencias nacionales que es el artículo 3o. constitucional, no se resuelve con un criterio de satisfacción a los falsos maestros al servicio de la Internacional Comunista, sino instaurando un sistema constitucional de libertad de educación.

El desastre agrario, el hambre del pueblo, la pavorosa crisis económica que el país atraviesa, no se remedie por la tediosa reiteración de un revolucionarismo

intransigente definitivamente fracasado, sino por medidas prácticas que favorezcan la producción. La farsa vergonzosa y a menudo sangrienta, que es el sistema revolucionario de representación política, basado en el monopolio faccioso y en una legislación electoral deliberadamente protectora de las peores especies de fraude, no se remeda con profesiones de fe democrática pira la exportación, sino emprendiendo una reforma electoral sincera y dejando caer el armatoste inútil y desprestigiado que es el partido oficial.

La falta de un programa verdaderamente nacional de política exterior, basado en la afirmación y la defensa positiva de la realidad nacional, no se remedian con excesos retóricos.

Lo que necesitamos es una verdadera política interna y exterior. Amacharse, enriquecerse, oprimir a la Nación, no es gobernar. Ni siquiera lo es, aun supuesta la inmunidad excepcional de determinados gobernantes revolucionarios a estas infecciones características de su partido, la parálisis de la acción represiva de los desmanes facciosos por pretendida fidelidad de partido. Gobernar es solamente servir a la Nación, sin el partido, cuando es también capaz de este servicio; sin el partido, cuando no sirve para nada; contra el partido, cuando estorba, cuando es incompatible con el bien común. Esto es gobernar. Y hacer política no es lo mismo que hacer complicidad de banda o hacer negocios. Hacer política es, en el pueblo, presencia activa, infatigable, enérgica, en todas las oportunidades de integración del Estado, de elaboración de un ideario político auténticamente nacional, de formación de una conciencia política y de organización de las fuerzas que lleven ese ideario al Estado y exijan su cumplimiento. Hacer política es, en el Estado, movilizar la convicción y le energía personal del estadista, la convicción y la energía de todos los departamentos y de todos los hombres del Gobierno, la convicción y la energía de la Nación entera, hacia el cumplimiento del bien común.

¿CUÁL ES LA RAÍZ DE LA ANARQUÍA QUE SUFRIMOS? CORRUPCIÓN TEÓRICA Y PRÁCTICA DE LA AUTORIDAD

La contextura misma de la palabra es ya el planteamiento íntegro del problema. Anarquía significa negación o ausencia de autoridad. Y este es nuestro mal, este es el corazón de nuestra crisis: una desnaturalización del concepto del Estado, una corrupción teórica y práctica de la autoridad.

Un pensador contemporáneo definía hace poco el orden social como "la organización de la libertad"; pero si todo tiene una causa final que lo define y lo conduce, en la organización resplandece incomparablemente el finalismo. La libertad tiene que organizarse para algo. No puede pensarse siquiera un organismo sin finalidad. Podríamos completar aquella definición lapidaria diciendo que el orden social es la organización de la libertad para el Bien Común. En esta doble noción de libertad y Bien Común, es decir, de acatamiento de las prerrogativas irrenunciables de la persona humana y realización de los fines propios de la comunidad, se funda la naturaleza del Estado, se determina y justifica su misión y, al mismo tiempo, se finca el verdadero orden social,

* Revista *La Nación*. Año III No. 144, 15 de julio de 1944. Págs. 23-24.

el armonioso y estable, el civilizador y justo, el que no opone antagónicamente; sino, por el contrario, junta en una sola empresa de paz, de perfeccionamiento y salvación, al hombre y al Estado.

Todas las formas y manifestaciones posibles de la anarquía tienen, pues, una causa política, que es el Estado deficiente, inepto o corrompido. Un análisis del Estado nos dará, por tanto, los datos y la solución del problema de la anarquía.

Pero antes de iniciar este análisis, necesitamos establecer una precisión preliminar: el Bien Común es un valor humano y, consiguientemente, como el hombre mismo y como todo lo que es humano, tiene sentido agónico, es decir, de trabajoso equilibrio, de incesante esfuerzo, de incertidumbre y de combate. En la vida personal, el asalto de las fuerzas de rebajamiento y obstrucción no es episodio aislado que pueda liquidarse definitivamente, para luego seguir la marcha, alegre y despreocupada, hacia la perfección. En la historia tampoco queda nunca definitivamente aniquilada la conjuración de las fuerzas oscuras contra el destino nacional. El hombre es siempre palenque y protagonista de una lucha trágica entre el impulso ascendiente del espíritu y la gravitación de la materia, que lo estira hacia abajo. De la misma suerte, la sociedad humana es la resultante de una pugna sin término. Los factores de libertad, de justicia, de cultura, de bienestar, viven asaltados por la jauría incorregible al servicio del mal. Cada momento contiene para las personas y para las naciones, lo mismo la posibilidad de la regresión, de la esclavitud abyecta, de la muerte, que la de la libertad luminosa, el sereno vigor, la tranquilidad, la dicha. Es este un drama que dura siempre. El hombre y la sociedad sólo pueden vivir en orden por la lucha constante y victoriosa de lo superior contra lo inferior, de lo espiritual contra lo zoológico. Cualquier inhibición, cualquier deserción o descuido, restablece o prepara el predominio del mal y puede hacerlo irremediable. En cuanto el hombre o la Nación abandonan la lucha o descuidan la guardia imprescindible posterior a la victoria, las fuerzas de signo negativo prevalecen sobre las de signo positivo, la sombra cierra otra vez el camino.

Por tanto, si el Bien Común no es gestionado y defendido con aptitud y energía, no podrá subsistir y arrastrará en su caída todos los valores que dan a la vida personal y colectiva elevación, dignidad y sentido. Estos valores, lo hemos dicho muchas veces, no son dones; sino trabajo, quehacer, responsabilidad, esfuerzo, fruto de arduo combate. Esto es precisamente lo que distingue al mundo de la naturaleza del mundo de la libertad. Lo físico se estabiliza o se mueve por la acción incontestable de poderes externos. Su destino es dejarse hacer, abandonarse a la acción de las leyes naturales. El hombre, en cambio, es el obrero de sí mismo. El universo material le da solamente tiempo, escenario y materiales para labrarse, a golpes de inteligencia y libertad, camino y destino.

La limitación del hombre determina necesariamente su naturaleza social. Pero la vida común no es posible sin una autoridad que prevenga y resuelva los conflictos, que sume las voluntades y los esfuerzos y los dirija hacia el fin por todos buscado y para todos necesario; que realice, en suma, el Bien Común, para que sea posible el cumplimiento del bien personal de los hombres. Esta autoridad, cuando rige la forma plena de la sociedad humana, que es la Nación, se conoce con el nombre de Estado. Su tarea, su deber es, consiguientemente, realizar el Bien Común Nacional. Si no lo hace, la Nación y el hombre son violentados y frustrados en su esencia misma, puesto que se le impide el acceso a su fin. Y como en la convivencia social se comprenden todos los problemas terrestres del hombre, como de ella arrancan y en su ámbito se desarrollan todos sus caminos temporales, cuando el Estado no cumple su función propia, corrompe todas las provincias de la vida social y sacrifica el bien del hombre. Inevitablemente la acción recta y natural del Estado, que es la autoridad, es suplantada en la hipótesis por la anarquía.

Necesitamos definir qué es lo que integra al Estado, lo que lo hace capaz de cumplir su altísima función propia y qué es también lo que lo tuerce, lo paraliza o lo corrompe.

Veamos, en primer término, en qué se funda la validez jurídica y práctica del Estado. Son tres sus elementos esenciales: el servicio del Bien Común, la legitimidad y el imperio, es decir, la energía eficaz, la aptitud de hecho para regir la sociedad nacional que gobierna.

Ya hemos dejado establecida la relación de causalidad final que liga al Estado con el Bien Común. Siendo esta una vinculación esencial, evidentemente el olvido o la traición del Bien Común y, con más razón, el ataque inconsciente o deliberado contra el Bien Común, es el aniquilamiento lógico, la negación misma del Estado. Deja de existir el sujeto mismo de la autoridad. No importa que en su origen haya sido legítimo ni que tenga fuerza material efectiva para imponerse sobre la sociedad que lo padece. Automáticamente se habrá convertido en un factor antisocial. Sí, como ya lo vimos, el fin de la sociedad es el Bien Común, y el fin del Estado consiste en el respeto, la defensa y el cumplimiento del Bien Común, es claro que, cuando el mismo Estado lo ataca, destruye su propia justificación, al mismo tiempo, que se convierte en el peor enemigo de la sociedad. Esta negación ontológica del Estado convierte al sistema detentador del poder público en una fuente mortal de anarquía.

Solamente un Gobierno legítimo tiene derecho a mandar y debe ser obedecido. La autoridad es efecto de la legitimidad y ésta no es posible sin una auténtica representación política.

El pueblo, la comunidad humana, no es cosa vacante; no es un bien mostrenco que el más hábil o el más audaz puedan tomar para sí para imponerle su voluntad, para dominarla y explotarla. Si es una injuria y un crimen contra la dignidad humana la esclavitud, más perverso y monstruoso lo es la degradación instrumental, no ya del hombre considerado individualmente, sino de la comunidad humana. Una sola persona es infinitamente respetable. ¿Cómo no ha de serlo en grado incomparablemente mayor la asamblea viviente de millares y millones de hombres que si forman naturalmente una comunidad es para poder cumplir sus destinos personales? La investidura sagrada que es la legitimidad,

la unción que da al Estado potestad y aptitud para regir a la comunidad nacional, no puede nacer como emanación pestilente del apetito ni de la fuerza. Baja de lo alto, de las cumbres trascendentes donde nace la naturaleza misma del hombre, puesto que la vida social es una floración espontánea de la naturaleza humana y con su propia naturaleza recibe el pueblo, en delegación intransferible, la capacidad de conferir investiduras, de darse sus propios jefes y representantes, de designar, a través de las instituciones y normas políticas que forman su sistema constitucional, sus autoridades.

Esta atribución del poder y la responsabilidad del Gobierno que el pueblo no podría ejercer por sí mismo, es lo que se llama la representación política, cimiento de la legitimidad. No importa cuáles sean el régimen, la forma de Gobierno, el método de selección de los magistrados, el grado de civilización, de poder o de riqueza de las naciones. Será siempre la comunidad misma, por medio de la designación de sus representantes, el sujeto inmediato de organización y legitimación de su Gobierno. Es claro, por tanto, que, si su representación política es burlada, impedida o negada, no puede haber legitimidad en el Estado. La situación de hecho que entonces prevalece se llama usurpación y consiste en el apoderamiento, por la violencia o por el fraude, de un patrimonio público infinitamente más valioso que cualquier bien privado: el principio rector de la comunidad nacional. Y si la tarea fundamental del Estado es la realización del derecho, evidentemente se erige en la más radical contradicción de sus propios fines cuando es él mismo un atentado, cuando los gobernantes entran a saco al puesto de mando de la nave social, pisoteando el derecho del pueblo.

Donde no hay representación política, no hay legitimidad, sino usurpación y, consiguientemente, anarquía. No importa que el usurpador profese o tenga realmente propósitos de servicio del Bien Común, ni que tenga también energía y aptitud prácticas para mandar. Es una función ajena la que ha usurpado; es él mismo una subversión monstruosa contra el orden del derecho y su fuerza

simplemente hace más nocivo y odioso el atentado. Inevitablemente, mientras la usurpación subsista, el Estado será un agente de anarquía.

Hemos mencionado como tercer elemento esencial en la integración del concepto del Estado, el imperio, es decir, la eficacia, la aptitud, la capacidad práctica para cumplir su tarea. No basta la validez jurídica; se necesita la energía actuante, certera, ágil, superior, que realice materialmente el derecho y el deber de conducir las relaciones sociales, de mantener en plena vigencia las normas vitales de la convivencia humana, aquellas sin las cuales la sociedad se convertirá en un caos y en un infierno. De la misma manera que divorciado del Bien Común o carente de legitimidad el Estado es incompleto, nocivo, anárquico, si no tiene y usa correctamente la energía necesaria para la eficacia de su autoridad, es causante de un relajamiento general y factor también de anarquía.

Pero conviene aclarar desde luego que el Estado fuerte no es de ninguna manera el Estado brutal o despótico. Por el contrario, como lo viene proclamando Acción Nacional desde su nacimiento, el Estado fuerte no necesita ser violento. Es naturalmente respetable. Situado tan lejos de la debilidad como de la tiranía brutal, con orgánica normalidad ejerce su acción bienhechora, crea y sostiene una ordenación recta del mundo social.

El punto de apoyo para que la energía del Estado actúe eficazmente y levante como palanca portentosa la carga de las más grandes empresas, es la adhesión nacional. Ni la agitación demagógica, ni el exclusivismo faccioso, ni la ferocidad despótica, ni la complicidad con poderes extraños, pueden dar verdadera fuerza al Estado. Sólo la Nación misma es capaz de sostenerlo y vigorizarlo.

He aquí el verdadero camino de la firmeza, la autoridad y el vigor incontrastable del Estado, el agotamiento de la realidad nacional, el servicio de la Nación, el conocimiento y amor de las esencias nacionales, su defensa, la fidelidad inquebrantable a los requerimientos de la Nación, que no abandonará nunca a un régimen que auténticamente la represente y la sirva. He aquí el punto de apoyo para que la palanca de una voluntad política iluminada y recta,

pueda remover montañas, superar debilidades, cumplir destinos. Y si no tiene imperio o incurre en abusos de fuerza, es decir, si falta la aptitud práctica para gobernar, el Estado, a pesar de sus teóricas intenciones de servicio del Bien Común y aunque haya tenido un origen legítimo, es, sin embargo, un Estado de deserción, un depositario infiel que entrega el depósito sagrado de los valores más altos de la persona humana, de las comunidades naturales, de la Nación, lo más vital de la sociedad y del hombre, a las fuerzas del mal, conjuradas para destruirlos; a esas fuerzas del mal que nunca son aplastadas definitivamente, que siempre están en acecho de una nueva oportunidad para el asalto abierto o solapado; de las fuerzas del mal que hay que vigilar y reprimir siempre, sí no se quiere sacrificarlos el orden social.

El gobernante débil abre las puertas del Estado a las fuerzas del mal. El Estado despótico amontona iniquidades, siembra rebeldías, socava sus propios cimientos e indefectiblemente tendrá que derrumbarse.

La enumeración y el examen sumario de los elementos esenciales del Estado, señala implícitamente lo que les niega y destruye. La fuerza antagónica del Bien Común es el egoísmo de facción; la legitimidad es incompatible con el monopolio político y con todas las formas de defraudación, de desprecio o de encadenamiento de la voluntad nacional, único sujeto activo y directo de la representación política; y, finalmente, lo mismo la carencia que el exceso de fuerza, lo mismo la debilidad que la violencia, impiden la energía recta y serena, indispensable para que los defensores de la ciudad cumplan su deber. Una sola de estas carencias disloca la estructura del Estado, arruina la normalidad social y abre las compuertas de la anarquía. Si todas con curren en una coyuntura histórica nacional, la inundación anárquica, la frustración de posibilidades y el naufragio de bienes humanos, personales y colectivos, tienen que ser pavorosos.

Confrontemos con esta doctrina nuestro régimen político presente. ¿Cuál es su posición, cuál ha sido su conducta en relación con cada uno de los tres elementos esenciales del Estado?

En primer lugar, por lo que ve al servicio del Bien Común en el terreno de las realizaciones positivas, no en el de las adhesiones teóricas, el régimen, como un todo, no ha sido capaz de liquidar, ni siquiera de imponer una reducción progresiva del dominio de la facción posesionada del poder. No ha querido o no ha podido convertirse en un Estado Nacional. El egoísmo personal y de grupo sigue sacrificando el Bien Común al apetito de poder, de riqueza, al fanatismo ideológico. El régimen continúa y abiertamente proclama continuar la etapa facciosa de la revolución. Ha tenido, sin embargo, una oportunidad extraordinariamente favorable para superar esa etapa. Difícilmente en la historia de México volverá a presentarse una conjunción tal de circunstancias internas y exteriores, como las que el régimen no quiso aprovechar. Entre todas ellas mencionemos la más noble y fundamental, la ansiedad, el anhelo del país entero por una renovación de la vida pública. Inútilmente ha tenido los brazos abiertos y la voluntad impaciente para la alianza orgánica, inquebrantable, fecunda, de la Nación y el Estado.

¿Y qué juicio merece el régimen en relación con la autenticidad de la representación política? Todos sabemos que no existe la efectividad del sufragio; que el partido oficial, las autoridades, los integrantes, en suma, del monopolio faccioso que oprime a México, impiden, persiguen, escarnecen el voto popular. La investidura política tiene orígenes fraudulentos; la usurpación es un sistema organizado sobre el pueblo y contra el pueblo. El régimen no ha hecho nada para preparar siquiera una evolución democrática. Acción Nacional, ha postulado y demostrado que no podrá haber en México vida pública limpia, mientras no se reforme a fondo la legislación electoral, mientras no sea arrasada la selva de trampas, falsedades, mistificaciones y violencias en que se pierden las posibilidades de representación auténtica y de legitimidad del Estado. Los manuales y las prácticas de escamoteo y de burla de la voluntad popular, conservan plena vigencia. Acción Nacional ha venido proclamando que, mientras la vida política siga siendo presa del partido único sostenido por el

Estado contra el pueblo, mientras permanezca en pie esa ignominia totalitaria y mientras las leyes electorales, los organismos y las autoridades que tengan a su cargo funciones relacionadas con el sufragio, no sufran una transformación radical, no podrá existir la representación política en México y la ilegitimidad mantendrá abierto el abismo que separa a la Nación del Estado.

Y en cuanto a la energía intrépida, serena y justa, con que el Estado debe asegurar la preeminencia de las fuerzas nacionales de conservación y de progreso contra el asalto incesante de los poderes oscuros, de los agentes de descomposición social, tenemos que dejar constancia de un salto deficitario en el balance del régimen. Ha moderado, ciertamente, en provincias esenciales de la vida nacional, el tratamiento inflexible y enconadamente persecutorio que los regímenes anteriores no dejaron de aplicar, a veces con sangriento desenfreno; pero el sistema legal de proscripción de derechos fundamentales está en pie y sigue siendo un problema que no puede resolverse simplemente con tolerancias pasajeras, sino con reformas substanciales, con la afirmación práctica y decidida de normas de plenitud jurídica en la convivencia de los mexicanos dentro de una verdadera patria. En cambio, las fuerzas antinacionales, las que sirven ideologías o intereses extraños, las que se manifiestan en explosiones de violencia y aclamaciones al Partido Comunista y a la Unión Soviética, no solamente gozan de plena libertad de acción, sino que han venido medrando en los últimos años en forma alarmante. Es un episodio característico de esta situación el principio de alianza entre el PRM y el Partido Comunista, anunciado en ocasión reciente. ¡Solamente para esto acepta excepciones el monopolio político revolucionario; solamente en beneficio de una conjuración antinacional!

He aquí la raíz política de la anarquía, de todas las formas reales y posibles de anarquía. El mal está en el Estado, que es el foco de infección desde donde se generaliza por todo el organismo social. La sombra viene de arriba y va envolviendo al país. Un problema político de agobiadora y trágica gravedad está planteado ante nosotros, una crisis que nos estrangula y se acerca rápidamente

a la decisión final. Es una crisis económica, moral, jurídica; pero centralmente es una crisis política, una crisis de autoridad.

Es necesario rehacer no sólo el concepto, sino la realidad misma del Estado Mexicano, para remediar la anarquía en que nos hundimos. Por esto Acción Nacional ha formulado categóricamente y no deja de urgir con requerimientos constantes la necesidad de cumplir el deber político. No basta tratar los síntomas; hay que atacar el mal en su raíz, y el mal es de naturaleza política.

Hay un camino cierto para salir del caos: la convicción y la voluntad entrañable del Bien Común. Pero, hay que repetirlo, no es posible sino por el trabajo y la lucha. Para este trabajo, para esta lucha, llama Acción Nacional a la conciencia y al corazón de los mexicanos.

DIGNIDAD DEL TRABAJO

Es tema de las presentes consideraciones, necesariamente breves, desordenadas e incompletas, una de esas presencias superiores que, como el amor, como el dolor, como la muerte, son mensajeros del espíritu en la tierra, voces y requerimientos incesantes de la patria definitiva. Me estoy refiriendo al trabajo.

Suscitemos en nuestra conciencia actual nuestra propia experiencia del concepto del trabajo, el eco entrañable que en cada uno de nosotros provoca esta palabra; sinteticemos su vida en nosotros, raíz de conocimiento y de conducta.

En el cándido albor de la infancia, fue primero una especie de sacramento de la gratitud al florecer en el asombro inocente la revelación de que el esfuerzo del Padre sostenía nuestra vida.

Poco después, una pujante ilusión, una esperanza que transfiguraba el momento ansiado y distante en que llegaríamos a ser verdaderamente hombres, en que comenzáramos a trabajar. Más tarde, en la juventud, fue el camino por donde corría a su cumplimiento el ímpetu fugaz y ardiente

* Revista *La Nación*. Año III No. 147, 5 de agosto de 1944. Pág. 25.

de la vida, el pórtico noble y fuerte que nos abriría la entrada al amor, a la paternidad, a la plenitud.

Luego, el gozo insuperable de la responsabilidad y el esfuerzo; la dulce amargura, la preocupación, el afán y la angustia de la incipiente madurez cargando sobre sus hombros la, responsabilidad de una familia, y la alegría indescriptible de sabernos la fuerza, la seguridad, la protección, el aliento y la esperanza de la esposa y de los hijos. Por fin, con qué abrazo de ternura inefable se cierra la aventura deslumbrante del trabajo, se completa el ciclo de la vida laboriosa del hombre, cuando el hijo toma en sus brazos la cansada ancianidad del padre y lo sostiene.

Junto a esta idea viviente, o mejor dicho, junto a esta realidad viva, que pequeña y que falsa parece la sombría concepción del trabajo como esclavitud humillante y castigo. No es nada de esto el trabajo, sino por el contrario. una gran dignidad, un valor humano preeminente entre los superiores, una energía creadora de esperanza y bienestar, una luminosa empresa de generosidad y de amor.

Suele creerse que el trabajo nació como pena en el edén perdido el día de la caída del hombre; pero no es así. Fue solamente el dolor del trabajo lo que tuvo sentido de sanción. El texto bíblico es terminante: "Tomó, pues, el Señor Dios al hombre y lo puso en el paraíso de delicias, para que lo cultivase y guardase". Fue, por tanto, una feliz actividad humana el trabajo en la perfección de la naturaleza, antes de la rebelión. El sudor y la fatiga vinieron después y no son, consiguientemente, sus dimensiones esenciales, no pueden anular su primitiva excelencia.

Toda vida necesita del trabajo para subsistir. Toda vida es trabajo. Si en el orden de la existencia material se paralizan las actividades orgánicas de nutrición, relación, la vida se extingue. Dios mismo es el ser infinito, la perfección absoluta, porque es el acto puro, un trabajo sin límite y sin término.

El trabajo del hombre desborda el ámbito personal y tiene la virtud de servir otras vidas, es un agente insuperable de solidaridad y de amor. No con la servidumbre inerte y ciega de las fuerzas físicas, sino encendido de inteligencia y de caridad, es cimiento y estructura de la primera de las comunidades naturales en el tiempo y en la trascendencia de la misión, de la más entrañablemente próxima al hombre: de la familia. Ni siquiera termina aquí la capacidad del trabajo: todavía sirve a las comunidades humanas más extensas; porque, al trabajar para sí mismo y para los suyos, el hombre produce bienes destinados al consumo extraño y todos los hilos de actividad fecunda que van hilándose para la subsistencia propia y familiar, tejen necesariamente, en concurso innumerable, la tela única de las relaciones económicas y, en general, profesionales, que alimentan la convivencia social.

Y no sólo tiene el trabajo una función capital desde el punto de vista meramente biológico. El cuerpo del hombre es relicario del espíritu. Sostenerlo es, por tanto, sostener también el espíritu en la unidad indestructible que es el hombre sobre la tierra. Más aún, si se piensa que el más noble elemento del compuesto humano, el espíritu, es inmortal y que el signo de su destino imperecedero depende de la prueba temporal que es la vida, la breve peregrinación terrestre en que alma y cuerpo forman un protagonista personal que debe la subsistencia al trabajo, éste recibe la unción de una nueva grandeza, como sostén de la antorcha indeficiente y premisa de una conclusión eterna.

Este servicio al espíritu, considerado en sus encarnaciones personales, debe extenderse a todas las formas de comunicación y alianza espiritual entre los hombres. En todas encontraremos la presencia humilde, el afán silencioso del trabajo. De esta suerte se liga con los más puros valores de la persona, de la familia, de la comunidad social, del cuerpo místico que forma la especie en el tiempo, y contribuye a tender el puente que, trascendiendo las fronteras temporales, asegura el tránsito del destino humano más allá de la naturaleza y de la muerte.

Mencionemos otra excelencia del trabajo: la virtud creadora no se agota con la suscitación de un ser a la existencia, sino que se continúa mientras en ella persevera el ser creado. Vencer las fuerzas que conspiran a su aniquilamiento, alzarlo sobre el abismo del no ser, sostenerlo, es mantener en constante actividad la capacidad creadora. Claro está que solamente la tiene, y nadie puede compartirla, aquel Poder Infinito que es capaz de arrancar de la nada el ser; pero es una nobilísima participación en este divino atributo la capacidad para mantener encendida la llama de una vida humana, para sostener vidas humanas.

Trabajar es, por tanto, participar, en términos limitados, del poder creador de Dios; sostener la propia vida, las de la esposa y los hijos, contribuir al sostenimiento de la vida de otros semejantes aun cuando no pertenezcan a nuestra familia misma, es una forma de acceso a la más portentosa de las virtudes divinas, la de creación.

Cómo se ilumina de infinita grandeza, cómo se transfigura en liturgia el más sencillo movimiento de trabajo, cómo rebosa inteligencia, devoción y amor el esfuerzo cuando se tiene conocimiento de que, trabajando, cuidamos el don precioso de la vida en nosotros y en los nuestros; les evitamos dolores, les damos capacidad de bienestar, ¡de perfeccionamiento y de salvación! Y, como si esto no bastara, al anticipar el trabajo la satisfacción de necesidades futuras, al ligarse amorosamente con el porvenir de aquellos a quienes sirve, no ya sólo de la virtud creadora, sino también de la providencia paternal de Dios, participa el trabajador.

No es, por tanto, tarea de esclavos el trabajo, sino cumplimiento de las mejores capacidades humanas, vía de acceso a los más altos niveles posibles de realización personal.

Que lo entiendan, que lo vivan, que lo gocen quienes más se afanan en la dura y bendita tarea. Que se enorgullezcan de su esfuerzo, de su fatiga, de su sudor; que sepan que suben más alto en este afán, por humilde que se le suponga, que en otra misión cualquiera.

Pisa el trabajador las mismas cumbres que el estadista, el sabio o el héroe, por brillante que sea su paso por la historia. Lo que hace la grandeza de estos tipos superiores de humanidad es, precisamente, la aceptación abnegada de cargas, de destinos ajenos, sobre los propios hombros, y el cumplimiento personal de una vocación del espíritu. Y esto, precisamente, ya lo hemos visto, es el trabajo, toda clase de trabajo, aun el más oscuro y mínimo, con tal que no se le despoje de su auténtico sentido humano.

1945

COMEDIA Y REALIDAD DE AMÉRICA... PAPEL DE LA CANCELLERÍA MEXICANA

Esta guerra pudo y debió cimentar la unidad de América. Es una ocasión excepcionalmente favorable para liquidación de agravios, articulación positiva de una amistosa solidaridad y preparación de un porvenir sin violencias ni recelos.

En este porvenir, pueblos diferentes, libres, jurídicamente iguales, fieles a su propia y singular esencia, a la común vocación americana, a los valores universales de la cultura, integrarían una comunidad internacional suficientemente vigorosa para reestructurar la historia, para restituirle un sentido humano, occidental, cristiano; no contra Europa ni sobre ella, según parecen ambicionarlo la vanidad plutocrática y la insolencia militar, doble cabeza de la barbarie, sino en colaboración con la vieja madre venerable, a la sombra del eterno hogar del Espíritu.

Dentro de esa comunidad americana las patrias de estirpe española integrarían su familia natural y en ella, como el hombre personal en la suya, encontrarían la enverga insustituible, la definitiva capacidad para vivir su vida interior y exterior, para cumplir su destino.

* Revista *La Nación*. Año IV No. 170, 13 de enero de 1945. Págs. 6-7.

Esta es la unidad americana en que pensamos. Unidad realizable y real, orgánica, natural, fecunda. Pero está siendo suplantada por una falsa unidad de propaganda, por maniobras políticas nacionales e internacionales que simplemente impiden la verdadera, le cierran la puerta para mucho tiempo, tal vez para siempre.

La oportunidad va pasando sin que nadie la aproveche. En el orden político, como en el económico, sólo los especuladores están amontonando sucias ganancias criminales. Tal vez muy pronto se habrá frustrado sin remedio esta coyuntura providencial para rectificación del camino de América. Abandonar el rumbo equivocadamente seguido desde hace más de un siglo para volver a tomar desde el principio la trayectoria justa, es ya extraordinariamente difícil; pero todavía posible.

La desarticulación, casi siempre antagónica, entre la Nación y el Estado, que escinde trágicamente a la mayor parte de nuestros países hispanoamericanos y de la que en México tenemos una experiencia más que secular, ha sido transportada –y en este punto preciso hay que situar la responsabilidad de la frustración que acabamos de mencionar– al terreno de las relaciones interamericanas. Los monopolios dictatoriales, resultado de una monótona combinación de militarismo y demagogia y diferentes sólo en cuanto a la dosificación de estos elementos, se interponen entre cada país y los demás del Continente. Los resultados son inevitables: malentendimientos, incomunicabilidad, desconfianza, escepticismo y desprecio para las combinaciones internacionales, de las que los pueblos se saben ausentes y aun víctimas; sentimiento radical de falsedad, gemelo del que suscita la vida pública interna, hecha de fraude, de corrupción y de violencia. Así, por ejemplo, su participación en una guerra “por la democracia”, invenciblemente tiene para ellos sabor de burla sangrienta.

Tratándose de los Estados Unidos, incontrastable concentración de poder político, militar y económico, responsables de una inveterada política imperialista

y agresiva que en mayor o menor medida ha herido a todas las naciones del Nuevo Mundo y sólo en los últimos años ha sido objeto de una autorectificación cuya efectividad aún no es tiempo de juzgar, nuestros pueblos les atribuyen responsabilidad solidaria en sus propias desgracias. Esta atribución, hay que reconocerlo, no es totalmente justificada. Si en México y en la mayor parte de Hispanoamérica la representación política de la Nación por el Estado es puramente ficticia, esto se debe a que los pueblos han desertado de la ciudadanía, han abandonado el cumplimiento del deber político. Es perfectamente lógico que los regímenes de facción suplanten el Estado nacional, que opriman a la Nación y que sean incapaces de representarla en el exterior con dignidad y acierto. Es ciertamente deber y conveniencia de los Estados extranjeros, en primer término, de los Estados Unidos, conocer la dualidad, la dislocación dolorosa que sufren nuestros países, y conducir consecuentemente su política "latinoamericana"; pero no pueden eludir el trato con los representantes ficticios. A nosotros nos incumbe tenerlos auténticos y fieles.

No podrá haber, sin embargo, verdadera unidad continental, mientras se pretenda fincarla exclusivamente sobre los gobiernos, con desprecio o preterición de los pueblos. El hecho es que no representan a Hispanoamérica las oligarquías que las rigen, ni expresan la opinión hispanoamericana sus clientelas corrompidas y corruptoras.

El caso de México es típico de la falsedad de la posición exterior como consecuencia de la mixtificación interna. Podríamos ser al mismo tiempo el hermano mayor de la comunidad hispanoamericana y el eslabón de enlace entre ella y los Estados Unidos. Lo seríamos si nuestra política internacional correspondiera a la realidad, a la vocación y a la voluntad nacionales, si el Estado representara a la Nación. Pero como nada de esto sucede, nos dedicamos a disfrazarnos de todo, a servir a todos los amos, a mendigar libreas, en vez de afirmar nuestra propia identidad y servir nuestro propio interés libre y dignamente.

En plena simulación frente populista, perfectamente antinacional, el Estado mexicano no sólo yerra, sino que incurre en lacerante deserción de la causa hispanoamericana, por omisión de prerrequisitos, criterios y posiciones elementales en relación con su entrada en la guerra al indo de los Estados Unidos; por su incomprensión hostil de la postura argentina, que más adelante comentamos; por su disparatado aval al pie de todas las impertinencias políticas de los refugiados españoles, que no sólo pueden conspirar públicamente en México contra el régimen español, sino que incluso tienen una turbia y nociva participación en nuestras propias pugnas internas; por su obstinada ruptura con España, muestra insuperable de olvido de las esencias mexicanas, de descastamiento y de torpeza.

La misma simulación determina nuestra absurda gravitación, cada vez más ceñida y absorbente, hacia el sistema internacional soviético, con la consiguiente benevolencia suicida para la penetración comunista interna, a pesar de ser más clara que un mediodía estallante de sol la ausencia de toda vinculación natural con la URSS; a pesar de que sólo la ideología sectaria, la complicidad deliberada o inconsciente en sus empresas de subversión, puede explicar nuestra docilidad de satélite.

En cuanto a la alianza militar con los Estados Unidos, hay que decir claramente que dista mucho de ser popular. Lo saben mejor que nadie los Estados Unidos. Y no es popular precisamente porque fue resultado de una decisión oficial apresurada, porque el país real no fue parte en ella, porque fue tratado en esta crucial coyuntura de su historia como en todo lo que se refiere a su vida política: como un interdicto. No es que objetemos la solidaridad continental en la guerra. Repetimos, por el contrario, que fue ésta una insubstituible oportunidad para la cimentación de la unidad de América. Pero entre el maratón de obsequiosidad inconsulta a que aludió hace poco un diplomático revolucionario y la determinación sólida y madura para una colaboración inteligente, decorosa y patriótica, entendida, querida y soportada por el pueblo como una exigencia

del Bien Común nacional; preparada y formulada mediante estipulaciones entre iguales, sobria y gravemente, no ofrecida con apresuramientos ancilares; limitada a lo necesario y conveniente; justificada por objetivos claros, concretos, positivos, propuestos abiertamente a la opinión y capaces de conquistar su adhesión y de justificar los esfuerzos y sacrificios consiguientes; entre lo que pudo y debió ser y lo que ha sido, en suma, median distancias siderales. La culpa, insistamos, es de la carencia de una verdadera representación política interna.

Y he aquí que, de hecho, diga lo que diga la literatura oficial, la comedia diplomática nos tiene a todos incómodos. Hay una realidad hispanoamericana a la que no corresponde una política internacional hispanoamericana. Hay una realidad continental, –geográfica, económica, histórica, política–, tratada falsamente.

Los pueblos repudian las pantomimas oficiales. Son capaces de amistad; la desean sinceramente, la necesitan; pero no se les toma en cuenta. No se reconocen los comediantes desprestigiados que deciden de “su” paz y de “su” guerra. Se ríen con amargura de su propio disfraz: antiespañoles, protestantizables, dóciles a toda clase de penetraciones y entregas; resignados a un “destino manifiesto” de hegemonía norteamericana suficientemente hábil para usar substituciones instrumentales tan sencillas como la del garrote por la buena vecindad: resignados a la inoculación soviética porque el totalitarismo marxista es aliado de la democracia norteamericana –mientras llega el momento de barrerla de la escena–; sin política propia y soberana: bien pagados de su humillación y sus sacrificios con pequeñas ventajas económicas de consumidores pobres y de productores “coloniales” de materias primas; sobre todo, convencidos y entusiastas de la trompetería democrática.

¿Qué solidez, qué eficacia, qué virtud de unificación puede tener una política internacional basada en semejante caricatura?

A pesar de la discreción y la censura impuestas por la guerra, la conciencia verdadera de América irrumpe frecuentemente al exterior, a veces a través

de escritores norteamericanos cuya clarividente rectitud merece cumplido elogio, proclamando su verdad y sus requerimientos insobornables. La comedia diplomática no corresponde al drama real, a la vida profunda y substancial de nuestras patrias americanas. Burbujas innumerables demuestran que el buzo sumergido en el fondo de la identidad nacional vive y respira, sabe y quiere bajo la inmensidad oceánica de las mentiras convencionales. Hay que izarlo. Este es el primer deber político y, al mismo tiempo, la más angustiosa necesidad política de la hora presente.

Este marco encuadra perfectamente el episodio argentino, que está envenenando las relaciones íteramericanas.

Hace poco, un norteamericano ilustre, gran conocedor y gran amigo de Hispanoamérica, Ricardo Patter, declaraba pública y certeramente en su propio país, que el trato de este problema por el Gobierno de los Estados Unidos es radicalmente desacertado y está lastimando a nuestros pueblos. Así es, en efecto, a pesar del farisaísmo oficial.

La opinión limpia, libre e imparcial, aun la de quienes más fervorosamente profesan la causa de las Naciones Unidas, no cree a la República Argentina culpable de ningún delito contra la unidad de América ni la considera cómplice o encubridora de los países del Eje. Reconoce, por el contrario, que está en su derecho al mantenerse neutral, con neutralidad benévola para los Estados Unidos, al grado de tocar el límite de la beligerancia contra el Eje, y reprueba la presión amenazante y la intemperancia irritada de los Estados Unidos. Condena más categóricamente todavía la participación de ciertos Gobiernos Hispanoamericanos en esta lamentable campaña diplomática que algún día la historia de América recogerá con vergüenza.

Naturalmente, estos juicios se limitan específicamente al problema internacional en juego, sin que de ninguna manera se confunda con éste el de la legalidad o popularidad de los regímenes internos que han gobernado a la Argentina durante los últimos años.

La guerra es un mal y sólo en caso absolutamente extremo y necesario es lícito a las naciones lanzarse a ella. “El Príncipe (el Estado) debe esforzarse –decía el ilustre Vitoria– por vivir en paz con todo el mundo. . . Sólo constreñido y forzado puede verse orillado a la necesidad de la guerra”. Puede haber, sin duda, causas de justificación de una guerra por solidaridad: pero es, por lo menos, discutible que Argentina haya estado obligada a participar en la guerra mundial por solidaridad con los Estados Unidos. Tal obligación, referida a una solidaridad de segundo grado, es decir, a la conducta de los demás países americanos agrupados por solidaridad alrededor de los Estados Unidos, ni siquiera puede plantearse.

Hay más: la neutralidad es la última defensa del derecho a la paz. Nicolás Politis la crítica como producto de la anarquía internacional, inconcebible en una comunidad de naciones jurídicamente organizada para el imperio del derecho en las relaciones internacionales; pero mientras esa comunidad no exista, la regimentación forzada de los débiles por los fuertes y, en general, el desenfreno de la violencia sólo puede ser evitado por esa institución. Si la sociedad de las naciones hubiera tenido realidad eficaz –y no la tuvo principalmente por la abstención de los Estados Unidos y hubieran operado en la práctica los artículos 10 y 16 de su Pacto constitutivo, que establecían la garantía recíproca de asistencia contra toda agresión y el estado de guerra de todas las naciones asociadas contra el país que recurriera a la guerra–, la neutralidad sería, efectivamente, una insoportable deserción, un desorden jurídico merecedor de sanciones.

Pero lejos de esto, la posición conjunta de países americanos, desde septiembre de 1939 hasta la entrada de los Estados Unidos en la guerra, se basó en la necesidad de proclamar y fortalecer los derechos de los países neutrales en la tempestad deshecha de violencia desencadenada sobre el mundo. En este trabajo los Estados Unidos eran jefes de fila, continuando su conocida tradición pacifista y neutral.

La declaración de Paz y Neutralidad del Secretario de Estado, formulada el 14 de julio de 1939 y aprobada por el Presidente de los Estados Unidos, proclamaba que “la paz es tan preciosa y la guerra tan devastadora, que el pueblo de los Estados Unidos y su Gobierno no deben prescindir de su justa y legítima contribución a la preservación de la paz”. Las resoluciones de la Segunda Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores, incorporadas al Acta de la Habana el 30 de julio de 1940, se dirigen, en gran parte, a la preservación de la paz y al respecto de la neutralidad del Continente.

Ninguno de los instrumentos diplomáticos de solidaridad americana obliga a la República Argentina a declarar la guerra. La Asistencia Recíproca y Cooperación para la Defensa de las Naciones de América, proclamada en la Resolución XV del Acta de la Habana, no llega a ese extremo, sino que simplemente prevé procedimientos de consulta y negociación que dejan a salvo la libre determinación de cada país respecto de las medidas adecuadas que deba adoptar en favor de la nación americana agredida por una nación no americana. Dentro del espíritu de esta resolución, la Declaración de Solidaridad y no Beligerancia de la República Argentina, de 9 de diciembre de 1941, y el Decreto Presidencial relativo, proclamó como norma de conducta de la Argentina, respecto de los Estados Unidos, la derivada de “las obligaciones panamericanas contraídas sobre solidaridad, asistencia mutua y colaboración defensiva”, y en su artículo 2º define que “en consecuencia, la República Argentina no considera a los Estados Unidos de América en la posición de un país beligerante en este conflicto”. La consecuencia de esta declaración implica el otorgamiento de toda clase de facilidades comerciales, de navegación, etc., a los Estados Unidos, y la exclusión radical de los países del Eje del uso de tales facilidades.

La resolución sobre ruptura de relaciones diplomáticas con Japón, Alemania e Italia, fue adoptada por la Tercera Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores celebrada en Río Janeiro en el año de 1942, no con carácter imperativo, sino

de mera recomendación. La Argentina, sin tener, por tanto, una obligación específica y, consiguientemente, por libre determinación de país soberano, llevó a cabo, con posterioridad, dicha ruptura.

Esta sumaria exposición de los datos del problema, justifica la posición de la República Argentina y la incredulidad de los pueblos hispanoamericanos respecto de las interesantes imputaciones de que se hace objeto al país hermano.

En cuanto al papel representado en esta triste historia por la Cancillería Mexicana, baste decir que tiene un sentido más antimexicano que antiargentino y que ha hecho el peor servicio posible a la causa de la unidad de América.

PERDIENDO LA PAZ

Planteada la guerra como un conflicto esencial entre totalitarismo y democracia, hay que reconocer que el triunfo militar de los Estados Unidos, la Comunidad Británica y la Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas, no es una victoria democrática.

En la Unión Soviética y en todas las naciones que ocupa o domina o sobre las que influye decisivamente, prevalece un régimen inhumano de opresión, terror y negación de derechos y libertades absolutamente fundamentales. Ninguna forma de despotismo supera a la dictadura soviética. Esta situación no solamente no ha sido impedida por las democracias occidentales, sino que, hasta la fecha, han carecido de la energía y aptitud necesarias para remediarla. El imperialismo soviético, cada día más arrogante e insaciable, extiende sin cesar sus conquistas y, lo que es peor, desorganiza la estructura interna de las naciones democráticas, tanto en el orden económico y social, como en el específicamente político.

Todos los principios invocados como justificación de la guerra, como valores irrenunciables y merecedores de los más graves sacrificios, están

* Revista *La Nación*. Año V No. 209, 13 de octubre de 1945. Pág. 9.

siendo cruelmente negados donde quiera que prevalece el poder soviético. La vida, el honor, la seguridad, el patrimonio, la cultura, el pensamiento, la fe. La representación política del pueblo como base de la legitimidad y autoridad del Estado, la soberanía, de las naciones, todo esto, es decir, las esencias de la civilización occidental, está siendo pisoteado y aniquilado en una porción del mundo cada vez más extensa.

Hablar en esta hora de la Carta del Atlántico y de las Cuatro Libertades, es un sarcasmo.

Estas consideraciones de validez general adquieren características singularmente bochornosas si se piensa en la libertad de acción que se ha dejado a la Unión Soviética para decidir por sí y ante sí y poner en aplicación su política de reparaciones. Desgraciadamente, no sólo la U.R.S.S., sino las más grandes potencias democráticas, son responsables de la adopción indiscutida de una tesis monstruosa y típicamente totalitaria: la identificación de los Gobiernos y los pueblos en la responsabilidad y el castigo. Precisamente una distinción tajante entre la Nación y el Estado para que éste represente y sirva a aquélla, es el cimiento de la democracia. Y precisamente en un panteísmo de esencia política, que sacrifica la identidad de la persona humana, de las comunidades naturales y de la nación entera en aras del Estado, radica la abominable herejía totalitaria. Si la guerra tuvo sentido, no fue simplemente como protección de las formas degeneradas del Estado que culminaron en el nacional-socialismo, sino como movimiento de liberación de los pueblos estrangulados por el totalitarismo y restauración del verdadero concepto del Estado.

Lo que está sucediendo al día siguiente de la victoria militar, es exactamente la reiteración de los métodos criminales empleados por el nacional-socialismo: la movilización de masas inmensas de hombres para ser explotados como esclavos por los vencedores. El hecho de que esta infamia haya sido inaugurada por los nazis, no justifica de ninguna manera su continuación, ni aun a título de castigo o represalia. No puede hablarse de victoria democrática mientras enloden

la conciencia y la historia de los hombres semejantes explosiones de barbarie. Si la democracia es capaz de traicionar el orden moral hasta el punto de autorizarlas o permitir las, hemos de reconocer que está perdida.

En el orden de la vida personal y familiar, los países balcánicos, las zonas de ocupación soviética en Alemania, Austria y Hungría; Polonia y las Repúblicas bálticas, además de la U.R.S.S. misma, están sujetos a regímenes de arbitrariedad y de espanto. En el orden de la política interna, todos esos pueblos han perdido el derecho de sufragio y representación y carecen de las libertades cívicas más elementales. En el orden de las relaciones internacionales el poderío soviético, en muchas partes con la complicidad de las organizaciones nacionales al servicio del comunismo, anula cínicamente la soberanía de los Estados y exhibe un apetito de conquista difícilmente igualado en la historia. No hay continente ni mar, ni región o lugar decisivos económica o militarmente, en que no haya descubierto la U.R.S.S. intereses vitales y derechos indeclinables. La fórmula en que el Secretario de Estado Byrnes sintetizó el resultado de la segunda guerra mundial que los Estados Unidos no pueden resignarse a aceptar –“la sustitución de un totalitarismo por otro”–, está realizándose a la letra en proporciones universales y, lo que es peor, la Comunidad Británica y los Estados Unidos no parecen decidirse a la adopción de medidas enérgicas que salven la civilización cristiana y occidental, es decir, los valores humanos cuya extinción haría de la vida una desesperación sombría.

El hecho de que en un desgraciado momento de ofuscación y de falta de fe en sí mismas, hayan incurrido las democracias occidentales en el error culpable de aliarse con la U.R.S.S., hermana gemela y cómplice de la Alemania nazi, constituye un mal negocio que debe ser liquidado cuanto antes, para que el Occidente recupere su libertad de acción y defienda su vida misma con decisión y energía. Cada día que pasa fortalece la posición soviética en los países ocupados y dentro de las fronteras de las mismas naciones democráticas. La falta de escrúpulos y de frenos políticos y legales de las dictaduras totalitarias, implica en el terreno

de la acción ventajas notorias que las democracias solamente pueden contrarrestar extremando su vigilancia y poniendo en actividad oportunamente sus propias fuerzas. Mientras, por ejemplo, los Estados Unidos piensan en la organización de socorros indispensables para la Europa devastada, los comunistas saquean los países o zonas por ellos “liberados”, transportando a la Unión Soviética no sólo bienes de consumo, sino, inclusive, la totalidad de los equipos industriales. Esto ocurre no solamente en Alemania, sino también en naciones como Austria, que, tras sufrir la invasión o la anexión violenta al Tercer Reich, llegan a la victoria democrática más esclavizadas y empobrecidas que nunca. Claro está que esta confrontación de ninguna manera implica el deseo de que las naciones democráticas compitan con la U.R.S.S. en el arrasamiento y el saqueo de Europa; pero sí funda el anhelo apremiante de su clarividencia y decisión para poner un límite al desenfreno comunista.

Para salvar la cara frente a sus pueblos y a sus principios, los gobiernos democráticos explotaron un equívoco verbal que había de producir perniciosas consecuencias: declararon y fingieron creer que la Unión Soviética, Estado totalitario imperialista como ninguno, es una democracia *sui generis*. La victoria de las Naciones Unidas ha engrandecido territorial y políticamente a la Unión Soviética en proporciones tan extraordinarias, que se diría que Stalin está realizando los más ambiciosos sueños de expansión del zarismo. El desenfado y la agresividad de la diplomacia roja son síntomas de una conciencia de poder y de un complejo de conquista que las tácticas de apaciguamiento robustecen y espolean.

Dos sistemas políticos antagónicos, dos inconciliables estilos de vida, unidos falsamente bajo el mismo rubro democrático, tienen en sus manos la suerte del mundo o, mejor dicho, se la disputan en una guerra sorda que la dictadura soviética está ganando a gran prisa.

La victoria de la democracia se reduce así a la aclamación de una etiqueta sobre una realidad exactamente contraria al sentido del término y cruelmente

destructora de la esperanza humana en un mundo nuevo de justicia, de bienestar y de paz. Sería para desesperar del porvenir, de la especie, que la sangrienta “cruzada democrática” salvará la cáscara y el gusano y dejará perder no sólo el fruto, sino el árbol mismo; es decir, que asegurará la continuidad o la restauración de la desprestigiada utilería pseudoparlamentaria y demagogia y no evitará el naufragio de los valores esenciales del hombre y de la nación, ni la perversión del Estado, ni el caos internacional.

La integridad del hombre y de su patrimonio material y espiritual; su aptitud práctica para el cumplimiento de su misión terrestre y de su destino definitivo; la justicia social y la proscripción de privilegios y persecuciones; la ciudadanía libre, orientada y eficaz; la primacía del Bien Común sobre el apetito faccioso y sobre el interés egoísta como criterio para la integración y el ejercicio de la autoridad; el mandato responsable y revocable de los gobernantes; el Estado representante y servidor de la nación; las relaciones internacionales sujetas a la misma ley moral que obliga a las personas individuales y basadas en la igualdad jurídica de los Estados por encima de toda consideración de poderío militar, de fuerza económica o de pretendida superioridad racial; éstas son las esencias democráticas por las que vale la pena luchar y morir; no la charlatanería interesada de los parásitos, ni las maquinaciones totalitarias del frente popular.

La democracia fue capaz de pelear y ganar una guerra gigantesca; pero su prueba más dura y decisiva es la paz. Solamente evitará una nueva carnicería, tal vez más ruinosa y sangrienta que la última, o la entronización de los poderes siniestros para cuya destrucción emprendió la lucha recién concluida, si se forma una conciencia clara y certera de la crisis y la afronta con tensión vigilante y acción enérgica.

EL PLEBISCITO GUADALUPANO

La portentosa vitalidad del catolicismo en México no ha dejado de manifestarse en todos los rincones del País, inclusive bajo las condiciones más desfavorables para su desarrollo y aun para su sola subsistencia. Hay una especie de solidaridad vital entre la Nación y la Fe, una alianza indestructible que tal vez sería más exactamente expresada por la palabra consubstanciación. El hecho tiene en primer término una causa providencial; pero también una notoria explicación genética, desde el punto de vista sociológico.

Dentro del deliberado proceso descristianizador que no cesa desde la Reforma –pues la tolerancia porfiriana no fue nunca un retorno a la normalidad, sino un mero apaciguamiento superficial y precario–, la Revolución emprendió el asalto final, iniciado con el saqueo y la violencia salvaje de 1914 y 1915, consagrado por la Constitución de 1917 y llevado a una culminación sangrienta, a una lógica y monstruosa conclusión, por el régimen bestial de persecución. Los gobiernos subsecuentes de ese tipo no abandonaron la execrable empresa, aunque economizaran crueldad y cinismo. En el sexenio de Cárdenas cambió el método: la persecución directa del culto,

* Revista *La Nación*. Año V No. 211, 27 de octubre de 1945. Pág. 7.

del sacerdocio y de las obras católicas, fue substituida por el sistemático cultivo del materialismo marxista –como doctrina, como organización y como estatuto jurídico constitucional y reglamentario– en la escuela y en el mundo del trabajo. La Iglesia no tardaría en clausurar su historia mexicana de cuatro siglos, desechada como trasto inútil por la juventud y el pueblo. Entre tanto, por supuesto, el mecanismo de opresión legal fue perfeccionado con escrupulosa perversidad, quedaron cerradas las salidas del recinto miserable en que se dejaba a la religión nacional y el derecho de morir rezando en un breve plazo, mientras el rezo no fuera considerado impertinente o nocivo por los demagogos irresponsables que habían tomado a su cargo la triste urca de demoler la estructura moral de México.

El Presidente Ávila Camacho no solamente ha repudiado la violencia como instrumento de gobierno, sino que ha dejado de perseguir y aun de hostilizar positivamente a la Iglesia: es justo reconocerlo y declararlo como una valiosa partida de haber en el inminente balance histórico de su gestión.

Quisiéramos poder afirmar que ha puesto un término a la persecución. Desgraciadamente, pensamos más en un paréntesis que en un punto final como signo de la pausa que estamos viviendo. En la columna del “debe” hay que consignar la omisión de rectificaciones indispensables en los textos legales persecutorios, que permitan el establecimiento de un régimen de derecho común para el catolicismo. Hay que reconocer que la responsabilidad no es exclusivamente suya.

Esta síntesis mínima de nuestra historia religiosa de un siglo, tiene como propósito la ubicación en su justa perspectiva del acontecimiento nacional más importante entre los ocurridos en los últimos años: el plebiscito guadalupano en el quincuagésimo aniversario de la coronación de la Imagen venerada. Este generación no ha visto ni verá nada comparable con este acontecimiento como afirmación contundente de unidad nacional. Es una fortuna que haya tenido lugar precisamente al cerrarse otra experiencia trascendental,

la de la guerra, para que se conozca y se compruebe en forma indubitable cuáles son las verdaderas fuentes de la substancia infundible de la Patria.

Los plebiscitos locales o regionales son ya costumbre, rasgo permanente de nuestra fisonomía social, una especie de "constante" tan natural, tan necesaria y tan exacta como el advenimiento sucesivo de las estaciones. Pero la conmemoración jubilar guadalupana ha constituido una rotunda proclamación nacional de que, como siempre y tal vez más que en ninguna otra época pasada, la fe religiosa del pueblo mexicano sigue siendo su fuerza espiritual preeminente y el factor decisivo de su unidad.

No faltarán las inevitables coces contra el aguijón, los ojos cerrados ante la evidencia, los oídos sordos al clamor elocuente de estas extraordinarias manifestaciones. No faltarán las farisaicas reprobaciones del culto humilde y reverente del pueblo a Dios y la Virgen María, aunque los jueces tengan doblada la espina dorsal a fuerza de inclinarse, no ante valores espirituales nobilísimos, sino ante la fuerza, la perversidad y la barbarie.

Pero el sentido del plebiscito persistirá categórico y deslumbrante. Florece en la conciencia nacional, alimentado por hondas savias chupadas por las raíces de la Patria en el limo de sus más remotos orígenes. El pueblo sabe que la Virgen de Guadalupe es el milagro del mestizaje que en México aplastó para siempre la inhumana herejía racista y cimentó la verdadera igualdad; sabe que es la personificación del mundo sobrenatural, de los valores eternos del espíritu, de su superioridad jerárquica sobre lo percedero y sensible; la vocación espiritual de México, su capacidad de afirmación frente al poder económico, la fuerza militar y el utilitarismo materialista. Sabe que es la encarnación de la Patria, desde las primeras horas de su infancia balbuciente hasta las más graves crisis de su madurez, y que por eso son guadalupanas nuestras banderas, y el pulso, o, mejor dicho, el corazón mismo de México, está en el Tepeyac.

Sabe que los hilos de la comunidad natural hispano americana –raza, cultura, idioma, historia, fe–, tejen la tela de su unidad como un ayate inmenso en que otra

vez se pinta milagrosamente la santa efigie de la Madre; y que la personalidad continental de México es también guadalupana, como en general, su capacidad de irradiación más allá de las fronteras nacionales.

Sabe que todas sus empresas de libertad y de justicia, todas las hondas crisis de su historia, se ajustan fielmente a la trayectoria y al símbolo que son propios de todo hijo de madre en sus horas cruciales: el recurso a su regazo y a su amor, en busca de luz, de fortaleza y de esperanza. Por eso la Basílica es un regazo nunca vacío y nuestra vida nacional es un desfile infinito de pendones guadalupanos.

Sería incurrir en un peligroso error el considerar como totalmente fracasada la persecución religiosa; pero es una verdad incontestable, comprobada en estos días por el Plebiscito Guadalupano, que el dato nacional más vigoroso es, en México, la fe religiosa del pueblo.

Es absurdo y criminal que un hecho social como el referido, no merezca el acatamiento y el respeto del Estado mexicano; sino que, por el contrario, éste haya estado casi constantemente empeñado en despreciar y destruir la religión nacional, es decir, en dar la espalda a la fuerza espiritual más importante de México y aun en tratar de aniquilarla, en vez de construir sobre ella la paz, el bienestar y la grandeza de la Patria.

Independientemente de la aceptación o el rechazo personales de los principios y normas del catolicismo por quienes directa e indirectamente ejercen las funciones del Estado, no es posible desconocer la noble calidad, la insuperable virtud civilizadora de esos principios y normas, mucho menos en México, no sólo civilizado, sino hecho por el catolicismo.

Es lógico que los monopolios facciosos que explotan la dirección política del país incurran en semejantes aberraciones; pero también absurdo y criminal y, peor aún, funesto para México.

El monstruoso atentado no quedará definitivamente corregido sino cuando el país sea representado y servido por un Estado nacional.

UNA GUERRA IDEOLÓGICA: CAUSAS, PRETEXTOS, DESMANES: LOS CASOS DE ESPAÑA, PORTUGAL Y ARGENTINA

En esta lucha que las Potencias designadas, por rutina, con la denominación de "Naciones Unidas", han emprendido en contra de los Gobiernos de España. Portugal y la República Argentina, hay datos mucho más interesantes que la desproporción de las fuerzas en pugna, la extraordinaria habilidad política de Franco y de Oliveira Salazar, de eficacia imposible sin una positiva cimentación nacional de sus Gobiernos, y las interminables sorpresas de la escena argentina, la última de las cuales, el incontrastable movimiento obrero de apoyo a Perón, pone en ridículo las declamaciones de la demagogia frente populista.

Y en el juicio que el ataque tenaz y desigual suscita, hay también mucho más que simpatía por estos tres países pequeños, ibéricos y católicos.

La guerra desatada contra ellos pretende ser una "guerra ideológica". La cosa no es nueva. La inventó y la puso en práctica Mahoma hace muchos siglos. Sus datos éticos y jurídicos, así como sus características culturales, permanecen

* Revista *La Nación*. Año V No. 212, 3 de noviembre de 1945. Págs. 6-7.

invariables; pero los discípulos democráticos del profeta de Alá disponen de argumentos infinitamente más convincentes que la vieja cimitarra.

¿Se trata realmente de una guerra ideológica? El antagonismo radicalizaría entre formas democráticas y formas dictatoriales del Estado. Aun el observador más miope y más ingenuo no dejará de advertir que ese antagonismo existe; pero en otra parte y con caracteres incomparablemente más substanciales y peligrosos. La amenaza activa, más aún, la marcha decidida del totalitarismo contra la democracia, la ha emprendido y la sostiene a ritmo acelerado la U.R.S.S. Sólo que, en esta comedia de equivocaciones, que es también una espantosa tragedia, la U.R.S.S. figura entre las naciones democráticas y es precisamente quien dirige en su exclusivo provecho el ataque contra España. Portugal y la República Argentina. Esta consideración basta para destruir la patraña ideológica con que se disfraza la maniobra de los “grandes” Un análisis somero corroborará la conclusión.

La propaganda democrática esgrime preferentemente el arma del antimilitarismo para suscitar el juicio reprobatorio de los pueblos sobre los gobiernos atacados. Ningún mexicano que se respete puede albergar en la conciencia o en la simpatía inclinaciones militaristas; pero tiene que reconocer que hay militares y que en ciertos casos, como en el de España, hay caudillos militares capaces de salvar a su país del caos y del infierno comunista. Por otra parte, el argumento no alcanza a Oliveira, el universitario ejemplar que levantó de la muerte a su patria y, en cambio, no puede dejarse de pensaren que la U.R.S.S., cabeza de lanza en la cruzada “democrática”, está gobernada por un caudillo militar –Mariscal primero y Generalísimo ahora, más absolutamente que lo fuera el Imperio Ruso por cualquiera de los zares–. Además, es bien sabido que dictaduras estrictamente militares, como la de Trujillo en Santo Domingo, la de Líbico en Guatemala, y otras bien conocidas, no provocaron la menor repugnancia, ni lastimaron la susceptibilidad democrática de las grandes Potencias, que abrieron sus brazos para la alianza entrañable, con tal que

fueran dóciles y aprovechables los enchamarrados opresores de tantos pueblos de América para quienes la democracia es una esperanza nunca realizada, un porvenir distante por cuyo advenimiento se esfuerzan y se desangran.

Ni siquiera satisface, para convencer de la sinceridad de la postura ideológica que se examina, la alegación de que las instituciones y los procedimientos democráticos están proscritos en los países sujetos a entredicho. Aparte de ser inaceptable la tesis de que la autenticidad de la representación política del pueblo, médula de la democracia, solamente pueda realizarse a través de fórmulas y rutinas determinadas, cuya salvación en las grandes crisis nacionales deba considerarse preeminente respecto de la de los valores esenciales de la persona humana, de la patria y de la civilización, nueve de cada diez hispano americanos se reirán amargamente de este intento de justificación, porque conocen hasta la náusea la miserable comedia democrática que con unas cuantas excepciones, se representa casi sin interrupción en nuestro Continente, al sur del Río Bravo. ¿Es acaso por error de información que los aliados predilectos de los Estados Unidos, entre los países iberoamericanos, fueron el México del PRM y el Brasil de Getulio Vargas?

Al lado de razones doctrinales cuya inconsistencia ha quedado evidenciada, figuran las de carácter circunstancial. Desde luego, una especie de resentimiento vengativo encuentra en la neutralidad de los países iberoamericanos, proscritos de la comunidad internacional, motivo inagotable de reproches, desaires y represalias sin agravio correspondiente. Se equipará la neutralidad con la manifiesta e irreparable deserción de la causa democrática, Sin embargo, si la democracia tiene un sentido respetable en el orden internacional, es porque no puede ningún poder o coalición de poderes suplantar la propia y autónoma decisión de las naciones para participar en una guerra o inhibirse de ella. Es incuestionable que los países neutrales tuvieron el derecho de serlo. Hay que agregar que su neutralidad fue, además, un gran acierto. Finalmente, no puede escatimárseles el honor de haber escogido y realizado por si mismos

una política internacional propia, bajo la tremenda presión de los beligerantes poderosos y en medio de la docilidad atolondrada de tantos Estados que en tropel se embarcaron en alianzas apresuradas para correr aventuras ajenas. Por otra parte, resulta extemporáneo e incongruente la aplicación de sanciones contra los Estados neutrales, cuando la guerra ha concluido y precisamente lo que se necesita con vital urgencia es cimentar la paz.

En cuanto a las acusaciones de colaboración con los países del Eje, tan usadas como armas de propaganda en contra de España y la Argentina, es suficiente recordar la justificación explícita de la política española hecha por Churchill ante la Cámara de los Comunes y agregar que nadie toma en serio las imputaciones interesadas e inverosímiles de que es objeto la República hermana del extremo sur del Continente.

A mayor abundamiento, coinciden justicia e interés en la condenación de la triste guerra ideológica que estamos analizando. La coyuntura internacional se plantea, por una parte, como exigencia inaplazable de paz orgánica, que implica la liquidación de los conflictos reales que destruyeron al mundo y, con mayor razón, de los conflictos artificiales que impiden la colaboración de las naciones en la tarea común; y, por otra parte, como maniobra del totalitarismo marxista contra los países occidentales para capitalizar la victoria en beneficio de la revolución mundial, es decir, para implantar en todas partes una implacable dictadura de clase. En esta pugna crucial los Estados Unidos y la Gran Bretaña tienen en España, Portugal y la República Argentina aliados potenciales, no enemigos inconciliables.

Reducido a nada el pretexto ideológico, es conveniente mencionar los verdaderos motivos de la aberración política que es tema de este artículo. Forman un complejo sumergido que hay que exhibir a la plena luz de la conciencia para conjurar sus efectos desquiciantes:

En la mentalidad anglosajona persiste, obstinado y activo, el prejuicio antiespañol, viejo de cuatro siglos. Rara vez el protestante llega a reducirlo. Ha

sido extraordinariamente eficaz para la desfiguración histórica de la guerra civil española, premisa del tratamiento político del régimen nacionalista, hasta el grado de desorientar una parte no despreciable de la opinión católica, especialmente en Francia y los Estados Unidos.

Un “progresismo” ingenuo, resultado de la disponibilidad de la mayoría tal vez del pueblo norteamericano para la adopción de criterios circunstanciales, lo hace derivar hacia la izquierda, bajo el soplo de la propaganda frente populista, inspirada y administrada, como es bien sabido, por el comunismo soviético. Es este también un prejuicio funesto. El proceso conocido con el nombre de “secularización de la cultura”, en pocos países ha cubierto áreas tan extensas como en los Estados Unidos. Las estadísticas más recientes acusan la completa irreligiosidad de la mitad, en números redondos, de su inmensa población. El ocaso de la fe y de la vida religiosa. implica la decadencia y el olvido de los valores espirituales. Sin brújula y sin anclas, es natural que el pensamiento y la conducta sigan la dirección del viento. Y es indudable que el viento sopla ahora desde Moscú. Basta que se ponga a un régimen o a un país al sambenito reaccionario, para que sean condenados sin apelación. Para decirlo de una vez, las esencias cristianas de la civilización occidental han sido desahuciadas por el neopaganismo contemporáneo. Su naufragio es, en sí mismo, un incidente sin importancia. El porvenir amanecerá por otra parte y este amanecer es preparado febrilmente por el materialismo marxista. Es tal la marejada que suscita el movimiento de esta inmensa masa de occidentales que han dejado de serlo, que hasta numerosos católicos cierran los oídos a las declaraciones explícitas del Papa sobre el valor del patrimonio moral salvado, por ejemplo, en España, por el movimiento nacionalista, y se suman a las fuerzas de asalto lanzadas para su destrucción, sin importarles que el baluarte cristiano caiga en manos de los enemigos irreconciliables de su fe. En suma, la vida cristiana, el orden, la autoridad, son postula dos “reaccionarios”. El “progreso” empuja a la izquierda.

Pasando del terreno de la psicología colectiva al de la tradición política de los Estados Unidos, localizamos una dirección permanente o, más bien, una línea estructural, destinada a incorporar y utilizar aquellos prejuicios. Es el monroísmo –propósito, táctica e instrumento– perseverantemente aplicado a cortar las vinculaciones orgánicas de los países iberoamericanos con los europeos que un tiempo fueron sus metrópolis, para hacer del Nuevo Mundo un sistema político y económico presidido, sin competencia ni objeción, por los Estados Unidos. Este es el hecho, esta es la empresa nunca abandonada, este es el dato vertebral de la conducta del Estado norteamericano frente a Europa Iberoamérica. Los métodos de acción son a veces garrotazos y a veces relaciones de buena vecindad. Cuestión de estilo, como la designación del sistema con el nombre de imperialismo o con el de solidaridad continental.

Pero hay otro factor causal de aguda virulencia, aunque sólo contingente y, por tanto, pasajero: el chantaje soviético, la explotación maquiavélica del fantasma de una nueva guerra para paralizar las fuerzas de resistencia al avance conquistador de la U.R.S.S. La coincidencia, aunque por motivos tan radicalmente distantes, en la hostilidad y la agresión rencorosa contra el desierto de su inevitable incompatibilidad y, adicionalmente suicida, de ventajas problemáticas en otras zonas de la absurda alianza entre los “Tres Grandes” dentro España, Portugal y la República Argentina, es un oasis, permite la negociación, en el caso positiva de disputa, a cambio de fáciles y aun satisfactorias concesiones de política interna y de disolución social en las naciones sujetas al asalto combinado de las Potencias victoriosas.

Todavía hay un factor extrínseco que, aunque mera mente negativo, resulta coadyuvante inapreciable de los intereses y prejuicios que integran el verdadero repertorio de motivaciones de la “guerra ideológica”: Es la inhibición de los gobiernos y la insuficiente resistencia de los pueblos iberoamericanos frente a aquella, a pesar de que implica agresiones centrales a las bases mismas de su vida nacional. En ocasiones como ésta, la inercia se llama complicidad.

Es oportuna una ejemplificación concreta de la forma en que las grandes democracias occidentales están comportándose bajo el empuje, hasta ahora incontenible, del imperialismo revolucionario de la U.R.S.S., que no se acuerda de su alianza con aquéllas sino para utilizarlas cínicamente en el desarrollo vertiginoso de sus planes de dominación. Nadie ignora la incesante incrementación de las zonas de influencia soviética en todos los continentes, la despreocupación y la insolencia de la supremacía roja en Europa, la absoluta libertad de acción con que organiza a su modo y para su provecho los países ocupados, la tortura de sus pueblos; ni, en suma, el desenfreno conquistador del totalitarismo triunfante en nombre de la democracia. Pero a veces el bosque impide ver los árboles y es más elocuente la consideración de pequeños episodios singulares, que las visiones panorámicas

Charles Lanius, Corresponsal de la National Broadcasting Company, vio a los rusos apoderarse de Bulgaria, organizar un gobierno pelele a su servicio, desatarse las persecuciones sangrientas, multiplicarse las ejecuciones “revolucionarias” y, en suma, implantarse en el desventurado país una típica dictadura marxista. El tratamiento otorgado a las misiones militares británica y norteamericana –esta última encargada de libertar a los aviadores presos por los búlgaros en el período de hostilidades–, una nutrida historia de humillaciones, tuvo culminación deliberadamente espectacular: “Entonces, una noche se presentó un Oficial ruso a la “villa” en, que se alojaban los americanos. Declaró a Harper que los americanos eran indeseables en Bulgaria. Harper protestó ante el Comandante ruso. El Comandante dio a los americanos veinticuatro horas para cruzar la frontera. La misión británica, mandada por el Coronel Harold Gibson, recibió la misma orden. Harper quería quedarse y ser arrestado; pero al Coronel Gibson le preocupaba un “incidente internacional”. Aquella tarde, a las seis, ambas misiones, con unos quince automóviles, se encontraban frente al Hotel Bulgaria. Los soviets retardaron la partida por dos horas, para que los ciudadanos de Sofía no pudieran dejar de entender lo que estaba sucediendo.

Entonces, bajo una escolta rusa armada, las misiones salieron hacia la frontera turca. Cientos de búlgaros fueron testigos de la partida y estaban justamente desconcertados. ¿No eran aliados los rusos, británicos y americanos? Al día siguiente, la historia completa, con sus correspondientes adornos, se extendía sobre toda Bulgaria.

En Baviera, país católico y occidental, cuyas características no se debilitaron por la fusión centralizado del Tercer Reich, bajo la administración militar americana se organizó un principio de gobierno local, encabezado por Fritz Schaeffer como Ministro-Presidente. Schaeffer es el Jefe del Partido del Pueblo católico e irreprochablemente democrático. Con la guerra concluyó su prisión de varios años en un campo nazi de concentración. Su acceso a la Jefatura del Gobierno Bávaro fue un resultado natural de la actividad cívica del pueblo; pero no se hicieron esperar extrañamientos y cambios en la jefatura de las fuerzas de ocupación. La máquina militar americana expulsó a Schaeffer y al Partido del Pueblo del Gobierno de Baviera porque, según expresión del *Times* de New York, es “un partido reaccionario”. Fueron substituidos por un gobierno “liberal” Un mensaje de la prensa asociada, fechado 1° de octubre, escribe el epílogo del incidente: “Wilhelm Hoegner, nuevo Ministro-Presidente de Baviera, declaró hoy que su Gobierno se encaminará a la izquierda, probablemente para incluir a los comunistas en el Gabinete”.

He aquí dos casos típicos de la conducta americana en lo que es realmente un antagonismo ideológico y político substancial. La contemporalización y la paciencia no pueden ser mayores. En cambio, la susceptibilidad y el encono implacable no tienen límite tratándose de los regímenes español y argentino.

En plena tarca de reorganización internacional, recién elaborada la Carta de San Francisco y aun en la jornada misma de su elaboración, los desenfrenos pasionales suplantaron la norma augusta del derecho. Cualquiera Quintanilla, con respaldo frente populista, logra contra España absurdas exclusiones “ideológicas” de una asamblea llamada a poner las bases de la estructuración

jurídica del mundo nuevo para la paz y la colaboración. No se ve por ninguna parte un esfuerzo sincero para la restauración del primado de la norma jurídica en las relaciones internacionales. Vivimos en' una especie de tabla rasa, en la aun poderosos y audaces pueden grabar impunemente las peores atrocidades y hacer de ellas ley, solamente porque tienen fuerza para imponerlas. La libre determinación de los pueblos, la no intervención en el régimen interior de los Estados, los postulados mismos de la Carta del Atlántico, han sido arrojados por la borda.

Una guerra antimachiavélica, es decir, emprendida para extirpar el inmoralismo del Estado en la política interna y en las relaciones internacionales, termina con la apoteosis del maquiavelismo.

Si no se ve de frente esta desgarradora verdad, no se formará nunca una opinión pública capaz de refrenar al monstruo. Es preciso provocar en todas partes y en cada momento el sobresalto de la conciencia moral de los pueblos para restaurar el orden del derecho. De otra suerte, tendremos el triste privilegio de presenciar los funerales de la civilización.

Constituye una evidencia objetiva de la caída vertical de los valores éticos en seis años de guerra, la reconstrucción, en sentido inverso, de una trayectoria que concluye con la "evaporación" de porciones considerables de Hiroshima y Nagasaki, con centenas de miles de víctimas humanas, el 6 y 9 de agosto de 1945. como resultado del bombardeo "atómico" de esas ciudades por aviadores norteamericanos. Esa trayectoria arranca del llamamiento del Presidente Roosevelt a la Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania y Polonia, el 1ro de septiembre de 1939. He aquí su texto:

Apelación del Presidente Roosevelt a la Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania y Polonia.

Los implacables bombardeos aéreos de los civiles en centros de población no fortificados, durante las hostilidades que han hecho furor en diferentes puntos de la tierra en el curso de los últimos años y que han tenido por consecuencia

la mutilación y la muerte de millares de hombres, mujeres y niños indefensos, han herido el corazón de todos los hombres y de todas las mujeres civilizados y han violentado profundamente la conciencia de la humanidad.

Si se recurre a esta forma de barbarie inhumana en el curso de la trágica conflagración que ahora amenaza al mundo, cientos de miles de seres humanos inocentes. que no son responsables de las hostilidades presentes y que no participan en ellas ni aun remotamente, perderán la vida.

En consecuencia, dirijo este urgente llamamiento a los Gobiernos que pueden ser comprometidos en las hostilidades, para que cada uno de ellos afirme públicamente su determinación de que en ningún caso y bajo ningunas circunstancias sus fuerzas armadas emprenderán el bombardeo aéreo de poblaciones civiles o de ciudades no fortificadas, bajo la inteligencia de que estas mismas reglas de guerra serán observadas escrupulosamente por todos sus adversarios.

Pido una respuesta inmediata.

La lección es demasiado elocuente por sí misma para necesitar comentarios.

Sin una renovación del espíritu cristiano, la humanidad no será capaz de elevación moral ni de disciplinas jurídicas. Nos hundiremos cada vez más en el indecente lodazal de la fuerza desenfrenada. La técnica no podrá salvarnos de la barbarie.

EFRAÍN GONZÁLEZ LUNA

Nació el 18 de octubre de 1898 en Autlán de la Grana, Jalisco. Murió el 10 de septiembre de 1964 en Guadalajara, Jalisco. Contrajo matrimonio en 1923 con Amparo Morfín González, con quién tuvo ocho hijos: Margarita, Javier, Adalberto, Efraín, Ignacio, Amparo, Luis y Manuel.

Estudió la primaria en el Instituto del Sagrado Corazón de su ciudad natal y en el Instituto San José de Guadalajara, Jalisco; inició la preparatoria en el Instituto San José 1911-1914 y la terminó en la Escuela Preparatoria de Jalisco 1914-1916; Licenciatura en Derecho en la Escuela Libre de Jurisprudencia de la Universidad de Guadalajara 1916-1920, graduándose en 1920.

González Luna se desempeñó como profesor de Derecho en la Escuela de Leyes de la Universidad de Guadalajara 1925-1935 y de la misma rama en los primeros años de la Universidad Autónoma de Guadalajara, llamada entonces Universidad de Occidente. Se dedicó ininterrumpidamente al ejercicio libre de su profesión desde la apertura de su despacho en 1920; patrocinó y asesoró a un gran número de casas comerciales e industriales de Guadalajara y el occidente del país; abogado de la Arquidiócesis de Guadalajara.

Escribió varios textos entre ellos: de artículos y ensayos literarios, jurídicos y políticos, empleando en ocasiones el seudónimo de Juan Galicia; participó activamente en la edición de la revista *Bandera de Provincias*, donde publicó entre otros trabajos, la traducción de fragmentos de la obra *Ulises* de James Joyce; entre sus escritos destacan los siguientes: *El Hombre y el Estado*; *Ruina y Esperanza del Municipio Mexicano* ; *Humanismo Político*; *El Fetiche de la Estabilidad Política: no se puede servir a dos señores*; *Obras de Efraín González Luna* (8 vols. 1973, 2 vols.); *Los Católicos y la Política en México*; además fue el primer traductor al español de la obra *Ante la Ley* de Franz Kafka y tradujo del francés dos obras de Paul Claudel: *Anunciación y Vía Crucis*. Colaborador editorial en la revista *La Nación*, órgano oficial del Partido Acción Nacional

Efraín González Luna en el Partido Acción Nacional fue fundador del Partido; presidente de la Comisión Redactora de los Principios de Doctrina de Acción Nacional; consejero nacional del PAN 1939-1964; presidente del Comité Regional de Jalisco 1940-1951; candidato de Acción Nacional a la Presidencia de la República en 1952, se le reconocieron 285,555 votos equivalentes al 7.82 por ciento de la votación; candidato a diputado federal 1943 y 1946.

MÉXICO EN LA OPINIÓN
DE EFRAÍN GONZÁLEZ LUNA

1940 - 1945

ARTÍCULOS

Compiladores: Jesús Garulo y Carlos Castillo

FUNDACIÓN RAFAEL PRECIADO HERNÁNDEZ

Diseño y formación:
José Luis Torres Vargas

Cuidado editorial:
Jonathan Sánchez López Aguado

MÉXICO EN LA OPINIÓN
DE EFRAÍN GONZÁLEZ LUNA

1940 - 1945
ARTÍCULOS

